

NUEVO MES DE MARIA

6

EXPLICACION DE LA SALUTACION ANGELICA

**DIVIDIDA EN TREINTA Y UNA LECCIONES PARA CADA
UNO DE LOS DIAS DEL MES DE MAYO**

POR

Federico González Suárez

PRESBITERO



SEGUNDA PARTE

TOMO SEGUNDO

CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA



QUITO

IMPRENTA DEL CLERO

1888

NUEVO-MES DE MARIA

II



SANTA MARIA,

MADRE DE DIOS,

RUEGA

POR NOSOTROS PECADORES AHORA,

Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE

AMÉN.





LECCION DÉCIMA SEXTA.

DIA DIEZ Y SEIS DE MAYO.

PRINCIPIA LA EXPLICACIÓN DE LA SEGUNDA PARTE DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA.—EXPLICACIÓN DE LA PALABRA: SANCTA, SANTA.

I

En las lecciones anteriores hemos explicado la primera parte de la Salutación angélica, en la que se contiene el elogio ó la alabanza de la Virgen santísima; por lo mismo, ahora conviene que principemos á considerar los términos ó expresiones de la segunda parte, que es la deprecación ó súplica, que dirigimos á la Madre de Dios.

Nada tan grande ni tan admirable como la Salutación angélica: todas sus palabras son misteriosas, y no hay una sola que no esté llena del más profundo significado: las expresiones de que está formado el elogio de la Virgen son divinas y sobrenaturalmente inspiradas por el mismo Dios: en las de la segunda parte encontraremos fecunda doctrina espiritual y enseñanzas provechosas para nuestras almas.

En cuanto al verdadero autor de esta segunda parte, parece indudable que, esta manera de plegaria dirigida á la Virgen María tuvo origen cuando la celebración del Concilio Ecuménico de Efeeso, y que desde aquella época principió á repetirse por los fieles, como una protesta de fe ortodoxa, contra los impíos errores del heresiarca Nestorio, patriarca de Constantinopla, que negaba la divina Maternidad de la Virgen. Los Padres de aquel sagrado Concilio compusieron esta deprecación, á lo menos las principales palabras y la sustancia de ella: el pueblo fiel la repitió, y de este modo se vino á formar, con las palabras divinas de la Escritura y la deprecación inspirada de los Padres del Concilio efesino, la más admirable y celestial oración que podía dirigirse á la inmaculada Virgen.

Andando los tiempos, se perfeccionó y completó esta divina salutación; pues la Iglesia puso en ella los dos sacratísimos nombres de Jesús y de María; y así perfeccionada, hermosseada y completada la inscribió en su Liturgia, haciéndola parte integrante y necesaria de la oración pública y solemne, que todos los días dirige á Dios, á nombre de todo el pueblo cristiano, y no solamente del pueblo cristiano, sino de todo el linaje humano; á fin de que el Criador sea adorado, no como al hombre le plazca adorarle, sino como el mismo Criador lo ha prescrito y enseñado.

Esta segunda parte contiene todo cuanto pudiéramos desear y necesitamos pedir á la Virgen María, y en tan breves y sencillas palabras se halla implorado el remedio de todas las necesidades, multiplicadas, é innumerables que padecemos. Contiene además esta deprecación, en la confesión de la divina Maternidad de la Virgen, la solemne protesta de nuestra fe en todo el dogma revelado.

Las primeras palabras son estas: *Sancta Ma-*

ria, Mater Dei. Santa María, Madre de Dios: el nombre dulcísimo de la Virgen, precedido de la expresión *Sancta*, santa. ¿Qué significa esa expresión? ¿Por qué nos ha enseñado á repetirla la Iglesia?... Tales son las consideraciones, en que debemos ocuparnos, porque en la Salutación angélica no hay una sola palabra, que no tenga admirable significación y grandes enseñanzas.

Consideremos el significado de la palabra santa, tomándolo desde su mismo origen.

La palabra santa, con que la Iglesia Católica, saluda á la Virgen María y la invoca, al principiar la deprecación ó plegaria de la Salutación angélica, tiene el siguiente significado.

Si atendemos al origen de la palabra, parece que en latín *sanctus* es lo mismo que *sanguine unctus*, ungido ó salpicado con sangre; pues todas las víctimas que se ofrecían en el altar solían ser rociadas con su propia sangre, antes que las consumiera el fuego del sacrificio. De donde podemos deducir que la significación de la palabra santo equivale á lo mismo que, dedicado ó consagrado á Dios, cosa sobre la cual los hombres ya no tienen poder ni derecho alguno.

Cuando se inmolaba una víctima, el sacrificador mojaba su dedo en la sangre de ella, y, con ese dedo así teñido en sangre, tocaba el extremo del altar donde se ofrecía el sacrificio, dando á entender con aquella ceremonia que apartaba y segregaba de todo uso profano á la víctima, que se había presentado al culto religioso. De aquí podemos inferir qué significado tiene en la enseñanza católica la palabra santo, aplicada á la criatura racional, y, sobre todo, á la Virgen María, Madre de Dios.

En aquella magnífica visión que de la gloria divina tuvo Isaías, nos refiere la divina Escritura que el Profeta oyo exclamar á los serafines, absor-

tos en la contemplación de la Soberana Majestad de Dios, estas palabras: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos; la tierra entera está llena de su gloria! . . . *Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus exercituum; plena est omnis terra gloria ejus* (1). Esta exclamación de los más encumbrados espíritus angélicos nos manifiesta claramente que todos los atributos divinos están como resumidos en la santidad de Dios, y que este atributo los contiene á todos. No claman cuán poderoso es el Dios de los ejércitos, ni dicen cuán sabio y justo es el Señor, no: la santidad divina los tiene absorbidos, y, fijos en la contemplación de ella, no aciertan á decir otra cosa en alabanza del Señor: embargados por la idea de la santidad, prorrumpen en gritos repetidos, y, alternándose en ellos, con el responderse de los unos á los otros, no cesan de hacer resonar el templo, donde reposa la gloria divina, con aquellos cánticos á la santidad de Dios. Más, ¿qué significa esta exclamación? Porque al pie del trono del Eterno no cesan de cantarla los ángeles?

Si preguntamos á los filósofos, ¿quién es Dios? nos responderán que es un sér, mayor que el cual ya no es posible ni imaginar siquiera otro: es lo óptimo, lo máximo. *Deus optimus maximus*. Pero, decidnos filósofos, explicadnos quién es Dios! . . . Dios Nuestro Señor existe por sí mismo, y no ha recibido de fuera la existencia, ni la debe á otro sér que le sea superior: la vida divina es la relación íntima, que, en el seno de su misma esencia soberana, existe entre las tres adorables Personas de la augusta Trinidad. En esas inefables relaciones divinas, por las cuales Dios Padre engendra al Verbo, y el amor recíproco del Padre y del Hijo produce al

[1] Isaías, cap. 6, ver. 3.

Espíritu Santo, ¿hay, talvez, alguna regla que gobierne la vida divina? Hay alguna regla, por la cual no puedan menos de verificarse esas relaciones divinas? Sí, si la hay, y esa regla soberana, con la cual se conforma la vida divina, es la misma esencia inmutable del Altísimo. Esa esencia simplicísima, por ser lo que es, sirve, dirémoslo así, de norma y regla á la vida divina. ¿Cuál es esa vida? En qué consiste la vida íntima de Dios? Por ventura, Dios es un sér, en el cual no haya vida? Confundiremos groseramente la existencia, muda é inconsiente, de las cosas inertes con la manera de existir de Dios? La vida no se encontrará en la Esencia divina? En una palabra, diremos que Dios existe; pero que no vive?

La vida es un movimiento, cuyo principio debe estar en el mismo ser que vive: y la vida divina es la más perfecta de las vidas, porque el principio del movimiento de la divina Esencia está en Ella misma, no ha sido recibido de fuera, y se termina también en Ella misma, sin salir fuera, con acción inmutable y eterna. Dios, que existe por sí mismo, no podía menos de conocerse á sí propio, y conociéndose, no podía menos de amarse: pero, era necesario que ese conocimiento y ese amor no fueran estériles é infecundos, pues la vida divina no hubiera sido perfecta, si se hubiese limitado la esencia divina á una sola persona. En la solitaria contemplación de su propia esencia, le habría faltado á Dios la perfección de la vida íntima, si el conocimiento y la palabra de Dios no hubiesen sido una otra persona enteramente igual á la primera: ¿concebís la felicidad de la inteligencia en el aislamiento y en la soledad? ¡Ah! Entender, conocer y no comunicar, ni participar á otro nuestros pensamientos sería no sólo un suplicio para la inteligencia, sino hasta la muerte misma de ella: el entendimien-

to divino podía, acaso, permanecer en un reposo eterno? Si era necesario que se conociese á sí mismo, era también necesario que ese término del conocimiento suyo fuese una otra persona, distinta de la primera y enteramente igual á ella.

La Escritura Santa nos dice, que Dios formó al hombre y lo crió á imagen y semejanza suya: somos, pues, una imagen de Dios cada uno de nosotros, y semejantes al Criador: por esto, de la contemplación de nosotros mismos nos elevamos razonablemente á la contemplación de nuestro Criador. Conocerse á sí mismo, y, conociéndose, amarse con amor eterno é infinito, hé ahí las operaciones divinas, en la vida íntima de la soberana Esencia. La Persona del Padre contempla en la Persona del Hijo Unigénito la imagen y esplendor de su infinita bondad, como lo dice el Apóstol: *Imago, splendor Bonitatis illius*. Y contemplando el Padre al Hijo, y contemplando el Hijo al Padre, ¿será posible que esas dos adorables Personas de la augusta Trinidad no se amen, con amor eterno é infinito? ¡Ah! Es posible que contemplándose y conociéndose no se amen! . . . Y ese amor, que procede de entrambas Personas, es la tercera Persona de Dios, el Espíritu de amor eterno, que por excelencia se llama santo. Según esto, preguntaremos ahora: ¿qué es lo que constituye la santidad divina? Si Dios es santo, decidme, ¿en qué consiste su santidad? ¡Ah! ¿Deseáis saber en qué consiste la santidad de Dios? La santidad divina consiste, en que Dios, conociéndose á sí mismo, no puede menos de amarse: consiste en el amor eterno que Dios se tiene á sí mismo: en el amor necesario que el Hijo tiene al Padre y que el Padre tiene al Hijo, y en el amor necesario y recíproco que une y estrecha, en la unidad de una sola esencia indivisible, al Espíritu Santo con las otras dos Personas, de quienes proce-

de, y á quienes ama y de quienes eternamente es amado!

¿Dónde encontraremos, según esto, la regla de toda santidad? La encontraremos en la misma Esencia divina; y advertid que, en las criaturas racionales la santidad es perfección de la voluntad y no de la inteligencia: no se dice uno santo, porque conozca mucho, sino porque en todas sus acciones anda siempre conforme y ajustado con la voluntad divina: ni basta una sola acción para conceder á una persona la calificación de santa; es necesaria la constancia invariable en lo bueno, la perseverancia inalterable de la voluntad en amar lo bueno y en practicarlo. No una sola, ni muchas buenas acciones aisladas constituyen la santidad de la criatura racional, sino que es necesario é indispensable que esta se haya puesto voluntariamente en el camino del bien, y que persevere en él, sin declinar ni á la derecha ni á la izquierda, durante todos los días de su vida. Sin libertad y sin perseverancia no hay santidad posible.

La santidad en la criatura racional es, por lo mismo, la consagración á Dios, hecha de una manera perpetua é invariable. Santo es, decíamos, lo que está consagrado á Dios: deduciremos de aquí las reflexiones siguientes.

Dios ha de aceptar la consagración de la criatura racional; porque, si Dios no la aceptara, ¿cómo podría ésta llamarse consagrada á Dios? Desde el instante mismo en que Dios no la aceptara, se manifestaría que era detestable, é indigna de Dios. El Señor aceptó los dones de Abel, y rechazó los de Cain; porque los dones del fratricida, que escogía lo peor de sus cosechas para ofrecerlo al Creador, eran indignos y detestables; y no puros é inocentes, como los de su hermano Abel.

Con sabiduría inspirada, la Iglesia Católica nos

ha enseñado, pues, á invocar á la Virgen, llamándola santa, porque esta palabra, dirigida á María, es el más excelente de los elogios, con que podemos ensalzarla. Si la proclamáramos inmaculada, dándole un elogio muy verdadero, no habríamos expresado toda la grandeza de la Madre de Dios: lo mismo sucedería, si la llamáramos pura, pues el verdadero mérito consiste no solamente en que la Virgen estuvo limpia y excenta de todo lo malo, sino en que, además de su limpieza extraordinaria, poseyó también todas las virtudes, en el grado más perfecto y heroico. En María no hemos de buscar manchas, así como en la blancura de la nieve no hemos de buscar sombras; ni en el resplandor de la luz, oscuridades: toda Ella es pureza, perfección y santidad....

La santidad expresa además el mérito de una virtud propia de la criatura racional elevada á un estado sobrenatural, por medios sobrenaturales, de los que haya sabido valerse la libertad moral de la criatura: la santidad es, por lo mismo, la perfección en el orden sobrenatural, adquirida mediante la gracia divina y los esfuerzos de la criatura racional. Al llamar santa á la Virgen, profesamos, pues, que la Madre de Dios cooperó heroicamente por su parte á las gracias que el Señor le concedió, y que si el Omnipotente hizo en María grandes portentos, María también, por su parte, supo corresponder á esos portentos y hacerse digna de la sublime dignidad á que el Altísimo la había predestinado. Tal es dirigida á la Virgen María la verdadera y rigurosa significación de la palabra santa, con que la Iglesia principia la deprecación ó segunda parte de la Salutación angélica.

¡Cuánta enseñanza en una sola palabra! La Iglesia Católica, gobernada por el Espíritu de Dios, nos recuerda que la sublime grandeza de la Virgen

es obra á la vez de Dios y de la misma Virgen; y con esta lección, que en una sola palabra nos da, nos estimula á poner de nuestra parte los medios necesarios para santificarnos también, trabajando á fin de que la protección poderosa de la Virgen María no sea inútil para nuestras almas. Llamamos santa á la Virgen María, y esa palabra no puede menos de recordarnos que estamos muy obligados á ser hijos dignos de tan excelsa Madre, siervos santos de una tan santa Reina, para que así con nuestras obras demos testimonio de nuestras creencias; porque en todas sus preces y oraciones la Iglesia Católica asocia necesariamente la moral más pura con los más elevados dogmas,

Lo iremos viendo en todas las palabras de esta segunda parte de la Salutación angélica, cuando meditemos las admirables enseñanzas morales que en cada una de ellas se contienen, porque no hay en esta deprecación una sola palabra que no contenga, con la profesión de un dogma sagrado, la enseñanza moral más útil y provechosa para nuestras almas.

La recitación de esta divina oración debe ser, pues, nuestra delicia aquí en la tierra, regocijándonos con la esperanza de cantarla algún día en el cielo, donde conoceremos todos los misterios de ella, y descubriremos las maravillas que hoy están ocultas á nuestro conocimiento.

Aceptada por Dios Nuestro Señor la consagración, que la criatura racional hace de sí misma al servicio divino, resta considerar las condiciones que requiere semejante consagración. Ante todo, conviene recordar cuán estrechos deberes tenemos para con nuestro Criador, por el mero hecho de ser criaturas suyas; pues ni nosotros podemos sustraernos jamás de la dependencia de Dios, ni Dios mismo puede renunciar, dirémoslo así, á la honra, al amor,

y al culto que le debemos: ahora bien, el cumplimiento de semejantes deberes por parte de la criatura ni es, ni se puede llamar estrictamente, santidad: es necesario que la criatura en el amor de Dios sea constante y generosa, que no esté siempre, con la estrecha y corta medida del estricto deber, calculando todos sus actos para dar á Dios tan sólo aquel amor, tasado en lo que basta para no desagradarle y ofenderle, y nada más. El amor debe ser generoso y heroico, y esta generosidad y este heroísmo se deben manifestar en el uso que de su libre alvedrío haga la criatura, escogiendo, entre las mismas acciones buenas, aquellas que den á Dios mayor gloria.

Mientras dura esta vida mortal nadie puede ni debe ser llamado estrictamente santo. ¡Cuánta no es la inconstancia de nuestro corazón! ¡Cuán grande la volubilidad de nuestros más firmes propósitos! Hoy aprobamos una cosa; y mañana la aborrecemos: y así, acometidos á cada instante por nuestra misma volubilidad, en guerra tenaz con nuestros apetitos desordenados, y perseguidos de molestas tentaciones del mundo y del demonio, no podemos saber si perseveraremos hasta el fin en el servicio y amor divino; ó si retractaremos nuestra voluntad y quebrantaremos nuestros propósitos. ¡Cuán difícil es la santidad!...

II

Explicada lo que es la santidad en sí misma, conviene que pasemos á considerar, por qué la Iglesia Católica invoca á la Virgen, llamándola santa, de preferencia; y no más bien pura ó inmaculada, por ejemplo: pues á la Madre de Dios pudieran dársele títulos innumerables en su alabanza.

Sancta Maria, Mater Dei, Santa María, Madre

de Dios.—Santo es lo que está consagrado á Dios, y, según la manera como lo estuviere, así será también la santidad. Bajo este respecto, después de la santa humanidad de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, no hay, ni es posible que haya jamás, criatura alguna tan consagrada, tan dedicada á Dios, tan de Dios, como la Virgen María. Las relaciones que la Maternidad divina estableció entre la Virgen María y la Persona adorable del Verbo de Dios, son relaciones físicas y necesarias: hay entre la Virgen y Jesucristo una dependencia íntima, inseparable y tan necesaria, que ya ni Dios mismo podría variarla: María será siempre Madre de Dios, y Jesucristo será siempre, eterna é inmutablemente, Hijo de la Virgen.

María ha cooperado físicamente á la existencia de Jesucristo, dando, de su propia sustancia, algo que era íntimo suyo, la sangre viva de su propio corazón, para que de ella, por la virtud milagrosa del Espíritu Santo, se formara el cuerpo humano del Redentor; y esa formación maravillosa no se verificó independientemente de María, sino en el seno inmaculado de Ella, donde el Verbo, hecho carne, vivió vida humana, y esa vida humana, que el mismo Dios vivió en el seno de María, era la misma vida humana de la Virgen; porque, durante nueve meses enteros, la vida del Verbo divino encarnado y la vida de María no fueron más que una sola vida, confundidas en una respiración única. ¿Podrá ni concebirse, ni imaginarse siquiera unión más estrecha con Dios?

En la santidad de María no sólo hubo aceptación por parte de Dios, sino elección, predestinación, segregación y escogimiento desde toda eternidad para el ministerio de la divina Maternidad: es decir, que, desde toda eternidad, María estuvo predestinada para la unión más íntima y estrecha con

Dios, que es posible entre las puras criaturas y el Criador. Esta predestinación se hace por parte de Dios respecto de la bienaventurada Virgen, con amor de preferencia inefable, complaciéndose el Todopoderoso en la más dichosa de todas las criaturas, con aquellos afectos de ternura y de cariño; de confianza y de benevolencia con que un hijo quiere y ama á su madre. ¿Será posible una santidad más extraordinaria? Nosotros los hombres no podemos hacer lo que le fué dado hacer al Redentor, formar por sí mismo el corazón de su Madre. . . . ¿Decidme cuán admirable y santo será ese corazón, cuyos defectos, (si algunos fuera posible que tuviera), se imputarían con justicia al mismo Dios, que, pudiendo formar mejor el corazón de su Madre, se quedó corto y limitado en las gracias y virtudes de que lo adornó? ¡Ah! ¡Quién podrá conocer los arcanos maravillosos de santidad del corazón de la Virgen! ¡De ese corazón formado por su mismo Hijo! ¡De ese corazón, en cuya formación puso el Altísimo todos sus atributos, para sacarlo acabado y perfecto! ¡Santo é inmaculado corazón de la Virgen, abismo, donde fueron atesorados los dones y gracias más preciosos de la bondad divina! Si del corazón de cada hombre dice la Escritura Santa, que Dios lo ha formado y fabricado, por sus propias manos, modelándolo y componiéndolo con primor, á la manera que el alfarero el barro de que fabrica los vasos de su arte, pues esa es la propia significación de las palabras de los Salmos: *Qui finxit singillatim corda eorum*, va formando uno por uno el corazón de cada uno de los hombres, ¿qué no debemos decir y ponderar respecto del corazón de la Virgen?

Desde el momento mismo en que María fué criada, pudo y debió con toda verdad ser llamada santa, siendo la Virgen la única criatura, que, aun

en el estado de prueba aquí en la tierra, ha merecido aquel calificativo. Vino á la vida en los esplendores de la gracia santificante, llena de la plenitud de ella y confirmada en el amor del bien, para siempre: su corazón, desde que principió á vivir, comenzó á amar á Dios; y solamente en el corazón de la Virgen se ha verificado aquello de que, la vida natural haya sido también el principio de la vida sobrenatural meritoria. ¿De quién ha podido contarse jamás cosa semejante entre las puras criaturas? Y, si el principio de su vida natural fué también el principio de su vida meritoria, ¿quién podrá decir cuán heroica fué siempre su caridad? María, ya desde el instante mismo de su vida natural, estuvo firme en la gracia santificante y confirmada para siempre en ella: no retractó jamás, y moralmente era imposible que retractara, su propósito de amar á Dios: y ese propósito, en que se mantuvo fiel y constante todos los días de su vida, fué el propósito más heroico que se ha hecho jamás, en la tierra: el propósito de poner siempre por obra lo mejor, lo que diera á Dios mayor gloria. Y, ¡cuán perfectamente fué cumplido por la Virgen ese propósito! La medida del amor á Dios, ha dicho un Padre de la Iglesia, es amarle sin medida. Amarás al Señor, tu Dios, con toda tu alma, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas: tal es el precepto del amor á Dios y la manera de cumplirlo: que el cumplimiento de este precepto divino sea posible es indudable, porque el Criador no habría pedido al hombre cosa que fuese imposible. Más, ¿será fácil conocer hasta dónde llega la facultad de amar que posee nuestro corazón? Esa facultad de amar, de que está dotado nuestro corazón, es un secreto para nosotros mismos: no conocemos cuán grande es la potencia de amar de que estamos dotados; y de repente sucede

que nos sorprende nuestro propio corazón, despidiendo incendios inesperados, cuando lo creíamos yerto y enteramente apagado. Si esto es cierto respecto del amor puramente humano, ¿qué no diremos del amor divino? ¿Quién podrá decir jamás, ni los mayores santos, que han empleado en el amor de Dios toda la potencia de amar de que está naturalmente dotado nuestro corazón?

Se ha amado á Dios en la tierra, se le ha amado de veras; ha habido corazones que han tenido la felicidad de arder en el fuego de la más pura caridad: todo esto es cierto; pero nadie puede decir que ha agotado en el amor divino todas las fuerzas de amar de que estuvo dotado su corazón; y que, si ya no amó más, fué porque en su corazón ya no hubo más amor. La pureza de los motivos del amor y no sólo la duración del fervor, sino el aumento incesante del amor, todas esas son condiciones necesarias para que el precepto del amor á Dios se cumpla, como lo exige la manera prescrita por Dios.

En la tierra hubo un corazón que amó á Dios, con toda la potencia de amar de que estuvo dotado, y ese corazón fué el corazón immaculado de la Virgen María: ningún corazón humano ha tenido jamás tantas fuerzas para amar, como el corazón de la Virgen; el cual, aun naturalmente, ha sido el corazón mejor formado, entre todos cuantos corazones han latido en pecho humano: corazón nobilísimo en sus afectos, exquisitamente sensible, generoso y magnánimo; inspirador de grandes pensamientos y de heroicas resoluciones á el alma más perfecta que ha existido jamás. Ese corazón puso en actividad todo el amor de que era capaz, y, ardiendo en las llamas de la más fervorosa caridad, vivió en este mundo, sin descaecer, ni por un instante, antes atizando sin cesar y dando estímulos á la hoguera de su amor. Por eso se llama santa, porque

en la tierra cumplió perfectamente, en la sustancia y en el modo, en los motivos y en la medida, el gran precepto de la ley divina, el precepto del amor á Dios!

La palabra santa á ninguna criatura conviene, pues, con mayor propiedad que á la Virgen. Lo que nos hace moralmente buenos ó moralmente malos es nuestra vida íntima, la vida secreta de nuestro interior, aquella vida oculta interiormente, y de cuyas acciones el único testigo es nuestra propia conciencia. De aquí es que, lo que somos á lo exterior no es, ni puede ser nunca, la medida de nuestra vida moral y de nuestra virtud: hombres hay, cuyas apariencias exteriores son muy laudables; pero, cuya conciencia íntima está dando testimonio infalible de ruin perversidad. Somos verdaderamente no aquello que parecemos en lo exterior, sino aquello que en nuestra conciencia íntima somos delante de Dios.

Amar aquello que Dios ama, amarlo, porque Dios lo ama, teniendo para nuestro amor los mismos motivos que tiene Dios para el suyo, y, en fin, amarlo, en cuanto nos sea posible, tanto cuanto el mismo Dios ama, eso es ser verdaderamente buenos: hé ahí en lo que consiste la bondad moral de las criaturas racionales. Y, ¿cuál es el objeto del amor de Dios sino Dios mismo? Amar, pues, á Dios, porque el amarlo es racional, es justo, es necesario: amar solamente á Dios, porque Dios es nuestro único fin, y amar las demás cosas tan sólo en cuanto Dios quiere que las amemos, es decir, como medios que nos conducen al fin, y poner de nuestra parte en el amor divino todas nuestras fuerzas, con perseverancia constante, con fidelidad, sin desmayar ni descaecer, ved ahí lo que hace á la criatura racional verdaderamente buena. En la tierra, por causa de la flaqueza de la condición humana, semejante

amor no se ha realizado en toda su perfección más que en la Virgen María, que fué la única, de quien no podemos menos de creer y pensar que cumplió aquí en la tierra el precepto de amar á Dios, con toda aquella perfección de que es capaz el corazón humano. Por esto, nadie ha merecido tanto como la Virgen ser llamada santa por excelencia, aun estando todavía en esta vida mortal. Si Dios es santo, porque se ama á sí mismo; María fué santa ya desde esta vida mortal, porque amó á Dios, como Dios podía y debía ser amado por un corazón humano.

Dios es santo por ser quien es, y su santidad consiste en la inmutabilidad de su adorable esencia: es santo necesariamente, porque necesariamente se ama á sí mismo con amor infinito, y ese amor eterno, con que se goza Dios amándose infinitamente, es la tercera Persona de la augusta Trinidad. Cuanto más se acerque, pues, á Dios la criatura y cuanto más se asemeje á la manera de ser de Dios, tanto más perfecta será y tanto más santa. La Virgen es quien mejor ha reproducido en sí la manera de ser de Dios, amando solamente á Dios, amando á Dios por Dios mismo y amándole sin cesar con todas las fuerzas de todo su sér, con toda la potencia de su alma. María empleó en el amor divino todo su sér: sus sentidos, sus potencias, sus facultades todas, y esto desde el mismo instante en que principió á vivir, sin que hubiera ni un sólo momento de su vida en que dejara de amar á Dios, y en este amor no hubo tibieza ni desmayo jamás, antes fué creciendo en mérito más y más: y así la Virgen ha sido la criatura que ha amado á Dios más perfectamente, y en la tierra la única que ha cumplido hasta en sus ápices de perfección el primero y el mayor de los preceptos de la ley divina.

La Esposa divina exclama en el Cantar de

Cantares, y dirigiéndose á los vientos dice: Aquilón, retírate; y tú, Austro, ven: sopla en mi huerto y esparce á lo lejos su fragancia! . . . *Surge aquilo, et veni auster, perfle hortum meum, et fluant aromata illius* (1). Ese huerto de la Esposa divina es una figura del alma de la Santa Virgen, fecundísima en toda clase de obras de heroica perfección. Los vientos significan la acción del Espíritu Santo, que llega y visita á las almas, ya estimulándolas á hacer grandes cosas para gloria de Dios, ya fortaleciéndolas para que en las pruebas, en los padecimientos y en los dolores que el Señor les envía, manifiesten su caridad y su constancia. Sopla el viento suave del medio día, que trae consolación á el alma: se levanta el viento impetuoso y helado de las tribulaciones: el austro, el aquilón; llegan, sacuden los árboles del huerto, los agitan, pero también, cuando se apartan, no pueden menos de llevar sus alas empapadas en el exquisito aroma de las virtudes; y así la fragancia de los buenos ejemplos se esparce á largas distancias y embalsama todo el ambiente. *Surge Aquilo*, Aquilón ahuyéntate, retírate. . . . *Veni Auster*, Austro, ven!

En esa llamada, en esa invitación que la Esposa mística de la Escritura hace al Austro, claramente se da á entender la generosa y heroica resignación de la Virgen Nuestra Señora á la voluntad divina; su amor á las humillaciones y afrentas, de que estuvo acompañada la cruz de Jesucristo, Nuestro Redentor: cruz, de cuyas amarguras tanto participó la divina Virgen.

Surge Aquilo, Aquilón, retírate. Aquilón, viento abrasador que dañas á las flores, viento nocivo á los frutos, retírate, no soples en mi huerto! . . . En este conjuro de la Esposa mística, ¿no recono-

[1] Cantar de Cantares, cap. 4, ver. 16.

ceremos la firme constancia de la Virgen y su fortaleza en el amor divino? La inconstancia que perjudica á la perfección, la volubilidad humana que desvirtúa los frutos de santificación, estuvieron muy lejos del alma de la Virgen. En ese huerto místico de su alma inmaculada, en ese jardín de extraordinaria hermosura, cerrado hasta á las miradas de los profanos y abierto sólo al Rey de la gloria, no tuvieron cabida defectos ni imperfecciones.

Decid ¿cuál sería la fragancia que exhalaba el Paraíso, cuando lo oreaban los vientos, ya en la mañana al nacer el sol; ya al caer de la tarde, á la hora del crepúsculo? ¡Ah! Y cómo se difunde y dilata por el ámbito de los siglos; cómo sube y se eleva hasta los cielos, la divina fragancia de las virtudes de María! *Emisiones tuae paradisus:* de tí se exhala, decía el Esposo á la Esposa mística, de tí se exhala una fragancia, como la del Paraíso. Cuando el Eterno Sol de Justicia se levantó, en aquel *hágase*, tan humilde y rendido, que mereció, á su manera, la Encarnación; y en aquel otro *hágase, fiat*, con que, al declinar el día de su vida mortal, aceptó gustosa y humilde las tristes sombras del sepulcro y de la muerte, ¡ah! entonces, cuán sublimes virtudes no practicó, cuanto no se difundió y esparció la fragancia de ese Paraíso de Dios, el alma inmaculada de la Virgen María! *Emisiones tuae paradisus*, despedís de Tí, oh Virgen, efluvios fragantísimos, como los del Paraíso, efluvios de santidad, fragancia de virtudes.

DEPRECACIÓN.

Vos, Virgen santa, que en vuestra vida mortal sobre la tierra padecisteis tantas tribulaciones y fuisteis víctima de tantos dolores, conocéis cual es la condición de la verdadera virtud en este mundo,

y sabéis cuán acervo es el cáliz de amargura preparado para el justo en la tierra; dignaos, pues, asistir á los justos, para que no desfallezcan, alcanzándoles gracias abundantes en los momentos en que se encuentren más atribulados; orando por ellos cuando sean combatidos de tentaciones, y amparándoles contra la zaña y furor del enemigo infernal. ¡ Oh! María, oh Virgen poderosísima, cuando á la bestia infernal le sea dado permiso para perseguir á los justos, dignaos refrenarla, diciéndole siempre: *Veruntamen animam illius serva* (1). Atormentálos en todo, pero no les quites la vida: aflíjelos, persíguelos, en tus manos están todos sus bienes, menos la vida del alma. *Animam illius*. ¡ Oh! Virgen, terror del enemigo infernal, guardad las almas de los justos, para que en sus tentaciones no caigan en pecado; sostenedlos, para que de la prueba salgan purificados y más ricos en merecimientos, y, sobre todo, en el momento supremo, en el instante de la muerte, cuando la acometida de los demonios es más furiosa, *Animam illius serva*: guardad las almas de los justos, para que, al perder la vida del cuerpo, principien á gozar de la vida gloriosa en el cielo.—Amén.

[1] Job, cap. 2, ver. 6.



LECCION DÉCIMA SÉPTIMA.

DIA DIEZ Y SIETE DE MAYO.

EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE
SANTÍSIMO DE MARIA.

I

El santo arcángel no pronunció el nombre de la Virgen, cuando, al saludarle de parte de Dios, le dirigió aquellas admirables palabras, cuyo misterioso significado hemos procurado explicar en las lecciones anteriores. Oyendo la Virgen una salutación tan magnífica, se turbó en su humildad, sintiendo un temor súbito al considerarse indigna de los elogios que le dirigía un príncipe de la corte celestial. Entonces el Angel, para tranquilizar á la Virgen, hablándole en tono de confianza familiar, le dijo: No temas, María; pues has hallado gracia en la presencia del Señor: te anuncio que concebirás en tu seno y darás á luz un hijo, el cual ha de ser grande, porque será el mismo Hijo del Altísimo: *Ne timeas Maria: invenisti enim gratiam apud Dominum: ecce concipies in utero, et paries filium; hic erit magnus et Filius Altissimi vocabitur* (1). En la conducta del santo arcángel, que calló el nombre de la Virgen al saludarle, presentándose delante de Ella con un mensaje divino, debemos reconocer una manifestación de respeto y de reverencia, tributada á la Virgen de parte del enviado celestial: calló el nombre por la reverencia, de que

[1] San Lucas, cap. 1, versículos 29, 30 y 31.

se sintió poseído al presentarse delante de la futura Madre de Dios: lo pronunció después, cuando hubo de tranquilizar á la Virgen revelándole sus eternos destinos.

Más la Iglesia, al enseñarnos á repetir la Salutación angélica, ha querido que pronunciemos dos veces el nombre de la Virgen: una en la primera parte, en el elogio; y otra en la segunda parte ó deprecación. Meditemos, pues, lo que ese nombre dulcísimo de María significa, y procuremos descubrir algunos de los misterios y excelencias del nombre que lleva, y con que es apellidada en los cielos y en la tierra la santa Madre de Dios.

La inmaculada Virgen tiene el nombre de María, y con ese nombre es llamada por Dios, por los ángeles, por los hombres y por todas las criaturas. Pero, ¿qué significa ese nombre? ¿Cuál es la significación del nombre de María? ¿Conviene ese nombre á la inmaculada Virgen Madre de Dios? Tales son los puntos que debemos considerar respecto del nombre de María.

María significa propiamente *Iluminada é iluminadora*: significa también *Señora* y *Estrella del mar*, y todos estos significados de tan admirable nombre convienen y cuadran á la Virgen Madre de Dios, que lo lleva. Y, sin duda, ese nombre misterioso le fué impuesto por divina revelación.

María quiere decir *Iluminada é iluminadora*.

Este significado tiene dos partes: la primera es María ó iluminada; y la segunda, María ó iluminadora. María quiere decir iluminada porque, la Virgen estuvo iluminada con luz de fe, con luz de gracia, con luz de ciencia, con luz de profecía y con los dones del Espíritu Santo.

María iluminada con luz de fe.

Consideremos como la Virgen estuvo iluminada con luz de fe.

La fe es una virtud cristiana y, por lo mismo, sobrenatural ó superior á las puras fuerzas de la naturaleza humana: consiste en creer lo que Dios nos ha revelado, aunque nuestra razón no lo comprenda ni pueda comprenderlo. Para prestar nuestro asentimiento á las verdades reveladas, es necesario que nos conste evidentemente que Dios es quien las ha revelado, y que además el mismo Señor nos auxilie con su gracia. Una vez que nos consta evidentemente que es Dios quien nos ha hablado, damos nuestro asentimiento á las cosas reveladas, fundándonos para ello en que Dios, como sumamente sabio no puede engañarse, y como sumamente bueno y veraz no puede engañarnos. La fe es virtud sobrenatural, porque, mediante ella, alcanzamos un premio también sobrenatural, que es la gloria eterna: no hay en las condiciones puramente naturales de la criatura racional humana fuerzas suficientes para practicar actos de fe, y es necesario que nos auxilie la gracia divina, ayudados de la cual somos capaces de practicarlos. ¿Cuál es la diferencia que hay entre la fe puramente humana ó racional y la fe divina ó sobrenatural? Con fe puramente humana creemos aquellas cosas que nosotros no sabemos ó no conocemos: y con fe sobrenatural creemos las verdades religiosas reveladas por Dios, porque Dios las ha revelado; la fe divina se apoya, pues, en la santidad de Dios, cuya sabiduría y bondad son infinitas: la fe humana descansa en la moralidad humana, cuando, tanto la ciencia como la probidad de los testigos, nos sean bien conocidas. La fe es, por lo mismo, una luz que ilumina los ojos de nuestra alma, y descubre á la con-

templación de nuestra mente verdades desconocidas y muy superiores á nuestra limitada inteligencia. Nuestra razón natural es también una luz, la cual nos alumbrá en el conocimiento de las cosas que están á nuestros alcances; pero la fe es luz mayor, de más intensa claridad, y nos auxilia para que en el mundo sobrenatural veamos lo que, con la simple razón, no habríamos podido conocer.

La fe, considerada como virtud humana, tiene sus excelencias, así como tiene también sus defectos, que se oponen precisamente á las excelencias. Creer todo cuanto Dios ha revelado, creerlo con prontitud, creerlo con firmeza incontrastable, hé ahí lo que distingue á la fe íntegra, generosa y firme, de la fe á medias, vacilante y dudosa, que no cree todas las verdades reveladas, que fluctúa entre la duda y la convicción y que, siempre descontenta, quisiera encontrar en los arcanos divinos una evidencia mayor, que la que se encuentra en los conocimientos naturales.—De aquí es que, en punto á la fe sobrenatural, podemos ofender á Dios de varios modos: no creyendo que Dios es quien ha revelado las verdades que son objeto de la fe, á pesar de las pruebas que hay para creer que el mismo Dios es quien las ha revelado: dudando de la veracidad divina ó negando nuestro asentimiento á las verdades reveladas, con el vano pretexto de que no las comprendemos; ó, en fin, vacilando en nuestra creencia, más inclinados á la duda que á la firmeza y certidumbre.

La fe alumbrá é ilumina, pues, nuestra alma: es una nueva luz añadida á la luz de la razón natural: un resplandor de luz divina y sobrenatural, con cuyo auxilio nuestra inteligencia ve y conoce lo que está puesto muy por encima de su vista y conocimiento natural. Esta virtud divina la suele Dios infundir en nuestra alma, comunicándonos una

cierta disposición sobrenatural, por la que nos encontramos en actitud de practicar constantemente actos de fe, esto es, actos sobrenaturales de asentimiento y de voluntaria adhesión á los misterios y verdades reveladas. Porque el hábito de la fe, que Dios infunde en nuestra alma, es luz que ilumina nuestra inteligencia, y suave moción de la voluntad que la impele blandamente al asentimiento y firme adhesión á lo revelado.

De dos modos conocemos, pues, á Dios aquí en este mundo: lo conocemos por las luces de la razón natural; y lo conocemos por la luz de la fe ó de la revelación divina: no hay contradicción entre los dos conocimientos; antes bien el segundo no es más que una aclaración y aumento del primero. Así la luz de la fe y la luz de la razón, juntándose en una sola llama de verdad, alumbran maravillosamente á nuestra alma en sus contemplaciones de la verdad increada. Más en las verdades reveladas por la fe habrá siempre necesariamente misterios impenetrables á nuestra inteligencia. ¿Qué son los misterios? ¿Qué son, sino verdades de un orden sobrenatural, cuyo conocimiento se encuentra, por lo mismo, fuera de los límites de la comprensión humana? Verdades, que nuestra inteligencia ve y contempla presentes en el espejo de la revelación divina; pero que naturalmente no le es posible comprender. Y no podía ser de otra manera; por que, si ya desde aquí, desde este mundo, llegáramos á comprender completamente las verdades reveladas, el mérito de la fe sería de todo punto imposible.

Vivimos en este mundo vida de prueba: nuestra vida aquí en la tierra tiene la condición de una peregrinación, y los misterios sólo dejarán de existir para nosotros con la vista clara de la divina esencia. Si desde esta vida gozáramos ya de la vista clara de Dios, decidme ¿el estado de prueba sería po-

sible? Pedir, que en la revelación no haya misterios, ¿no es lo mismo que exigir que el hombre sea criado en estado de bienaventuranza perfecta, y que el goce de la visión clara de Dios principie para nosotros ya desde que nacemos en este mundo? En la revelación es, pues, necesario que haya misterios incomprensibles á nuestra razón, para que viviendo vida de fe, tengamos el mérito de esa virtud sobrenatural aquí, en este mundo; sometiendo la inteligencia á la palabra divina, y creyendo, con amor, en la verdad revelada.

Expuesto ya lo que es la virtud de la fe, pasemos á considerar cómo esa luz divina iluminó el alma inmaculada de la Virgen María.

II

La santa Madre de Dios, mientras vivió en este mundo, estuvo, como todos los demás mortales, sujeta á la vida de prueba, y hasta el fin de sus días se conservó en ese mismo estado, siendo, como todos nosotros, hasta el instante de su muerte, viadora ó peregrina en este mundo, donde, por tanto, era necesario que fuese alumbrada con las luces de la fe.

Sin la virtud de la fe es imposible agradar á Dios; y, según la doctrina del Apóstol, el justo vive de fe, vive vida de fe. *Sine fide impossibile est placere Deo: justus ex fide vivit* (1). Ahora bien: si faltando la fe es imposible agradar á Dios, aquella criatura extraordinaria, á quien Dios ha amado con amor de predilección y de preferencia desde toda eternidad, ¿sería posible que hubiera agradado

(1) Epístola á los Romanos, cap. 1, ver. 17.—Epístola á los Hebreos, cap. 11, ver. 6.

tanto á Dios, si hubiese carecido de la virtud sobrenatural de la fe? La más santa entre todas las criaturas, ¿habría vivido vida de justicia y de santidad faltándole la virtud de la fe, de la cual vive el justo? Por el contrario, ¿no era necesario que la Virgen predestinada para Madre de Dios recibiera también una virtud de fe sobrenatural, en grado mayor que aquel, en que se concede á todos los hombres? Así lo exigía el orden de la Providencia, en la dispensación de las gracias sobrenaturales á sus criaturas, y así se cumplió terminantemente.

La fe es, además, el principio y la raíz y el fundamento de todas las virtudes sobrenaturales: quitada la fe, y la salvación es de todo punto imposible. Siendo esto así ¿podrá ni imaginarse siquiera que la Virgen María haya tenido la virtud de la fe, en un grado común y ordinario? Para el edificio de tan consumada santidad, era indispensable el fundamento, de una fe extraordinaria, una virtud de fe tan privilegiada, que diese, como frutos espontáneos suyos, esos méritos imponderables de santidad, que no cesaremos de admirar en la inmaculada Virgen. Concluyamos, pues, de aquí, que la Madre de Dios, desde el instante mismo de su concepción, recibió el hábito de las tres virtudes teológicas de la fe, de la esperanza y de la caridad, que le fué infundido en grado heroico, juntamente con la gracia santificante. El hábito de la virtud de la fe lo recibió, para practicarla también en grado heroico, en todas las circunstancias de la vida, como era conveniente al ministerio de Madre del Verbo humanado, para el que desde toda eternidad estaba predestinada.

La fe iluminó, el alma de la Virgen, desde el momento mismo de su concepción, derramando en Ella la luz de la revelación de los más profundos y recónditos misterios de la Divinidad. Ma-

ría estaba dotada, (como lo hemos dicho ya en otra parte), de una alma naturalmente muy elevada; y la fuerza de su ingenio era asombrosa y mayor que la que han tenido los más grandes sabios que ha habido en la serie de los siglos: la claridad de su vista intelectual y la solidez de su juicio eran admirables: como su ocupación incesante era estar meditando las verdades religiosas contenidas en la Sagrada Escritura y en la doctrina tradicional de su pueblo, aquellas prendas intelectuales habían puesto á la Virgen en las condiciones más propicias para elevarse en alas de la contemplación hasta el más sublime conocimiento de los atributos divinos. ¿Qué hacía la fe en esa inteligencia privilegiada? ¿Qué hacía, sino bañarla de continuo en torrentes de luz sobrenatural, descubriéndole los arcanos de la Majestad divina? María fué la primera á quien se hizo la más clara y completa revelación de los más grandes misterios, que constituyen ahora el conjunto de nuestros dogmas cristianos: la primera que los conoció, y la primera que los creyó, fué la Virgen. Esta es una de las más admirables excelencias de la fe de la divina Virgen, y, por lo mismo, exige que nos detengamos á considerarla despacio y con toda la atención posible.

La revelación de los divinos misterios no ha sido la misma en todos tiempos, porque el Sol de la verdad revelada ha ido, poco á poco, despidiendo destellos de luz sobre el linaje humano, aumentando en esplendor y claridad, de una manera progresiva, hasta llegar al medio día de la revelación cristiana. La antigua Sinagoga poseyó la verdad revelada toda entera; así como la tuvieron también los Patriarcas de los primeros tiempos: pero ni éstos ni aquella la alcanzaron tan íntegra, tan completa, tan explícita en todos sus dogmas, como la posee la Iglesia cristiana, instruída por el mismo

Hijo de Dios hecho hombre.

El fundamento de la Religión es el dogma de la existencia y de la unidad de Dios: pero, á ese dogma fundamental la revelación cristiana le ha añadido mayor conocimiento, descubriendo y proponiendo á nuestra creencia la adorable Trinidad de las Personas divinas en la unidad de la esencia de Dios. La razón natural nos decía: hay un Dios: no puede haber muchos dioses: vino la fe, y añadió luz mayor á la luz natural, enseñándonos primero la existencia y la unidad de Dios, enteramente de acuerdo con la razón, y después, que en la unidad de la esencia divina había tres Personas distintas en Dios. ¿Habrá en esto alguna contradicción? ¿La habrá entre la luz de la mañana y la luz del medio día? Más el dogma sublime de la Trinidad adorable, aunque estaba contenido en el Antiguo Testamento, no fué tan clara y manifiestamente revelado á los judíos, como lo fué después á los cristianos en el Nuevo Testamento, y en las enseñanzas de la divina Tradición. En efecto, en la Nueva Alianza ha sido claramente revelado no sólo el misterio de la existencia de las Personas en Dios, sino también el modo inefable de las relaciones eternas de las tres Personas adorables en la unidad de la Divina Esencia. Y ¿á quién se reveló primeramente este misterio, sino á la Santa Virgen en el momento de la Anunciación? A nadie se ha revelado tan clara y manifiestamente el misterio de las tres Personas divinas en la unidad de una sola esencia, como á la Virgen, cuando el santo arcángel Gabriel trató con Ella de la Encarnación del Verbo Eterno, en sus entrañas virginales. ¿Cómo se verificará en mí este misterio? preguntó la Virgen al arcángel: entonces el enviado celestial le respondió, diciéndole: el Espíritu Santo descenderá sobre tí, y la virtud del Altísimo te hará sombra: y, por esto,

el Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios. Ved aquí la más admirable revelación del misterio de la Trinidad augusta. El poder del Altísimo haciendo sombra á la Virgen: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*, hé ahí la Persona de Dios Padre: el Espíritu Santo descenderá sobre tí: *Spiritus Sanctus superveniet in te*, hé ahí la Persona del Espíritu Santo: y ese Santo de los santos, ese Santo por esencia, que nacerá de la Virgen, será el Hijo de Dios: *Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei*. Hé ahí la Segunda Persona divina, la Persona de Dios Hijo. . . . Y á María se le revela no solamente el misterio de la existencia de las tres divinas Personas, sino también los atributos de cada una de ellas y sus relaciones inefables!

La persona de Dios Padre, como á quien corresponde la omnipotencia; la Persona de Dios Hijo, con sus dos admirables filiaciones; y la Persona del Espíritu Santo, con la comunicación de la gracia santificante; de modo que la Virgen conoce la existencia de las tres divinas Personas, las relaciones inefables de ellas y, además, el gran misterio de la Encarnación, tan clara y explícitamente, como no se había revelado antes ni á los Patriarcas ni á los Profetas de la antigua ley.

En efecto, los Patriarcas y los Profetas de la antigua ley creían en la venida al mundo del Mesías, prometido por Dios para redimir á los hombres; más la Sinagoga no tenía, respecto á la divinidad del futuro Redentor, ideas tan luminosas y magníficas como las que fueron después reveladas y enseñadas á la Iglesia cristiana. Esa naturaleza humana unida á la Persona divina del Verbo Eterno: ese verdadero hombre, existente sin personalidad humana: esa Persona divina, con las dos naturalezas en el Hombre-Dios, eso era poco menos que desconocido é ignorado de la Sinagoga de Israel.

Esas verdades admirables son el tesoro de la revelación cristiana: y tan admirables son y tan sublimes y tan divinas, que la inteligencia humana ha encontrado siempre, en la misteriosa y sagrada oscuridad de esos augustos é incomprensibles misterios, un tropiezo á nuestro orgullo y una humillación para nuestra soberbia. Todos los errores religiosos, todas las aberraciones de la mente humana, todas son negaciones, más ó menos atrevidas, de la Encarnación, tal como fué revelada á la Virgen, y por la Virgen al mundo.

¡ Cuántas verdades iluminaron el alma de la santa Virgen ! El Hijo Eterno de Dios había de nacer de Ella ; y Ella había de dar á luz al Santo de los santos, al que es la misma santidad : *Sanctum, quod nascetur ex te* . . . Para ser madre del Santo de los santos, el Espíritu divino, la Tercera Persona de la Trinidad adorable, esa Persona, cuyo atributo y distintivo es la santidad, descendería al alma de la Virgen, para hacerla digna de una maternidad tan sublime santificando su mismo cuerpo ! *Spiritus Sanctus superveniet in te*. Con ser madre y madre verdadera, con dar á luz un Niño, engendrado y concebido en sus entrañas, Ella quedaría íntegra, limpia y pura en su virginidad inmaculada, porque la omnipotencia del Altísimo le haría sombra. *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*. ¿ Qué es, pues, lo que debéis creer, ¡ oh ! María ? ¿ Cuántos misterios se proponen á vuestra inteligencia, para ejercicio de vuestra fe, pronta, humilde y generosa ? El misterio de la individua Trinidad de Dios: la Encarnación del Verbo Eterno en vuestras entrañas inmaculadas : vuestra divina Maternidad y vuestra virginidad milagrosa . . . La luz de la divinidad inundaba, pues, el alma de la santa Virgen ; y en el conocimiento de los secretos divinos estaba, muy iluminada, mereciendo llevar por nomi-

bre suyo el de María, ó la iluminada por excelencia!

Otro de los grandes misterios, con cuyo conocimiento se ilustró á la Virgen, fué el de la Redención. El conocimiento de este misterio y la fe en el Redentor prometido era la sustancia, dirémoslo así, de toda la religión, tanto en la ley natural, como en la ley escrita: pero, nadie conoció la manera cómo se verificaría este misterio, ni tuvo acerca de él tanta luz como la Virgen. Así los Patriarcas de la ley natural, como los Profetas y Varones santos de la ley escrita, recibieron una revelación clara acerca de la futura redención del linaje humano, y esperaban y creían que el Mesías prometido por Dios había de salvar al mundo; pero, con todo, los secretos maravillosos de la redención y de la manera cómo había de verificarse les eran enteramente desconocidos.

Por la profecía de Simeón le fué públicamente declarado á la Virgen el misterio de la redención dolorosa, con que su Hijo divino había de salvar al mundo; y María fué la primera que conoció las sublimes ignominias de la cruz, y las humillaciones inefables del Verbo divino humanado. La ciencia de Jesucristo crucificado es, según el Apóstol, ciencia eminente entre las ciencias; y la cruz es la misma sabiduría y poder de Dios: más esos misterios no fueron revelados á nadie tan claramente como á la Virgen; y lo que Ella conoció de esos adorables misterios no puede compararse ni con los mayores conocimientos que sobre esos mismos misterios fueron revelados á los Apóstoles. Y que el reinado del Mesías era espiritual y eterno, y que la sociedad que el Salvador había de fundar duraría en la tierra hasta la consumación de los siglos, y los secretos maravillosos de la gracia santificante, y todo cuanto se refiere á la gloria del Redentor, ¿quién lo co-

noció antes que la Virgen? ¿A quién se revelaron esos misterios antes que á Aquella, que concibió en su seno y alimentó á sus pechos virginales al Redentor del mundo?

El Espíritu Santo pondera y encomia en el Evangelio la fe de la Virgen, y por boca de santa Isabel nos ha revelado que la fe de María fué parte para que se cumpliesen en Ella las promesas del Altísimo. *Beata quae credidisti: perficientur ea quae dicta sunt tibi a Domino.* Bienaventurada eres, porque has creído que se cumplirán en tí las promesas del Señor (1).

Esa fe de la santa Virgen fué íntegra, firme y generosa, con una constancia heroica. Debía creer todo cuanto de parte de Dios le fué revelado; y todo lo creyó al punto, sin vacilar ni un instante, sin dudar ni por un momento. Y ¡cuántos misterios, cuán oscuros y profundos, se le proponían á su inteligencia! ¡Qué de dificultades no podía oponer la razón para creerlos! ¡Esos misterios debían verificarse en María, y por medio de María: había de concebir un Niño, lo había de dar á luz, y esa maternidad sería milagrosa, sin que se cumpliesen las leyes de la maternidad en el orden constante é inviolable de la naturaleza, antes contra todas esas leyes: hé ahí un misterio! Concibiendo en sus entrañas un Niño, llevándolo nueve meses en su seno, y dándolo á luz; con todo, su virginidad no sólo no padecería detrimento, sino que adquiriría un realce de pureza incomparable: hé ahí otro misterio!... ¿Y qué pruebas se le dieron á María para exigirle la fe en esos misterios? ¡Ah! ¡Misterios, todavía más sublimes, profundos é incomprensibles!... Ese hijo, era el mismo Dios, era la misma Persona divina del Verbo Eterno, que tomaría naturaleza

(1) San Lucas, cap. 1, ver. 45.

humana, encarnándose en las entrañas de María!.... Ese Niño, que Ella sentiría comenzar á vivir en su seno, ese Niño, que Ella alimentaría á sus pechos, ese Niño suyo, sería el mismo Dios, la misma Majestad increada, el Eterno, el Todopoderoso, el Inmenso, el Infinito!!... Ahora, ya verificado el misterio, de sólo pensar en su profundidad, retrocede como espantada la inteligencia humana!!... Representaos á la Virgen, arrodillada en tierra, escuchando, con los ojos bajos, la cabeza inclinada, el aspecto lleno de modestia celestial, esos anuncios misteriosos, y contempladla frente á frente de un Angel, con el cielo abierto sobre su cabeza, y la misma adorable Trinidad atenta á las palabras que iba á pronunciar la más grande, al par que la más humilde de todas las criaturas.... ¿Qué hizo la Virgen en aquel instante? Conocía evidentemente que era un príncipe celestial quien le estaba hablando, le constaba también evidentemente que el Angel le hablaba de parte del mismo Dios; y no exigió más pruebas ni testimonios: Dios me lo dice, lo creo: tal fué el discurso que hizo en lo íntimo de su conciencia la santa Virgen; y su fe generosa salvó al mundo!... No presentó dificultades, no reclamó pruebas anticipadas, que le asegurasen de que habían de verificarse infaliblemente los misterios que se le anunciaban, ni se detuvo á ponderar cuántas eran las dificultades, cuán oscuras las tinieblas de esos misterios, cuán incomprensibles á la razón. Dios me lo dice; yo no lo comprendo ni puedo comprenderlo; pero lo creo: Cúmplase en mí tu palabra! *Fiat mihi secundum verbum tuum*. Tu palabra, que es la misma palabra de Dios! Ponderemos despacio esta sublime respuesta.

¡Oh! príncipe celestial, tú me hablas en nombre de Dios: yo no comprendo esos misterios, que, de parte de Dios, me anuncias que se van á verifi-

car en mí, ni puedo comprenderlos, porque para toda inteligencia creada son incomprensibles: pero los creo, porque Dios es infinitamente sabio, poderoso y bueno, y puede hacer cuanto me dices; y nunca se engaña ni quiere engañar á sus criaturas: cúmplase pues en mí tu palabra, que es la misma palabra de Dios, para quien querer una cosa es hacerla, porque habla y, al punto, se verifica todo cuanto dice. *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum.* Tal fué el razonamiento de la Virgen, expresado con la concisión sublime de su respuesta admirable.

María no pidió, como Gedeón, señales milagrosas y palpables para creer en la palabra del Angel: tampoco exigió, como Moisés, una prueba maravillosa, con que cerciorarse de la verificación del hecho que se le anunciaba; ni, como el caudillo de Israel, dudó de la promesa divina, acercándose á golpear con mano vacilante la roca milagrosa del desierto, para hacer brotar de ella aguas en abundancia! María creyó á Dios, al punto, sin vacilar. El Apóstol pondera la fe del Patriarca Abraham, y dice: que creyó, esperando contra toda esperanza; y que á una fe tan heroica debió su justificación. Más, ¿en qué brilló la fe del padre de los creyentes? ¿En qué estuvo el mérito de ella? Dios prometió á Abraham que su hijo Isaac sería padre de una descendencia numerosa: y, cuando ese hijo de las promesas estuvo crecido, el mismo Dios le mandó á Abraham que se lo ofreciera en sacrificio, inmolándolo en el monte que le señaló; y Abraham cumplió por su parte inmediatamente el precepto divino, sin vacilar, ni dudar que Dios cumpliría también la promesa que le tenía hecha de constituir padre de una descendencia numerosa á ese mismo hijo, á quien le mandaba sacrificar. Pero Abraham había sido testigo del nacimiento milagroso

del mismo Isaac, dado á luz por una madre anciana y estéril, en el mismo tiempo en que Dios le había anunciado que le había de nacer ese hijo. Y María, ¿qué señales milagrosas había recibido? ¿qué promesas había visto cumplidas? y, no obstante, ¡cuán pronta fué y generosa la fe suya á la palabra divina! No vaciló, no dudó: le habló el Angel en nombre de Dios, y al instante creyó, tributando á la sabiduría divina el homenaje, humilde y sincero, de rendir su inteligencia á los misterios incomprensibles de la Divinidad.

Otra de las circunstancias más excepcionales de la vida de la Virgen, en que resplandeció admirablemente su fe heroica y extraordinaria, fué la condición de íntima confianza y estrechas relaciones de familia, en que se conservó durante treinta años enteros con su Hijo divino. Lo vió tierno, delicado, recién nacido; lo vió como iba creciendo y dando, poco á poco, señales de esa plenitud de gracia divina é inefable sabiduría, que poseía como Hombre-Dios: lo vió en el vigor de la edad juvenil, tratando íntimamente con su Hijo, con esas relaciones domésticas de una madre para con el único hijo de sus entrañas: decid, ¿todas estas no eran circunstancias muy oportunas, para que la fe sobrenatural de María languidiese y se amortiguase en los cariñosos afectos de un puro amor maternal? ¿Quién podrá dudarlo? Más la admirable Virgen jamás, ni un sólo día, ni un sólo momento, ni en la más leve acción, perdió de vista, con la luz sobrenatural de la fe, al Dios incomprensible en el amantísimo Hijo de sus entrañas: amaba á su Hijo, con la más intensa ternura; y adoraba á su Dios, con la más profunda reverencia: y en todos los momentos de su vida se manifestó siempre como Madre para con su Hijo, y como humilde criatura para con su Criador.



¿Qué diremos de su fe en la Pasión y en la Resurrección de Jesucristo? ¿Su fe en esos misterios fué admirable sobre toda admiración!

En medio de tantos motivos como se presentaban para adormecer el vigor sobrenatural de la fe, María lo conservó no sólo vivo, sino heroico, en todos sus actos. ¿Qué era lo que veía? ¿Qué era lo que sus sentidos palpaban? La humanidad santa de su Hijo divino! ¿y, acaso, por eso, dejó de adorar un momento todos y cada uno de los atributos infinitos, ocultos en la debilidad y los sufrimientos de la naturaleza humana, de que el Verbo estaba revestido? Y el misterio de la cruz, con todas sus humillaciones y con todos sus dolores, ¿no era incomprendible á la inteligencia humana? Y no lo era mayormente para la Virgen inmaculada, que estaba presenciando las operaciones maravillosas del Verbo Divino? ¿Cómo es posible que un Dios muera! y que muera á manos de sus mismas criaturas! y que sea flajelado y escarnecido! ¡Cielos! Pasmaos de misterios tan tremendos!... ¿Quién es la primera que conoce y cree esos misterios, sino María? ¿Quién no sólo cree, sino que toma parte en ellos? Vedla en el Calvario, abismada en dolores inauditos, ahogada en amarguras indecibles... Todos han abandonado á Jesucristo; la fe en la divinidad del Maestro ha naufragado en todos sus discípulos; y apenas los más constantes en el amor del Maestro llevan al Calvario el homenaje de un corazón lastimado y humanamente compadecido de la muerte dolorosa, con que se ha sacrificado á un inocente: pero, la fe en la divinidad, la adoración á Dios agonizante en un patíbulo; sobre todo, esa adoración reparadora, que ofrecía amor y lágrimas en compensación de sarcasmos y blasfemias, ¡ah! esa fe, esa adoración las llevó al Calvario solamente la Virgen! Solamente la Madre admirable, que, du-



rante las tres largas horas de la agonía de la Víctima divina, se mantuvo en pie, adorando los atributos infinitos del Verbo Eterno, anonadados bajo esos dolores inauditos y esas humillaciones espantosas del Calvario. El abandono que padeció Nuestro Señor Jesucristo en su pasión no pudo ser más completo ni más desconsolador. Congregó doce Apóstoles, á quienes hizo sus compañeros, sus confidentes, sus amigos, ¿qué fué de ellos en el Calvario? Uno le hizo traición y lo vendió en manos de sus enemigos: otro, el príncipe del apostolado, el jefe, tan distinguido, tan honrado por el Maestro, renegó de Él y protestó con juramento, ni siquiera conocerlo: los demás huyeron desamparándolo!..... Tomó muchos discípulos, ¿dónde están? ¿qué ha sido de ellos? No los busquemos en el Calvario; todos han huído, se han alejado y están ocultos, escondidos! Y los innumerables á quienes sanó de sus enfermedades; los ciegos, á quienes dió vista; los paralíticos, á quienes curó; los muertos, á quienes resucitó, ¿dónde están? Llegó la hora de la tribulación, y abandonaron á ese mismo bienhechor suyo, á quien habían aclamado por el mayor Profeta, que había aparecido en la tierra.... En el Calvario no hay más que enemigos y escarnecedores.... No obstante, en ese momento, en esas horas de agonía, cuando se consuma el más estupendo de todos los misterios; cuando, en medio mismo de la creación, estaba espirando el Criador: cuando el universo entero se había transformado en un santuario, y con las agonías del Hombre-Dios moribundo estaba santificándose y consagrándose todo lo criado; en horas tan solemnes para el mismo Dios, decid ¿solamente entonces, faltaría la fe y la adoración? ¡Ah! No! Delante de la cruz estaba la Virgen, creyendo, adorando, amando; y su alma traspasada de dolor representaba el quebranto de la

creación entera en la muerte de su Criador! ¿Qué creía la Virgen? La Virgen creía en la eternidad del moribundo, en la omnipotencia del crucificado agonizante, en la inmutabilidad de Ese mismo, á quien veía cubierto de llagas y de dolores, y en la gloria y en la felicidad inefables de Ese mismo, á quien todos estaban contemplando morir en un patíbulo afrentoso! Hé ahí cual era la fe de la Virgen en el misterio de la pasión de su Hijo!

Veamos cuál era la fe de la Virgen en el misterio de la Resurrección.

Ningún misterio ha tenido más contradicciones por parte de la incredulidad humana, que el misterio de la Resurrección de Jesucristo; y la fe y la creencia en ese misterio ha sido siempre la piedra de escándalo, en que han tropezado todos los errores y herejías opuestas á la verdad revelada. No obstante, la fe en la resurrección de Jesucristo es el principio y el fundamento de toda la Religión cristiana, la que, según decía el Apóstol, no sería más que una vanidad, si la Resurrección de Jesucristo no fuera evidentemente cierta. Más, ved aquí cómo resplandeció la fe de la Virgen en este misterio.

Si el abandono que padeció Jesucristo en la cruz fué espantoso y completo; la fe en la divinidad del Señor podemos decir que también se eclipsó completamente en el alma de sus apóstoles y discípulos. ¿Cuál de ellos creyó en la Resurrección del Maestro? Pensábamos que había de redimir á Israel: tales eran las desconsoladoras consecuencias, que sacaron los discípulos de la pasión y de la muerte del Maestro divino. *Nos autem sperabamus quia ipse esset redempturus Israel* (1). La redención estaba consumada, y los discípulos se encontraban triste-

[1] San Lucas, cap. 24, ver. 21.

mente desengañados de la divinidad del Maestro: hé ahí cual era su fe en la Resurrección! *Sperabamus*, esperábamos que redimiría á Israel!... Las piadosas mujeres madrugan al sepulcro, llevando aromas preciosos para ungir el cadáver del Señor; y es necesario que los ángeles, reprochándoles su incredulidad, les recuerden que no debían buscar entre los muertos al que estaba vivo: y, para convencerles de la resurrección, les traen á la memoria los anuncios del Maestro, á fin de que, viendo cumplidos los de la pasión, no dudaran de la resurrección! Y ¿los Apóstoles? ¡Ah! ¡Los mismos Apóstoles, los once Apóstoles tenían la resurrección de Jesucristo como un delirio! *Visa sunt ante illos sicut deliramentum* (1). Y esto, al tercero día! y Pedro, el príncipe de los Apóstoles, y Juan, el discípulo predilecto, dudan también, y corren al sepulcro á cerciorarse, por sus propios ojos, de que está vacío; y, cuando lo encuentran vacío, no saben qué pensar de lo mismo que están viendo! Y los once Apóstoles, cuando ven al Señor resucitado, se horrorizan, creyendo que se les ha aparecido algún fantasma; y no se tranquilizan, aunque el Señor se hace tocar, y come á vista de ellos: *Palpate et videte* (2). Y uno de ellos, Tomás, escudriña con sus dedos las cicatrices del cuerpo del Maestro resucitado, y mete su mano en la herida del pecho, para convencerse de la vida, de la vida verdadera de Aquel, á quien estaba viendo con sus propios ojos resucitado! Tal era la fe, que en la resurrección de Jesucristo tenían sus mismos Apóstoles! Entretanto, ¿cuál era la fe de la Virgen en ese mismo misterio? Su fe en la resurrección era la más firme, la más constante, la más invencible: la Iglesia Ca-

(1) San Lucas, cap. 24, ver. 11.

(2) San Lucas, cap. 24, ver. 39.

tólica estuvo reducida en esos días al corazón de la Virgen; pues, sin fe en la resurrección, la Iglesia no podía existir, y la única que tenía fe en la resurrección de Jesucristo era la santa Virgen. Y la fe de la Virgen fué tan admirable, que congregó á los discípulos y á los Apóstoles dispersos; animó á los débiles, inspiró confianza á los pusilánimes y consoló á los aflijidos: sostuvo la fe en la resurrección y los confortó á todos ellos, con la esperanza de que verían pronto al Maestro resucitado. ¿Cuál habría sido la suerte de los Apóstoles y discípulos, si, en medio de la repentina y espantosa tribulación que les sobrevino con la pasión y la muerte de Jesucristo, no hubieran tenido el amparo de la Virgen, que les inspiró ánimo y les consoló? Dispersos, fugitivos, aterrorizados con el aspecto del suplicio del Maestro, habrían buscado en el destierro voluntario, lejos de Jerusalén, la manera como poner en salvo sus vidas, fuera del alcance de la Sinagoga: pero los encontramos juntos, congregados, esperando, como á pesar suyo, algo en que ellos mismos no tenían el valor de creer! La fe de la Virgen, únicamente la fe de la Virgen y sus oraciones por la Iglesia obraron ese portentoso. ¿Qué hubiera sido de los discípulos, qué de los mismos Apóstoles sin la Virgen!

DEPRECACIÓN.

Entre los innumerables beneficios, que de la mano liberal de Dios he recibido, el primero, el mayor sin comparación, es la fe en Nuestro Señor Jesucristo. ¿Cómo agradeceré yo debidamente á Dios este gran beneficio, oh Virgen Santa? ¿Cómo agradeceré el haber nacido en medio de la luz de la vida, y no en las sombras de la muerte? Conozco á mi Dios, que me ha criado; y sé que me ama con

un amor infinito: el beneficio de la fe en Jesucristo es incomparable. Virgen fidelísima, conservad mi fe, conservadla viva; mi fe, que es mi tesoro; mi fe, que es mi vida misma. Yo tengo la dicha de pronunciar con fe el nombre de mi Salvador, el nombre de Jesús, ese dulcísimo nombre, que es melodía para el oído, dulzura para los labios, júbilo para el corazón: *Melos in aure, mel in ore, in corde jubilus*, como dice San Bernardo. Desátese mi lengua en alabanzas de ese benditísimo nombre, llévelo yo siempre grabado, con caracteres de fuego, en mi corazón, porque Jesucristo es mi único amor, el único amor de mi alma: Jesucristo es para mí todas las cosas: *Deus meus et omnia*, como decía el devotísimo San Francisco: amar á mi Señor es mi única aspiración; poseerle para siempre es lo único porque anhela, lo único porque suspira mi alma: ¡María! alcanzadme la gracia de amar de veras á Jesucristo.—Amén.

LECCION DÉCIMA OCTAVA.

DIA DIEZ Y OCHO DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTÍSIMO DE MARÍA.—LA VIRGEN FUÉ ILUMINADA CON LUZ DE GRACIA, CON LUZ DE CIENCIA SOBRENATURAL Y CON LUZ DE PROFECÍA.

I

Varios significados tiene el nombre de María, y todos ellos son misteriosos y admirables. Significa iluminada, iluminadora, Estrella del mar y Se-

hora. En la lección del día anterior consideramos cómo la Virgen merecía muy bien llamarse María, ó la iluminada por excelencia, porque tuvo abundantísima luz de fe, durante su vida mortal en este mundo: ahora explicaremos cómo merece llevar ese mismo admirable nombre, en cuanto recibió, en grado eminentísimo y muy superior al de los ángeles y santos, la luz sobrenatural de la gracia, la luz de la ciencia divina y la luz de la profecía.

María iluminada con las luces de la gracia.

La gracia produce en la criatura racional dos efectos: el primero es iluminar el entendimiento, y el segundo fortalecer la voluntad. Mediante la gracia, conoce nuestra alma el bien y la manera de practicarlo, distingue el mal y acierta con el camino de evitarlo: la gracia es, por lo mismo, luz que alumbraba nuestra alma. Vimos ya cuánta fué la plenitud de gracia de que estuvo llena el alma de la Virgen; así que, ahora añadiremos solamente algunas pocas consideraciones respecto de la luz sobrenatural que le fué concedida á la Madre de Dios para su santificación.

La luz de la gracia santificante tiene por objeto alumbrarnos, para que acertemos en la práctica de lo bueno; y tanto más necesaria nos es la claridad de la gracia, cuanto mayores sean los deberes que debemos cumplir, y más elevado el grado de santidad á que la divina bondad nos hubiere, misericordiosamente, predestinado. Difícil es acertar siempre con el buen camino, y no desviarse nunca de él en todo el discurso de la vida: de aquí es que, la gracia santificante hace con nosotros el oficio de luz y de guía al mismo tiempo, tomándonos de la mano y conduciéndonos á la vida eterna, con tal que nos dejemos gobernar dócilmente por ella. Co-

mo la Virgen estaba predestinada á una santidad incomparable, necesitaba también una gracia especial que la guiara y la condujera hasta esa cumbre altísima de perfección, en que la contemplan extasiados los ángeles y los santos en el cielo.

María no podía pecar; no podía, pues, perder la gracia ni quedar envuelta en tinieblas: y como la gracia, según lo acabamos de decir, es luz, esplendor y claridad, que ilumina á las almas, con razón debió llamarse María, ó la iluminada, la clara, la espléndida por excelencia. Aquella, cuya alma no sólo no estuvo nunca, sino que no pudo estar jamás en tinieblas.

La gracia es luz que nos alumbra é ilumina sobrenaturalmente: más los míseros hijos de Adán, cuando venimos á la vida, nacemos ciegos y á oscuras, privados de esa luz divina, que llena de claridad el mundo de las almas. La Virgen, ¿no debía tener el nombre significativo de María ó de iluminada por excelencia, habiendo sido criada en los mayores esplendores de la gracia santificante? La concepción en pecado, ¿no es una concepción en medio de tinieblas y de oscuridad de muerte? Y no debía llamarse iluminada aquella criatura feliz, la única que ha sido concebida sin pecado? y no sólo sin pecado, sino llena de gracia? ¿Por qué se le da á la Virgen el nombre de María, es decir, el de clara, espléndida, iluminada por excelencia, por qué se le da ese nombre misterioso, sino porque es inmaculada?

La gracia en nuestras almas padece eclipses: algunas veces está oscurecida, con sombras de faltas y de imperfecciones; y, en vez de ir creciendo en brillo y esplendor, desmaya y llega casi á extinguirse ó apagarse completamente. En el alma de la Virgen no sucedió así; antes, por el contrario, esa primera luz brillantísima de la aurora de su

santificación fué aumentando sin cesar, instante por instante, hasta el más espléndido fulgor, sin que haya habido ni la más leve nubecilla de descuidos ni de imperfecciones. ¿Quién puede compararse en santidad con la Virgen? ¿Quién podía merecer, pues, el nombre de María mejor que la Virgen, en cuya alma la luz y esplendor de la gracia santificante no padeció nunca ni la más ligera sombra de imperfección? ¿Quién tenía derecho á llevar ese nombre misterioso de iluminada, sino Aquella, cuya santidad resplandece con brillo incomparable? Sí: la Madre de Dios no podía tener otro nombre sino el de María. . . . ¡ María ! ¡ La clara, la iluminada, la espléndida por excelencia ! . . . ¡ María ! La que desde su concepción misma estuvo vestida del Sol de Justicia, la que huella la luna, símbolo de la humana inconstancia en el bien obrar, la que está coronada de estrellas, que nunca pierden su luz ni su esplendor !

¿Qué ministerio desempeñaba la gracia como luz en el alma de la Virgen? La gracia santificante de cuya plenitud estaba llena el alma de la Virgen, le descubría siempre los quilates de la perfección y santidad en aquel grado supremo, á que la Madre de Dios estaba llamada ; y la gracia actual alumbraba á la Virgen, á cada instante, á cada momento, manifestándole claramente cuanto le convenía saber, para practicar todos los actos de virtud en un grado de perfección heroica. En punto á las virtudes, necesitamos conocer no solamente la práctica de ellas, sino también la manera de poner por obra, con la debida perfección, cada uno de los actos de ellas, en circunstancias determinadas : necesitamos, además, tener luz para discernir los ápices de perfección de que toda virtud es susceptible, en cada uno de sus actos. Y hé aquí, precisamente, lo que la luz de la gracia actual hacía con la Vir-

gen ilustrándola á cada instante, para que, hasta en sus menores acciones, en sus deseos, y en sus pensamientos, la Virgen fuera, por su pureza y santidad, Madre digna de Dios. En cada acción la Virgen conocía lo bueno y lo mejor y lo heroico; y sabía cuándo había de practicarlo y de qué manera, para que fuese perfecto y de la mayor gloria divina. En sus palabras había la más sabia discreción, y era perfectísima hablando, y cuando guardaba silencio. En fin, recordemos que la Virgen vivió en la más íntima comunicación con el Verbo Divino humanado: comunicación de familia, comunicación humana, de una madre con su hijo. Y ¿quién es el Verbo Divino, sino la misma luz eterna, increada? *Lumen de Lumine*. ¿Cómo debía, pues, llamarse, qué nombre debía tener que le conviniese mejor que el de María ó la iluminada por excelencia, la Virgen, Madre de la Sabiduría eterna humanada? María, ó la iluminada, la que es toda luz, la que jamás ha estado en tinieblas, tal debía ser y no otro el nombre, con que fuese conocida de Dios y de los hombres la Virgen inmaculada. Y ese nombre misterioso, ese nombre admirable fué ya el presagio de su futura santidad, el anuncio de su grandeza y la revelación de su sin igual y única predestinación. La Virgen no podía llevar otro nombre sino el de María.

María iluminada con luz de ciencia.

Además de la luz de la fe que iluminaba el alma de la Virgen, debemos recordar que la bienaventurada Madre del Hijo de Dios humanado fué enriquecida, en grado eminentísimo, con los dones del Espíritu Santo, y que recibió conocimientos especiales acerca de los divinos misterios.

Una ciencia puede adquirirse de dos mane-

ras: ó por la enseñanza de los maestros de ella, ó por la experiencia de los efectos que se presentan al alcance de nuestra inteligencia, para elevarnos de la experiencia de los efectos al conocimiento de sus causas. Más, ¿qué es una ciencia? ¿Es posible la ciencia de los divinos misterios, ó solamente podemos tener de ellos el conocimiento sobrenatural de la fe? Hay ciertas verdades que son evidentes por sí mismas, y cuya existencia no se puede negar, sin caer en los mayores absurdos y contradicciones: de esas verdades, la razón natural deduce otras verdades, que son, por lo mismo, consecuencias legítimas de las primeras. Respecto de las cosas divinas, los misterios, revelados inmediatamente por Dios mismo, son las verdades fundamentales, de donde mana, dirémoslo así, esa serie de verdades religiosas, cuyo conjunto constituye la ciencia de la Teología, ó la ciencia de Dios. Y esa ciencia, como todas las demás, se puede adquirir ó por la enseñanza, ó por la inducción.

La Virgen, ¿poseyó la ciencia de los divinos misterios, ó tuvo solamente la fe de ellos? La Virgen tuvo no solamente la fe sobrenatural de los misterios divinos, sino también la ciencia de ellos, y esa ciencia la adquirió por medio de la enseñanza y de la meditación. Más, ¿quiénes fueron los maestros de la santa Virgen? ¿quiénes le enseñaron la ciencia de los divinos misterios? ¿quiénes la instruyeron en ellos?

El primer Maestro y el Doctor principal, encargado de instruir á la admirable Virgen en la ciencia de las cosas divinas fué el mismo Espíritu Santo, quien iluminó la mente de María, con luces extraordinarias, para que, por medio de ellas, adquiriera el más perfecto y consumado conocimiento de las cosas divinas, en cuya meditación se ocupaba asiduamente la Virgen. El Verbo Divino hu-

manado, en cuyo trato y comunicación íntima, de Madre con su propio hijo, vivió la Virgen treinta y tres años, hé ahí cual fué otro de los maestros que le instruyeron en la ciencia de los divinos misterios. ¡ Cuánto no revelaría el Hijo divino á la Madre inmaculada ! ¡ Qué lecciones tan maravillosas de ciencia divina no daría á la Virgen la misma Sabiduría divina encarnada, el Verbo Eterno de Dios Padre, que encontraba en María una criatura ansiosa de conocer á su Dios, para amarle, aumentando el amor á medida del conocimiento ! ¡ Qué luz sobrenatural no iluminaría la mente de la Virgen en sus divinos coloquios con el Verbo humanado ! ¿ De qué hablaba la Sabiduría eterna ? ¿ qué revelaba á la Virgen ? ¿ qué secretos sobre la Divina Esencia le descubría ? ¿ qué lecciones sobre los insondables arcanos de su providencia le daba ? ¡ Ah ! ¿ Quién podrá comprenderlo ? ¡ Con razón la Virgen se llama, pues, María ó la sabia por excelencia, la iluminada, en todo lo que es ciencia de Dios y de sus divinos misterios !

Es indudable además, como lo han enseñado los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que la Virgen trataba y comunicaba familiarmente con los espíritus celestiales, quienes no podían menos de revelarles y manifestarles cuantos misterios alcanzaban ellos á ver y conocer en su contemplación intuitiva de la Esencia Divina, en el cielo. De aquí dimanaba una luz y una claridad indecible para el alma de la Virgen.

En fin, María meditaba, asiduamente, en todos cuantos misterios le eran revelados: leía, con grande atención constantemente, las Santas Escrituras, para cuya inteligencia recibía, á cada momento, luces especialísimas del Espíritu Santo; de tal modo, que nadie llegará á tener jamás un conocimiento más cabal ni más profundo de los Libros santos, que el que alcanzó en la lección y meditación de

ellos la Virgen María. La Escritura era objeto de sus meditaciones cotidianas: había penetrado todos sus arcanos, profundizado sus sentidos, alcanzado inteligencia exacta de todas sus profecías, y visto claramente todos sus secretos. A su lección acompañaba siempre la oración y los ruegos, pidiendo é implorando, llena de humildad, las luces del Espíritu Santo, para entender lo que leía. Y esas oraciones, que salían de un corazón tan inocente, tan puro, tan humilde, ¿no serían escuchadas por Dios? mejor dicho, ¿sería posible que Dios dejara de oír oraciones tan meritorias, como las de la Virgen? Grande y muy copiosa luz debió, pues, ilustrar á la Virgen, para que entendiera el sentido misterioso de las Divinas Escrituras.

No hubo, por tanto, en la Virgen, ni fué posible que hubiera, sombra alguna de ignorancia, ni la más pequeña nube de error: así como era imposible que pecara, ó cometiera la más ligera imperfección, así también era imposible que cayera en el más insignificante error, en punto á las verdades religiosas y á los misterios divinos. Si esa ignorancia era respecto de las cosas, que la Virgen debía saber, para cumplir dignamente las obligaciones de su ministerio incomparable de Madre de Dios; será necesario preguntar, ¿de dónde provenía esa ignorancia? ¿cuál era la causa de ella? Esa ignorancia no podía imputarse á la misma Virgen, porque eso sería hacer injuria á su perfección y santidad; puesto que no puede menos de ser culpable la ignorancia de aquel que no conoce lo que está obligado á conocer, pudiendo conocerlo y saberlo. . . . ¿Imputaremos esa ignorancia á la Providencia divina, cuyas obras son siempre perfectas? ¿Diremos que impone obligaciones, y niega los medios de cumplirlas? Si esto es respecto de la ignorancia, ¿qué no diremos respecto del error? Sería posible que el

error hubiese penetrado en esa alma, predestinada para santuario de la Sabiduría Increada? ; El error, donde moraba la Verdad Eterna! ; Sombras, en la misma claridad! Tinieblas, con la luz! ; Ah! María no tuvo ignorancia alguna! ; María no pudo errar jamás! María no erró nunca!

¿ Ni cómo podía errar y padecer equivocación jamás la inmaculada Virgen? El error, las dudas, las equivocaciones, todos esos miserables extravíos del camino recto de la verdad no tienen otra causa en nosotros, sino la caída original de nuestros primeros padres, y las deplorables consecuencias de ella en todos sus descendientes. En el estado de la justicia original el error era imposible, ni podía encontrarse en quien estuvo enriquecido, como nuestro primer padre, con las gracias sobrenaturales de aquel dichosísimo estado. Y ¿quién se atreverá á dudar siquiera que á María le fué concedido el dón de la justicia original, en un grado mucho más excelente, que aquel en que fué otorgado á nuestros primeros padres? No hay gracia ni dón alguno sobrenatural concedido á alguna criatura, que no se haya concedido también, en grado superior y eminentísimo, á la Virgen María. Si el error es pena del pecado, ¿María exenta de la culpa sufriría la pena de ella? Errar, equivocarse es propio de quien obra impulsado por pasiones desarregladas, merced al trastorno moral, que experimentamos en nosotros mismos por la caída de Adán, nuestro primer padre: ¿cómo podía errar la Virgen, que en todas sus facultades conservaba y mantenía el orden primitivo de la justicia original? Ni error, ni equivocación, ni ignorancia anublaron jamás, ni por un momento, el esplendor clarísimo de aquella inteligencia inmaculada. La santa Virgen llevaba, en su mismo nombre misterioso, el presagio de su predestinación extraordinaria: María, la Vir-

gen estuvo verdaderamente iluminada con lumbre de ciencia divina.

II

María iluminada con luz de profecía.

María quiere decir iluminada; y la Virgen mereció muy bien ese nombre, porque fué iluminada con la luz de la fe, con la luz de la gracia, con la luz de la ciencia divina y con la luz de la profecía ó conocimiento de las cosas futuras.

La profecía es un hecho que se halla muy fuera de los alcances del poder humano, y prueba palpablemente la intervención inmediata de Dios: conocer lo que sucederá en el tiempo futuro, y conocerlo y anunciarlo con muchos siglos de anticipación, eso lo puede hacer Dios solamente. Los hechos puramente naturales ó físicos, que dependen de las leyes constantes con que se rige y gobierna el universo, pueden ser previstos por la ciencia humana, y anunciados, con más ó menos seguridad, según los fundamentos de certidumbre, en que apoye la ciencia sus previsiones; porque, como esos hechos ó acaecimientos puramente naturales no son más que efectos necesarios de causas también necesarias, claro es que, conocidas éstas y su manera de obrar, pueden preverse y anunciarse sus efectos. Así, la ciencia de la astronomía, que se ocupa en la investigación de las leyes que rigen el movimiento de los cuerpos celestes, suele, con certidumbre, anunciar que en tal día, á tal hora, por ejemplo, se verificará un eclipse; porque, conocidas las causas que producen ese fenómeno, nada tiene de maravilloso y extraordinario presagiar con anticipación que se verificará, cuando concurren las causas que no pueden menos de producirlo. ¿Habrá, por ventura, en

esta predicción una verdadera profecía? De ningún modo: la ciencia astronómica conoce los efectos necesarios de causas también necesarias; y así anticipadamente juzga con certidumbre que existiendo las causas han de seguirse necesariamente los efectos. ¿Merecerá, acaso, el nombre de profecía el anunciar que el fuego quema, y que la luz alumbrá? No por cierto; pero, anunciar que sucederá infaliblemente una cosa, que depende de la libre voluntad humana, eso es propio de Dios, porque sólo Dios puede conocer anticipadamente, con certidumbre, las acciones libres de las criaturas racionales. Nosotros mismos, con ser dueños y árbitros de nuestra propia voluntad, no podemos anunciar, ni siquiera prever con certidumbre, lo que haremos, lo que pensaremos, lo que querramos; y esto no sólo en un tiempo futuro de duración indeterminada, sino en el día de mañana, en el día que está para venir, en el día, del cual podemos decir con exactitud, que hemos principiado ya. ¿Sé yo, tal vez, hoy día lo que será de mí mañana? ¿Por dónde podré yo saber, con certidumbre, para anunciarlo así á los que me escuchan, que los hombres, en tal tiempo pensarán ó querrán esta ó aquella cosa determinada? Yo mismo no sé hoy día ni lo que pensaré ni lo que querré mañana, ¿podré anunciar, con certidumbre, lo que pensarán, lo que querrán los hombres de aquí á cincuenta años, de aquí á un siglo? ¿Quién puede conocer, con certidumbre, los afectos de la inconstante voluntad humana, cuando nada es tan incierto é inseguro, como lo que depende del querer humano?

Hechas estas observaciones, que eran necesarias, entremos ahora de lleno en nuestro asunto. ¿Es cierto, y consta en la Divina Escritura, que la Virgen María hubiese hecho alguna profecía? Que la Virgen, Madre de Dios haya poseído

en la tierra, cuando vivía en este mundo vida mortal, el dón de profecía, es indudable, porque el dón de profecía es una de aquellas gracias sobrenaturales, otorgadas á muchos siervos de Dios; y á la Virgen debía habersele concedido, en grado incomparablemente superior. Más, ¿la humilde Virgen hizo alguna vez uso de aquella gracia? ¿hay algún vaticinio pronunciado por la Virgen? ¿Se puede indicar en el Nuevo Testamento alguna profecía hecha por la Madre del Redentor?

En el Santo Evangelio hay una profecía hecha por la Virgen; y esa profecía, clara, terminante, pronunciada en circunstancias solemnes, ha tenido el más exacto cumplimiento: la realización de ese anuncio la estamos viendo cumplida todos nosotros en este momento: mejor dicho, la cumplimos todos, en este mismo instante. Y bien, ¿qué profecía fué esa? ¿cuál fué la profecía que pronunciaron los labios inmaculados de María? ¿En qué términos está concebida? María anunció que Ella sería alabada y glorificada hasta el fin de los siglos, por todas las generaciones. *Beatam me dicent omnes generationes*, todas las generaciones me llamarán bienaventurada (1). Meditemos la significación de esta profecía y veamos su cumplimiento.

Su verdadero significado es el siguiente. Que la santa Virgen sería conocida por todas las generaciones humanas, quienes no podrían menos de llenarse de admiración por sus méritos extraordinarios y su dicha incomparable: que todas las generaciones no solamente la conocerían y admirarían, sino que la amarían, con amor lleno de confianza y de veneración. Hé ahí el significado de esas palabras, al parecer tan sencillas: *Beatam me dicent omnes generationes*, todas las generaciones me lla-

(1) San Lúcas, cap. 1, ver. 48.

marán bienaventurada. Preguntaremos otra vez, ¿cuál fué la profecía que hizo la Virgen? ¡Ah! ¿cuál fué? ¡La acabamos de oír! Yo seré conocida por todas las generaciones: yo seré admirada por todas las generaciones, hasta la consumación de los siglos: yo seré amada y venerada por todas las generaciones: yo seré alabada y enzalsada por todas las generaciones; hé ahí la profecía: de boca humana no podía salir jamás vaticinio más magnífico ni profecía más admirable. Consideradas todas las circunstancias de ella, en el momento en que fué pronunciada, no podemos menos de venir á esta conclusión necesaria: ó esa fué una ilusión insensata, una triste locura; ó fué el mismo Dios quien pronunció esas palabras, por boca de la Virgen.

Ponderemos las circunstancias en que fué pronunciada la profecía. ¿Quién la pronunció? ¿En qué lugar? En qué momento? ¡Ah! ¿Preguntáis quien la pronunció? Según las condiciones temporales, ¿quién era entonces la Virgen? Consideradas las cosas desde el punto de vista puramente humano, ¿quién era la Virgen en el momento de su visita á su prima santa Isabel, en el desierto de Judá? María, en aquellas circunstancias, era una pobre niña, de quince años de edad no cumplidos, huérfana de padre y madre, recién desposada con un artesano, con un carpintero de Nazaret, tan pobre y tan modesto como Ella: atendidas humanamente sus circunstancias personales, no podía haber condición más humilde ni más oscura que la de la Virgen. ¿Qué porvenir le hubiera vaticinado la prudencia humana en aquel momento, si habría habido alguien, que preguntara por el destino reservado á esa niña? Una vida humilde y penosa en la oscura tienda de un carpintero, desconocida hasta de sus mismos vecinos, ignorada de su pueblo; y después el silencio y el olvido sempiterno, tales ha-

brían sido las ambiciosas esperanzas, que la humana prudencia hubiera tolerado como justas y racionales en la santa Virgen !

La familia de David, á que pertenecía la Virgen, había descendido á un grado extremo de pobreza y abatimiento; y esa era una circunstancia más para la humildad de la condición de San José y de su Esposa. La pobreza ha sido en todo tiempo despreciada; y en medio de un pueblo carnal y amigo de sus comodidades, que hasta las mismas profecías de la grandeza sobrenatural del Mesías las había llegado á interpretar en un sentido puramente terreno, la pobreza y los pobres eran muy despreciados. Y una doncella tan pobre, de condición tan humilde según el mundo, prorrumpe un día, de repente, en expresiones magníficas, anunciándose á sí misma un destino todavía más magnífico que sus palabras. Y lo anuncia, dando á sus palabras un acento tan extraordinario de firme confianza en el cumplimiento de sus vaticinios, que asombraría escuchar lenguaje semejante en quien hubiese visto verificadas ya sus profecías. Y ¿quién era, según el mundo, en aquel momento la santa Virgen? ¿Quién era María á los ojos del mundo? Pocos años después, cuando el Hombre-Dios se manifestó poderoso en obras y en palabras, (según la frase de la Escritura), los mismos judíos se preguntaban unos á otros, admirados, diciendo: No es este el hijo de María? *Nonne hic est filius Mariae.* Como dando á entender con esa expresión tan enfática en boca de ellos, cuánta era la modestia, y cuán grande la humildad de la condición social, en que, á los ojos de su propio pueblo, vivía la descendiente de David ¿De Nazaret puede salir alguna cosa buena? preguntaba sorprendido Natanael, cuando los discípulos del Bautista le dieron noticia de haberse encontrado con el Mesías prometido: en

tan poco era tenido entre los mismos hebreos hasta el lugar de la residencia ordinaria de la Virgen !

La pobreza humilla más á los hijos de los grandes que á los hijos de los pobres ; y es tanto más abatida la condición de una persona, cuánto fué más elevado el rango social, de donde descendió al abismo de la pobreza : ved ahí á esa ilustre hija de reyes, oculta en la humilde condición de esposa de un carpintero. Y ese artesano humilde, agobiado bajo el peso cotidiano de un trabajo duro y penoso, ese artesano es también hijo de reyes ; empero, lo excelso de su linaje le sirve sólo para que su pobreza sea más chocante á la vista de los hombres. ¿ Qué circunstancia había, pues, favorable para que la santa Virgen se anunciara un destino tan magnífico ? Humanamente, no había una sola circunstancia siquiera, que hiciese posible el cumplimiento del vaticinio de la Virgen ; antes, por el contrario, había innumerables circunstancias, que contribuían á poner de manifiesto que en lo humano aquella profecía era un delirio.

La situación de todo el mundo, la situación del pueblo hebreo y la situación de la Virgen hacían aquel vaticinio humanamente imposible. El mundo entero estaba entonces entregado absolutamente á la superstición pagana : los ídolos eran adorados en todas partes : ¿ habían de caer de sus altares ? ¿ habían de derribarse sus templos ? ¿ habían de renunciar los hombres á sus creencias antiguas, tanto más arraigadas, tanto más profundas, cuanto estaban más en armonía con sus pasiones desarregladas ? ¿ habían de proscribir sus usos seculares, sus prácticas queridas ? y ¿ dónde estaban los recursos humanos de la Virgen, para poner por obra y dar cima á semejante transformación religiosa y social de todo el mundo ? Recursos humanos !! . . . ¿ Dónde están los tesoros ? ¿ dónde los ejércitos ?

¿dónde los conquistadores? Pero, esa niña, tan admirable y maravillosa, no quiere sujetar solamente los cuerpos á una obediencia y homenaje exterior; habla de afectos, habla de un señorío sobre las voluntades: se trata aquí de admiración, de amor, de alabanza, en una palabra, del dominio sobre la voluntad humana. Y la diferencia poderosa de las razas, que divide y separa, con un abismo de odio, á unas naciones de otras, ¿no será un obstáculo invencible para el cumplimiento de esa profecía? ¿No lo será, tan grande como el de la diversidad de raza, la diversidad de idioma? ¿No lo será el orgullo, con que las naciones paganas abatían á los pueblos vencidos, y el profundo desprecio con que trataban á la raza y al pueblo de los judíos? Y una doncella de esa nación y de esa raza, y una doncella tan pobre, tan modesta, será, en la serie de los siglos venideros, el objeto de la admiración, del amor, de la alabanza y del culto religioso de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las civilizaciones y de todas las lenguas? ¡Ah! Ese pensamiento, humanamente considerado, habría sido un delirio; en boca de la Virgen fué una estupenda profecía!

Y esa profecía se cumplió admirablemente: ¡qué digo! se cumplió! Se está cumpliendo hoy día mismo, á nuestra vista: la cumplimos, en este momento, nosotros mismos; y la cumplimos, sin darnos cuenta de que tomamos parte en la realización de uno de los más sublimes milagros de la Religión cristiana. ¿Cómo dudarle? Un día, hace diez y nueve siglos: un día, allá, en las montañas del desierto de Judea, una Virgen modesta, oyéndose aclamar por Madre del Redentor del mundo, no lo negó ni lo contradijo; antes, ratificando el elogio, arrebatada en éxtasis profético, vió descorrerse los velos tenebrosos del porvenir, y contempló su des-

tino futuro en la serie de los siglos ; y escuchando el coro de alabanzas, que levantaban todas las generaciones proclamándola bienaventurada, puso los ojos suyos solamente en su pequeñez, en su nada ; y confundida en su humildad ante la Majestad del Altísimo, prorrumpió en un cántico admirable, en un himno al Todopoderoso, el más elocuente, el más fervoroso, el más sublime que labios criados hayan podido entonar jamás en alabanza del Criador. ¿ Quién ha contemplado nunca un destino tan magnífico, como el que, en ese momento, tuvo ante la vista de su alma extasiada la Virgen María ? Sin duda, la admirable Virgen contempló, en aquel instante, á todas las generaciones humanas puestas de rodillas, admirándola y aclamándola bienaventurada ; y, á la vista de ese espectáculo tan solemne, ni se conturbó, ni se asustó, ni su alma se llenó de vanidad, ni su corazón se sintió entumecido de soberbia ; antes, grande, magnánima, siempre admirable, siempre extraordinaria, al aplauso, que, en elogio suyo, entonaban las generaciones, respondió levantando á Dios el himno más grato que se ha dirigido á la Soberana Majestad del Todopoderoso. Vedla ahí : los siglos todos están presentes delante de Ella : las generaciones todas están postradas delante de Ella : su oído escucha el grito de admiración, que, á la vista de su grandeza, se levanta de todo pecho humano, agitado y conmovido : y ¿ qué hace ? ¡ Ah ! ¿ qué hace ? Se humilla en su misma grandeza, y exclama, dando solamente á Dios toda la gloria : puso el Señor sus ojos en la pequeñez de su esclava ; y, por eso, desde hoy para siempre, todas las generaciones me aclamarán bienaventurada : *Quia respexit humillitatem ancillae suae: ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes* (1).

(1) San Lúcas, cap. 1, ver. 48.

La profecía de la santa Virgen ha tenido el más literal y asombroso cumplimiento: todas las generaciones la han aclamado bienaventurada; no ha habido ni distinción de razas, ni diversidad de lenguas, ni variedad de civilizaciones; todos los corazones humanos se han fundido en un sólo amor hacia la Virgen inmaculada. ¿Qué es lo que tiene para nosotros, qué es lo que ha tenido para todos nuestros antepasados esa doncella de Judá, para que haya llegado á sernos tan amable, tan querida, tan venerada? ¿Cómo ha venido á ser para nosotros objeto de un amor tan vivo, tan tierno, tan puro, tan entusiasta? Esto no es simplemente un recuerdo histórico: María no es uno de tantos personajes célebres, más ó menos conocidos en la historia, y cuyos nombres son completamente ignorados de la gran muchedumbre de los que componen la familia humana: el nombre de María es conocido, y no sólo conocido, sino pronunciado con profunda reverencia por todos cuantos creen en la divinidad de Jesucristo. Notemos á este respecto una circunstancia muy digna de ponderación. Los nombres de muchas heroínas famosas y de muchos personajes célebres se conocen, se admiran y no pueden menos de recordarse siempre con interés: más, ¿quién conoce esos nombres? ¿quién los admira? ¿quién los recuerda con interés? Solamente aquellos que saben la historia de esas heroínas y de esos personajes; y después de todo, semejantes nombres no son más que un recuerdo famoso en la historia. Empero, la Virgen María, ¿es tan sólo un recuerdo y nada más? ¿es solamente una memoria gloriosa, que se transmiten los sabios de una á otra edad? ¿Es, acaso, un personaje indiferente? ¡Ah! No! Con la Virgen María no sucede lo que con un personaje famoso; ni con Ella acontece lo que con las heroínas renombradas, cuyos hechos se cuentan con ad-

miración, como acciones superiores á la debilidad del sexo femenino, y á sus sentimientos y pasiones delicadas: en María todo es modesto, sencillo, candoroso; sin pretensiones de ruido ni de grandeza. Habla pocas veces palabras sin énfasis ni ponderación; y tan callada aparece y tan humilde en la historia misma del Evangelio, que, juzgando superficialmente, la grandeza moral de María se presenta casi rebajada y oscurecida. Y no obstante, María no es para nosotros un personaje extraño, ni indiferente: María es una persona que para nosotros está viva, y se comunica con nosotros, tomando á su cargo nuestro bienestar, nuestra felicidad. Como diez y nueve siglos han pasado ya sobre el sepulcro de María, ese sepulcro está vacío; empero en tan largo espacio de tiempo no se ha tendido la inexorable sombra del olvido sobre la santa Virgen: ni las distancias le son perjudiciales para la adoración y reverencia, ni los siglos han podido nada contra el amor entrañable, tierno, fervoroso, que todo corazón humano le profesa. Las distancias, que gastan todos los afectos; y, sobre todo, el tiempo, enemigo mortal de toda gloria, de toda grandeza, de toda vanidad; el tiempo, que acaba con todo, no ha sido ni será jamás poderoso para acabar con esas relaciones íntimas, vitales, dulcísimas, que se establecen y se fomentan entre nuestras almas y la Virgen.

En efecto, notemos esta otra maravilla: nuestra confianza en María es sin límites, nuestro amor hacia Ella es tierno, filial, afectuoso: nos ponemos en relación con la Virgen, como quien estuviera comunicándose con una persona de trato frecuente y familiaridad íntima: y la devoción para con María tiene el encanto indecible de conservar, hasta en el corazón marchito del anciano, los gratísimos afectos de la ternura y de la sencillez infantil, siempre

que invoca el patrocinio de la Virgen. ¿Qué secreto es ese tan hermoso? Cuando vienen los años y nos quebrantan, cuando ya no hay una sola ilusión, cuando los desengaños nos han llenado de amargura, cuando nuestro corazón se ha vuelto desconfiado, duro, egoísta, hay un momento, en que volvemos á ser niños, sencillos, afectuosos, humildes, y ese momento es precisamente, cuando tenemos la dicha de implorar la protección de la Virgen, de ceder al encanto de esa devoción admirable, de esa devoción santificadora, que no puede menos de ejercer grande y poderosa influencia sobre nuestras almas.

Y el culto de la Virgen y la devoción para con Ella no son propios solamente de los sencillos, de los ignorantes, no: la devoción á la Virgen es propia así del sabio como del ignorante; así de los sencillos y sin letras ni ciencias, como de los de ingenio notable y muy doctos en toda clase de ciencias y literatura. *Beatam me dicent omnes generationes:* todas las generaciones la han llamado bienaventurada. ¿Qué de genios asombrosos, qué de sabios profundos, cuántos doctores innumerables no han empleado en todos tiempos su ingenio, su ciencia, su vasto saber en celebrar las glorias de María, en defender sus privilegios, en explicar sus excelencias? ¿Qué sabio, (si lo ha sido de veras), no ha profesado una devoción ternísima á la Virgen? Considerando cuánto han hecho y han escrito los más grandes sabios acerca de la Virgen, parecería que esta devoción es propia solamente de los sabios: tanto es lo que la ciencia se ha esmerado en dar cumplimiento al vaticinio de la Virgen!

Los sencillos de corazón, los puros, los inocentes, tienen sus delicias, sus encantos, en amar á la Virgen: los pecadores, aquellos que traen su alma llagada con culpas, tienen su esperanza, su consuelo, su remedio en el amor, en la devoción á María:

los poderosos, los ricos, los monarcas se llaman sus siervos, sus esclavos; y en esa servidumbre, y en esa esclavitud, ponen y hacen consistir, con razón, su dicha y su felicidad verdadera; y, sin la devoción y el amor á la Virgen, se tendrían justamente, á pesar de sus riquezas y poder, por unos desgraciados. Decidme ahora ¿el vaticinio de la Virgen no está admirablemente cumplido? ¿Cómo dudarle ni por un momento siquiera? ¡ Lo vemos con nuestros propios ojos; lo palpamos, con nuestras propias manos; lo oímos, con nuestros propios oídos! ¡ Ah! El niño, que está todavía en pañales, aprende á pronunciar el nombre de María, que se lo repite una y mil veces, entre caricias, su buena madre; y su razón, al despertar al pensamiento, ya se encuentra con la imagen de la Virgen; y su lengua infantil, al desatarse en palabras, pronuncia balbuciendo el nombre de María; y ese nombre admirable lo repetirá, con labios trémulos y helados, al exhalar su último suspiro. En el fervor de la más pura fe bendecirá ese nombre: y en el naufragio de la fe, cuando en la duda y en la incredulidad se hayan sepultado todas las demás verdades religiosas, solamente conservará la devoción á la Virgen, como una luz en medio de densas tinieblas, como una esperanza en medio de tanta ruina moral.

Dirigid la vista sobre el globo terrestre, recorred las naciones todas de uno y de otro hemisferio; enumerad uno por uno todos los pueblos, todas las ciudades, todos los reinos, y en todas partes encontraréis espléndidos testimonios de la más fervorosa devoción á la Virgen María: altares magníficos, templos suntuosos, monumentos admirables, levantados á su culto, á su honra, á su gloria. . . . Los mármoles más exquisitos, el oro, la plata, el bronce, lo más raro, lo más precioso que tiene el hombre, eso lo ha empleado, á porfía, con entusias-

mo, para dar culto á la Virgen; y no se ha contentado con que solamente la lengua suya aclamara bienaventurada á la Virgen, sino que ha querido dar lengua, palabra y voz elocuente á las mismas piedras, para que griten y proclamen la gloria de María. Este ha sido como un desafío entre la muerte y la eternidad, y el hombre se ha dicho á sí mismo: bien! yo moriré, yo, tornándome en polvo, callaré, cesaré de alabar á la Virgen; pero no importa, porque daré voz á los mármoles, dejaré mi palabra á las rocas, para que no cesen de clamar á todas las generaciones, anunciando la gloria de María! Esto se dijo á sí mismo el hombre; y ahí están esos monumentos grandiosos, adorno y orgullo de las más famosas capitales, ahí están proclamando la gloria de la Virgen.... Todas las artes han concurrido, emulándose unas á otras y compitiendo en levantar esos monumentos de la devoción y del amor de innumerables generaciones.

La pintura le ha consagrado sus pinceles, sus colores; la escultura sus cinceles, sus martillos; y hasta la lira misma del poeta ha sabido encontrar notas maravillosas, sonos desconocidos, cuando ha entonado himnos y cánticos á la gloria de la Virgen; y música y poesía, pintura y escultura, arquitectura y elocuencia se han dado cita para proclamar, con el sonido y el verso, con el cincel y los colores, con los mármoles y la palabra, que María es bienaventurada. ¿Decidme ahora si el vaticinio de María no ha tenido cumplimiento?

Yo he visto en lo más elevado de la gigantesca cordillera de los Andes, aquí, en la América Meridional, los arroyuelos, de que se forma en su origen el caudaloso río de las Amazonas, ese émulo de los mares, ese rival del Océano: gota tras gota cae el agua, pura, cristalina, destilando de las rocas de granito en las enormes alturas de los páramos de la

cordillera; luego ese hilo de plata corre tímidamente, tropezando en los granos de arena, y desviándose á cada paso, ya de la menuda grama, ya del haz de paja, que le sirven de obstáculo: torrente impetuoso más allá, se precipita, haciendo resonar los montes con el choque de sus aguas: más lejos, se desgalga ya por entre riscos y peñas, caudaloso río, que hinche su cauce y se espacia y dilata de monte á monte, abriendo el insaciable seno, para recibir los arroyos, los torrentes, los ríos, que se precipitan de la cordillera, y de todos lados y á cada paso le salen al encuentro, para ofrendarle el tributo de sus aguas: sin que nada sea capaz de detenerlo en su carrera, ya se lanza en atronadoras cascadas, por entre bosques y selvas seculares; ya se derrama y se aduerme, mudo y reposado en remansos tranquilos, y mientras más se va alejando de su origen, más caudaloso, más admirable se manifiesta, sin que ya ni la más denodada audacia pueda dar vado á su corriente: centenares de leguas antes de perderse en el Atlántico, en vano busca márgenes y orillas la vista, cansada y fatigada: la salida del sol sorprende á la barquilla del viajero, del explorador, en medio del vasto seno de las aguas; y, á la tarde, causado de remar, contempla de nuevo la puesta del sol, viendo hundirse al astro del día en la superficie inmensa de las ondas, sin que haya para ese caudaloso río ni límites ni orillas. ¿Quién no dirá que esta es una imagen de lo que ha sucedido con la gloria de la Virgen? Una palabra, pronunciada por un Angel, en lo más escondido y oculto del aposento de la humilde Virgen: una palabra, oída solamente por los cielos, pero que resonó también en la tierra: una palabra, pronunciada en la eternidad y repetida en el tiempo: un grito de admiración, en que prorrumpió la inspirada madre del Bautista: grito de admiración, que

fué oído en la morada de Zacarías en las montañas del desierto de Judea: una exclamación, arrancada á una mujer desconocida, que, de entre la inmensa muchedumbre que escuchaba atónita al Salvador, levantó la voz, para bendecir el seno en que había sido concebido y los pechos que le habían amamantado; ved ahí las gotas misteriosas de este océano de gloria, al parecer tan efímero, tan exiguo en su origen.

Durante los días de la vida mortal de la santa Virgen, ese río maravilloso de su gloria está como contenido y represado: los fieles de la primitiva Iglesia se agitan, se conmueven y, de puntos lejanos, se dirigen á Jerusalén, estimulados por el vivo deseo de contemplar, con sus ojos, esa extraordinaria maravilla de la diestra omnipotente del Altísimo; pero los impulsos de la devoción de aquellos primitivos cristianos encuentran en la humildad profunda de la Madre de Dios un obstáculo invencible para las grandes demostraciones de su amor y de su culto. En la época de las persecuciones, la devoción á la Virgen era ardiente y fervorosa: ya no había ni obstáculo al fervor, ni límites á la admiración; y los mártires proclamaban bienaventurada á Aquella, con cuya fe admirable había sido salvado el mundo.

¿Qué obstáculos se presentaron, andando los siglos, á ese culto santificador de las almas y engrandecedor de los pueblos? Los errores, las herejías, las blasfemias, los escarnios que se le han opuesto, todos han sido arrollados por ese torrente de alabanzas y de bendiciones, que, hace diez y nueve siglos, viene corriendo y dilatándose por entre las edades, que se quedan lejos, muy lejos, allá, en lo más remoto de los tiempos, y las que en la historia están muy próximas á nosotros. Cánticos de gloria, himnos de alabanza, que salen del pecho con-

movido de todas las generaciones, y que, según la frase del Apocalipsis, se asemeja al estruendo de aguas caudalosas. *Tamquam vocem aquarum multarum.*

El vaticinio de la santa Virgen está cumplido: todas las generaciones la proclaman bienaventurada: ¿podrá alguien dudarlo? Lo estamos viendo, con nuestros propios ojos; lo estamos presenciando en todas partes nosotros mismos, y todos los días somos testigos de este acontecimiento.—Todos los días, tres veces al día, no hay parte alguna del mundo, donde no se proclame bienaventurada á la humilde Virgen, Madre de Dios. Todos los días, labios innumerables se abren para bendecirla; y la bendicen, tres veces cada día, millares de creyentes, poniéndose de rodillas, y alzando de la tierra ese himno de alabanza magnífico, con que los hombres hacemos coro al que los ángeles le cantan en el cielo. ¡Cuán hermoso espectáculo presenta, tres veces al día, la tierra, cuando eleva su oración al cielo, bendiciendo á María! Por la madrugada, cuando los primeros rayos del alba comienzan á clarear en el horizonte, en medio del silencio universal, en que está sumergida la naturaleza entera, el tañido apasible de la campana resuena, despertando á la oración y á la plegaria; y el mundo saluda á Aquella, que fué la aurora del divino Sol de Justicia: á medio día suena, por segunda vez, dando la señal de poner término por un momento, de suspender por un instante las faenas y las agitaciones del trabajo cotidiano, para comunicar aliento al ánimo cansado, y recordar que el hombre vive no solamente de pan: á las cabezas abrumadas por el trabajo, á las frentes encorvadas hasta el polvo en las rudas labores del día, la campana, con esos sus misteriosos acentos, les grita: alzaos! y mirad al cielo, para cuya posesión habéis sido criados!!

En fin, cuando la luz del día se atenúa, se apaga, se despide; cuando la melancólica claridad del crepúsculo vespertino inspira pensamientos serios y convida á la meditación y al recogimiento, la campana de la oración vuelve á sonar, por la tercera vez; y entonces sus tañidos, pausados, graves, solemnes, se difunden por los espacios, como una voz sobrenatural, recordando al hombre los grandes misterios de la Redención. ¿Será posible no ver cumplido maravillosamente el vaticinio de María? Nosotros mismos, en esta misma hora lo estamos cumpliendo: vosotros, que estáis leyendo las páginas de este libro, ¿no es cierto que cumplís la profecía de la Virgen? ¿No es cierto que, por vuestra parte habéis cooperado á su realización y cumplimiento?

Nada hay tan difícil de conquistar como la voluntad humana: el santuario del corazón es impenetrable á toda fuerza, á toda violencia, y sus puertas sólo se abren á las llamadas y reclamos del amor. Vencido, aherrojado el cuerpo, todavía queda libre y señora la voluntad. Decir, pues, y anunciar que una persona había de ser amada, con un amor extraordinario, puro, afectuoso, invariable, por todos cuantos oyeran pronunciar su nombre, en todas partes, en todos tiempos, hasta el fin de los siglos, ¿quién no lo tuviera por un delirio? ¿quién no lo juzgara imposible, si no lo viéramos realizado, si no lo estuviéramos realizando nosotros mismos? Hemos pensado en esto? Lo hemos reflexionado, con la atención que se merecè? Nosotros mismos estamos dando cumplimiento, todos los días, á la admirable profecía de la Virgen. ¡Y con cuánta satisfacción y con cuánta alegría no la estamos cumpliendo! ¿Qué enigma, qué secreto es éste? ¿Cómo se ha apoderado de nuestros corazones un amor tan puro, tan entrañable, tan afectuoso? ¿Quién

nos ha cautivado así, con una servidumbre tan amable? ¿Por qué no nos sería posible renunciar á este amor? ¿Por qué nos horrorizamos de sólo considerar que hay corazones que no aman á la Virgen? Esto es humanamente inexplicable: aquí, la voluntad divina está manifiesta; es un milagro, el cumplimiento de una profecía. Cuanto más reflexionemos y meditemos sobre este punto, tanto más nos convenceremos de la divinidad del Evangelio; y el cántico de la Virgen, su *Magnificat* admirable y sublime, bastaría el sólo para probar evidentemente la divinidad de la Religión cristiana, aunque no hubiera tantas otras y tan concluyentes pruebas de esa divinidad.

DEPRECACIÓN.

¡ Con que, es verdad, oh María, que yo he sido criado para el cielo! ¡ Con que, es cierto que el cielo se ha hecho para mí!... ¡ Ah! No acabo de maravillarme de tanta dicha, de felicidad tan grande! Un día estaré con Vos en la gloria, estaré donde Vos estáis, estaré en vuestra compañía: me postraré á vuestras plantas, besaré vuestros pies, los mojaré con mis lágrimas, lágrimas de gozo y de reconocimiento, que correrán en abundancia de mis ojos! ¡ Qué felicidad será la de aquel primer instante, cuando entra una alma en la gloria! ¡ Qué dicha la de aquel momento! ¡ Oh! María, ¿ es cierto que veré vuestro semblante, que gozaré de vuestra compañía, que oiré vuestra dulcísima voz? ¡ Oh! dicha! ¡ Oh! felicidad incomparable! ¿ Qué me diréis entonces? ¿ Qué palabras serán las primeras que yo oiré salir de vuestros virginales labios? ¿Cuál será el regocijo de mi alma, al oirlas? Cómo, al escuchar que me llamáis hijo, me arrebataré en éxtasis de dulzura inefable, rebosaré de contento y

no cabré en mí de gozo y alegría!... Entonces, ¿qué os diré? ¡ Con qué efusión saldrá de mi alma la palabra madre! Palabra ternísima, expresión suavísima, que me pondrá delante de los ojos toda la historia de vuestros beneficios, y ese recuerdo, con Vos cara á cara en el cielo, oh María!!... Sostened mi alma, fortalecedla, que de sólo pensarlo aquí en la tierra siento que mi alma desfallece de admiración y de contento. ¡ Oh! Entonces, os alabaré, os bendeciré, cantaré vuestros loores, y os aclamaré bienaventurada: os he alabado aquí en la tierra y de publicar vuestras glorias he hecho mi mayor felicidad: concededme que os alabe eternamente en el cielo.— Amén.

LECCION DÉCIMA NONA.

DIA DIEZ Y NUEVE DE MAYO.

EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL SANTO NOMBRE DE MARIA.—MARIA ILUMINADA CON LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO: MARÍA ILUMINADA CON LUZ DE GLORIA.

I

María iluminada con los dones del Espíritu Santo.

María fué iluminada no solamente con las luces de la fe, de la gracia divina, de la ciencia sobrenatural y de la profecía, sino también con los siete

maravillosos dones del Espíritu Santo: y es cosa muy agradable, al par que instructiva, conocer cómo recibió la Virgen los dones del Espíritu Santo, el grado en que los poseyó y las excelencias sobrenaturales, de que, mediante ellos, estuvo adornada su alma nobilísima.

Más, preguntaremos ante todo, ¿qué son los dones del Espíritu Santo? ¿Podrán distinguirse de la gracia divina, ó son, talvez, la misma gracia santificante? Los dones del Espíritu Santo no pueden existir en una alma manchada por el pecado mortal, y necesariamente exigen la vida sobrenatural de la gracia divina en el alma que los recibe: no son, pues, la misma gracia; antes, la acompañan y presuponen: tampoco deben confundirse con las virtudes; porque, respecto de ellas, los dones son auxilios ó medios extraordinarios, que nos ayudan para practicarlas de una manera perfecta. Así como en la naturaleza, la semilla fecunda, que se confía á la tierra, contiene en sí misma todo el germen de que ha de brotar y formarse la planta; así también, en el orden sobrenatural, una alma que posee la gracia santificante lleva en sí misma la vida; pero, como la semilla necesita de la sabia y de los jugos de la tierra, de la humedad y del calor para desarrollarse y producir, así la vida divina en las almas ha menester del impulso del Espíritu Santo, que, por medio de sus siete maravillosos dones, la pone en acción, la estimula á la práctica de lo bueno y le da un suave movimiento para que vaya ascendiendo de una virtud á otra más heroica. Los dones del Espíritu Santo hacen, pues, lo que el aire y el calor con la vida material, la conservan y fomentan. De ahí es que, una alma en gracia no puede menos de hallarse enriquecida con los dones del Espíritu Santo, siendo la posesión de estos dones inseparable de la gracia. María, cuya alma, des-

de el instante de su concepción inmaculada, estuvo llena de la plenitud de la gracia, ¿no estaría adornada y enriquecida también con los dones del Espíritu Santo? Claro es que sí, y en sumo grado. Veamos, pues, ahora cómo poseyó cada uno de esos dones, y los efectos maravillosos, que produjeron en el alma de la santa Virgen.

Todos los católicos sabemos muy bien cuantos y cuales son los dones del Espíritu Santo, y ninguno de nosotros ignora, que entre ellos ocupa el primer lugar el dón de la Sabiduría y, el último el dón del Temor de Dios: de los siete dones, cuatro perfeccionan nuestro entendimiento; y tres, nuestra voluntad: la sabiduría, el entendimiento, la ciencia y el consejo perfeccionan nuestra inteligencia; y el temor de Dios, la fortaleza y la piedad perfeccionan nuestro corazón. Dos facultades nobilísimas hay en nuestra alma, que son la de conocer y la de amar; y entrambas reciben del Espíritu Santo, por medio de sus siete soberanos dones, luz, unción y defensa; porque, mediante ellos, somos protegidos, auxiliados y alumbrados de lo alto.

El principio de nuestra santificación está en el temor de Dios, según lo dice terminantemente la Santa Escritura: *Initium Sapientiae timor Domini* (1). El principio, el comienzo de la sabiduría es el temor del Señor. Para recibir y alcanzar el dón de la sabiduría, que es el supremo y el más excelente de los dones, es indispensable haberlo merecido antes con el dón del temor de Dios. Más, ¿á qué se reduce este dón? ¿cuáles son sus efectos en nuestra alma? ¿Qué es temor? ¿En qué consiste el temor de Dios?

El temor es un sentimiento ó afecto del ánima, por el cual nos reconocemos inferiores á una

(1) Salmo cx, ver. 10.

persona, á quien le debemos respeto, amor y reverencia, y de cuyas manos no podremos menos de recibir el justo premio ó castigo que merezcamos, según el cumplimiento de nuestros deberes. De aquí es que, el temor de Dios es el reconocimiento de nuestra condición de criaturas respecto del Creador, y la afectuosa disposición de cumplir nuestras obligaciones, y portarnos como tales, en todo momento. Del temor nace la más amable de todas las virtudes, la virtud característica de la criatura, la humildad.

La perfección, la nobleza del temor se deduce de los motivos que nos inspiran este sentimiento, y de las causas que nos estimulan á temer. Cuando amamos á Dios y tememos ofenderle, no tanto por la pena con que puede castigarnos, cuanto por el deseo de ser siempre agradables á sus divinos ojos; entonces nuestro temor es filial: pero, cuando nuestro amor á Dios es tan corto, tan escaso, tan tibio, que por horror de la pena, más bien que por miedo de desagradarle dejamos de pecar, entonces nuestro temor es servil. ¿Cuál de estos dos temores será más excelente? El temor filial, sin duda ninguna.

Estudiemos ya este dón precioso en el alma de la Virgen Santísima. María estaba profundamente abismada en la contemplación de dos ideas: la idea de la suma Majestad de Dios, y la idea de la pequeñez y de la nada de la criatura, y de ahí nacían en su alma aquellos sentimientos indecibles de respeto, de reverencia, de anonadamiento delante del Señor. Andaba siempre asombrada, ponderando cuán miserable, cuán pequeña es la criatura, y de aquí prendía en su pecho inmaculado el fuego del más puro amor á Dios. Las maravillas, los grandes portentos que el Todopoderoso había obrado en Ella la tenían sumergida en un éxtasis de admiración

continuo, no cesando de ponderar su nada como criatura, y la excelencia de las gracias extraordinarias de que la había colmado el Altísimo. En el fondo de su alma, en los más recónditos senos de su conciencia purísima, allí era donde traía depositado el temor de Dios, y de ahí resaltaban á lo exterior aquella compostura admirable en todos sus movimientos, y aquella modestia celestial en su semblante: hablando ó guardando silencio, estaba siempre poseída del afecto de la presencia divina. Pensaba, hablaba, vivía siempre bajo la mirada de Dios, de una manera agradabilísima al Eterno, que la había criado, y que se complacía en la santidad de esa criatura, en quien le plugo derramar los tesoros inagotables de su bondad infinita.

El temor reverencial que la Virgen tenía á Dios, era acompañado del más vivo deseo y de la más eficaz solicitud de agradar al Señor en todo: María temía no solamente desagradar á Dios, sino no hacer siempre, y en todas las cosas, lo que á Dios fuese más agradable. ¡Cuán grande era, por esto, el horror que le inspiraba el pecado! Hé aquí una de las fuentes más misteriosas é inagotables de dolor para la santa Virgen durante su vida mortal; sentía dolor inefable porque su horror al pecado era también inefable: hé aquí el arcano del martirio de la Virgen en la pasión de su Hijo divino. En María no hemos de considerar solamente el amor de Madre en la pasión de Jesucristo, sino también los dones sobrenaturales con que había sido enriquecida su alma para compadecerse de los dolores del Hombre Dios. ¿Qué ideas tenía la Virgen, en qué meditaba en el Calvario? ¿Qué pensaba contemplando la agonía del Redentor suspendido del afrentoso patíbulo de la cruz? María en su Hijo moribundo tenía presente á la Víctima expiatoria del pecado, y tanto era el horror que la Virgen tenía al pecado

que habría muerto necesariamente, si la gracia divina no la hubiera fortalecido para que padeciera aquellos dolores y angustias inefables en el Calvario.

Del mismo temor de Dios nacía en la Virgen su asombrosa humildad. Tratando de esta virtud de María, me faltan palabras para explicar cuanto siento y alcanzo á entender acerca de ella. Llamar profunda á la humildad de la Virgen es no decir nada, porque en la humildad de María hay tales abismos, y tan heroicos, y tan admirables que cuanto se quiera ponderar será siempre menos de lo que respecto de esa extraordinaria virtud se logra conocer meditando las palabras, los hechos y las excelencias de la Virgen. Tanta grandeza de ánimo, una dignidad tan magnánima y una humildad tan consumada. Dos cosas conocía claramente la Virgen: la nada de la criatura y la grandeza infinita de la Majestad divina, y del conocimiento de esos dos abismos, del abismo de la nada de la criatura y del abismo de la grandeza divina, nacían su temor á Dios y su humildad. De aquella fuente de bondad inmensa veía la santa Virgen brotar y derramarse los beneficios sobre todas las criaturas llevándolas, colmándolas de bienes hasta que rebosasen en ellos, y entre todas las criaturas existentes y aun posibles se reconocía Ella como la más privilegiada, como la más favorecida, y su corazón ardía en llamas vivas del más generoso reconocimiento á las misericordias del Criador. ¿Cómo ni imaginar siquiera desagradar á Dios? ¿Qué esfuerzos no deberán hacerse para cumplir en todo la voluntad divina, ejecutando siempre no aquello que sea solamente agradable á Dios, sino lo que le sea más agradable, aunque á la voluntad humana le cueste duros y grandes sacrificios? ¿Cómo tenerse en más de lo que uno realmente es? ¿Cómo no conocer las buenas dotes que poseemos? ¿Cómo dejar

de confesar que todas las hemos recibido de la liberal mano de nuestro Criador? Tales son los afectos de una alma poseída del temor de Dios: tales fueron en grado heroico y perfectísimo los de la Virgen María.

El segundo de los dones del Espíritu Santo es el dón de Piedad. Como todos los demás, santifica éste á las almas comunicándoles para con Dios afectos y sentimientos filiales. Dios no quiere que sus criaturas le teman solamente, sino que exige de ellas amor, y nos ha impuesto precepto estrecho de amarlo sobre todas las cosas. ¿Qué hace el dón de piedad en nuestros corazones? Nos inspira é infunde sentimientos de amor filial, nos comunica para con Dios afectos de hijos, y así amamos á nuestro Criador como á nuestro Padre. El corazón de la santa Virgen fué, pues, llenado sobrenaturalmente de afectos y sentimientos filiales, tiernos, generosos, heroicos respecto de Dios: amaba á Dios como á un padre, porque Dios es en verdad padre de todas sus criaturas. Y de este amor filial que la santa Virgen tenía á Dios nacían su constancia admirable en la práctica más heroica de todas las virtudes, aquel gusto y complacencia con que miraba todas las cosas que se referían al servicio divino, la reverencia profunda y amor entrañable que sentía para con los sacerdotes de la Antigua Ley y después para con todos los Apóstoles y Discípulos de Jesucristo, y su caridad y misericordia para con todos los prójimos. En todos los actos del culto divino encontraba sumo contentamiento, y en la práctica de la caridad para con el prójimo una ocasión de manifestar á Dios el exquisito y fervoroso amor filial de que estaba adornado su corazón.

Más, acaso no faltará alguien á quien se le ocurra preguntar, si por ventura la santa Virgen María conserva en el cielo los mismos dones del Espíritu

Santo de que estuvo adornada aquí en la tierra? ¡Ah! Indudablemente, allá en su vida gloriosa la santa Virgen está animada de los mismos sentimientos sobrenaturales de que estuvo animada aquí en la tierra, y el dón de piedad, que aquí en este mundo le inspiró aquel ternísimo amor filial á Dios y aquella caridad tan encendida para con el prójimo, le comunica y atiza, dirémoslo así, en el cielo esos deseos fervorosos de la salvación del mundo, y de la exaltación de la gloria divina. Por eso María ama tanto á la Iglesia Católica y la ampara y protege con el auxilio eficaz de su intercesión poderosa para con Dios. ¿Será, talvez, la Iglesia Católica una sociedad indiferente para la Virgen? ¿Se moverá María á orar en el cielo por la Iglesia, solamente cuando desde la tierra los fieles clamamos pidiéndole su auxilio y protección? ¡Ah! No: María tiene constantemente fijos sus ojos en la Iglesia militante, y con solicitud incomparable no cesa de rogar por ella, se interesa en la suerte no sólo espiritual sino temporal de todos y de cada uno de los fieles que componen la Iglesia, intercede por todos los pueblos de la tierra y emplea en beneficio de los mortales todas las gracias extraordinarias de que el Todopoderoso la ha enriquecido y hecho dispensadora en el cielo. Ved aquí porqué era imposible que María no acudiera en auxilio de los hombres, cuando la invocamos en nuestras necesidades.

El tercero de los dones que perfeccionan la voluntad es el de Fortaleza, por el cual el alma se halla dispuesta y robustecida para hacer y para padecer grandes cosas por Dios. La fortaleza resplandece más en el padecer que en el ejecutar grandes trabajos por la gloria divina. Este dón admirable fortaleció á la Virgen y la hizo capaz de las acciones extraordinarias, que consumó cooperando con su Hijo divino á la Redención del mundo. Dos

son los actos principales de la Virgen en los que resplandeció más la fortaleza sobrenatural de que estaba dotado su gran corazón: en esos dos actos la vemos hacer grandes cosas y padecer inauditos trabajos por la gloria divina.

¿Cuáles son esos dos actos de la vida de la Virgen? Esos dos momentos más solemnes en la vida de la Virgen fueron el de la Encarnación del Verbo divino y el de la Pasión del Redentor: en el primero se manifestó la fortaleza de la Virgen haciendo grandes cosas, y en el segundo, padeciendo heroicamente por la gloria divina. Cuando la Encarnación ejecutó un acto de fe generosa, superando cuantas dificultades le oponía su razón contra lo estupendo é incomprensible de un misterio tan asombroso como era el que el mismo Dios se hiciera hombre en las entrañas suyas inmaculadas, sin que para la consumación de una maravilla tan asombrosa, tan imposible, fuese necesaria otra cosa sino el consentimiento de la misma Virgen. Ponderemos las circunstancias en que se encontró María en aquel momento, para comprender cuanta fué su fortaleza de corazón y su magnanimidad, al dar su consentimiento para la Encarnación. La grandeza del misterio, el espanto que no podía menos de causar á la criatura aquella unión íntima y estrecha que había de verificarse con Dios mediante la Encarnación, el horror que la débil naturaleza humana siente en presencia de la Majestad terrible de Dios y, en fin, los sagrados deberes que la divina Maternidad imponía á la Virgen eran parte para que, al dar su consentimiento, hiciera un acto heroico de fortaleza, auxiliada y robustecida por los dones del Espíritu Santo.

Ya antes había sido estimulada por la misma gracia ó dón de fortaleza á hacer un voto inaudito, el voto de virginidad, realzando por medio de la re-

ligión la práctica de la más celestial entre todas las virtudes.

En cuanto al padecimiento, recordemos que María fué al Calvario siguiendo al Redentor y que presencié la muerte de su Hijo divino. ¿Solamente el amor maternal le movería á ser testigo y expectador de la agonía y de la muerte de su querido Hijo? No, no fué solamente el amor maternal quien llevó á María al Calvario, fué su fortaleza espiritual, fué la sobrenatural gracia santificante la que obró aquella maravilla, que en el mundo y en la eternidad tendrá perpetuamente asombradas á todas las criaturas. Si consideramos la acción de la Virgen desde un punto de vista puramente humano, decidme, ¿no es sorprendente que una madre haya ido á presenciar el suplicio de su hijo? ¿no sería contrario á los delicados instintos del corazón de una madre semejante acción? ¿No habría sido más propio de una madre amorosa huír del lugar del suplicio de su hijo? ¿Cómo es posible que en un corazón delicado se haya podido encontrar tanta dureza con tanto amor? Una madre que ama entrañablemente á un hijo suyo no tiene valor para verlo morir, se retira, se aleja: exclama, como la dolorida Agar en el desierto cuando su hijo agonizaba de sed: no tengo, no, valor para ver morir á mi hijo, y huye y se aparta para exhalar á lo lejos sus ayes y gemidos! Y después de todo, ¿no había de ser amargamente atormentado el corazón del moribundo, viendo allí delante de su cruz presente á su madre? Hay, pues, un misterio en la presencia de la Virgen en el Calvario: y ¿qué misterio es ese, sino el de la fortaleza sobrenatural de su corazón immaculado, que, sacrificándose á sí mismo en aras del más cruel dolor, presencié la muerte de Jesucristo para adorar á su Dios en aquel supremo instante? La esforzada Virgen considera que su Hijo divino

era objeto de las burlas, de los dicterios, de los sarcasmos, de los ultrajes, de las afrentas de todo un pueblo conjurado contra su vida: esa vida preciosa le va á ser quitada en un patíbulo ignominioso. . . . ¿qué hará la Virgen? ¿qué partido tomará en circunstancias tan extraordinarias y difíciles? Como madre tiene el corazón lastimado, herido, traspasado de dolor: pensando en lo que sufre y padece su Hijo moriría, si una asistencia especial de lo alto no sostuviera su vida: ir al Calvario, presenciar con sus propios ojos la agonía de su Hijo, no lo sufre el amor maternal: pero Jesucristo es también su Dios, su Criador, y puede adorarle, rendirle culto en el momento mismo en que le estén ultrajando: su presencia en el Calvario será una participación en los dolores del Redentor, porque sobre la Madre caerán también los ultrajes, las afrentas, los desprecios del Crucificado. ¿Qué era aquel día Jesucristo para el innumerable pueblo reunido en Jerusalén? ¿Qué era sino un miserable criminal digno del último suplicio? ¿Qué era sino un sacrílego, un blasfemo, un sedicioso? ¿Quiénes lo perseguían sino los sacerdotes y los magistrados de la nación? Por lo mismo presentarse en público, cerca de la víctima, ponerse en pie junto al patíbulo, confesando y declarando y haciendo ver que el Crucificado era su Hijo y que Ella era su Madre, ¿no era fortaleza admirable? ¿No era amor á Dios? ¿No era un amor divino sublime? ¿No era el acto de la más heroica fortaleza presentarse ante un pueblo entero amotinado y enfurecido, y declarar con su semblante y sus lágrimas que Ella era la madre de aquel á quien estaban crucificando? ¿Qué desprecios, cuántos ultrajes, qué de palabras injuriosas no caerían sobre la Virgen aquel día! ¿Cómo la señalarían con el dedo para hacerla conocer á todos por la Madre del Crucificado! ¡Ah! ¿Quién podrá de-

¿Qué lo que la Virgen padeció en el Calvario? ¿Quién lo explicará? ¿Quién lo ponderará?... María participó de todas las afrentas de Jesucristo en el Calvario, y cuando el Redentor era un objeto de abominación y de desprecio para todo el pueblo, entonces fué para la Virgen un motivo de honra y de gloria. Cual haya sido la situación en que Nuestro Señor Jesucristo se encontraba respecto de los judíos en aquellos momentos terribles, claro lo dan á entender la fuga precipitada de los nueve Apóstoles, la negación pública y estrepitosa de San Pedro y sobre todo los insultos é improperios con que le denostaba hasta uno de los dos ladrones crucificados con el Señor. Presentarse en aquel momento en el Calvario y declararse ante el pueblo entero por Madre de la Víctima era, sin duda, una prueba admirable del más tierno amor y de la más sublime fortaleza. Más tarde, después de las glorias de la Resurrección, exclamaba el Apóstol: Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de mi Señor Jesucristo. *Absit mihi gloriari, nisi in cruce Domini Nostri Jesucristi* (1). Gran exclamación, sublimes palabras dignas del corazón de San Pablo! Empero ¿cómo se puede ni comparar siquiera la magnanimidad del Apóstol de las gentes con la fortaleza de la santa Virgen? Las palabras del Apóstol no son más que la descripción de la fortaleza maternal de María en el Calvario.

En fin, consideremos otro acto de generosa conformidad de la Virgen con la voluntad divina. Conocer la condición de la vida humana y no aspirar al goce de los bienes eternos es moralmente imposible, y tanto más vehementes son las aspiraciones hacia la patria celestial cuanto más profundo sea el conocimiento que tengamos de las miserias de esta

(1) Epístola á los Gálatas, cap. 6, ver. 14.

vida y de las delicias de la eterna bienaventuranza. ¿Quién ha conocido mejor que la Virgen las condiciones de la vida humana? ¿Quién es posible que tenga de Dios el conocimiento que poseía la Virgen? ¿Habrá alguien que aspire tan fervorosamente á la posesión de Dios como María? Y notad esta circunstancia más: la Virgen había gozado del trato y comunicación íntima con Dios en su vida con Jesucristo, su Hijo y su Dios verdadero: con la fe, con el conocimiento y con el amor que la Virgen tenía á Jesucristo, la vida de María no podía menos de ser una no interrumpida bienaventuranza sobrenatural aquí en la tierra. ¿No es cierto que la vista de Jesucristo basta ella sola para hacer á uno bienaventurado? En la vida de la Virgen hay un conjunto de misterios admirables. Su permanencia en la tierra después de la Ascensión del Señor la considero yo como uno de los actos de la más generosa conformidad con la voluntad divina: y ¿de dónde esa conformidad hasta el sacrificio sino del dón de fortaleza? Haber gozado de Dios en la tierra y continuar viviendo en la tierra con una vida menos dichosa, apartada de la comunicación íntima y doméstica con Dios: dirélo en una palabra, haber gozado con los ojos de la carne de la vista de Dios, contemplando sin cesar durante treinta y tres años la faz divina de Jesucristo, encanto de los mismos ángeles, y continuar después viviendo en la tierra con la privación de aquella dicha incomparable fué un acto en el cual María manifestó cuán generosa era su conformidad con la voluntad divina. ¿Qué cosa había en la tierra capaz de llenar el corazón de la santa Virgen? Si nuestro corazón, tan miserable, tan mezquino, vive siempre descontento de las cosas de la tierra, ¿podía no aspirar vehementemente á la vista clara de Dios la Virgen María? ¿Dejaría de aspirar hacia el cielo y con veheménti-

simas ansias la que había gozado de la unión con el Hombre-Dios, cuya vista hace las delicias de los bienaventurados en la Jerusalén celestial? Si el Apóstol clamaba y decía suspirando: deseo ser desatado de las ligaduras terrenales para estar con Cristo, ¿cuáles no serían las exclamaciones y suspiros de la santa Virgen? *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* Y, ¿por qué permaneció María en la tierra después de la Ascensión de Jesucristo? Permaneció para el bien de la Iglesia, que se había fundado, y debía formarse, al amparo y bajo la dirección maternal de la santa Virgen: por esto María sacrificó su pronta glorificación en el cielo á la voluntad divina de permanecer en la tierra, en lo cual encontramos una admirable manifestación de los dones de piedad y de fortaleza, con que en sumo grado la había enriquecido el Espíritu Santo.

Los dones que perfeccionan la inteligencia son el de ciencia, el de consejo, el de entendimiento y el de sabiduría.

El dón de Ciencia es una luz sobrenatural con cuyo auxilio conocemos con certidumbre lo que en realidad son todas las cosas, y distinguimos lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo en cuanto se refiere á nuestro fin sobrenatural y á la salvación eterna: más no basta discernir lo verdadero de lo falso y lo bueno de lo malo, sino que además es necesario acertar con los medios más seguros para alcanzar nuestro fin, y esto es lo que hace el dón de Consejo, mediante el cual no puede errar nunca el alma en la elección de los medios para agradar á Dios. Para ser agradable á Dios es necesario conservar la gracia santificante; empero ¿cuán expuesta á errar no se halla nuestra alma! ¿Qué de engaños! ¿Qué de ilusiones! No siempre acertamos á elegir el bien y la manera de practicarlo con peso y medida, en tiempo oportuno, y nos falta la discre-

ción, que es la que entre todas las virtudes conserva y mantiene la perfección de lo bueno en su punto más justo.

Consideremos estos dones en la Virgen María. Nadie se ha encontrado en circunstancias más difíciles y extraordinarias que la Virgen, pues su predestinación á la divina Maternidad le imponía deberes muy arduos y dificultosos en punto á su santificación; era por lo mismo conveniente que conociera perfectamente todas las cosas relativas al cumplimiento del sublime destino de Madre del Verbo encarnado, para el que desde toda eternidad había sido predestinada. María conocía, pues, todas las cosas y distinguía con toda claridad y evidencia, siempre y en todas circunstancias, lo bueno de lo malo, la verdad del error, sin que su mente virginal hubiese padecido jamás ni dudas, ni perplejidades ni incertidumbres: conocía el bien, y en la virtud misma con admirable discernimiento sabía distinguir lo perfecto, lo heroico, lo mejor; y además el tiempo y el modo y todas las circunstancias de practicar cada acto de virtud, de la manera más excelente y agradable á Dios. Así, cuando hablaba, sus palabras eran tan oportunas, tan precisas, tan meditadas que aun el más sabio no podía menos de asombrarse viendo tanta prudencia, tanta mesura, tanta dignidad hasta en los actos más ordinarios de la vida. Número de palabras, tono de voz, elección en las circunstancias, todo era santo, todo era admirable en la Virgen, maravillosamente santa.

No es lo mismo conocer una cosa que entenderla: el que la conoce se halla respecto de la verdad, como el que teniendo un objeto delante de sus ojos se estuviese contemplando sus formas exteriores; más quien entiende una verdad no contempla solamente lo exterior de ella, dirémoslo así, sino que con la mirada de su inteligencia penetra en lo

interior, descubre la naturaleza íntima de las cosas y examina lo que estaba escondido ú oculto al simple conocimiento. Ved aquí precisamente lo que hace el dón de Entendimiento: por medio suyo penetramos con la inteligencia en el fondo íntimo de las verdades sobrenaturales, y adquirimos de ellas un conocimiento claro, las comprendemos en cuanto es dado comprenderlas á la limitada inteligencia humana aquí en la tierra, mientras vivimos de la vida de la fe.

Más, ¿qué son las verdades sobrenaturales sino otros tantos rayos de luz que irradian de la Verdad Eterna alumbrando el mundo sobrenatural de las almas? Quien haya conocido, pues, esos rayos luminosos y los haya contemplado aisladamente en sí mismos, se elevará á lo sumo de la inteligencia sobrenatural cuando llegare al conocimiento de la misma Esencia Soberana de la verdad increada. Y ¿cómo se elevará á ese conocimiento? ¿con qué alas levantará el vuelo la mente humana para remontarse desde la tierra, en la noche sagrada y misteriosa de la fe, á la contemplación de la Luz increada? ¡ Ah ! ¿ Con qué alas preguntáis? Esas alas son las que comunica el dón de la Sabiduría, que es el supremo de los siete dones del Espíritu Santo.

¿Cuál sería y cuán extraordinaria la luz divina que estos dones del entendimiento y de la sabiduría derramaron en el alma de la inmaculada Virgen? ¡ Ah ! Quién pudiera comprenderlo! La luz sobrenatural de la gracia no encontraba obstáculos ningunos que vencer en el ánima de la Virgen, recta, pura, perfecta; el ánima de la Virgen María no estaba en ruínas como necesariamente se suelen hallar nuestras almas, á consecuencia del pecado original en que todos somos criados: el ánima de la Virgen era una alma sana y robusta: las nuestras son enfermas, débiles, lánguidas, y por eso la gracia

santificante en su acción sobrenatural va laboriosamente disponiéndonos primero antes de derramar en nosotros torrentes de luz divina, que no podrían iluminar nuestros ojos enfermos: la grande misericordia de Dios principia primero curándonos y disponiéndonos poco á poco para recibir provechosamente los magníficos dones del Espíritu Santo. Con la Virgen María no sucedió así, sino que desde el instante mismo de su concepción inmaculada, fué llena de la gracia santificante, y con la gracia recibió todos los dones del Espíritu Santo. ¿Había acaso enfermedades que sanar en esa alma pura? ¿Por ventura nació en tinieblas y apagados los ojos del alma á la luz sobrenatural?... ¿No es cierto que vino á la vida en medio de la luz más espléndida? Considerad ahora cuán profundo sería el conocimiento que tenía de todas las verdades sobrenaturales: cuánto penetraría en los arcanos divinos esa mirada virginal, que se fijaba constantemente en la Verdad Eterna y se estaba contemplándola de hito en hito, sin que la deslumbrasen sus fulgores divinos!

Tengo para mí que María Nuestra Señora debió poseer pocas ideas, y que esas ideas suyas fueron sin duda simples y como vistas intuitivas de las cosas divinas, aproximándose, en cuanto era posible, su manera de conocimiento, en lo que miraba á la Religión, á la ciencia divina con que el Altísimo se conoce á sí mismo en la eternidad: la idea de Dios debió ser la grande antorcha que brillaba en la clara inteligencia de la Virgen, y esa idea de Dios le daría, sin duda ninguna, grandísima luz para conocer todas las cosas sobrenaturales, de una manera profunda y superior al conocimiento que de las mismas cosas han tenido aquí en la tierra, también con luz sobrenatural, aun los más aventajados Apóstoles y Doctores de la Iglesia.

Me parece además que, atendida la perfección natural y la excelencia del entendimiento de la Virgen, debió discurrir poco la Madre admirable del Redentor, por bastarle esas miradas como intuitivas, con las cuales, de una sola ojeada, veía en las cosas cuanto había que conocer en ellas; pues esos largos y penosos discursos, en que la mente humana va pasando como á tientas de lo conocido á lo desconocido, arguyen imperfección en el ingenio, y esas imperfecciones serían injuriosas á la Virgen.

Atendiendo ahora á la manera admirable cómo recibía la Virgen las luces sobrenaturales de la Sabiduría divina, conviene observar que una criatura espiritual como es nuestra alma puede muy bien adquirir ideas y pensar sin necesidad de los fantasmas ó representaciones sensibles de la imaginación, que acompañan á los conceptos de la inteligencia. Esto en el orden natural de las cosas no sucede, y nuestra alma siempre reviste de representaciones imaginativas aun las ideas más espirituales ó abstractas; pero, los ángeles, que son espíritus puros, ¿necesitan por ventura de representaciones sensibles para pensar? Y no es ésta, acaso, la manera más excelente de pensar? ¿No pensaremos nosotros mismos, así en la eternidad, cuando el alma esté separada del cuerpo? Pues esta manera de conocimiento tuvo muy probablemente la Virgen María, desde el instante mismo de su concepción inmaculada.

De este modo y mediante aquella manera de conocimiento ó ciencia puramente intelectual de las cosas sobrenaturales y misterios divinos, se explica cómo la santa Virgen gozó de la razón é hizo uso de ella desde el instante mismo en que fué criada, y como durante el discurso de su vida mortal mantuvo su mente siempre fija en Dios, tanto en el tiempo de la vigilia como en el descanso del sueño.

Si hubiera pensado siempre con el auxilio de las representaciones sensibles de la imaginación, su cuerpo delicado habría sufrido manteniéndose siempre con el alma abstraída y fija en la contemplación de los divinos misterios, ni habría sido posible que aun durante el descanso necesario del sueño continuara la mente elevándose á Dios. ¿No merecerá la admirable Virgen llevar el misterioso nombre de María ó la iluminada por excelencia, habiendo sido enriquecida con dones de ciencia y sabiduría tan maravillosos?

Será muy difícil compendiar una materia tan basta y decir en pocas palabras cuanto hay que exponer acerca de la ciencia de la Virgen: no obstante, nos contentaremos con tocar de paso lo relativo á sus conocimientos naturales. Respecto de éstos, es indudable que la Virgen recibió ciencia infusa natural para la inteligencia de los misterios sagrados: conoció las cosas naturales perfectamente y poseyó de ellas la más consumada ciencia en cuanto era necesario para entender las Divinas Escrituras y las demás verdades reveladas. Nada de cuanto en el humano saber está estrechamente ligado con la revelación se le ocultó á la Virgen ó le fué desconocido. ¿Quién ha entendido como Ella las Divinas Escrituras? ¿Quién ha explicado mejor los misterios revelados? ¿Quién ha conocido y admirado más despacio las obras del Criador? El conocimiento de lo criado le servía á la Virgen para elevarse á la contemplación de lo eterno y de lo divino: plácida, tranquila, esa mente excelsa, superior á los más poderosos ingenios que han ilustrado el mundo, vivía constantemente elevada en las sublimes regiones de lo divino y de lo sobrenatural; y cuando volvía sus ojos hacia lo criado, contemplaba todas las cosas desde el punto de vista de la sabiduría increada, porque los pensamientos, los deseos y los

afectos de la Virgen estaban siempre y en todo absolutamente conformes con las miras de Dios, con los pensamientos del Eterno.

¿Quién ha tenido en la tierra ideas más grandes de Dios que las que tuvo la Virgen? ¿Quién será posible que conozca á Dios como le conocía la Virgen? ¿Vió, talvez, cara á cara la misma Esencia Divina aun viviendo en carne mortal? No es imposible: muchos y graves Doctores así lo han opinado y parece que, si en la tierra semejante beneficio se ha concedido á alguna criatura; esa criatura fué la Virgen María, y solamente la Virgen María. ¿Qué otro nombre mejor que el de iluminada, clara, espléndida, se le podía dar, pues, á la humilde y sapientísima Virgen? Esta hija de Salomón, en cuya presencia el más sabio de los reyes habría guardado silencio, ¿podía llevar un nombre más misterioso y significativo que el de María?

II

María iluminada con luz de gloria.

Vamos á considerar ahora la especial luz de gloria que ilumina á la Virgen en el cielo. Aquí, en la tierra María vivió vida de fe, vivió creyendo en los misterios que han dado la salud al mundo: en el cielo recibió el premio de gloria proporcionado por la Justicia divina á sus méritos incomparables.

La gloria es, según la doctrina del Apóstol, una corona de justicia que está reservada por el Justo Juez á los que, durante los días de la prueba en la vida mortal, han combatido heroicamente para cumplir la voluntad divina: es un premio, con que el mismo Dios galardona y remunera á sus escogidos, haciéndolos eternamente felices y bienaventurados. Para la Virgen hubo de llegar también la hora su-

prema, en la que Dios, como Juez justísimo, premiara sus merecimientos: María en este mundo durante los días de su vida mortal había pasado heroicamente el tiempo de su prueba, y á ese heroísmo sublime se le debía en la eternidad un premio digno de la infinita grandeza de Dios, y ese premio le fué concedido. A las dos grandes humillaciones de la Virgen correspondieron dos solemnes triunfos en el cielo: ¿cuáles fueron esas dos grandes humillaciones? Toda la vida de la admirable Virgen fué una grande humillación: anonadada ante sus propios ojos, teniendo siempre en lo íntimo de su conciencia la convicción de la nada de la criatura, glorificaba á Dios en todo momento, y nunca ha sido Dios mejor glorificado.

A esa vida de profunda humildad correspondió una muerte también profundamente humilde. Y esta fué la segunda grande humillación de la Virgen.

La soberbia es siempre ciega y loca: más la humildad, por el contrario, tiene sus ojos clarísimos y muy recto el juicio de la razón: en la soberbia hay insensatez, así como en la humildad siempre se encuentra sabiduría. ¿Qué es la humildad, sino el claro conocimiento de sí mismo? ¿Qué es la humildad, sino el aprecio justo y equitativo de nuestros propios méritos y deméritos? En su vida la Virgen se había profundamente humillado, dando siempre á Dios la gloria de todos los portentos que había obrado en Ella: en su muerte se humilló heroicamente, eligiendo descender á las tinieblas del sepulcro, para conformarse con la voluntad divina. Ya consideramos que María no debía haber muerto, y que murió realmente y que su alma se separó de su cuerpo dejándolo yerto y sin vida, por conformarse, como se conformó, llena de gusto y resignación, con los decretos divinos.

A estas dos grandes humillaciones de María en el espacio de su prueba, correspondieron dos grandes triunfos en la gloria: el triunfo de su alma y el triunfo de su cuerpo, que resucitó glorioso. Considerad aquel instante en que esa alma inmaculada partió de este mundo. . . . ¡Cuán pura, cuán brillante de gloria! ¡Rica en méritos incomparables, hermosa con hermosura divina, la claridad suya eclipsa á la claridad de los ángeles y de los santos! ¡Extasiadas de admiración las jerarquías celestiales ponen en María sus ojos, para no apartarlos de Ella eternamente. Pero, ¿el cuerpo virginal, que animaba aquella alma santa, no fué, por ventura, el santuario donde se hizo hombre y habitó nueve meses el Verbo Eterno? ¡Ah! La Jerusalén celestial clama porque sea glorificado ese cuerpo, el más santo, el más puro de todos los cuerpos! Ved aquí el segundo triunfo de la Virgen en la eternidad: y este segundo triunfo, si cabe, fué más admirable que el primero, porque el alma gloriosa de la Virgen descendió á unirse con su cuerpo, á quien Dios acababa de glorificar también: el cuerpo y el alma gloriosos de la Virgen recibieron en el cielo el premio y galardón eterno, que correspondía á los méritos de la Madre del mismo Dios.

Más, ¿en qué consiste este premio? El premio, en que consiste la eterna bienaventuranza de los escogidos en el cielo, es la vista clara de la Esencia Divina: el gozar de esa vista, el estar eternamente unidos con Dios hace felices y dichosos á los escogidos en el cielo. San Pablo, ponderando lo momentáneo y leve de las tribulaciones de la tierra, por las cuales se alcanza la posesión de Dios en el cielo, dice, que no hay proporción alguna entre los méritos y el premio, porque la felicidad que está reservada para los bienaventurados en el cielo es tanta que, la misma ambición del corazón huma-

no es imposible que llegue á imaginarla siquiera: *Nec in cor hominis ascendit* (1). Si esta es la felicidad general y común que la misericordia divina tiene preparada para el arrepentimiento y la penitencia, ¿cuál será la que se aparejó para remunerar los méritos extraordinarios de la santa Virgen? Si al tardío acto de contrición le está preparado premio tan magnífico, ¿qué corona reservó Dios para la santidad incomparable de la Virgen María?

En cuanto á lo esencial, es claro que el premio de la Virgen no podía menos de ser el mismo que el de todos los bienaventurados, la visión de la Esencia Divina; pero en cuanto á la intensidad, diremoslo así, de esa visión, la Virgen ve y contempla en el Verbo Eterno visiones inefables, de las que no pueden gozar ni los más encumbrados serafines. María ocupa en el cielo un trono de gloria superior á todas las jerarquías de los ángeles y de los santos, y entre todas las puras criaturas María es la que en el cielo está más cerca de Dios. ¿Cómo no había de recibir, pues, una iluminación admirable del Verbo Divino? Por esa iluminación María conoce en la misma persona divina del Verbo Eterno todo cuanto ven y conocen todos los ángeles y todos los santos, y lo ve y lo conoce más perfectamente que todos ellos. ¿Había de conocer la Soberana Esencia la Virgen en el mismo grado de perfección en que la conocen los predestinados, siendo su lumbre de gloria superior á la de todos los ángeles y santos juntos? ¿Quién puede compararse en santidad con la Virgen? ¿Qué premio en el cielo es mejor que el premio de que goza la Virgen? La Virgen, coronada por reina de los cielos? ¿No verá en el Verbo Divino las maravillosas obras

(1) Epístola primera á los Corintios, cap. 2º, ver. 9.

de la gracia santificante la que fué Madre de la gracia? ¿No gozará contemplando las obras de la salvación y santificación de las almas, la que tanta parte tiene en la santificación de todos y de cada uno de los predestinados? ¿Será creíble que en el cielo se le haya ocultado algo del grán misterio de la Encarnación á Aquella, por cuyo medio se verificó ese misterio en la plenitud de los tiempos? ¡ Ah! Allá en el cielo, contemplando cara á cara la Esencia Divina, habrá visto y conocido en el Verbo Eterno los arcanos de su misma extraordinaria predestinación, los abismos de la inefable sabiduría divina le habrán sido descubiertos, y el misterio recóndito y escondido en el pecho de Dios se habrá manifestado patentemente á los ojos de la Virgen en el éxtasis de su eterna bienaventuranza. Del Verbo de Dios habrán salido torrentes de divina claridad y de luz increada para iluminar á la Virgen, absorta en la contemplación de aquel piélago insondable de los atributos divinos. Y ¿no merecerá llamarse María, es decir, la iluminada por excelencia, Aquella que en la gloria eterna está como bañada, (si puede decirse así), en los mismos esplendores de la Majestad divina? ¿Qué otro nombre debía llevar la Madre de Dios, sino el de María? Según la comparación de Ricardo de San Víctor, la gota de agua que cae en un vaso de vino generoso, y la barra de yerro caldeada, enrojecida y hecha un ascua de fuego, están más distintas, más separadas de los elementos en cuyas naturalezas se han transformado, que la Virgen, de la santidad y gracia divina. Y, ¿no merecerá llevar un nombre significativo, un nombre misterioso que anuncie, resuma y compendie todas sus gracias, todas sus excelencias, la admirable, la santa, la extraordinaria Virgen Madre de Dios? Y ¿qué otro nombre debía ser ese sino el de María? ¡ María, es decir, la clara, la ilumi-

nada por excelencia: clara, con claridad sobrenatural, iluminada, con luz divina, con luz de fe, de gracia, de ciencia, de profecía y de gloria, brillante con la lumbre de los siete maravillosos dones del Espíritu Santo, de que estuvo enriquecida su alma inmaculada!!

DEPRECACIÓN.

A Vos acudo, á Vos vengo, á vuestro patrocinio me acojo, ¡oh María! oh Virgen inmaculada, única esperanza de los pecadores: si Vos nos deshecháis, ¿á quién acudiremos? Si Vos nos desamparais, ¿qué será de nosotros? Si Vos tan misericordiosa, tan compasiva, cerrais los oídos á nuestros clamores, ¿quién nos escuchará benignamente?... A Vos acudo, á Vos vengo; vuestra misericordia imploro, oh María: no me desamparéis, no me desamparéis! Si de vuestros pies me levanto desamparado, ¿en quién pondré ya mi esperanza? Si Vos me deshecháis, mostradme otra Madre mejor, mostradme otra Virgen María mejor que Vos, y á Ella correré al instante.... Dadme otra Madre de Dios mejor que Vos, mostradme otro Dios más bondadoso que vuestro Hijo, y á ese Dios acudiré á pedirle misericordia, al instante.... Pero, ¿quién puede ser mejor que Vos? ¿quién puede ser más misericordioso y compasivo que Jesucristo? A Vos vengo, pues, Madre admirable; á Vos acudo, Madre de la divina gracia; á vuestro patrocinio me acojo, Madre de misericordia.... ¡Oh vida nuestra, no me dejéis perecer en manos de los enemigos de mi salvación eterna. Jamás ha salido burlado el pecador que depositó en Vos su confianza: en Vos la tengo yo depositada y no pereceré eternamente.—Amén.

LECCION VIGÉSIMA.

DIA VEINTE DE MAYO.

EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.—MARIA SIGNIFICA ILUMINADORA.—LA VIRGEN NOS ILUMINA CON SU PALABRA Y CON SU EJEMPLO.

I.

Hemos explicado la primera significación misteriosa del nombre de María, que quiere decir la iluminada; vamos, pues, ahora á considerar la segunda, porque aquel nombre dulcísimo significa no solamente iluminada, sino también la iluminadora ó la que ilumina. ¿Cómo ilumina la Virgen? ¿Con qué luces? María ilumina el mundo sobrenatural de las almas con la luz de su palabra y con la luz de su ejemplo, alcanzándonos además la gracia y dándonos á Jesucristo, que, como canta la Iglesia, es la luz eterna que hizo brillar sobre el mundo la Virgen inmaculada: *Lumen aeternum mundo effudit Jesum Christum Dominum Nostrum* (1).

Consideremos separadamente cada una de estas cuatro maneras de iluminación sobrenatural.

María ilumina con su palabra.

A primera vista esta aserción parecerá, sin duda ninguna, una pura imaginación piadosa destituida.

(1) Prefasio de las festividades de la Virgen.

da de fundamentos sólidos en las Ciencias Sagradas; no obstante, es una verdad cierta, sostenida y enseñada por los más graves Doctores católicos, que á María se le deben muchas de las narraciones evangélicas, que constituyen el tesoro de la divina revelación.

Entre todos los Evangelistas, San Lucas es quien ha narrado detenidamente todo lo relativo á la Encarnación, al Nacimiento y á la sagrada Infancia del Redentor: ahora bien, todos esos hechos tan importantes no sólo para la Iglesia Católica, sino para todo el linaje humano, habrían quedado ignorados para siempre, si el Evangelista no los hubiera consignado en su Historia divinamente inspirada. Más, ¿cómo supo San Lucas esos hechos? ¿De boca de qué testigos los recojió? Es indudable que todos esos acontecimientos los aprehendió de la Virgen, y que la Virgen fué quien se los refirió al santo Evangelista. Hay en la narración de San Lucas tanta naturalidad, tanta espontaneidad, que es imposible no reconocer en ella el testimonio de un testigo íntimo, y que intervino en todos cuantos hechos refiere: qué testigo pudo ser ese, sino la misma santa Virgen? En esa narración se refieren circunstancias tan secretas, (como la turbación de la Virgen al escuchar la magnífica salutación del Arcángel Gabriel), que no pudo saber y referir sino la misma Virgen. El propósito de guardar virginidad, la reflexión y consideraciones que hacía en lo secreto de su corazón sobre los misterios que se iban verificando en la vida del Hombre-Dios recién nacido, la oscuridad que encontró en la respuesta del Niño en el templo, cuando lo halló al tercero día después de haberlo perdido, en fin, el admirable, el sublime cántico de acción de gracias y alabanzas al Todopoderoso por los beneficios recibidos, el inspirado y divino cántico del *Magnifi-*

cat, ¿quién pudo referírsele al Santo Evangelista, sino la misma sagra la Virgen? La narración hecha por María escuchamos, pues, al leer ú oír los primeros capítulos del Evangelio de San Lucas. Y tanto más preciosa es para la Iglesia esta narración, cuanto fué escrita para corregir y rectificar las relaciones supuestas y mentirosas, que, acerca de los primeros años de la vida del Señor, se habían principiado á esparcir entre los fieles de la Iglesia primitiva, recién convertidos á la fe.

Según nos lo hace constar el mismo San Lucas, en el principio de su Evangelio, para escribir su libro comunicó con todos los que habían sido testigos inmediatos de los hechos que refiere; y es indudable que de preferencia trataría y comunicaría con la Virgen Madre de Jesucristo; así es que, las narraciones de la misma Virgen son las que actualmente leemos y oímos en el Evangelio de San Lucas, al que muy bien podemos llamar Evangelio de la Virgen. ¡Cuánto no le debe la Iglesia á la Virgen por esas narraciones admirables y santas de la Encarnación, del Nacimiento y de la Infancia del Verbo divino, hecho hombre por amor á los hombres! ¿Qué testigos de esos misterios habían quedado todavía cuando San Lucas escribió su Evangelio? Dirémoslo mejor, ¿qué testigos hubo de varios de esos augustos misterios? ¡Qué escenas tan tiernas, tan encantadoras! ¡Cuán rico tesoro de amor divino no está escoudido en Nazaret y en Belén! ¿Sería posible que la Iglesia careciese de esas lecciones, de esos ejemplos? ¡Oh! No! La Iglesia posee la narración de esos misterios, y tiene la dicha de poseerla, sin duda ninguna, mediante el testimonio de la Virgen María, que ha iluminado á la Iglesia con la luz de su palabra.

Después de la muerte del Señor, inmediatamente principió la divina Virgen á practicar el minis-

terio de su maternidad espiritual para con los hombres: los dispersos y despavoridos Apóstoles tornaron á juntarse en el cenáculo, donde moraba la Virgen en el monte Sión, buscando cerca de la Madre del Maestro difunto el amparo y el consuelo que tanto necesitaban en aquellas tristísimas circunstancias. ¿Quién los llamó? ¿Quién los atrajo? ¿Quién los congregó en el cenáculo, sino la Virgen? ¡La Virgen, que no cesaba de orar al cielo por todos y por cada uno de los Apóstoles y Discípulos, para alcanzarles la conservación de la fe y la perseverancia! La Iglesia estaba formada entonces de los once Apóstoles, de los Discípulos y de las santas mujeres que seguían al Salvador: la Cabeza, el Jefe visible de la Iglesia recién fundada era Pedro, el anciano Apóstol que acababa de negar y renegar con juramento de su Maestro: la fe de todos esos primeros hijos de la Iglesia era muy débil, vacilante, moribunda: casi no creían en la divinidad del Señor; y desalentados apenas tenían valor para decir con uno como triste desengaño: esperábamos que había de redimir á Israel! En esos días de la vida de la Iglesia, acabada de fundar por Jesucristo, no había más que un corazón firme, una sola alma constante, el corazón inmaculado, el alma pura de la Virgen. Creyendo y esperando invenciblemente la Resurrección de su Hijo Divino, no cesaba de orar ni un momento por los Apóstoles y Discípulos, y su oración tan excelente, tan meritoria, fué escuchada por Dios Padre en el cielo: así, podemos decir muy bien que la sangre divina de Jesucristo fundó la Iglesia, y que la salvó y conservó, en los tres días que siguieron á la muerte del Señor, la oración de la Virgen María.

Pero María no solamente oraba por la Iglesia, sino que ejercía para con los Apóstoles y Discípulos, en aquellos tres días, los oficios de Maestra y

Consejera, consolándolos é instruyéndolos con admirable gracia y solicitud. Poseía en grado eminentísimo la santa Virgen el dón sobrenatural de explicar los misterios y verdades de la Religión de una manera capaz de hacerlos entender y comprender hasta á las más rudas y torpes inteligencias: no sólo poseía este dón de la palabra ó lenguaje de la fe, sino que, además, poseía también, y en sumo y eminentísimo grado, los otros dones sobrenaturales que los Teólogos llaman lenguaje de la ciencia y lenguaje de la sabiduría: *Sermo fidei, sermo scientiae, sermo sapientiae*, concedidos á los Maestros y Doctores de la Revelación, y así explicaba las dudas, desataba las dificultades, iluminaba lo oscuro, hacía inteligible lo difícil. Mirando en lo íntimo de las conciencias, viendo lo secreto de los corazones, discernía al punto los impulsos y los movimientos del ánimo, auxiliando á los que provenían del buen espíritu, y combatiendo y destruyendo á los que nacían del mal espíritu; y su palabra era á un tiempo luz, claridad, consuelo, fortaleza: tenía esa eficacia y unción divina que se enseñoorea del corazón y lo deja quieto, tranquilo, cambiado, mudado, lleno de gusto indecible, rebosando en paz y contento.

Pocas son ciertamente las noticias, que, acerca de los últimos años de la vida de la Virgen, nos han dejado los antiguos escritores eclesiásticos; pero esas pocas bastan para probarnos que sucedió con los primeros fieles lo que no podía menos de suceder. En efecto, llenos de la devoción más fervorosa ansiaban por ver, con sus propios ojos, á ese portento del Altísimo, la santa Virgen, y acudían innumerables en devota peregrinación á Jerusalén. ¿Qué impresión debía causar la vista de la persona de la Virgen y su trato celestial y su conversación divina? ¿Santos días aquellos, cuando

los cielos envidiaban á la tierra la posesión de ese tesoro! Tratar á la Virgen, ver á la Virgen era palpar la divina certidumbre de la Revelación, y palparla hasta la evidencia! En la persona de la Virgen había un algo que no era puramente humano, algo sobrenatural y divino! ¡Qué semblante aquel tan lleno de mansedumbre! ¡Qué ojos aquellos tan elocuentes en su mirada! ¡Cuánta modestia! ¡Qué gravedad tan celestial! En el hablar se percibía un acento de voz, un timbre, una modulación tan delicada, tan suave, tan insinuante, tan nunca oída en la tierra, que era imposible escucharla sin salir fuera de sí, sin conmoverse hondamente. ¿Qué se sentía, qué pasaba al oír la voz de la Virgen? ¡Ah! Se sentía una emoción divina, se experimentaba una transformación súbita: todo era oír esa voz y despertarse los instintos de lo sobrenatural, dormidos en el alma, despreciar lo terreno, sentir amor á lo eterno, cambiarse enteramente. El que llegaba afligido, se apartaba regocijado; el que se acercaba manchado, volvía limpio y santificado: sí, no solamente limpio, sino también santificado, porque era imposible acercarse á la Madre de la gracia sin sentir sus influencias santificadoras.... ¡Oh! Días felices aquellos, cuando los cielos envidiaban á la tierra la posesión de ese tesoro! ¡Quién hubiera tenido la dicha de gozar de la vista de la Virgen María! ¡Cómo entonces esta mi alma, oscura y tenebrosa, hubiera sido iluminada con la luz celestial que irradiaba de aquella faz virginal encantadora! ¡De aquellos ojos modestos, llenos de dulzura, en cada uno de los cuales ha puesto el mismo Dios todo un cielo de pureza, de hermosura y de candor! Ved por qué con tanta razón lleva la divina Virgen el misterioso nombre de María, ó la que ilumina con su palabra.

María nos ilumina con su ejemplo.

María nos ilumina no solamente con su palabra, sino también con su ejemplo. Jesucristo es el divino modelo de perfección y santidad, con quien debemos conformar toda nuestra vida, si queremos salvarnos, y nadie se ha asemejado tanto á Jesucristo como la Virgen, ni es posible que se le asemeje jamás. En la vida de la Virgen encontraremos, según San Ambrosio, un ejemplar perfectísimo de todas las virtudes y un dechado admirable de perfección.

Las virtudes de la Virgen y su santidad tienen un carácter y un sello extraordinario, que las distingue de las virtudes de todos los demás santos y santas de todos los tiempos. ¿Cuál es ese sello? ¿Cuál es ese carácter? Lo que caracteriza y distingue las virtudes de la Virgen es la sencillez. ¿Qué virtudes tan silenciosas, tan calladas! ¿Qué virtudes tan sencillas, sin ruido, sin aparato ninguno! ¿Cuánta sencillez no hay, en verdad, en esa vida que se desliza oculta y humilde, entre la contemplación de las cosas divinas y el trabajo constante, para proporcionarse el cotidiano sustento! Consideremos detenidamente ese ejemplar de perfección, y aprendamos de la santa Madre de Dios á vivir según la voluntad divina en este mundo.

San Juan, en una de sus sagradas Epístolas, resume en solos tres vicios capitales todos los vicios y pecados que puede cometer el hombre en esta vida. ¿Qué es todo cuanto hay en el mundo, dice el Discípulo Amado, sino concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida? *Omne, quod est in mundo, concupiscentia*

carnis est, et concupiscentia oculorum, et superbia vitae (1). Deleites sensuales, codicia de riquezas y por fin soberbia, ved ahí los tres vicios que encierran y contienen en sí á todos los demás, pues todo cuanto desorden se comete en el mundo se reduce á una de esas tres pasiones viciosas y desarregladas. Ahora bien, el Médico Divino de nuestras almas nos ha traído del cielo tres virtudes sobrenaturales contra esos tres vicios, engendradoras de todo pecado. Humildad, pobreza y castidad han sido opuestas por el Evangelio de Jesucristo á la soberbia, codicia y sensualidad del mundo. Y de estas tres virtudes admirables nos ha dado la Religión un modelo acabado, un ejemplar sublime, en la inmaculada Virgen, Madre de Dios. Meditemos la excelencia de cada una de esas tres virtudes en nuestra Madre admirable.

No es posible que nadie llegue jamás en la tierra á poseer la virtud de la castidad en el altísimo grado en que la poseyó la Virgen María. La castidad no consiste solamente en la integridad del cuerpo; esta preciosa virtud exige además la integridad de la mente, y aquel merece, en verdad, el nombre de casto, cuya integridad corporal está acompañada de la integridad del alma. Limpieza en los pensamientos, limpieza en los deseos, limpieza en lo más íntimo y secreto de la conciencia, ésa es castidad. Qué gran valor sobrenatural puede tener la pureza del cuerpo, sin la castidad del alma? Por otra parte, toda virtud deja de serlo y de merecer ese nombre, desde el instante en que los motivos que nos estimulan á practicarla, y la intención con que la ejercitamos no son pura y simplemente sobrenaturales. El que practica la misericordia para con los pobres, movido del deseo de

(1) Epístola primera, cap. 2, ver. 16.

alabanza mundana: el que en la guarda de la virtud de la castidad no se propone más fin que conservar la salud y no manchar la honra, ¿decidme, en el tribunal de Dios, merecerán premio sobrenatural, aquel por sus obras de caridad, y éste por su castidad? ¿Quién es verdaderamente virtuoso, sino aquel que practica lo bueno, movido del amor á Dios, del deseo de cumplir en la tierra la voluntad divina y ser agradable á su Criador? Sólo en las virtudes enseñadas por el Evangelio se puede, pues, encontrar en la tierra la verdadera santidad, es decir, la semejanza sobrenatural de la criatura racional con Dios Nuestro Señor.

Recordadas estas verdades, que son el fundamento de la vida cristiana, ya podemos ponderar la excelencia y el mérito de la castidad practicada por la Virgen María. La castidad de la admirable Virgen fué consagrada y prometida á Dios por medio de un voto, hecho por la Virgen en su infancia: añadió, pues, María á la virtud de la castidad el mayor mérito posible, obligándose á guardarla por un juramento ó voto, que, por parte de la voluntad de la Virgen, era solemne é irrevocable. Practicar una virtud es cosa excelente; pero imponerse uno á sí mismo la obligación de practicarla siempre, de hacer de la práctica de esa virtud el género de vida que ha de seguir uno necesariamente hasta el fin de sus días, eso es perfecto y meritorio, con grande aumento de méritos en la presencia divina; porque entonces la virtud está realzada con el voto, que la convierte en virtud de religión, que es la más excelente entre todas las virtudes.

La castidad virginal aparece, pues, en la tierra y principia á ser practicada con voto por la santa Madre de Dios; por María, en quien dan comienzo las maravillas sobrenaturales de la per-

fección evangélica. Antes de la Virgen se había practicado también en la tierra la castidad: Elías en el desierto, Jeremías en Jerusalén, Daniel en Babilonia y acaso también María, la hermana de Moisés, según la opinión de algunos Padres y Doctores, guadarón castidad perpetua, y pasaron de este mundo con el mérito de la virginidad; pero no añadieron á su castidad el voto, ni la practicaron con la perfección de la inmaculada Virgen. ¿De dónde en la tierra semejante maravilla? ¡En la tierra, cuyo sórdido polvo suele manchar inexorablemente hasta á los cristales más limpios y tersos! ¿De dónde semejante portento? María, la pura, la inmaculada, la llena de gracia, es la primera que dió en la tierra el espectáculo de una vida celestial, con una castidad y limpieza que causaban admiración hasta á los mismos ángeles.

La castidad de la inmaculada Virgen fué tanto más perfecta y admirable cuanto María gozaba de aquel orden y concierto entre la carne y la razón, entre los sentidos y el espíritu, trastornado en nosotros á consecuencia de la culpa original. ¿Qué idea menos limpia podía presentarse en aquella alma, más pura que los mismos cielos? ¿Qué imaginación menos virginal podía enturbiar esa mente, ocupada siempre por las más santas y elevadas concepciones sobrenaturales? ¿Quién podía perturbar el orden inalterable de aquel corazón inocente, tan pacífico, tan concertado? ¿De dónde podía llegar á alma tan vigilante pensamiento alguno que no fuese santo? Sus sentidos obedecían á su razón, y su razón era gobernada por el Espíritu Santo. Y no obstante, admirémonos, ponderando cuánta fué la solicitud, cuánta la vigilancia que mantuvo siempre la Virgen sobre sus sentidos y potencias, como si hubiera estado rodeada de tentaciones y expuesta á gravísimos peligros.

La modestia de sus ojos, humildes, fijos en tierra: la compostura y gravedad en todos sus movimientos: el esmero y atención con que ejecutaba hasta las acciones más insignificantes, todo en la Santa Virgen era admirable y extraordinario. Cuando hablaba, en lo pausado y natural de su voz, suave y sin afectación; en la elección y hasta en el número de sus palabras; en la discreción de su silencio y en su conversación, sencilla y espiritual, brillaban á un mismo tiempo una prudencia consumada y una sabiduría admirable. ¿Quién ha guardado mejor el silencio que la Virgen? ¿Quién ha tenido tanta discreción en el hablar como María? Ni su silencio era taciturno, ni en su conversación había exceso: hablaba á su tiempo, las palabras que eran necesarias, dejando siempre satisfecha y contenta la caridad fraterna.

Y ¿qué diremos de su pobreza? Pobre es aquel á quien falta muchas veces hasta lo necesario, y á María le faltó en los días de su vida mortal muchas veces hasta lo necesario. Recordad las escenas de Belén y de Nazaret, y el destierro y la peregrinación á Egipto: ¿será posible que haya mayor pobreza? ¿A qué pobre le falta lo que faltó á la Virgen? En una noche de invierno, fría y terrible, le faltó hasta el abrigo de una pobre choza; y sin hogar, despedida de todas partes, se hubo de albergar en una gruta, para dar á luz allí al Rey de la gloria! ¡Gruta, oscura, sin abrigo, ni comodidad alguna! Faltó á la Virgen lo que no falta ni á los más desgraciados y pobres mendigos! Su ofrenda el día de la Purificación fué la ofrenda de los pobres, dos tortolillas: su vida en Nazaret, la vida del pobre, que come el pan con el sudor de su frente. Vivió trabajando siempre, con sus manos virginales, porque amaba el trabajo y lo santificaba.

Considerad su pobreza extrema, su completa indigencia en el Calvario. Para amortajar el cuerpo difunto de Jesucristo, es necesario que la sábana y el sudario y los aromas y hasta el mismo sepulcro se los den la devoción de los primeros Discípulos de su Hijo Divino. Después, vive de la limosna que en la Iglesia primitiva se repartía á las viudas por los Diáconos, en Jerusalén. ¿Podrá haber mayor pobreza? ¿Podrá darse mayor desprendimiento de los bienes de la tierra? La Virgen podía haber gozado de riquezas más cuantiosas que las de los más poderosos monarcas del mundo: ¿no era la Madre del Criador? ¿Todas las cosas no estaban en su mano? Su pobreza nació, pues, de su desprendimiento de los bienes de la tierra, de su amor á las humillaciones, que son siempre el cortejo que necesariamente acompaña á la pobreza; así es que, en María una pobreza de espíritu perfectísima está acompañada con la humildad más admirable y heroica, que ha habido en las puras criaturas, tanto angélicas como humanas.

Por cierto y evidente debemos tener que la humildad fué la virtud más admirable de la Virgen María: todas sus virtudes fueron admirables y perfectísimas, pero entre todas esas tan admirables virtudes descuella y sobresale la asombrosa virtud de la humildad, tanto más excelente, cuanto mayores eran los méritos de la Virgen. La humildad es virtud propia de los ángeles, y María la poseyó en un grado más heroico que los más santos y perfectos entre los espíritus celestiales; y tan admirable fué la humildad de la Virgen, que San Bernardo se atrevió á decir que, por ella, había merecido la Virgen ser Madre de Dios. Pero, la Virgen, ¿no conocía, por ventura, la dignidad á que había sido elevada? ¿ignoraba, acaso, sus méritos? María conocía muy bien su dignidad y tenía conciencia de

sus merecimientos, porque la virtud de la humildad no está en la ignorancia ni en la ceguera acerca de los méritos personales; antes, por el contrario, para la verdadera humildad se requiere el conocimiento propio. ¿Cómo era, pues, humilde la Virgen, si conocía su propia excelencia? Conocía su propia dignidad y su excelencia; más, levantando su espíritu generoso del polvo de la humana miseria, en que suele arrastrarse el insensato orgullo de los hijos de Adán, no sólo reconocía, sino que confesaba y publicaba que cuantas excelencias y maravillas había en Ella todas eran obras del Altísimo, á quien, por lo mismo, le pertenecían la gloria y la alabanza. Jamás se atribuyó á sí misma la gloria debida á Dios; y, cuando se oyó aclamar Madre de Dios y bienaventurada, confesó su dignidad humillándose al mismo tiempo profundamente, hundiéndose en el abismo de su nada, y elevando, llena de gratitud y reconocimiento, su alma y su corazón á las cumbres de la inspiración profética, prorrumpió en un himno sublime de alabanza y bendición al Todopoderoso. ¡Ah! Nunca de pecho humano se había exhalado un cántico tan magnífico y tan admirable! ¡Jamás saldrá de labios criados una exclamación tan gloriosa para el Criador, ni tan digna de la santa y adorable Majestad de Dios! Y bien, ¿qué dijo en ese cántico? ¿qué expresó? ¿qué manifestó? Todo aquel cántico no es más que un grito de humildad, variado y modulado de la manera más profunda, alternando sus notas, dirémoslo así, entre la exaltación de los humildes, la humillación y abatimiento de los soberbios y la grandeza de Dios, ante quien la criatura más perfecta y santa hace solemne confesión de su nada.

María conocía todos los secretos de la humildad heroica y perfecta. Recordad sus palabras hu-

mildísimas, al aceptar la dignidad de Madre de Dios; su repentina turbación al oír la inesperada salutación que le dirigió el Angel, y su silencio imponderable mientras la incertidumbre y las dudas de que se vió afligido su santo Esposo Josó. Propio es del humilde turbarse, cuando se ve exaltado, y guardar silencio en sus tribulaciones, aunque una simple palabra le fuera bastante para poner de manifiesto no sólo su inocencia, sino sus ocultos merecimientos. En fin, propio es también del verdaderamente humilde desear servir á sus semejantes y anticiparse á remediar las necesidades de ellos, aun cuando no se lo pidan. Ved sino lo que hace María en las Bodas de Caná de Galilea. ¡ Con cuánta diligencia advierte la falta de vino ! ¡ Con qué solicitud procura remediarla al instante, sin que nadie lo note ; antes que se advierta el descuido de los desposados ! Hay ciertos hechos en los cuales se revela claramente todo el corazón de una persona, y queda patente toda su bondad, toda su hermosura ; y esta escena de las bodas de Caná es precisamente uno de esos hechos respecto de la santísima Virgen ! Al fin, ¿ qué era lo que faltaba ? Un poco de vino, con cuya falta les hubiera sobrevenido un tanto de sonrojo y de vergüenza á los desposados : un poco de vino, cuya falta todavía nadie la había advertido : un poco de vino, en fin, cuya falta muy bien podía remediarse, llegado el caso, sin un milagro. Y María lo nota, lo advierte y se toma el cuidado de remediarlo, poniendo en ejercicio la omnipotencia de su Hijo divino. Si tanta fué en aquella ocasión, y para socorrer una necesidad puramente temporal, la solicitud de la Virgen, ¿ cuál no será su solicitud por la salvación de las almas ? ¿ cuánta no será su solicitud por evitar é impedir los pecados, que son el mal de los males, el único mal verdadero ?

Tres géneros de vida hay, en los cuales puede

mos santificarnos: la vida activa, la vida contemplativa y la vida mixta, en la que se ejercitan simultáneamente los actos de la activa y de la contemplativa lo cual hace que la mixta sea la más perfecta de las tres. María juntó admirablemente la contemplación con la acción, y su género de vida fué el más perfecto, por asemejarse más al que llevó el Salvador del mundo. Durante el tiempo de su niñez, retirada voluntariamente en el templo de Jerusalén, vivió ocupándose en la contemplación de las cosas divinas: desposada con San José, asoció perfectamente la paz y quietud de la vida contemplativa, con los oficios y prácticas de la vida activa, sirviendo á su Esposo, y luego también á su Hijo divino, y fué verdaderamente ya no tan sólo con las palabras, sino con la realidad de las obras, la esclava, la sierva del Señor: *Ancilla Domini*. Madre, la mejor de las madres por la ternura del amor, y sierva, la más humilde de las siervas, por lo rendido y manso de su corazón: ved ahí el modelo de la más perfecta y consumada santidad. Ved ahí á María, la iluminada, despidiendo el admirable resplandor de sus ejemplos de virtud, para alumbrar con ellos el mundo sobrenatural de las almas!

El mérito de las buenas obras y la perfección de ellas consiste en la rectitud de la intención, en la santidad del fin, con que se practican. Esta excelencia de las obras de la Virgen se da á entender en aquellas palabras, que en elogio de la Esposa dice el Esposo divino en el Cántico de los Cánticos: Tus ojos son de paloma: *Oculi tui columbarum*, y añade el Esposo una corrección delicada y misteriosa: Tus ojos son hermosos como los de la paloma; pero más hermosa sin comparación es la mirada de tu alma: *Absque eo quod intrinsecus latet*. Las obras de la Virgen, miradas según lo que

aparecía en lo exterior, eran santas, admirables: en ellas no sólo no había qué reprender, sino antes mucho qué admirar: la santidad exterior de la Virgen era sencilla, pero en esa sencillez, en esa modestia, había tanta perfección, una virtud tan extraordinaria, y una gracia tan misteriosa, que era imposible no admirarla y reverenciarla. Más, los grandes méritos de la perfección interior estaban manifiestos solamente á Dios, y de sólo Dios podían ser conocidos; por eso, decía el Espíritu Santo, haciendo el elogio anticipado de la Virgen, figurada por la Esposa mística de los Cantares: sus ojos son hermosos como los de la paloma; pero mucho más hermosa, sin comparación, es la mirada de su alma. *Oculi tui columbarum, absque eo quod intrinsecus latet* (1).

La santidad de la Virgen es admirable en su misma sencillez; ¡qué vida tan común y tan ordinaria en lo exterior! ¡qué santidad tan callada y tan sin ruido ni aparato alguno exterior! Se nos aparece llena de mansedumbre y de candor: sus acciones son perfectas y hermosas, pero su santidad prodigiosa está escondida allá dentro en lo más íntimo de su alma. Dios la conoce, y Dios recibe de una tan consumada santidad una gloria, á la que no igualará jamás toda la que le tributan los ángeles y santos juntos.

DEPRECACIÓN.

¡Qué grande, qué santa, qué admirable sois, oh María! Acordaos de este pobrecillo, que es tan poco, que es un puñado de polvo y de ceniza! Y ¡ojalá fuese nada más que un poco de polvo y de ceniza! ¡Soy un pecador: mi nada, la nada de mi

(1) Cantar de Cantares, cap. 4, ver. 1.

sér, ha tenido la desgracia de ofender á Dios.... ; La suma Majestad del Altísimo ha sido injuriada por mí, no sola una, sino innumerables veces! Hé ahí mis obras, hé ahí de lo que yo he sido capaz: Dios, que ve el fondo de mi conciencia, Dios, que escudriña mis pensamientos, Dios, á quien están patentes los senos de mi corazón, conoce cuánta es la gravedad de mis pecados, cuánta la muchedumbre innumerable de ellos: los hombres, que ven solamente el exterior, se engañan y me juzgan favorablemente; más yo sé que soy reo delante de Dios: yo sé que á los ojos del Señor soy abominable. Madre santa, Madre admirable, haced que sea bueno y aceptable á los ojos de Dios: quiero la aprobación de Dios, y no las alabanzas de los hombres.—Ámén.

LECCION VIGÉSIMA PRIMERA.

DIA VEINTIUNO DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.—LA VIRGEN NOS ILUMINA DANDONOS A JESUCRISTO Y ALCANZANDONOS LA GRACIA.

I

Maria nos ilumina dándonos á Jesucristo.

Una de las verdades más dignas de ponderación, y uno de los principales motivos de nuestra devoción á la Virgen es su cooperación á la Encar



nación del Verbo Divino y á la Redención del linaje humano.

La providencia inefable de Dios, en su misericordiosa dispensación de la gracia y de los demás dones sobrenaturales, obra siempre bondadosamente, pues los beneficios divinos nunca son, ni pueden ser, deudas del Criador á sus criaturas. No obstante, esa misma providencia divina, tan inefable en sus designios y tan misericordiosa en la concesión de sus gracias y beneficios, arregló, (si es lícito expresarnos así), la economía de la redención de los hombres de tal manera, que el consentimiento de la Virgen vino á ser necesario para la Encarnación del Verbo Eterno.

El origen único de nuestro bien, el principio de toda nuestra felicidad, la causa merecedora de toda gracia para nosotros, es Jesucristo: su santa y bendita humanidad es el instrumento de la gracia redentora del mundo y santificadora de las almas; Jesucristo es nuestra víctima de propiciación por nuestros pecados: pero el Verbo Divino toma la naturaleza humana en el seno virginal de María; y, para tomar esa carne humana, pasible y mortal, con que había de merecer infinitamente y redimirnos de la esclavitud del demonio y del pecado, se digna pedir antes el consentimiento á la Virgen, y no se encarna, ni hace hombre, sino cuando la humilde Virgen presta libre y voluntariamente su consentimiento, para que el Espíritu Santo consume en Ella tan estupendo misterio. La Encarnación ha estado, pues, pendiente del consentimiento de la Virgen, como, con todos los doctores católicos, lo afirman San Agustín y San Bernardo: si ese gran misterio estuvo pendiente del consentimiento de la Virgen, ¿no podemos decir, con toda verdad, que á María le somos deudores del incomparable beneficio de poseer á Jesucristo? ¿No podremos decir, con to-



da verdad, que el mundo recibió de María su Redentor?

En las más santas criaturas es imposible que se encuentren jamás méritos proporcionados para alcanzar beneficios tan grandes, como la gracia sobrenatural y la redención; no obstante, en las criaturas pueden hallarse ciertos merecimientos, que á los ojos de Dios tengan aceptación misericordiosa, para que por ellos conceda gracias, que la criatura no tiene por sí misma como merecer condignamente. En esa bondadosa dispensación de las gracias divinas, la Infinita Sabiduría encuentra una congruencia, como dicen los teólogos, entre los méritos de la criatura y la gracia ó beneficio, con que el Señor se digna enriquecerla.

Así mereció la santa Virgen, por su profunda humildad y por las otras excelentes virtudes suyas, ser elevada á la sublime é incomparable dignidad de Madre de Dios; y de este modo, en virtud de la predestinación divina, del consentimiento de la Virgen vino á estar pendiente la salvación del mundo. Sin Jesucristo, ni siquiera existiríamos: á Jesucristo le debemos nuestra vida y nuestra conservación en el orden natural; la gracia y la gloria en el orden sobrenatural. Y ¿quién nos dió el Redentor, sino María, cuando consintió en ser Madre de Dios? A María le debemos, pues, bienes innumerables, porque, por medio de Ella, vino el Verbo de Dios al mundo; y sin el Verbo divino nada seríamos: por el Verbo humanado existe todo cuanto ha sido criado.

En el orden intelectual no habría más que tinieblas y oscuridad, si la Virgen no nos hubiese dado á Jesucristo, que es la luz eterna que ilumina al mundo, como canta la Iglesia. *Lumen aeternum, Jesum Christum Dominum Nostrum.* ¿Qué sería de la verdad sin Jesucristo? A quién debemos, sino

al Maestro celestial el conocimiento del Dios verdadero, de nuestro último fin, y de los medios y camino de alcanzarlo? ¿Quién nos ha enseñado la verdad acerca de Dios, del mundo, de la sociedad y de nosotros mismos, sino Jesucristo, luz de las inteligencias, espléndido Sol que ilumina, con claridad divina santificadora, el mundo del tiempo y el mundo de la eternidad? Y ¿quién hizo brillar sobre el mundo esa luz eterna, sino la Virgen? *Lumen aeternum mundo effudit.* ¿No merecerá llevar dignamente un nombre tan misterioso, como el de iluminadora, la que hizo brillar la luz eterna en el mundo? No deberá llevar un nombre misterioso Aquella, por cuyo consentimiento vino la redención al mundo? Y, ¿qué nombre mejor que el de María? Nombre santo, nombre misterioso, nombre, con que había de ser llamada la Gran Virgen, Madre de Jesucristo!

II

María es iluminadora porque nos alcanza la gracia.

Entre los varios nombres, con que solemos invocar á la Virgen, uno es el de Madre de la divina gracia: *Mater divinae gratiae*, con él significamos nuestra fe en la maternidad divina de María, porque no la llamaríamos Madre de la divina gracia, si no creyéramos que Jesucristo, el Hijo de la Virgen, era al mismo tiempo Hijo de Dios, y, como tal, autor y dispensador de la gracia.

La salvación de cada individuo no es más que la Redención aplicada á cada uno de los hijos de Adán; pues, de nada nos hubiera valido ser redimidos, si la redención no se aplicara á cada uno de nosotros. La gracia santificante, que se nos comunica é infunde mediante los Sacramentos, es la apli-

cación, que la misericordia divina hace de la sangre adorable y de los méritos infinitos de Jesucristo, á los que llama y trae al gremio de su Iglesia. ¿Cómo ó de qué manera concurre con la Providencia divina la cooperación de la Virgen, en la obra de nuestra salvación? Es muy fundada en graves razones la opinión de los que sostienen, que no hay gracia alguna que no se conceda por manos de la Virgen. Más, preguntará, talvez, alguno: ¿Dios no podía salvarnos, y concedernos sus gracias inmediatamente por sí mismo? Sin duda ninguna, Dios podía concedernos inmediatamente por sí mismo las gracias necesarias para nuestra salvación; más es preciso orar, pedir, rogar para alcanzar esas gracias, pues la sabiduría infinita tiene decretado no concederlas sino á la oración, porque es indispensable que la criatura reconozca su necesaria dependencia respecto del Criador; y la oración es la confesión de nuestra miseria, de nuestra nada. Y ¿quién ora, como debe orar, para alcanzar la gracia de ser oído? ¿Cuántos oran mal? ¿Cuántos no hacen oración, sino de tarde en tarde? ¿Cuántos y cuántos no oran jamás? Y no obstante, ni la más pequeña gracia se concede sin oración: es necesario pedir, suplicar: así lo ha decretado Dios, que á su criatura no le ha impuesto más condición que la de pedir, para concederle sus gracias. ¿Qué hace la Virgen, cuál es su ministerio en la obra de nuestra salvación? María ruega incesantemente por nosotros, su ministerio es el de orar y pedir por nosotros, es el de ser nuestra intercesora y medianera para con Nuestro Señor Jesucristo, así como Nuestro Señor Jesucristo es nuestro abogado, nuestro medianero, para con el Padre. De Jesucristo nos dice San Juan, que es nuestro abogado, y que no cesa de rogar por nosotros: á su manera podemos asegurar también lo mismo de la Virgen respecto de su Hijo divino, á

quien le está siempre rogando por nosotros ; pues, como lo reza la Iglesia, María está en el cielo para aplacar con su oración la justicia divina y mover la clemencia del Señor en beneficio de los pecadores !

¿ Qué hace la Virgen, cuál es su ministerio en la obra de nuestra salvación ? Recordemos que mientras vivimos en este mundo, en vez de orar y de pedir misericordia á Dios, nos ocupamos incessantemente en irritar y provocar su justa indignación, con nuestros vicios y pecados : ofendemos á Dios no solamente por debilidad y por inadvertencia, sino por una malicia y por una perversidad muy culpables : ofendemos á Dios no solamente algunas veces, sino que llegamos á hacer del pecado una ocupación de la vida, y del vicio, un entretenimiento diario : no sólo ofendemos á Dios, sino que le ofendemos con gusto, con alegría, llenos de contento ¡ Ah ! no es sólo falta de remordimiento, falta de dolor, es alegría, es regocijo lo que sentimos cuando pecamos, cuando ofendemos á Dios ! ¿ Quién ruega por nosotros ? ¿ Quién se interpone entre la justicia divina y nuestras culpas ? ¿ Por qué no somos castigados ? ¡ Ah ! ¿ Preguntáis, por qué no somos castigados ? Porque María no cesa de clamar por nosotros en el divino acatamiento ; por eso Dios tiene piedad de nosotros.

María, según los Santos Padres, ha llenado de gozo al mismo cielo : ¿ cómo ? ¿ de qué manera ? Dando á los ángeles la gloria de adorar en el Verbo humanado á su Cabeza, á su Rey Eterno, á Aquel, por quien y en quien han recibido la eterna bienaventuranza. Los coros de los santos han sido poblados por María, á cuya intercesión y amparo deben aquellas almas felices los méritos con que resplandecen en la Jerusalén celestial ; y esa misma dichosa mansión de paz también á María debe

el ser iluminada por la antorcha perdurable del Cordero inmaculado. La Jerusalén celestial, nos dice San Juan en su Apocalípsis, no necesita ni de luna ni de sol que la alumbren, porque tiene por lumbrera suya al mismo Cordero de Dios. *Lucerna ejus est Agnus* (1). Y ¿quién ha encendido en los cielos la antorcha admirable de ese Sol divino, sino María, de la que están escritas en el libro del Eclesiástico estas hermosas palabras: *Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens* (2), yo hice que naciese en los cielos una luz indeficiente? Y ¿qué luz es esa, sino la adorable humanidad del Hijo de Dios, que es una felicidad añadida á otra felicidad, una nueva gloria á la gloria de los cielos?

María es nuestra vida, María es nuestra esperanza, porque dándonos á Jesucristo nos ha dado la verdadera vida, y la esperanza de los bienes eternos. ¿Qué habría sido de nosotros sin Jesucristo? Las puertas del cielo estaban cerradas, y en la tierra no teníamos paz ni dicha cumplida: Jesucristo nos abrió las puertas del cielo, y se ha hecho nuestra paz, reconciliándonos con Dios Padre. Hé aquí el fundamento de nuestra devoción á María, hé aquí las razones, porque los Santos Padres y los Teólogos enseñan que la devoción á la Virgen es una señal de predestinación y un medio muy seguro de salvarse eternamente. ¿Qué no podrá en el cielo para el bien de sus devotos Aquella, de cuyo consentimiento quiso Dios que estuviese pendiente en la tierra la Encarnación del Verbo divino y la redención del linaje humano? ¿Qué gracia hay igual á esta gracia? ¿Cuál gracia será comparable con ésta? Mejor dicho, ¿qué son todas las demás gracias, sino consecuencias de la Redención? Si es-

(1) Cap. 21, ver. 23.

(2) Cap. 24, ver. 6.

ta gracia pasó por manos de la Virgen, ¿no tendrá Ella parte ninguna en la distribución de las demás? De esas manos suyas inmaculadas salen eternamente haces de luz divina para iluminar al mundo: de esas manos están perennemente cayendo torrentes de luz sobrenatural sobre este mundo tenebroso, sobre este mundo, que sin María, sin su divina iluminadora, estaría sepultado en las sombras eternas de la muerte y del pecado!! ¿Qué es toda gracia, sino una luz vivificadora? ¿Qué es la gracia santificante, sino una luz sobrenatural? La Madre de la luz eterna, el trono de la sabiduría divina, ¿no merecerá el nombre misterioso de María, la iluminadora por excelencia? ¿Qué otro nombre mejor que el de María podía llevar la Madre admirable de Jesucristo, el Sol divino de justicia? Alabemos, pues, y bendigamos tan excelso nombre; pronunciémoslo con profunda reverencia, y llevémoslo en nuestro corazón! Ese nombre santísimo ojalá nos alumbre siempre, y nos dirija; guíe nuestros pasos y sea luz de nuestras almas!

Hablando el Santo Evangelio de la estimación, en que debemos tener la gracia divina, dice que conviene hacer lo que el negociante en perlas, el cual, cuando encuentra una perla preciosa, vende todo cuanto tiene y la compra. Y ¿cuál es la perla preciosa, por cuya posesión debemos dar todo cuanto tenemos, sino el amor de Nuestro Señor Jesucristo? Todo lo que no sea aumentar en mi corazón el amor de mi Señor Jesucristo lo tengo por una pérdida, decía San Pablo: *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Jesu-cristi Domini mei* (1). De las perlas dijeron los antiguos cosas muy hermosas, y que hacen mucho á nuestro propósito. La perla se engendra por las

[1] Epístola á los Filipenses, cap. 3, ver. 8.

gotas de rocío: cuando las olas del mar están más agitadas, entonces la concha, nadando, sale sobre las aguas, y allí se abre, para recibir en su seno las gotas de rocío, que vierten las nubes á la hora del crepúsculo matutino, al tiempo en que la claridad de la aurora comienza á rayar en el horizonte. De entre el mar tempestuoso del mundo, en el momento en que las pasiones de los hombres estaban más desencadenadas contra Dios, la santa Virgen abrió su alma inmaculada á la gracia divina y recibió en su seno bendito al Verbo del Padre, y en Jesucristo nos dió la perla preciosa, por cuya posesión debemos sacrificar todo cuanto somos y poseemos. La perla es hija del rocío y de la luz, y su formación es oculta y misteriosa. El Hijo de la virginidad, santa é inmaculada, ha sido formado milagrosamente en el seno de María. Andamos solícitos buscando bienes terrenales: hé aquí que esta perla preciosísima del amor de Nuestro Señor Jesucristo se nos viene á las manos, y con ella se nos está convidando, ¿la despreciaremos? no daremos por adquirirla todo cuanto se nos exija? Hagámonos ricos con ella, pues ella enriqueció á los santos. Poseyendo á Jesucristo, ¿qué nos podrá faltar? Sin Jesucristo, ¿de qué nos servirían todos los tesoros del mundo? El conocimiento de Jesucristo es la ciencia de las ciencias, es la ciencia de la vida eterna: andan los hombres afanados, inquietos, en busca de bienes perecederos, de bienes miserables, y sólo el bien verdadero, el único bien, cuya posesión nos puede hacer de veras felices para siempre, es despreciado, es tenido en menos: ¡ tanta es nuestra ceguera espiritual!

DEPRECACIÓN.

¡ Oh ! María, ¡ oh ! santa é inmaculada Virgen, digna Madre de Nuestro Señor Jesucristo ! La vida eterna consiste en conocer á Jesucristo, vuestro divino Hijo, y á Dios Padre que lo envió al mundo: más, ¿ cómo podremos alcanzar ese conocimiento, si Vos no nos auxiliáis con vuestra protección? ¿Cómo podremos llegar á poseer la vida eterna, si Vos, por cuyo medio vino Jesucristo al mundo, no nos amparáis? ¡ Oh ! María, ¡ cuánto os debemos ! Vos nos disteis á Jesucristo: Vos nos trajisteis al Salvador, sin el cual habríamos perecido para siempre: orad por mí, rogad por mí, interceded por mí ante vuestro Hijo y mi Salvador: no sea yo tan desgraciado que sirva para mi condenación eterna esa sangre preciosa, que mi Salvador tan misericordiosamente derramó por mí: no me perderé para siempre, si Vos me alcanzáis un grande amor á vuestro Hijo, mi Salvador: un amor fervoroso, un amor encendido; ¡ oh ! María, alcanzadme ese amor; ¡ oh ! María, alcanzádmelo, para que la sangre de mi Salvador sea provechosa para mí. . . . ¡ No, Madre mía, no permitáis que, bañado con esa sangre divina, descienda á los infiernos y perezca eternamente ! Apiadaos de mí, apiadaos de mí.—Amén.



LECCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

DIA VEINTIDOS DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTÍSIMO DE MARÍA.—SEGUNDO SIGNIFICADO DE ESTE DULCÍSIMO NOMBRE.—MARÍA SIGNIFICA SEÑORA.

I

María significa Señora.

Hemos explicado ya el primero de los significados del nombre de María, y pasamos á considerar el segundo. El nombre de María significa Señora, Reina; y, si en su primer significación de iluminada é iluminadora, tan misterioso nombre convino excelentemente á la Madre de Dios, no le conviene menos admirablemente en esta segunda. Preguntaremos pues, ¿cuál es el señorío, cuál es el dominio que tiene la Virgen, para que merezca llevar el nombre de María?

San Pablo, hablando de la dignidad del nombre del Redentor, dice que, lo pronuncian de rodillas todas las potestades en el cielo, en la tierra y en los abismos. *Coelestium, terrestrium et infernorum*. Lo mismo podemos decir, á su modo, respecto del nombre de la Virgen; pues su grandeza, su excelencia nacen y se deriban de su dignidad de Madre de Dios. En virtud de su divina Maternidad tiene la Virgen el cetro de todo lo criado y ha recibido el señorío y el dominio sobre todo cuanto

existe fuera de Dios. Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra, decía Jesucristo: esa potestad absoluta le había sido dada en cuanto hombre; porque, en cuanto Dios, no podía recibir ni nadie podía dar al Verbo Divino lo que en cuanto Dios poseía en sí mismo desde toda eternidad. Humillóse Jesucristo Nuestro Señor, dice el Apóstol, é hizo obediente hasta la muerte, que fué muerte de cruz, y por esa humillación y por esa obediencia Dios lo exaltó, y le dió un nombre que es superior á todo nombre. Ved ahí explicado por el Apóstol el motivo de la potestad absoluta que Jesucristo recibió sobre todo lo criado. ¿Cuál es el fundamento de la potestad de María? ¿De dónde nace ese derecho de señorío y de dominio que la Virgen tiene sobre todo lo criado, sino de su admirable dignidad de Madre de Dios? Esa dignidad sublime, por la cual la Virgen ocupa en el cielo un trono de gloria superior al de los más encumbrados serafines, formando Ella sola, por sí misma, un coro y una jerarquía aparte, sobre todos los coros de los santos y sobre todas las jerarquías de los ángeles, esa dignidad incomparable es la que mereció á la Virgen y le granjeó el dominio sobre todo lo criado.

Justo es que allí donde reinan inalterables el orden y el concierto más perfectos, los inferiores estén sujetos á los superiores, y éstos tengan el derecho de mandar sobre aquellos; los cuales, á su vez, estén obligados á obedecer. Ahora bien, el universo entero, la inmensa creación, que Dios ha sacado de la nada, está gobernada por la Sabiduría infinita, y así no puede menos de resplandecer el orden en el conjunto y en todas sus partes. ¿Habría sido exaltada la Virgen á ese trono de gloria, sino hubiera sido más santa que todos los ángeles y santos juntos? Allá, en el cielo, donde Dios ma-

nifiesta sus atributos de Juez, aquilatando los méritos de los escogidos, para remunerarlos con justicia, ¿hubiera puesto á la Virgen esa corona de gloria, la habría sentado á la diestra de su Hijo, si los merecimientos de la Virgen no hubiesen sido superiores á los de todos los ángeles y santos? Allá pues, en el cielo los ángeles y los santos se reconocen inferiores á la Virgen, y, reconociéndose inferiores á Ella, le están sujetos y le obedecen y sirven, llenos de amor y reverencia.

Esas jerarquías de los ángeles, ricas en méritos, resplandecientes con la gloria de una pureza immaculada, acatan y obedecen con júbilo á Aquella, que en carne mortal brilló con una pureza celestial, y ciñe en el Empíreo la aureola de una virginidad sin mancha, y de una pureza incomparable. ¿Quién conoce los misterios de la predestinación de los ángeles? ¿A quién han sido revelados los secretos de su prueba y de su fidelidad? Talvez, esos espíritus bienaventurados contemplan en la Virgen, aquella criatura extraordinaria, cuya existencia conocieron en los instantes de su prueba; aquella criatura, por quien el Verbo Eterno había de tomar naturaleza humana para ser Cabeza y Rey de las muchedumbres angélicas, que á su Rey, á su Cabeza, debieron la gracia de la perseverancia y la visión beatífica. Es imposible separar á María de Jesucristo, porque en los decretos eternos la santa Virgen está unida inseparablemente con el Verbo Encarnado; y así, los ángeles, desde el instante en que fueron criados, si conocieron la Encarnación y adoraron al Verbo que había de hacerse hombre, no pudieron menos de conocer y adorar también á la Madre futura de su Rey y Señor.

Los santos en el cielo admiran en la Virgen la triple aureola de la virginidad, del magisterio y del martirio; reconocen que á la Virgen le deben

el haber entrado en la gloria; y, si en la tierra tuvieron por suma dicha y felicidad ser siervos y esclavos de María, en la eternidad se regocijan de tan gloriosa servidumbre, acatando reverentemente á la que fué en la tierra, y será por toda una eternidad en el cielo, la Reina de todos los santos.

Regina Sanctorum Omnium

En la tierra la Iglesia proclama el dominio y el señorío de María sobre todo lo criado. Lo proclama con los altares, con los templos que ha levantado en honra de la Virgen; con las festividades, oraciones y plegarias de su sagrada Liturgia, en las que manifiesta cuanta es su reverencia, cuán grande su amor y cuán ilimitada su confianza respecto de la Virgen: lo proclama con sus doctrinas y sus enseñanzas: lo proclama, en fin, elocuentemente, pidiendo á la Virgen milagros y portentos en favor de sus devotos, ahora sean éstos simples fieles, ahora sean pueblos y naciones, porque sabe que la Madre del Todopoderoso tiene en sus manos las leyes del universo, y puede modificarlas ó alterarlas, cuando á la Sabiduría infinita le plazca, para glorificación de su nombre. Si la Iglesia no creyera en el poder de María, ¿le pediría milagros? Los habría reconocido solemnemente? En el poder de María confiesa la Iglesia Católica el poder del mismo Dios, poder que suele poner en ejercicio el ruego poderoso de la Virgen, su admirable Madre.

¿A dónde más se estiende el poder de María? ¿Qué otras criaturas le están sujetas? María estiene el cetro de su dominio, y señorea é impera en los sombríos abismos del infierno: en el cielo, el reinado de María es un reinado de amor y reverencia: en la tierra, el reinado de María es un reinado de amor y confianza: en los abismos, el reinado de María es un reinado de respeto y de terror, porque esa Reina tan llena de mansedumbre para los án-

geles, esa Madre tan llena de bondad para los hombres, es soberana terrible para Satanás y sus legiones. *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* Allá, en esos abismos tenebrosos, donde reina horror sempiterno, Satanás y sus ángeles precitos se reconocen por súbditos forzados de la humilde Virgen, y acatan temblando su voluntad, á la cual, aunque quieran, no les es dado resistir. ¿Cómo no habían de rendirse aterradas las tropas infernales, viendo quebrantada la cabeza del arcángel rebelde, por el pie delicado de María? Ese pie virginal huella y aplasta la cabeza de Lucifer, que se agita y retuerse en vano, intentando hacer daño y clavar sus dientes mortíferos en las plantas, que así le castigan, le afrentan y le humillan!

De su poder sobre los demonios se vale María para proteger á la Iglesia, y para socorrer y auxiliar y defender á sus devotos: cuando más se enardece la ira de los demonios, cuando con más furor acometen á las almas, cuando están más ufanos y orgullosos viéndolas solas y desvalidas, entonces una mirada de la Virgen basta para ponerlos en fuga, para derrumbarlos en el abismo, des-pavoridos y horrorizados. En las terribles iras, que aquellos ángeles caídos sienten contra las almas, Dios les quebranta el orgullo y los debilita, poniendo en la protección de la Virgen un amparo, una salvaguardia para defensa de la virtud combatida: ¿será en vano el rogar á María? Será inútil el invocarla? Le faltará poder contra nuestros enemigos? Será dura al ruego, sorda á la plegaria? ¡Ah! Invoquémosla con fervor, invoquémosla con confianza, llamémosla en nuestro auxilio, sobre todo para la hora de nuestra muerte, cuando se encruelece y obstina más la furia de los enemigos de nuestras almas, cuando la bestia infernal acude á devorarnos, cuando se lanza con-

tra nosotros, armada con todo su espantoso poder para hacer daño á las almas, clamemos para entonces á la Virgen, llamémosla en nuestro auxilio, ¡ay! para entonces, para entonces, para aquellos momentos, de los que depende la eternidad !!

II

En fin, hay otro lugar donde la divina Virgen reina, pero con un reinado especial de consolación y de misericordia: ese lugar es la santa cárcel del Purgatorio, donde las ánimas de los justos expían sus culpas y en medio de aquellas llamas benditas se purifican antes de entrar en el Cielo. Allí, las ánimas de los justos, humildes y resignadas, aguardan que se cumpla el tiempo de su expiación y esperan, llenas de paciencia y de conformidad, aunque se ven abrumadas de espantosos é inauditos dolores. ¿Qué es el Purgatorio? Almas de los justos, ¡ah! decidnos lo que es el Purgatorio!

El Purgatorio es la mansión de la humildad y del arrepentimiento, á diferencia del Infierno, que es el lugar de la soberbia y de la desesperación. Las almas del Purgatorio son profundamente humildes, y aman tanto á Dios que, ellas mismas antes preferirían privarse del Cielo, que presentarse allí manchadas con el polvo de las culpas que llevaron de la tierra: aman la santidad y la pureza, y se hallan pacientemente conformes, esperando el término de su purificación. Pero ese término de ordinario se prolonga y se dilata: los parientes, los amigos, aquí en la tierra, pronto olvidan al muerto, y no hay una oración, no hay una plegaria por el descanso y la paz de su alma. ¡Ah! Todas esas almas afligidas, viendo prolongarse el término de su expiación, podían exclamar muy bien, lanzando del fondo de aquellas llamas

purificadoras, la sentida queja del Profeta: *Oblivioni datus sum tanquam mortuus á corde* (1). Me han entregado al olvido, porque he muerto para ellos en su corazón! ¡Qué cierto es que el que pasa de este mundo á la eternidad pronto muere en el corazón de todos los vivientes, aún de los más allegados! No obstante, cuando todos se olvidan de los que han muerto, cuando ya en el mundo nadie piensa ni se acuerda de ellos, la Santa Virgen está solícita y no los olvida.

Tesorera de las gracias divinas, dispensadora compasiva de la adorable sangre de Jesucristo, mitiga los padecimientos, aplaca el rigor del fuego, consuela en la prisión y abre también las puertas y acelera el tiempo de la purificación. En sus manos tiene méritos innumerables, por sus manos pasan las oraciones y las buenas obras de la Iglesia militante; y así el Purgatorio es una colonia puesta en la eternidad bajo el cuidado y la tutela de la Santa Virgen (2).

[1] Salmo xxx, ver. 13.

(2) Las almas que están en el Purgatorio ya no pueden merecer, porque pasó para ellas el tiempo de la prueba, que es el tiempo de la vida en este mundo; pero la Virgen santísima puede socorrerlas, de tres maneras; pidiendo á Nuestro Señor Jesucristo que les aplique los méritos infinitos de su vida, pasión y muerte; ó aplicándoles bondadosamente Ella misma sus propios méritos, atesorados en el tesoro espiritual de la Iglesia Católica; ó, en fin, inspirando desde el cielo á los fieles deseos piadosos de rogar á Dios y ofrecer sufragios por los que han muerto en la gracia del Señor.

Muchos santos y graves doctores católicos enseñan, que María protege, de una manera especial, á sus devotos en el Purgatorio, y esta es la creencia de la misma Iglesia Católica: bastará para probarlo recordar la célebre Bula *Sabatina* de Juan XXII, relativa al Escapulario del Carmen, Bula, cuya autenticidad reconoce el mismo Benedicto XIV: además ciertas oraciones de la Liturgia sagrada bien claro manifiestan el patrocinio de la Virgen para con las almas de los justos detenidas en el Purgatorio.

Entre los Santos citaremos de preferencia á San Efrén siro, (*In Laudibus B. V. M.*), á San Vicente Ferrer, (*Sermón 2º de la Natividad*), á San Bernardino de Sena, (*Sermón 3º del Nombre de María*) y principalmente á San Pedro Damiano. Este Santo Doctor

¡Ay! qué de veces esas cadenas, pesadas para el amor, ligeras para la justicia, serán quebrantadas por esas manos virginales, siempre ocupadas en derramar beneficios!

¡Los ángeles del cielo bajarán, á cada instante, á consolar á esas pobrecitas almas, prisioneras y cautivas, y bajarán á consolarlas por orden de María, ¡oh! eso es indudable!...

Rayos de luz suavísima penetrarán, de cuando en cuando, en aquella oscura prisión, en aquellos sombríos calabozos; y esos rayos de luz partirán, sin duda, del augusto semblante de María, cuando la gran Reina del Cielo se digna bajar sus ojos hacia las santas cárceles del Purgatorio!

Cuando todos olvidan en la tierra á los muertos; María no los olvida. ¿Qué sería de las almas con la ingratitud y olvido de los que quedamos en este mundo? Nuestro apego á las cosas de la tierra, nuestra helada indiferencia, para con los difuntos! Y ¡ay! como ellos no pueden reconvenirnos, como ellos no pueden rogarnos, como no oímos sus lloros, como no escuchamos sus gemidos... Santa Virgen, verdadera Reina de piedad, ¿qué fuera de las pobrecitas almas sin Vos? ¡Ay! ¿qué fuera? Vos estendéis allá vuestro cetro, ese es vuestro imperio, allí se encuentra á sus anchas vuestro corazón misericordioso, entre esas pobres almas, huérfanas, olvidadas, entregadas al olvido, porque la memoria de ellas ha muerto en el corazón de los vivientes. *Oblivioni datus*

enseña terminantemente, que en las festividades de la Virgen, y muy especialmente en la de la Asunción, saca María del Purgatorio no pocas almas de sus devotos. (*Epístola 1ª del Libro 3º alias 52ª*).—Lo mismo se pudiera confirmar con varios pasajes de las *Revelaciones de Santa Brígida*—Entre los teólogos aduciremos á Novarino, (*Umbræ Virgineæ, excursu 86*) y á Vega, (*Teología Mariana, palestra 27ª Certamen 111*), quienes enseñan esta doctrina, la que es unáni ne entre todos los teólogos católicos.

sumi tanquam mortuus á corde... Hánme entregado al olvido, como muerto ya en su corazón. ¡Qué ciertas son estas palabras! Los muertos se entregan al olvido, porque el amor de ellos muere en el corazón de los vivos!

Dice la Esposa divina, dando las señales con que puede ser conocido el Esposo: *Manus illius tornatiles aureae, plenae hyacinthis* (1). Sus manos son de oro, hechas á torno, y están llenas de jacintos. Estas palabras se aplican muy bien á la Virgen María, de quien podemos decir, en sentido místico y espiritual, que tiene manos primorosas, tan delicadas y perfectas, que parecen labradas á torno, y que son de oro y están llenas de piedras preciosas, *plenae hyacinthis*. Las manos significan las acciones, las obras exteriores; y diciendo que las manos eran de oro, se quiso dar á entender lo subido, lo perfecto de la caridad, que en todas las obras resplandecía; y el ser primorosas, delicadas y perfectas, como cosa labrada curiosamente á torno, significa cuánta era la atención y esmero, con que la Virgen procedía hasta en las más comunes y ordinarias acciones de la vida: no había en esas obras barro ruín ni escoria, todo era oro precioso y aquilatado. Y advertid que, con ser esas manos virginales de oro y tan primorosas, no estaban vacías, sino llenas de jacintos, de piedras preciosas, porque la inmaculada Virgen era perfecta no solamente en el amor de Dios, sino también en la caridad para con el prójimo: su compasión, su misericordia para con nosotros, los desterrados hijos de Eva, los pobres pecadores, que gemimos en este valle de lágrimas, se manifiesta en esos jacintos, en esas piedras preciosas, de que están llenas esas manos benditas. No sólo en la caridad para con Dios fué ex-

(1) Cantar de Cantares cap. 5, ver. 14.

celente y admirable la divina Virgen: lo fué también en el amor y caridad para con los hombres, y eso significa el que sus manos no estaban vacías, sino llenas de jácintos, como lo celebra la Escritura Santa. . . . ¿No serán primorosas esas manos virginales, que sirvieron de trono en que descansó el Verbo Divino humanado? No estarán llenas de piedras preciosas esas manos sagradas, por donde pasan y se derraman sobre el mundo, á torrentes, sin cesar, las gracias y los beneficios de la divina misericordia! Manos de oro, manos caritativas, que quebrantan las cerraduras de las cárceles del Purgatorio, quitan cadenas y abren prisiones! Manos, que conducen y guían al cielo: manos, que cierran á sus devotos las puertas del abismo infernal: manos delicadas, á quienes confió Dios el cetro de lo criado. *Manus aureae, plenae hyacinthis.*

DEPRECACIÓN.

En vuestras manos compasivas, en vuestras manos misericordiosas, en esas vuestras santas manos, que son manos de madre, he puesto mi suerte eterna, oh Virgen benditísima; y espero en Vos que no me he de perder para siempre: tengo confianza de que me he de salvar, de que he de gozar la dicha de bendecir vuestro nombre en el cielo, contemplando cara á cara vuestro virginal endiosado semblante; pero debo ser detenido en las llamas expiatorias del Purgatorio. Merezco el infierno, ¡oh! María! . . . ¿cuál será el Purgatorio que esté preparado para mí? ¡Ah! Cuánto tiempo estaré preso en aquellos calabozos sagrados! ¡Cuántos centenares de años seré morador resignado de aquellas santas tinieblas! Olvidado de todos, aquí en este mundo, sin que haya quien ruegue por mí, quien me aplique la limosna ni de un tar-

dio sufragio! Tengo horror del Purgatorio, ¡oh! María, sus penas me espantan: confieso que el más riguroso fuego es todavía suave y benigno para mis culpas; pero, desde ahora no cesaré de rogáros, con lágrimas en mis ojos, que no os olvidéis de mí en mi prisión. Cuando todo el mundo se haya olvidado de mí, Vos también, oh María, ¿estaréis olvidada de mí? Habré muerto también en vuestro corazón, y me entregaréis al olvido? ¡Ah! Cuánto me horroriza el Purgatorio, cuánto me espantan sus penas, cómo me aterra ese apartamiento temporal de la vista de Dios! No! yo quiero ver á mi Dios; yo quiero ver á mi Dios; me espanta y aflige el haber de estar separado de Dios, aunque sea temporalmente. ¡Oh! María, desde ahora para entonces os ruego que no os olvidéis de mí: dirigiréis una mirada hacia las pavorosas mazmorras del Purgatorio, y os moveréis á compasión viendo á un miserable, que, á pesar de sus muchos, de sus enormes pecados, siempre vivió clamando á Vos, invocándoos en su amparo y esperando en vuestro poderoso patrocinio.—Amén.



LECCION VIGÉSIMA TERCIA.

DIA VEINTITRES DE MAYO.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTÍSIMO DE MARÍA.—MARÍA QUIERE DECIR ESTRELLA DEL MAR.

I

María significa Estrella del mar.

Tres significados misteriosos tiene el nombre de la divina Virgen: significa iluminada é iluminadora, Señora, Reina y, por fin, Estrella del mar. Explicadas ya las dos primeras significaciones, conviene que consideremos ahora la tercera. El misterioso significado del nombre de María está muy conforme con la dignidad sublime, y es muy adecuado para expresar las excelencias y los méritos de la Madre de Dios. Lo hemos visto en los dos significados primeros; veámoslo también en el tercero.

Explicando un Santo Padre de la Iglesia (1) porqué la Virgen Madre de Dios lleva el nombre de María, hace notar la admirable semejanza que se encuentra entre las cualidades naturales de las estrellas, y los privilegios y merecimientos extraordinarios y sobrenaturales de la inmaculada Virgen. Las estrellas, dice, brillan con luz propia, y, me-

(1) San Bernardo en sus Homilias sobre el Evangelio de San Lucas: *super Missus est, &c.*

diante esa luz, se nos hacen visibles á nosotros desde la tierra, difundiendo por los espacios sus rayos luminosos, sin que su claridad padezca detrimento. La estrella emite rayos luminosos, esos rayos son purísimos, salen de la estrella, pero no por eso la estrella pierde su resplandor, ni disminuye su brillo, ni sufre quebranto alguno en su luz. Además, esa luz apacible y suave de las estrellas tiene, como toda luz que viene del cielo, la propiedad de ser incorruptible, no puede transformarse ni gastarse, perdiendo su propia naturaleza, como sucede con otras muchas cosas, á las que el hombre corrompe y destruye. ¿Habrá una semejanza más hermosa con la inmaculada y virginal pureza de María?

No es solamente una virtud aparente la suya; por el contrario, le nace de lo íntimo de su conciencia: ha abrazado la virginidad por el firmísimo convencimiento de que con esa virtud dará á Dios grande gloria: en su virginidad no ha buscado tan sólo la tranquilidad de una vida solitaria, sino la mayor perfección de su alma. ¿Qué motivo tan poderoso ha encontrado esa hija de Judá para decidirse resueltamente á abrazar un estado de vida, mirado como un oprobio en su pueblo? ¿Cómo ha descubierto las excelencias de la virginidad, en medio de una nación, cuya gloria estaba cifrada en la descendencia numerosa? ¿Qué admirable, qué extraordinaria aparece la Virgen en su voto sublime de castidad! ¿Cuándo lo hace? ¿En medio de qué nación lo pronuncia? ¿Cómo sabía esa Niña lo que no alcanzaron á conocer ni los mismos profetas de su pueblo? En el estado presente de la naturaleza humana decaída por la culpa de nuestro primer padre, los honores y gozos de la maternidad no pueden menos de estar viciados por la rebelión de la carne contra el espíritu, pronta siempre á manchar todo cuanto toca. La envidiable gloria de la desce-

dencia y de la maternidad no podía, pues, menos de estar expuesta al peligro de perder, ó siquiera disminuir, la gracia santificante, y empañar la limpieza del alma en medio de las satisfacciones de la maternidad. Preferir la virginidad, ¿no era tener en muy alto precio los bienes sobrenaturales? En virtud de cuyos méritos se daba la gracia antes de la Encarnación? No era en virtud de los méritos futuros del Redentor? Aquella que tuvo en tanta estima la castidad, decidme no estimaba de veras la gracia? no la estimaba, como la gracia debe ser estimada? ¡Cuánto no brilla, pues, la santa Virgen! ¡Cuánto no brilla, en medio de las sombras de la ley antigua! Es en verdad una estrella matutina, que se levanta en el horizonte de los tiempos, anunciando con su fulgor, que la ley de servidumbre se acaba, y que principia ya á rayar para el linaje humano la aurora de la redención!

Esa estrella envía sus rayos luminosos sobre la tierra, porque, recibiendo al Verbo Divino en su seno virginal y dándolo al mundo, su integridad inmaculada no padece menoscabo con aquel milagroso alumbramiento: era un rayo purísimo de luz, que salía del seno virginal de María, dejándolo intacto y puro. Por ventura, ¿era imposible á la omnipotencia divina hacer ese milagro? ¿De dónde había de provenir esa imposibilidad? Dios es quien ha establecido las leyes con que ahora se rigé y gobierna la conservación y aumento del linaje humano sobre la tierra, y ¿quién dirá que ese modo de propagación y de conservación es el único posible? ¿No podía Dios sacar á todos los hombres inmediatamente de la nada? ¿Qué dificultad hay para que el cuerpo sagrado de Jesucristo haya sido formado en el puro seno de María, de una manera virginal, sin concurso alguno de varón? Dios, que formó del barro de la tierra el cuerpo de Adán,

¿no podía formar de la sangre purísima de María el cuerpo de Jesucristo?

A la santidad divina del cuerpo adorable del Redentor convenía una concepción limpia y virginal, pues en la concepción humana ordinaria hay un no sé que de humillante, indecente y vergonzoso, indigno de la santidad de la carne del Hombre Dios, que iba á ser concebida. La eminente dignidad de la Virgen exigía una maternidad milagrosa, porque el cuerpo inmaculado de María era un santuario, que no podía ser tratado, sino con suma reverencia. ¿Qué criatura había en la tierra, por santa y pura que fuese, igual en pureza y en santidad á la Virgen? ¿Qué criatura podía, pues, acercarse á María, con la confianza íntima de un esposo en la unión conyugal, sin una grave irreverencia, sin un sacrilegio? María, por su santidad, por su dignidad sublime, debía, permanecer perpetuamente virgen, y Jesucristo, el autor de toda pureza y santidad, Jesucristo, el autor de la gracia divina, Jesucristo, el dispensador de toda virtud, no podía salir del claustro virginal de María, con quebranto de la integridad de la Madre.

Al descender del seno del Padre al seno de María, el Verbo divino no podía privar á la Virgen de una virtud. Y ¿qué virtud! ¿La castidad y castidad heroica, santificada con el juramento de un voto, que María estaba resuelta firmemente á no quebrantar jamás! ¿Se podrá ni imaginar siquiera que el trato y comunicación con Dios prive á una alma y la despoje de una virtud? ¿De dónde nace, de dónde proviene la santificación de las almas, sino de su trato y comunicación con Dios? Y podía haber una comunicación más íntima que la de una Madre, que concibe en su seno al mismo Dios?

Si María no se conservó virgen en su alum-

bramiento, debemos decir que la Virgen fué mejor y más santa antes de ser Madre de Dios, que después de haber dado á luz al Hijo de Dios. ¡Qué absurdo! El Verbo Eterno venía á enseñar á los hombres que la virginidad era de mayor mérito que la vida conyugal: que la virgen era más perfecta que la esposa, ¿y había de principiar por arrebatarse violentamente á su misma Madre la joya inestimable de la virginidad? Y digo violentamente, porque María había hecho voto de guardar virginidad perpetua; resultando de aquí, que la Madre de Dios venía á ser menos santa, menos perfecta que una muchedumbre innumerable de mujeres, que en la serie de los siglos han guardado con voto su virginidad; y precisamente vendría á ser la Virgen menos santa, menos perfecta, por haber consentido en ser Madre de Dios.

¿Pudo el Verbo Eterno conservar la virginidad de su Madre? ¿Quién se atreverá á negar á Dios ese poder? ¿Debió el Verbo humanado conservar la Virginidad de su Madre? Las razones que acabamos de exponer manifiestan que debió conservarla; por tanto, Dios dejaría de ser infinitamente santo, si María no hubiera sido virgen antes del parto, en el parto, y después del parto, siempre Virgen. Tan unidos, tan enlazados están, con el vínculo indisoluble de la verdad, todos los dogmas cristianos.

Desenvolvamos todavía más esta misma significación del nombre de María. En el Santo Evangelio está figurada la Iglesia Católica, la Iglesia de Jesucristo, por la nave del Príncipe de los Apóstoles. Esa nave se halla en medio de las olas, combatida de vientos contrarios, bogando hacia el anhelado puerto de la patria celestial: más, cuando arrecian los huracanes, cuando braman en torno las tempestades, cuando la nave parece que ya va á zozobrar,

la esperanza de sus tripulantes no desfallece; pues, por más ennegrecido que se encuentre el horizonte, entre las nubes oscuras y tormentosas, se destaca siempre la estrella de la bonanza, el astro apacible de la serenidad, con cuya vista se dirige el rumbo con seguridad de arribar á término feliz. ¿Cuál es esa estrella de los mares? ¿Cuál es ese astro apacible, amigo del hombre y nuncio seguro de calma y de bonanza? ¡Ah! ¿Cuál es? Es María, la soberana estrella de los mares, y puestos en ella los ojos, los Pilotos de la nave de la Iglesia no temen engolfarse en los hinchados mares de tantas y tantas persecuciones, por las cuales es necesario atravesar, mientras dura el tiempo de la prueba, aquí en este mundo: con ese astro de tan apacible fulgor, el ánimo abatido cobra brío, las tinieblas se disipan y la mano del Piloto dirige con firmeza, por entre escollos, el timón de la nave mística, seguro de no tropezar: ese astro sereno no padece eclipses jamás, y cuando la vista se dirige al cielo buscándolo, al punto se lo encuentra, siempre en el Norte señalando el camino seguro. Bajo tan hermoso símbolo se presenta la Virgen bendita en el cielo de la Iglesia Católica, y lo que es para la nave de Pedro eso mismo es para todos y cada uno de los fieles.

La salvación eterna no puede alcanzarse sino por la inocencia ó por la penitencia. Más, ¿cómo se conservará la inocencia en medio de tantos peligros, rodeada de tantas asechanzas, combatida de tantas tentaciones? Sin la oración, no se puede alcanzar la gracia, que es indispensable para conservar la inocencia: pero, ¿se ora como se debe? ¿Se ora cuando conviene? ¿La oración está acompañada de todos sus requisitos? Reconozcamos cuán grande es la misericordia divina para con los hombres, pues les ha dado la poderosa intercesión de

la Virgen, para que los méritos de Ella suplan nuestras faltas, excusen nuestros defectos y alcancen de la clemencia divina luz que guíe nuestros pasos, amparo que nos defienda en los peligros, y en toda necesidad auxilio oportuno.

No es menos necesaria la oración para el pecador. Sin oración, la penitencia es de todo punto imposible, y sin penitencia no hay salvación. . . . Más, ¿cómo orará el pecador para alcanzar la gracia de hacer penitencia? Aquí es precisamente donde resplandece la poderosa intercesión de la Virgen, llamada, con razón, el Refugio de los pecadores, *Refugium peccatorum*. Ella, con los piadosísimos ruegos suyos, suple cuanto falta á los nuestros. ¿Somos pecadores? ¿Estamos todavía sumidos en el abismo del pecado? ¡Ah! . . . No dejemos de practicar la devoción para con la Virgen: siquiera una Ave-María por día, siquiera una invocación, aunque no consista más que en una palabra, pues esa sola palabra, que de cuando en cuando salga de nuestros labios, será una señal de vida, una protesta contra nuestros propios vicios, un volver los ojos hacia la fúlgida estrella de los mares, buscando, como naufragos, el puerto de salvación. ¿Qué consoladora es la devoción para con la Virgen santísima! ¿Qué consoladora! Con razón, se tiene por una señal de predestinación: practiquémosla con fervor, practiquémosla con perseverancia. Ojalá, desde la cuna, aprendan los niños á invocar á María: ojalá, con las sílabas de tan santo nombre, principie á soltarse la lengua del infante: ojalá, con ese nombre admirable en nuestros pechos, atravesemos el camino peligroso de la vida: ojalá con ese nombre dulcísimo de María se cierren nuestros labios moribundos, ojalá sea ese nombre, que tan agradable es á los oídos de Dios, la última palabra, que exhale nuestro pecho agonizante, para que,

principiando á pronunciarlo aquí en el tiempo, lo acabe de articular nuestra alma en la eternidad, al presentarse en el tremendo tribunal de Dios, para ser juzgada!... ¡Ay! ¿Quién, considerando sus pecados, no desfallece? ¡Ay! ¿Quién, ponderando el número innumerable de ellos y sus horribles circunstancias y su gravedad, no se desespera?... ¡Ay! ¿Me salvaré?... ¿Me condenaré?... ¿Qué pregunta tan espantosa!... A este naufrago no le queda otra esperanza que la protección de María, de María: y á esa estrella de los mares, vuelvo mis ojos llorosos, en Ella los tendré siempre fijos, Ella será mi norte, Ella mi guía.

II

Y no solamente los individuos, los pueblos mismos, las naciones y los reinos, en medio de sus calamidades á María deben volver sus ojos, para llamarla en su auxilio: cuando la guerra se encienda en medio de ellos, cuando el hambre, la peste caigan sobre sus campos y ciudades, cuando se vean atribulados de cualquiera otra manera, á la Virgen deben acudir presurosos, para que ahuyente la guerra, y devuelva á los pueblos la salud, la abundancia, la paz y el contento. María, con su influencia sobrenatural, serenará las pasiones de los hombres; y, aplacando además con sus ruegos la justa cólera divina, alcanzará que cesen los castigos, con que el Señor suele afligir á las pueblos culpables.

Dicen algunos, (hablando inconsideradamente): las pestes, los terremotos, las sequías, las lluvias, &c., son fenómenos naturales, que se verifican de una manera necesaria é inevitable, ¿cómo se pueden reputar, pues, por castigos de Dios? ¿Qué tiene que ver la intercesión de la Virgen y de los santos con semejantes acaecimientos ó fenóme-

nos naturales?—Explicaremos detenidamente este asunto.

La naturaleza está sujeta á leyes establecidas por el Criador, y los fenómenos naturales ó físicos, no son otra cosa, sino resultados necesarios de aquellas leyes: también el orden moral de la sociedad es dependiente del Criador, quien ha dado libertad á los hombres, y les ha impuesto leyes, según las cuales deben vivir y arreglar sus acciones: los pecados, los escándalos son transgresiones voluntarias y libres de las leyes divinas. Siendo Dios autor tanto del orden natural como del orden moral humano, y conociendo todas las cosas y previendo con su sabiduría infinita las acciones libres de los hombres, muy bien puede disponer y arreglar, (si se nos permite decirlo así), el orden natural, de tal manera que, ciertos fenómenos físicos se verifiquen en tal lugar, en tal tiempo, cuando la justicia divina quisiere servirse de ellos para castigar los pecados de los pueblos; porque entre el orden natural del universo, el orden moral humano y el orden sobrenatural de la gracia existe una subordinación y correspondencia necesaria, establecida por el mismo Dios.

Así, Nuestro Señor no necesita hacer milagros ni trastornar el orden natural, para castigar á los pueblos, porque en sus manos están las leyes de la naturaleza; y de tal modo arregla y dispone los acaecimientos naturales, que simples fenómenos de la naturaleza vienen á ser instrumentos de su justicia para con los pueblos prevaricadores.

Acudir á María en las grandes calamidades públicas, invocar su protección contra los cataclismos de la naturaleza, es obra sabia, de fe cristiana y de piedad, muy agradable á Dios: es reconocer el absoluto dominio que Dios tiene sobre todo lo criado, es confesar la subordinación del orden na.

tural al orden sobrenatural, es manifestar solemnemente la absoluta dependencia de la criatura respecto del Criador. La sociedad humana, los pueblos, las naciones no se han formado al acaso: son obra de Dios, y deben tributar á Dios homenaje social, público y solemne; y si ofenden á Dios como sociedades, han de ser castigados como sociedades: la vida de los pueblos como pueblos termina aquí en el tiempo, y solamente la de los individuos se extiende á la eternidad: por esto, los pueblos son castigados con penas temporales ó con su destrucción; y para los individuos tiene Dios preparados castigos y premios eternos en la vida futura.

La intercesión de la Virgen María, á quien acudimos en estos casos, es un medio eficaz de aplacar á la Majestad divina, justamente irritada contra nosotros. Los ruegos compasivos de la Virgen desenojan á Dios, y la santidad y la inocencia y los méritos de tan admirable y poderosa Medianera suplen nuestros defectos y alcanzan lo que nosotros, con sólo nuestros ruegos, no habríamos alcanzado jamás. María es, por esto, nuestro refugio en toda tribulación. ¡Quién sabe de cuántos males no se habrán librado los pueblos por sus prácticas devotas en honra de María! ¡La oración en común dirigida á la divina Virgen es como una especie de expiación por los pecados de escándalo tan frecuentes, por desgracia, en los pueblos!

María, la santa, la pura, la inmaculada, es para todo el que tiene fe un motivo de consuelo y de alegría en todas las tribulaciones: levantamos al cielo nuestros ojos, y allí sabemos que está la Virgen, cuyo maternal corazón se halla dispuesto á compadecerse de nosotros y remediar nuestras necesidades; y nunca nuestra esperanza queda burlada. ¡Devoción á la Virgen, oh devoción á la Virgen, entre los beneficios divinos tú eres uno de los

más admirables, tú eres el más consolador de los beneficios, que la misericordia divina ha hecho á los hombres! En el cielo del orden sobrenatural ha puesto el Señor ese astro de tan apacible y serena claridad, que nunca presagia borrascas ni tempestades, y que siempre anuncia paz y bonanza.

Después que Dios Nuestro Señor hubo castigado con el diluvio, á los primeros moradores de la tierra, celebró un pacto solemne de alianza con Noé, el segundo progenitor del linaje humano. La tierra estaba todavía empapada con las aguas de la universal inundación, la descendencia de Adán había perecido casi completamente; y en el mundo solitario y purificado por las aguas del diluvio, celebró Dios con Noé y los pocos restos que habían quedado de la familia humana una alianza solemne por la cual se dignó asegurar el Criador á su criatura que la conservaría sobre la tierra hasta el fin de los siglos; y como una señal de la firmeza de su alianza prometió el Todopoderoso que haría brillar sobre las nubes del cielo el arco iris, cuya vista recordaría á los mortales, que nunca sería el linaje humano destruído por las aguas de un nuevo diluvio. El arco que aparecerá en el cielo después de la lluvia, dijo el Señor, será la señal de la alianza sempiterna, celebrada por mí con los hijos de los hombres. Veamos ahora la significación de este acontecimiento en el orden sobrenatural.

El diluvio, en el que perecen todos los habitantes de la tierra, es una imagen de esa otra espantosa catástrofe sobrenatural, por la que, á causa del pecado de nuestro primer padre, pereció miserablemente toda la humana descendencia, con la pérdida de la gracia divina, que es la vida de las almas. No obstante, cuando apenas habían pasado pocos instantes después de la caída, ya Dios, al cas-

tigar á los primeros culpables, hace la promesa solemne de la Redención, y en ese cielo tan cubierto de nubes oscuras y tempestuosas, se despliega el iris de la esperanza. A la descendencia de Adán le aguardan penas y dolores en castigo de la culpa de su progenitor: levantad la vista hacia lo futuro, ¿qué descubris en el horizonte de los tiempos venideros? ¡ Ah! No se descubren más que oscuras nubes, señales y preságios de tormentas: la muerte en el orden temporal, la muerte espiritual, errores, tristezas, ignorancias, pecados: pero sobre ese fondo oscuro y tempestuoso, aparece y resalta el iris de la Redención, la Virgen, anunciada como quebrantadora de la cabeza del enemigo infernal. ¿ Cuál no debió ser la alegría de los hijos de Noé, salvados del diluvio, cuando vieron brillar por la primera vez en el cielo el arco iris, tras una tarde tormentosa, después de una tarde de lluvias y de oscuridad? ¡ Ah! Y cómo tenderían hacia la Virgen Madre sus brazos anhelantes nuestros primeros padres, cuando la entrevieron en las consoladoras revelaciones de la prometida Redención? María fué siempre para el linaje humano el iris de nuestra esperanza, la fúlgida estrella de paz y de consuelo.

DEPRECACIÓN.

Conozco, Virgen admirable, el destino, con que Dios nos ha criado: conozco que se nos ha dado la vida temporal, para que durante ella trabajemos en merecer nuestro fin sobrenatural, que es la vida eterna. . . . Esta vida de prueba ha de terminar muy pronto, pasará rápidamente, y, en breves días, habrá llegado para mí el momento terrible, en que se decidirá de mi suerte eterna; entonces yo ¿ á quién volveré mis ojos para consolarme? ¿ A dónde dirigiré mi vista, que no encuentre motivos de

amargura? Lo pasado me traerá arrepentimiento, vergüenza, tedio, horror: lo presente me inspirará aflicción y melancolía, y de lo futuro no tendré más que la oscuridad aterradora de mi suerte eterna.... Y la vida se me irá acabando rápidamente; y este pálido sol de mi triste existencia descenderá ya entonces con precipitación hacia su ocaso.... ¡Ay! entonces Virgen piadosa, ¡ay! entonces, Virgen, consoladora de los afligidos, dignaos mostrarnos á mi pobre alma como el iris de mi esperanza: apareced en el ocaso de mi vida, y véaos yo como símbolo de perdón, entre los últimos destellos de una vida moribunda y las nubes oscuras y tenebrosas del sepulcro: mostraos entonces como prenda de paz y reconciliación entre Dios, justamente irritado, y mi alma, horrorizada y llena de congoja. ¡Oh! María, entonces no me abandonéis! ¡Oh! María, entonces amparadme y asistidme! ¡Oh! María, entonces salvadme, sed mi iris de paz, después del diluvio de tribulaciones de esta miserable vida.—Amén.

LECCION VIGÉSIMA CUARTA.

DIA VEINTICUATRO DE MAYO.

PRINCIPIA LA EXPLICACIÓN DEL ADMIRABLE MISTERIO
DE LA DIVINA MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARÍA.

I

Después de invocar á la divina Virgen llamándola santa y pronunciando su dulcísimo nombre,

añadimos estas palabras: *Mater Dei*, Madre de Dios, con las cuales, elogiando á la Virgen con el mayor elogio que se le puede dirigir, confesamos su divina Maternidad.—*Sancta Maria, Mater Dei*, Santa María, Madre de Dios.

Toda la grandeza de la Virgen se cifra en su divina Maternidad: si María es tan pura, tan santa, tan inmaculada, tan llena de gracias extraordinarias y de dones sobrenaturales, tanta grandeza, tanta santidad se fundan en su dignidad sublime de Madre de Dios.

Meditemos, por lo mismo, atentamente estas breves y sorprendentes palabras: *Mater Dei*, Madre de Dios, de la segunda parte de la Salutación angélica: conocer lo que esta expresión significa es conocer todos los dogmas del cristianismo, es explicar todos sus augustos misterios: podemos decir que en este dogma, sublime y santamente oscuro é incomprensible para la soberbia razón humana, descansa toda la revelación cristiana. Llenos, por tanto, de fe y de reverencia y de humildad, principiaremos á explicar uno de los misterios más profundos de la Religión católica, bien persuadidos de que, expuestas todas las razones que presenta la ciencia sagrada para demostrar este misterio, quedará siempre impenetrable para la limitada razón humana. La divina Maternidad de la Virgen será siempre objeto de fe para nuestra inteligencia.

Cuando nuestro pueblo, sencillo y creyente, levanta su voz para ensalzar á la Virgen y canta la Salutación angélica, modulando devotamente las palabras: *Sancta Maria Mater Dei*, Santa María, Madre de Dios, pronuncia verdades religiosas tan elevadas, tan sublimes, tan profundas, que los antiguos filósofos no podrían menos de haberlas oído sorprendidos, admirados, si después de sus prolijas meditaciones, si después de sus laboriosas eluc-

braciones científicas, hubieran escuchado de repente los cánticos sagrados del pueblo cristiano. La divina Maternidad de la Virgen, tal como la enseña y explica la Iglesia Católica, no ha podido inventarse ni concebirse naturalmente por la razón humana; y este sólo dogma bastaría para probar que la Religión cristiana no ha sido inventada por los hombres, sino revelada sobrenaturalmente por el mismo Dios. ¡Cuán sencillas son en la apariencia las palabras de la Salutación angélica; pero en la realidad cuán profundas son, cuán sublimes!

Hechas estas consideraciones de todo punto necesarias, principiemos á explicar el admirable y sublime misterio de la divina Maternidad de la Virgen María (1).

María fué verdadera Madre de Jesucristo, porque lo concibió en su seno y lo dió á luz; y, como Jesucristo es el mismo Hijo de Dios, María fué verdadera Madre de Dios. En Jesucristo Nuestro Señor no hay más que una sola persona, aunque haya dos naturalezas, la divina en cuanto Dios, y la humana en cuanto hombre. Y bien, ¿qué persona es esa que hay en Nuestro Señor Jesucristo? ¿Es persona humana? ¿es persona divina? Esa única persona que existe en Nuestro Señor Jesucristo es persona divina, la del Hijo de Dios, el Verbo Eter-

(1) La explicación que daremos del misterio de la Maternidad divina de la Virgen no es sino un resumen de las enseñanzas de la Teología dogmática sobre este punto de nuestras creencias cristianas. Sin embargo, nos veremos en el caso de emplear términos abstractos y consideraciones metafísicas, porque de otra manera no podríamos exponer un dogma de suyo tan profundo y elevado. Decimos y lo advertimos oportunamente, para que nadie se sorprenda encontrando en una obra como la nuestra, que debe ser popular y, por lo mismo, eminentemente sencilla y sin aparato ninguno de ciencia, términos que no son comprendidos con facilidad por toda clase de lectores, y de los que, no obstante, nosotros estábamos estrictamente obligados á valerlos para expresarnos con toda la exactitud teológica, necesaria é indispensable en estos asuntos.

no, la segunda de la adorable Trinidad. En esto consiste lo más admirable y maravilloso del misterio de la Encarnación, en que en Jesucristo exista la naturaleza humana perfecta, sin personalidad humana: cosa profunda é incomprensible hasta para las más encumbradas inteligencias angélicas. Y la maternidad divina de la Virgen María es consecuencia necesaria de la falta de persona humana en Jesucristo; porque, como la santa Virgen fué Madre precisamente del hombre, y ese hombre es Dios, síguese necesariamente que María fué Madre de Dios.

La segunda Persona de la adorable Trinidad, el Verbo Eterno de Dios, tomó la naturaleza humana en el seno inmaculado de la Virgen María, y nació de Ella, siendo de esa manera verdadero hijo suyo, y María verdadera Madre de Dios. ¿Cómo se verificó esa maternidad tan admirable? El alma humana de Jesucristo fué criada de la nada: el cuerpo humano de Jesucristo fué formado en el seno virginal de María, de la purísima sangre de su corazón, mediante el concurso libre y voluntario de la misma Virgen, la que consintió en ser madre del Redentor, cooperando á esa maternidad de dos modos: moralmente, con el consentimiento, y físicamente, con la sustancia de su propio cuerpo, la que fué transformada, por la virtud del Espíritu Santo, en el cuerpo humano, destinado y formado para el alma racional, que en aquel mismo instante sacaba de la nada el Criador.

En el momento mismo en que esa alma humana fué criada, sin que pasara ni el más breve espacio de tiempo, el Verbo Divino se unió á ella: asimismo, en el instante en que el cuerpo fué formado, el Verbo Divino se unió á él; y esa alma y ese cuerpo, á los que se había unido hipostáticamente la persona divina del Verbo, se reunieron

para constituir un hombre, sin que entre esta unión y la creación y formación hubiera ni el más ligero instante de diferencia: la creación del alma, la formación del cuerpo, la unión del Verbo Divino con entrambos, y la reunión del alma con el cuerpo que estaba destinada á animar, todo se verificó y aconteció en uno y en el mismo instante, simultáneamente, sin diferencia alguna, ni la más pequeña de tiempo. — Todo fué simultáneo y en un instante.

La personalidad humana no fué destruída ni absorbida por la Persona divina del Verbo en la Encarnación: la persona humana no existió, ni por un instante siquiera brevísimo de tiempo en el seno de María, donde se verificó la Encarnación. Siendo esto así, para la naturaleza humana en Jesucristo no hubo personalidad alguna puramente humana; y la Persona divina del Verbo Eterno fué quien, unida á la naturaleza humana, ejecutó todos los actos que son propios de la vida humana, y que el Verbo no podía como Dios ejecutar. Me preguntaréis, talvez, ¿ por qué no hubo más que una sola persona en Jesucristo, habiendo dos naturalezas, la divina y la humana? Parece que debiera haber habido asimismo dos personas, una divina y otra humana.

Si hubiera habido en Jesucristo dos personas, una divina y otra humana, la redención habría sido absolutamente imposible; porque, como las acciones son propias de las personas, las acciones humanas del Redentor habrían sido de la persona humana suya, y, por lo mismo, no habrían tenido mérito infinito, sino puramente limitado: ¿ para qué se hubiera verificado entonces la Encarnación? El mérito de la Encarnación está precisamente en que las acciones humanas del Redentor pudieran y debieran tener méritos infinitos.—Las acciones propiamente humanas no son las que ejecuta el cuer-

po, ni las que ejecuta el alma; sino las que hace el alma en el cuerpo y con el cuerpo animado por ella.

El cuerpo sólo no podría verificar ciertas acciones, que son propias del hombre: ni tampoco podría ejecutarlas el alma sola; el cuerpo sólo no podría ni crecer, ni nacer, ni vivir; el alma sola tampoco podría vivir vida humana. Es necesario que, unidos el alma y el cuerpo, y animado éste por aquella, ejecuten acciones propias del hombre, acciones humanas. ¿Cuyas son estas acciones? Son del cuerpo solamente? Son del alma solamente? No son ni del cuerpo ni del alma, sino del sujeto racional, compuesto de alma y cuerpo que las ejecuta: y ese sujeto racional es lo que llamamos persona.

¿Cuál es la cooperación ó participación que tiene una madre en la concepción de su hijo? Si examinamos esa participación desde el punto de vista puramente humano, claro es que una madre concurre tan sólo materialmente á la formación del cuerpo de su hijo: y ¿por esto diremos que una madre no es madre sino solamente del cuerpo? No: la maternidad no consiste solamente en eso. Para la existencia de una criatura racional son necesarias simultáneamente dos acciones: la de la Omnipotencie divina, que saca de la nada el alma, y la de la voluntad humana, que pone de su parte aquellos actos, sin los cuales, atendidas las leyes de la naturaleza, la formación de una criatura humana sería de todo punto imposible: la creación de una alma racional no está en los límites del humano poder. Negar, pues, que la maternidad no existe, porque la mujer no tiene parte más que en la formación del cuerpo de sus hijos, sería exigir á la limitada virtud humana la creación de una alma, lo cual es absurdo é imposible. El poder humano no

alcanza sino aquello que está dentro de los límites de su eficacia propia, y nada más. ¿Diremos por esto, que la madre no tiene relación ninguna con la persona del hijo que dió á luz, de sus propias entrañas? Cuando una madre concibe, ¿querrá solamente la existencia de un cuerpo humano, y nada más? ¡ Ah ! No : la madre quiere la existencia de un sér humano, semejante á ella : y, cuanto es de su parte, lo quiere eficazmente, aunque no contribuya más que de una manera material á la formación del cuerpo de los hijos que nacen de su seno.

La persona humana era innecesaria en Jesucristo : la persona es el sujeto racional de las acciones humanas : unido el Verbo Divino al alma y al cuerpo, es decir, á la naturaleza humana, las acciones propias de esta naturaleza tenían un sujeto nobilísimo á quien debían ser atribuídas. Una persona humana habría sido, pues, de una condición muy inferior sin comparación ninguna á esa Persona divina, que, tomando la naturaleza humana, ejecutaba acciones propiamente humanas, pero de un mérito y de un valor infinito. La naturaleza humana, con una personalidad también puramente humana, no habría sido elevada hasta la unión hipostática con el Verbo, es decir, la Encarnación no se habría verificado.

La unión de la Persona divina del Verbo con la naturaleza humana debió verificarse en el instante mismo, en que el alma y el cuerpo de Jesucristo fueron criados, y comenzaron á existir en el número de las cosas criadas; de tal manera, que, ni por un instante, pudo existir en el seno inmaculado de María solamente un mero hombre, y no un Dios. La voluntad divina está claramente manifestada en las Santas Escrituras : esa alma racional, ¿para qué era criada? ese cuerpo humano, ¿para qué era

formado en el seno de la Virgen? No es verdad que eran criados para la unión con el Verbo divino? no es verdad que esa unión era el fin de ellos y de su existencia? Esa unión la quería el Verbo, con amor infinito: dejar la naturaleza humana privada, aunque no hubiera sido más que por un instante, de su unión con la divinidad, habría sido privarle del bien, para cuyo fin, el mismo Dios, desde toda eternidad, la había predestinado: y, siendo Dios la suma bondad, semejante privación temporal no podía hacerse, sino por fines dignos de su sabiduría infinita. ¿Qué fines pudieron ser esos? Según los designios insondables del Altísimo, estaba decretado que el Verbo Eterno fuera el Hijo del Hombre: *Filius Hominis*. Y, ¿podría serlo sin ser concebido en las entrañas de una Madre, hija y descendiente de Adán? Si hubo un momento siquiera, en que la naturaleza humana no estuviese unida al Verbo en el seno de María, ¿cómo se verificaría la solemne promesa del ángel, que, anunciando á María la Encarnación, le dijo: que concebiría y daría á luz un hijo que sería el mismo hijo del Altísimo? *Ecce concipies in utero: concibirás en tus entrañas: et paries filium* y darás á luz un hijo. ¿Podía manifestarse más claramente que la unión de la Persona del Verbo con la naturaleza humana debía verificarse en el claustro virginal de las entrañas de María, y en el instante mismo en que, merced al consentimiento de María, el cuerpo del Redentor era formado de la más pura sangre de su corazón, y el alma criada de la nada é infundida en aquel cuerpo adorable? Si María concibió, pues, y dió á luz al mismo Hijo de Dios, María es verdadera Madre de Dios.

II

Consideremos ahora esta sublime dignidad en sí misma. En primer lugar, preguntaremos si la dignidad de la Maternidad divina es independiente de la gracia santificante, ó, lo que es lo mismo, si fué posible que la Virgen fuese elevada á la dignidad de Madre de Dios, sin estar adornada de la gracia santificante. En las escuelas se ha solido disputar entre los Doctores sobre la excelencia que confiere á la criatura la gracia santificante, comparándola con la dignidad de la Maternidad divina, considerada independientemente de la gracia santificante; pero, dejando á las escuelas sus ingeniosas discusiones, conviene reflexionar que era de todo punto imposible la separación entre la gracia santificante y la divina Maternidad, y que considerar separada á la divina Maternidad de la gracia santificante, es lo mismo que considerar al fuego separado ó aislado respecto del calor. ¿Podremos preguntar si será posible el fuego sin el calor?

El hombre fué criado para un fin sobrenatural, y ese mismo fin sobrenatural ha sido el predestinado para aquellas otras criaturas racionales de naturaleza más excelente que la humana, los ángeles. Ese fin sobrenatural no podía alcanzarse, sino con el auxilio de medios también sobrenaturales: ¿cuáles son esos medios? Esos medios son la gracia santificante. María, ¿tuvo un fin sobrenatural? ¿Quién se atrevería ni á imaginar siquiera que no lo tuvo? ¿Cómo podía alcanzar ese fin, sin la gracia santificante? Cómo podría alcanzarlo, tanto más cuanto, respecto de la gracia divina, para toda criatura racional no hay más que solamente dos estados posibles, que son: el de la posesión de la gracia, y el de la privación de ella? Entre estos dos estados, así para el hombre como para el ángel, no

hay medio posible: la existencia está necesariamente unida á la posesión ó á la privación de la gracia. La dignidad de Madre de Dios fué, pues, inseparable de la gracia santificante.

Esta incomparable dignidad debía causar en la Virgen dos órdenes de relaciones necesarias respecto de su divino Hijo, relaciones que llamaremos físicas y relaciones morales. Esas relaciones físicas, ¿en qué consisten? ¿de dónde debían nacer?

Las relaciones físicas consistían en que, de la más pura sangre de la Virgen, se formó el cuerpo adorable del Redentor: ese cuerpo vivió, creció y se mantuvo en el seno virginal de María, durante nueve meses enteros, en los cuales la vida de la madre y la vida del hijo se confunden en una misma respiración.—Nacido el Niño Dios, se alimentó con la leche de los pechos virginales de su santa Madre, llenos de leche celestial ó milagrosa, como tan tiernamente canta la Iglesia: *Ubere de coelo pleno*. Hay, pues, una parte íntima del cuerpo de la Virgen que fué unida hipostáticamente al Verbo divino, y esa porción de la propia sustancia del cuerpo de María, que se unió tan íntimamente á la Persona del Verbo Eterno, podemos creer que se conservó sin cambio ni alteración en el cuerpo pasible del Redentor, por las condiciones materiales de la nobilísima naturaleza del cuerpo, tanto de Jesucristo, como de la misma Virgen. Ni sería improbable que se conservase de la misma manera en el cielo, en el cuerpo glorificado del Señor; pues, para una conservación semejante, tanto en la vida mortal cuanto en la vida gloriosa, hay motivos dignos de la sabiduría y amor del Verbo Encarnado á su santa Madre.

De la naturaleza y condiciones de estas relaciones físicas de María con el Verbo divino humanado se sigue necesariamente, que no sólo el alma,

sino también el mismo cuerpo de la Virgen debió ser santificado. Una porción de ese cuerpo estaba predestinada á la unión hipostática ó personal con la Divina Esencia, en la Persona del Verbo Eterno, y, por tanto, debía ser digna de esa unión; esa unión convenía que se hiciera de un modo digno de la Majestad divina, y, para esto, era indispensable que el cuerpo de la Virgen no solamente fuese puro, sino santísimo. Esto nos lo están manifestando las prescripciones divinas en punto á la materia de que debían fabricarse los objetos destinados al culto religioso en la antigua Ley; pues esos objetos eran de oro purísimo, de muy subidos quilates. Y ¿cuánta y cuán inmensa diferencia no hay entre esos objetos y el cuerpo de la Virgen? Entre el arca de la alianza, en que se guardaban las tablas de la ley, y el vaso del maná, llovido en el desierto, y la sangre de María, que debía ser unida á la misma Divina Esencia, en la Persona adorable del Verbo Eterno? Puro y aquilatado con la gracia santificante fué, pues, el cuerpo de la Virgen, de cuya alma, llena de la plenitud de la gracia, rebosaba la santidad al cuerpo mismo, haciéndolo digno de la unión maravillosa con la Persona segunda de la adorable Trinidad. ¿Será posible encontrar en las puras criaturas una santidad igual á la de la Madre de Dios? Habrá nunca dignidad comparable con la suya? Cuánta no debe ser nuestra reverencia para con la Virgen? Cuán humilde nuestro acatamiento, cuán fervoroso nuestro culto?

David pensó construir un templo al Señor en Jerusalén: ese templo iba á ser el primero, que, á honra y para culto del verdadero Dios, se intentaba levantar en la tierra; y el devotísimo rey proyectó edificarlo de una manera suntuosa: á este fin hizo preparativos inmensos de maderas de cedro, piedras talladas, bronce, hierro, cobre y metales

preciosos de oro y plata en gran abundancia. Dios recibió los piadosos deseos de David ; pero no le concedió la gracia de ponerlos por obra. Tus manos han derramado mucha sangre, le dijo el Señor por boca del profeta Natán, y muchas guerras has guerreado : *Multum sanguinem effudisti et plurima bella bellasti* : no serás tú quien edifique templo á honra mía : tu hijo, al cual se le llamará pacífico por excelencia, será el que me edifique templo. Hablando de los preparativos hechos por David con el propósito de construir el templo, pondera la Escritura la inmensa cantidad de talentos de oro y de plata que el fervoroso rey había acumulado, y dice que eran sin peso ni medida posible por su innumerable muchedumbre. *Aeris vero et ferri non est pondus, vincitur enim numerus magnitudine* (1). ¿ Por qué ese tan inmenso amontonamiento de metales preciosos ? ¿ A qué fin ese gran acopio de riquezas ? La Santa Escritura nos lo explica, refiriéndonos las palabras que decía David á la asamblea de los grandes de su reino, exhortándoles á ayudar á su hijo Salomón en la empresa de llevar á cabo la construcción del templo : *Neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo* (2). No se trata, les decía, de preparar casa para un hombre ; sino de construir un templo para Dios.

Hemos visto á David preparando los materiales para la construcción del templo de Jerusalén. ¿ Cuál es el misterio oculto en este hecho ? Jerusalén es figura de la Iglesia, y lo más precioso de la ciudad santa, el lugar consagrado á Dios, el templo, preparado por David, y levantado por Salomón, significa el alma de la divina Virgen, simboliza á la Virgen María, lo más hermoso, lo más santo, la

(1) Libro primero de los Paralipómenos, cap. 22, ver. 14.

(2) Libro primero de los Paralipómenos, cap. 29, ver. 1

gloria y el orgullo de la mística Jerusalén. *Gloria Hierusalem.* El templo era la gloria de la ciudad de David, y María es la gloria de la Iglesia de Jesucristo. ¿Quién levantó ese templo? Lo levantan David y Salomón, es decir, la Omnipotencia y la Sabiduría infinitas: con el poder se preparan riquísimos y preciosos materiales, y se acopian no con mano avara, sino con ánimo generoso y con magnificencia real; y la sabiduría, en medio de la paz y de la tranquilidad más perfectas, levanta el edificio. Gracias, privilegios, dones sobrenaturales, tesoros recónditos de santidad y perfección, todo es poco para preparar una Madre digna del Verbo humanado. *Næque enim homini præparatur habitatio sed Deo.* Trátase de preparar para el Unigénito de Dios Padre una Madre digna. ¿Quién la preparará? La prepararán, desde toda eternidad, la Omnipotencia y la Sabiduría infinitas! . . .

Y ¿qué misterio tiene esa construcción del templo en medio de una paz general? La guerra es figura del pecado, del desorden; y María viene á la vida en medio de la paz de la gracia santificante, de cuya plenitud estuvo llena en su concepción inmaculada. Y notad otra circunstancia maravillosa. Dice el texto sagrado, que mientras se construyó el templo de Jerusalén, y en siete años que duró su fábrica, no se oyó ni el ruido del cincel, ni el golpe del martillo: circunstancia que no carece de misterio, tratándose de la Virgen. ¿Cómo habían de oírse los golpes del martillo, donde no era necesaria la penitencia? ¿Cómo se habían de percibir ruidos de mortificación, donde reinaba la inocencia ó justicia original?

DEPRECACIÓN.

Templo de Dios vivo, tabernáculo del Verbo Divino hecho hombre, santuario de la Divinidad,

Virgen María! la misma Sabiduría infinita os edificó, para que fueseis su trono y su morada. Vos sois la casa que la Sabiduría Eterna construyó para sí, dándole por sostén y ornamento siete columnas, en los siete magníficos dones del Espíritu Santo, con que se dignó enriquecer y hermosear vuestra alma purísima. *Sapientia aedificavit sibi domum, excidit columnas septem* (1). Vos sois el templo que el Altísimo santificó para sí, el santuario que predestinó para su morada: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus* (2). En Vos se dignó habitar hecho hombre, y, por eso, os colmó de bienes. Bendita sea una y mil veces la Sabiduría divina, por haberos hecho tan perfecta, tan hermosa, tan admirable: gracias y alabanzas le sean dadas por haberos criado predestinándoos para Madre de Dios: nosotros nos alegramos de vuestra exaltación, nosotros nos regocijamos en vuestra gloria, y esperamos, por medio vuestro, participar eternamente de vuestra felicidad en el cielo.—Amén.

LECCION VIGÉSIMA QUINTA.

DIA VEINTICINCO DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DEL MISTERIO DE LA
DIVINA MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARÍA.

I

La divina Maternidad causó entre la Virgen santísima y su Hijo, el Hombre-Dios, relaciones

1) Proverbios, cap. 9, ver. 1.

2) Salmo 45, ver. 5.

no solamente físicas, sino también morales. María fué madre verdadera de un hijo, el cual, siendo verdadero hombre, fué al mismo tiempo verdadero Dios.

Por el consentimiento libre y voluntario de María, y con su concurso físico, de la sangre inmaculada de su corazón purísimo, el Espíritu Santo formó el cuerpo humano de Jesucristo; y desde el instante mismo en que ese cuerpo de verdadero hombre comenzó á existir y vivir en el claustro virginal de María, María fué Madre de Dios, porque la formación del cuerpo, la creación y la infusión del alma y la unión personal del Verbo Divino se verificaron simultáneamente, sin que hubiera ni la más corta diferencia de tiempo entre ellas: ni por un solo instante levísimo de tiempo existió en el vientre virginal de María un puro hombre, ni una persona humana, sino la segunda Persona de la adorable Trinidad, el Verbo Eterno, el Unigénito del Padre, el mismo Dios hecho hombre. Por esto, María desde el momento en que dió la respuesta de su consentimiento al Angel fué Madre de Dios.

De aquí se deduce la inmensa santidad de la Virgen y la naturaleza de la gracia sobrenatural que debió serle concedida. En todo cuanto se refiere á la divina Virgen resplandece la suma Majestad del Altísimo, y la condición extraordinaria de la predestinación única y exclusivamente propia de la Virgen: entre Ella y su Hijo el Hombre-Dios existen relaciones morales, como consecuencias necesarias de la divina Maternidad. María era verdadera Madre del Hijo de Dios; y asimismo el Hijo de Dios humanado era verdadero Hijo de María: la Virgen tenía, pues, derecho á la obediencia filial de su Hijo divino, á su amor, y hasta á su reverencia. ¡Cosas admirables, y que pasan á todo

el que las considera atentamente ! El amor, la obediencia y la reverencia filial son virtudes nobilísimas y excelentísimas ; y, por lo mismo, no podían menos de encontrarse en el Redentor. La falta de esas virtudes hace monstruos en el orden moral á los hombres, que carecen de ellas: ¿faltarían á Jesucristo? ¿No estarían bien en su corazón? ¿Eran, acaso, indignas de ese corazón, donde el amor hasta á los enemigos era hoguera, que le abrasaba y consumía? Venía Jesucristo á predicarnos, y á enseñarnos de palabra y con su ejemplo, todas las virtudes, y ¿había de quebrantar una de las más preciosas é indispensables, cual es el amor filial? Jesucristo debió, pues, amar y obedecer á la Virgen: y, en efecto, el Santo Evangelio nos refiere cómo no solamente le obedeció, sino, (lo que es más admirable todavía), que vivió sujeto á Ella: *Et erat subditus illis* (1). Y vivía sujeto á ellos, es decir, á San José, su padre putativo, y á la Virgen María, su inmaculada Madre.

Et erat subditus illis, y vivía sujeto á María: notad y ponderad cuánta diferencia hay entre la simple obediencia y la sujeción, pues, quien obedece practica actos más ó menos frecuentes de rendimiento á la voluntad ajena; pero el que vive sujeto y subordinado á querer ajeno, ése ha hecho de la obediencia una profesión, una ocupación incesante de la vida. Pues, Jesucristo no sólo obedeció, sino que vivió sujeto á la Virgen María, es decir, que hizo el Redentor de la obediencia suya á la Virgen un deber y una profesión de su vida, durante treinta años.

Estas admirables relaciones del Hijo divino para con su inmaculada Madre serían de todo punto inexplicables, y aun imposibles, si María, me-

(1) San Lucas, cap. 2, ver. 51.

diante la gracia de la divina Maternidad, no hubiese sido elevada á un altísimo é incomparable grado de santidad. María tenía el derecho de exigir del mismo Dios un amor especialísimo, un amor filial, en el que la preferencia y el cariño y la ternura estuvieran mezclados en un solo afecto. ¿Sería posible semejante maravilla, sin la santidad más extraordinaria? Dios no puede amar sino lo que sea digno de su amor: y ¿sería digna de un amor tan singular é inefable una criatura, que no fuese incomparablemente santa? Era, pues, imposible separar la gracia santificante de la dignidad de Madre de Dios en la Virgen María: antes debemos pensar que la misma cualidad de Madre de Dios fué una gracia sobrenatural y santificante, de una condición excelentísima y superior á la que se concedió no sólo á los ángeles y á los santos, sino á la misma Virgen en su concepción inmaculada.

Causa ciertamente no sólo admiración, sino estupor el pensar en la santidad de la Virgen: sus virtudes son extraordinarias y de una naturaleza tan maravillosa, que pasma el contemplarlas. ¿Habéis meditado, alguna vez, en semejantes virtudes? Os habéis detenido á considerarlas despacio? ¡Dios mío! ¡Cuán poco conocida es, diré mejor, cuán desconocida es hasta para sus mismos devotos la santa Madre de Dios! . . . Todos los demás santos, todos los ángeles mismos se santificaron, obedeciendo rendidamente á Dios; María se santificó, mandando á Dios y siendo obedecida por Jesucristo, quien era Hijo verdadero de Ella en cuanto hombre, é Hijo verdadero de Dios, en cuanto era al mismo tiempo verdadero Dios. María ejercitaba una virtud altísima, en mandar á su divino Hijo; y esa virtud no ha tenido semejante, ni era posible que tuviese ejemplar entre las virtudes. ¡Mandar al mismo Dios! ¡Tener al mismo Dios sujeto al que-

rer de la Virgen ! ; Ah ! Si el Evangelio no nos lo dijera tan terminantemente, nosotros casi no lo hubiéramos ni imaginado siquiera ! . . .

Debía, pues, la extraordinaria Virgen mandar á su Hijo divino, practicando en esa su autoridad materna respecto de Jesucristo, un acto de la virtud de la Religión, porque, como término, se refería inmediatamente á Dios : y en semejante acto de virtud tan especial, debía mezclar la adoración más profunda á la Majestad divina de su Hijo, la humildad más rendida de una pura criatura en presencia de su Criador ; los afectos de ternura y de cariño de la más fervorosa piedad maternal y, en fin, la autoridad y superioridad, de quien manda con derecho á ser obedecido. ; Qué virtud tan extraordinaria ! Sólo pensar en ella infunde temor ! Y María debía practicar esta admirable virtud todos los días, á cada momento, en la íntima comunicación de la vida doméstica, de la vida de familia con el mismo Dios ! Y en todos esos actos tan cuotidianos, tan repetidos, no debía haber ni la más ligera imperfección ni el más leve descuido, conservando siempre la más profunda adoración y reverencia, con la familiaridad é íntima confianza de una madre para con un hijo ! . . . Ese Hijo divino era un niño extraordinario, pues en Jesucristo no era posible nada de cuanto caracteriza la infancia y la niñez, haciendo á esas edades de la vida humana tan necesitadas de la guía, de la dirección, del gobierno de una madre : así es que, la Virgen tenía en su Hijo divino la santidad misma de Dios, la Sabiduría Eterna encarnada y ; cómo podía gobernar á quien todo lo gobierna ? Era, pues, muy difícil el mandar á la Sabiduría Eterna, aunque estaba revestida de nuestra humana naturaleza, y con todos los achaques de debilidad que hacen tan amable la infancia : por esto, María necesitaba de la

asistenciu continua del Espíritu Santo, para que la alumbrara y dirigiera en todo momento, inspirándole cuanto debía practicar en cada circunstancia dada: la Virgen estaba obligada á prestar el oído atento á las inspiraciones de la gracia sobrenatural, y á proceder según ellas en todo momento. Y tal fué, en efecto, la santidad de la Virgen.... Atenta siempre á las inspiraciones de lo alto, vigilantísima sobre todos los movimientos de su corazón, elegía en cada circunstancia lo que era más perfecto, más heroico, más sublime. Podía haberse santificado, eligiendo libremente lo bueno y dando gloria á Dios; pero, como ya lo hemos considerado antes, no eligió nunca solamente lo bueno, sino que prefirió, en toda ocasión, lo mejor sobre lo bueno, lo heroico sobre lo perfecto.

¿Sabéis cómo se conducía la Virgen en todo momento? ¿Sabéis cómo? Recordaremos que la gracia actual, (que era la que la Virgen necesitaba, para practicar la virtud y cumplir sus deberes de Madre de Dios), no se da, por lo regular, sino mediante la oración; pues la criatura debe pedir, debe rogar y, muchas veces, perseverar rogando, para alcanzar la gracia. Y este fué otro de los caracteres de la santidad de la Virgen; pues nadie en su vida ha orado y clamado tanto, pidiendo la gracia de hacer siempre la voluntad divina, como la Virgen: podemos decir que la Virgen vivió en una continua, incesante y nunca interrumpida oración, clamando al Señor, que se dignara concederle la gracia que necesitaba, en cada momento! La vida de la Virgen fué una oración incesante!....

Pasma, volveremos á decir, la consideración de las circunstancias de todo punto extraordinarias, en que fué puesta la Virgen por la Encarnación. Una vida de familiar comunicación y de trato íntimo con Dios, en el hogar doméstico, en la

vida de familia, con Dios mismo! Y eso aún no lo dice todo!... La vida física de la Virgen, confundida con la vida mortal del Hombre-Dios, durante nueve meses enteros en una sola respiración!... De sólo pensarlo mi alma se siente aniquilada de asombro y poseída de estupor!...

Y en treinta años enteros la Virgen, ni un sólo día, ni un sólo instante, ni en la más leve y repentina circunstancia, dejó de hacer, siempre lo más perfecto, lo más heroico! ¡Oh! el corazón de la Virgen es la más estupenda entre las estupendas maravillas de la gracia santificante! Cuán poco conocemos á la admirable Virgen! Cuán poco!...

Otra de las consecuencias de la divina Maternidad fué el derecho que la Virgen adquirió sobre su mismo Hijo divino, y sobre todo cuanto á Jesucristo le pertenece; y además la necesaria é infalible perseverancia en la gracia y santidad.

Conviene que distingamos los efectos sobrenaturales que debía producir la gracia santificante, de los que no podía menos de causar la gracia de la divina Maternidad en el ánimo de la bienaventurada Virgen. Por la gracia santificante las almas se hacen necesariamente agradables á Dios, y Dios las ama con tanto mayor amor, cuanto son mejores los grados de gracia de que están adornadas: si desde esta presente vida se digna misericordiosamente concederles la confirmación en la gracia, aquellas almas privilegiadas tienen la inapreciable dicha de no poder ya pecar mortalmente, aunque no quedan libres ni exentas de las manchas y defectos, que, á consecuencia de la frágil miseria humana, empañan aún la más tersa virtud. Con la gracia de la divina Maternidad, la Virgen adquirió tanta confirmación en la gracia, que fué imposible que hubiese en Ella cosa que no fuese muy agradable á Dios; pues las relaciones de la Vir-

gen con Dios eran tan íntimas y tan necesarias, que ya ni Dios mismo podía variarlas ni alterarlas. María debía continuar siendo por toda la eternidad Madre de Dios, y el Verbo Divino humanado, Hijo de la Virgen. Una alma puede gozar de la gracia santificante; pero, mientras viviere en este mundo, mientras para ella durare el tiempo de la prueba, á cada momento puede perder la gracia recibida y hacerse indigna del amor de Dios: no hay relación ninguna necesaria entre la gracia y la confirmación en ella, pues de que una alma haya recibido la gracia santificante, no se sigue que necesariamente haya de ser confirmada en la posesión de ella. ¡Cuántas y cuántas almas no se pierden á cada momento, cayendo del estado de la gracia en el abismo del pecado! . . . Pero la divina Maternidad exigía, como un efecto necesario de ella, el que la Virgen fuese confirmada en gracia y santidad: la Madre de Dios debía necesariamente ser amada de Dios, por donde la Virgen no podía menos de ser santa.

Esta confirmación en la gracia debió concedérsele á la Virgen desde el instante mismo de su concepción, porque, desde toda eternidad, Dios amaba á la Virgen como á su futura Madre, con aquel amor único y singular, con que Dios ha amado solamente á la Virgen: y ese amor único es imposible que Dios tenga jamás á ninguna otra criatura.

Consecuencia de la divina Maternidad fué también el derecho que adquirió la Virgen de mandar, como reina y soberana, á todos los ángeles y á todos los santos en el cielo, debiendo estarle todos sujetos, obedientes y rendidos. Como Madre del mismo Dios, María había sido exaltada á una dignidad eminentísima y muy superior á la de los más elevados príncipes de la corte celestial. ¿Quién era superior á la Virgen? ¿Quién podía ser superior á

la Madre de Dios? La superioridad ó la eminencia de la jerarquía está en relación con el grado de proximidad de la criatura respecto de Dios: y ¿quién está más próximo á la Majestad divina, que María? Para ponderar el Apóstol la superioridad y la excelencia del Redentor sobre los ángeles, pregunta, fundándose en la Santa Escritura: ¿á cuál de los ángeles dijo jamás el Eterno lo que al Hijo del Hombre, al Verbo humanado: Tú eres mi Hijo, siéntate á mi diestra? A su manera, no se podrá preguntar también respecto de la Virgen, ¿á quién ha llamado jamás Dios con un nombre de tanto amor y predilección como el de madre, con que apellidó pública y solemnemente á María el Verbo Divino humanado, cuando, desde la cruz, la encomendó al discípulo amado, mandándole que la tuviese por suya? A quién se ha dado jamás tan excelso, tan incomunicable nombre? (1). Tanta superioridad sobre todos los ángeles y santos no se puede ni concebir siquiera, sin una santidad extraordinaria y superior á la de todos los ángeles y santos juntos.

¿Cómo podía la Virgen ser superior á los demás santos, si no era más santa que todos? La gloria es premio de justicia, y está siempre en proporción con la gracia concedida por Dios, y los merecimientos individuales adquiridos mediante ella: de aquí es que, cuando la Virgen fué exaltada sobre todos los coros de los ángeles y de los santos en la gloria, recibió la corona de justicia que era debida á sus merecimientos aquí en la tierra: corona de justicia, que, como dice el Apóstol, está aparejada por Dios, nuestro justo Juez, para

(1) *Cui enim dixit aliquando angelorum: Filius meus es tu:* Epístola á los Hebreos, cap. 1, ver. 5. Estas palabras de San Pablo se refieren á las que se leen en el Salmo segundo, versículo séptimo, relativas á Nuestro Señor Jesucristo.

todos los que le sirven. Si á María se le ha dado premio mayor, claro es que sus méritos también eran mayores.

II

Sin Jesucristo, el Redentor divino, la salvación habría sido imposible; ¿y quién nos ha dado á Jesucristo sino María, cuyo consentimiento para la Encarnación era necesario, (como tantas veces lo hemos ponderado antes), en los inefables decretos de la Providencia? Aquella, sin cuyo consentimiento la Encarnación no se hubiera verificado, digna era, pues, de ser exaltada sobre los tronos de los ángeles y sobre las jerarquías de los santos. Más, ¿podía la Virgen haber dado su consentimiento para la Encarnación, sin poseer una santidad extraordinaria? Podía, acaso, la Trinidad adorable asociar á una pobre criatura á la obra mayor de su diestra soberana; si esa criatura no hubiera sido, desde toda eternidad, no sólo santificada, sino, en cierta manera, deificada? ¡Ah! ¡Cuán grande debió ser la santidad de la Virgen María!

Dos clases de gloria tiene Dios: úna, en la que consistió su vida íntima, esta es su gloria esencial; y otra, en la que su omnipotencia infinita se puso de manifiesto con la creación; y de ésta recibe Dios la gloria suya accidental y exterior. Entre las obras exteriores de Dios, la mayor es la Encarnación del Verbo Divino en el seno inmaculado de María. La vida íntima de Dios consiste en las relaciones de las tres Personas adorables de la santa Trinidad, en la unidad de una sola é indivisible esencia soberana. En esa esencia única y adorable, la Persona del Padre es la primera, porque es el principio, de donde las otras dos proceden. Y, ¿cómo se verifica tan profundo misterio? Desde toda eternidad, antes que

ninguna cosa fuese criada, cuando no había ni sucesión de cosas ni tiempo, cuando sólo había eternidad, la cual no era sino la misma Esencia Divina, entonces la Persona primera de la Trinidad, conociéndose á sí misma y contemplándose, hablaba consigo misma; y esa palabra inefable, que, sin ruido de voces, ni sonidos articulados, resonaba en lo íntimo de la Esencia divina, era la Segunda Persona de la Trinidad, engendrada eternamente por la Primera, la cual de ese modo es el principio de la Segunda.

Esa Segunda Persona, la del Hijo de Dios, la del Verbo Eterno de Dios Padre, en nada es inferior á la Primera: ambas son eternas, é iguales, porque su esencia es una y la misma. El Hijo Unigénito de Dios es la imagen, el esplendor de la sustancia misma del Padre, y, por tanto, tan Dios como el Padre: no podía, pues, la Persona del Hijo ser en nada inferior á la del Padre. Más, hé aquí que el Verbo Eterno toma la humana naturaleza y se hace hombre, quedando, como hombre, inferior al Padre. Las relaciones inefables de la Persona divina del Padre con el Hijo se hacen manifiestas por medio de María: Jesucristo, como Dios, es igual al Padre; pero, como hombre, le es inferior, y de este modo la adoración que Jesucristo tributa á Dios Padre es infinita, y la Encarnación es la adoración de Dios por Dios mismo. Ved, pues, á María elevada á la participación de las relaciones inefables de las Personas de la augusta Trinidad.

¿Quién es Jesucristo? Jesucristo es el Hijo divino de la Virgen inmaculada. Dios Padre engendra eternamente al Verbo, que es su Unigénito; y en la Encarnación el Unigénito de Dios Padre es enviado al mundo: ¿quién lo envía? Lo envía Dios, su Padre. Y, ¿cómo hace su entrada en el mundo el Verbo Divino? María le da la sangre

más pura de su propio corazón y de ella, mediante la operación del Espíritu Santo, se forma el cuerpo de Jesucristo; es criada una alma perfectísima, y el Verbo se hace hombre. Jesucristo, el Dios-Hombre, obedece, ama y adora á Dios Padre, con obediencia, amor y adoración sin límites, de precio y mérito infinito. El Hijo, eternamente engendrado por Dios Padre, es concebido y dado á luz temporalmente por María, sin que su virginidad padezca detrimento; y de esa manera según la expresión de Santo Tomás, María llega á quedar como divinizada: *sua operatione fines Divinitatis propinquius attigit* (1). Ese mismo Unigénito, á quien en los esplendores de la eternidad dice Dios Padre: Mi Hijo eres Tú: de mi propia sustancia te he engendrado, ese mismo es llamado Hijo de María, porque temporalmente ha nacido de Ella.

Dios Padre ha sido glorificado grandemente por la Virgen, porque el Redentor, en cuanto hombre, ha tributado al Padre una gloria infinita; gloria exterior, que no habría tenido sin la Encarnación. Dios Hijo, mediante la naturaleza humana, puede merecer; y así, por la Encarnación, también esta Persona adorable recibe una gloria exterior infinita: Dios Padre es dos veces glorificado: lo es, en su vida íntima, en la eterna generación del Hijo consustancial suyo: y lo es, en la generación temporal de ese mismo Hijo divino, hecho hombre en el seno de María. Dios Hijo es dos veces glorificado: lo es eternamente, naciendo del Padre con una generación inefable: y lo es, naciendo de María con naturaleza humana, apta para el merecimiento.

Dios Padre y Dios Hijo, conociéndose y amándose eternamente, producen una otra Persona

(1) Suma teológica: 2. 2. Q. 103, art. 4.

divina, que es el Espíritu Santo, la tercera de la santa Trinidad, la que es el mutuo y eterno amor de entrambas: el amor del Padre y del Hijo. ¿Qué relaciones íntimas unen á esta divina Persona con las otras dos? Procediendo del recíproco amor de entrambas, es el mismo amor divino, que ama eternamente y es eternamente amado. ¿Qué es amar? Amar es comunicar, con complacencia y contentamiento, el bien que poseemos; para el amor es necesario el conocimiento. Dios Padre, conociéndose á sí mismo, engendra á Dios Hijo; y ambas personas adorables, contemplándose la una á la otra, se encienden eternamente en amor mutuo y recíproco; y, como el amor de suyo es difusivo, el Padre comunica al Hijo toda su perfección y el Hijo toda la suya al Padre, produciendo de ese amor la Tercera Persona de la Divinidad.

El Espíritu Santo, contemplándose á sí mismo; contempla en su propia esencia al Padre y al Hijo, de cuyo amor procede y á quienes eternamente ama: más, la vida íntima divina, saliendo del Padre vuelve al Padre, por el amor eterno aspirado, que es la perfección de la vida de Dios. Acabemos de conocer las manifestaciones de esta vida divina en la Encarnación.

Aunque las obras divinas exteriores sean propias de todas tres Divinas Personas, que no son más que un sólo Dios; no obstante, unas operaciones se atribuyen más especialmente á una persona que á otra, según los atributos divinos que brillen y se pongan más de manifiesto en ellas. La Encarnación fué obra de todas tres divinas personas; pero se atribuye más particularmente al Espíritu Santo, porque en ella resplandece más el amor divino. La divina omnipotencia, la sabiduría infinita y el amor eterno obraron la Encarnación del Verbo: en el momento, en que debía consumarse tan gran

misterio, la bondad divina iba á dar á las criaturas el mayor bien posible, Dios se iba á dar á sí mismo. ¡Quién podía moverle á semejante dádiva, sino era el amor?... .

¡ Con cuánto amor saca Dios de la nada en aquel instante una alma humana: con cuánto amor forma de la pura sangre de María un cuerpo humano perfectísimo, y con cuánto amor el Verbo Divino se hace hombre, uniéndose á esa alma y á ese cuerpo; y Jesucristo, el Hombre-Dios, es la obra del Espíritu Santo, porque es la obra del amor divino. La obra del amor divino es la obra, en la que Dios quiso tener la cooperación de una criatura, y esa criatura bienaventurada fué María.

El cuerpo del Hombre-Dios podía haberse formado de la nada ó de alguna otra sustancia criada; ó de la misma sangre purísima de la Virgen, sin que Ella lo supiera ni se le pidiera su consentimiento: pero no era eso digno de Dios, y María coopera á la Encarnación, dando de su propia sustancia la sangre de su corazón, para que de ella se forme el cuerpo del Redentor. La Maternidad divina la asocia, pues, á las operaciones divinas y la hace el digno instrumento de la gloria del Todopoderoso. Con razón, la santa Virgen cantaba en el éxtasis de su incomparable felicidad el himno de su agradecimiento, exclamando: *Magnificat anima mea Dominum*, mi alma engrandece al Señor! Ese engrandecimiento, de que hablaba aquí la Virgen, era aquella gloria exterior infinita, que, por medio de la Encarnación verificada mediante la cooperación de la Virgen, había recibido el Altísimo. En esa gloria exterior, la Majestad divina había sido, verdaderamente, magnificada de un modo infinito.

En los Libros Santos tenemos una hermosa imagen del gran privilegio concedido á la Virgen inmaculada. Cierta día, cuando Moisés iba guian-

do el ganado de su suegro Jetró á lo interior del desierto, en el monte Horeb, vió que una zarza estaba ardiendo toda en vivas llamas, sin consumirse: admirado de semejante maravilla el futuro legislador de Israel, principió á aproximarse hacia la zarza, para examinarla de cerca; cuando oyó la voz del Señor, que le mandaba detenerse, advirtiéndole que descalzara sus pies, antes de pisar aquel lugar, porque aquella tierra en que estaba era sagrada. El profeta obedeció, y al punto, desatando las sandalias de sus pies, escuchó al Señor, que le hablaba, desde el fuego en que ardía la zarza.

Digamos también nosotros ahora con Moisés: acerquémonos y veamos esa gran maravilla: *Vadam et videbo visionem hanc magnam* (1). Cuando todo el linaje humano está encendido y se abrasa en las llamas de la culpa original, solamente María, rodeada de aquel fuego, permanece ilesa: las llamas del pecado no la tocan ni le hacen daño. Es hija de Adán, desciende de aquel primer pecador; pero el incendio de la culpa, que consume á todos los mortales, respeta solamente á la Virgen. ¿Cuál es el secreto de ese privilegio? Dios está en la zarza, el Santo de los santos reside en ella: hé ahí el fundamento de su preservación, hó ahí la razón de su privilegio. ¿Podía no ser santo el lugar, donde residía la misma santidad infinita? ¿Podía estar manchada con la culpa la Virgen Madre de Dios? La Virgen en cuyo seno residió corporalmente la misma Divinidad?

María está en medio de uno como incendio de gracias y dones sobrenaturales: está abrasándose en los mismos fulgores de la Trinidad beatísima, y nuestra mente queda admirada sin acertar á expli-

1) Exodo, cap. 3, ver. 3.

car cómo una pura criatura haya sido capaz de una dignidad tan sublime.

Desde la zarza encendida habló Dios á Moisés, dándole orden de libertar á su pueblo del cautiverio de Egipto: la santidad de la Madre de Dios es una de las maravillas de la grande obra de la diestra del Altísimo, la redención del linaje humano. María es la primera obra en la glorificación infinita de Dios por medio de la Encarnación y Redención.

DEPRECACIÓN.

Virgen benditísima, concebida en gracia, limpia é inmune de todo pecado, ¿con qué alabanzas os ensalzaremos? Madre digna de Aquel, cuyo trono los cielos mismos no son dignos de sustentar: llevasteis en vuestro seno virginal, hecho hombre, al mismo Dios; estuvisteis abrasada por aquel incendio de gracia sobrenatural, y como en medio del fuego de la misma Divinidad, y vuestra alma y vuestro cuerpo aparecieron invulnerables á aquellas llamas, porque el mismo Dios los había preparado y dispuesto para semejante portento!.... Compadeceos de los desgraciados, que arden y se abrasan en fuego de ilícitos placeres: tened piedad de la miserable familia humana, tan solícita de goces terrenales, tan cautiva de vedados y ruinosos deleites: habed misericordia de nosotros, los mortales, vuestros pobres hermanos, que tanto anhelamos por nuestra propia desgracia, atizando, con nuestras propias manos, el fuego impuro de las pasiones, que nos devora y consume. ¡María, Madre de Dios! compadeceos de nosotros: alcanzadnos la gracia de arder y consumirnos en el santo fuego del amor de Dios.—Amén.



DIA VEINTISEIS DE MAYO.

TERMINA LA EXPLICACIÓN DEL ADMIRABLE MISTERIO
DE LA DIVINA MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARÍA.

I

La gracia de la divina Maternidad es única y excepcional entre las gracias sobrenaturales: la gracia santificante es medio esencial para alcanzar la vida eterna; y María es criada por Dios no con el fin último sobrenatural común á los ángeles y á los hombres, sino con un fin más elevado y sublime, con un fin único é incomunicable: María es criada por Dios, para ser Madre de su Unigénito humanado.

Dios no crió á la Virgen solamente para que la Virgen se salvara: la crió, para que fuera Madre del Verbo encarnado, Madre del mismo Dios; y la gloria fué para la Virgen una consecuencia de su destino último, de su divina Maternidad: María en el cielo fué glorificada con la corona correspondiente á la Madre de Dios: y, como la dignidad fué incomunicable, también el premio fué superior al de todos los ángeles y santos juntos. La dignidad de Madre de Dios es la mayor que el Todopoderoso puede conceder á una pura criatura: ¿quién puede ser más excelente que Dios? ¿Habrá alguien superior al Verbo Divino, al Unigénito de Dios Padre? María es Madre del Verbo Divino humanado; por esto, si hubiera una madre que pudiera tener un hijo que fuese superior al mismo Dios, esa madre sería superior á María: pero, ¿quién

puede ser superior á Dios? ¿quién será superior á María?

De esta eminente é incomunicable dignidad de la Virgen se sigue la participación, que, como Madre de Jesucristo, tiene en la salvación y santificación de todos los hombres, y en la distribución de todos los bienes, así, del orden temporal de la naturaleza, como del orden sobrenatural de la gracia y de la gloria. El mundo existe por Jesucristo, y para dar gloria á Dios por medio de Jesucristo: la creación de los ángeles, su destino sobrenatural, la prueba y la caída de ellos; la gracia y la perseverancia final de aquellos espíritus bienaventurados están íntimamente enlazadas con la Encarnación; y, por tanto, con la divina Maternidad de la Virgen, pues San Pablo nos enseña, que Jesucristo es el primogénito entre todas las criaturas; lo cual quiere decir, que, por Nuestro Señor Jesucristo, fueron todas sacadas de la nada, por causa del Redentor, á quien deben servir y glorificar. En los decretos eternos Jesucristo es el objeto y el término y el motivo de todas las obras divinas: el primero en la intención del plan divino, en el cual la Virgen Madre, como criatura humana, como descendiente, como hija de Adán, ocupa un lugar único, unida inseparablemente con Jesucristo. ¿Qué extraño es, por tanto, que María tenga tanta participación en la distribución de la gracia y beneficios divinos, y en la distribución de la gracia santificante? ¿Nos admiraremos de que María sea llamada Reina de los mismos ángeles?... La divina Maternidad es una gracia tan sorprendente, tan admirable, tan extraordinaria, que deja abrumada y como desfallecida á la inteligencia humana, cuando se pone á considerarla atentamente.

Sin la gracia divina sobrenatural, era para los ángeles y para los hombres de todo punto imposi-

ble la salvación eterna ó la consecución de su destino último, de su fin sobrenatural. ¿Y qué es la gracia? en qué consiste? La gracia es un ser espiritual, de naturaleza sobrenatural criada, cuyo precio y valor son infinitos, porque Dios no la concede sino mediante los méritos del Verbo Divino encarnado. Por tanto, dados los decretos eternos, la Encarnación vino á ser necesaria para que la miserable familia humana pudiera salvarse; pues el Verbo Eterno, en cuanto Dios, es autor de la gracia, y, para merecerla á los hombres, hubo de tomar la humana naturaleza, con la cual, siendo inferior á Dios Padre, ya pudo orar y merecer; y su oración y sus merecimientos nos redimieron del pecado y de la servidumbre del demonio, nos abrieron las puertas del cielo y nos colmaron de bienes innumerables.

Para nuestra redención hubiera sido bastante que el Verbo Divino tomara una naturaleza criada cualquiera; pero, en su inagotable bondad para con nosotros los pobres hijos de Adán, se dignó tomar nuestra misma naturaleza, la naturaleza humana, la misma que había ofendido á Dios; y padeciendo y muriendo con ella, nos alcanzó el derecho á la vida eterna, que habíamos perdido por el pecado de nuestros primeros padres. Más, ¿dónde tomó el Verbo Eterno la naturaleza humana? dónde se revistió de ella, sino en el seno inmaculado de María? La Virgen dió al Verbo Divino ese cuerpo humano apto para el padecimiento, sin el cual la Majestad divina no habría podido ser hostia de propiciación por nuestros pecados.

Hé aquí el motivo y el fundamento, por el cual María ha sido exaltada sobre los coros de los santos; pues fué el instrumento de la Redención y de la Encarnación, en cuanto dió al Verbo Eterno la naturaleza humana, mediante la cual pudo pa-

decer y redimirnos. María ha sido para ellos y para todo el linaje humano la canal, por donde se ha comunicado la gracia. Los santos no pueden menos de reconocer, llenos de gratitud, la grande parte que la Virgen ha tenido en la perfección de cada uno de ellos y en la redención del linaje humano.

Esa participación de la Virgen en la redención del linaje humano es otra de las consecuencias de la divina Maternidad de María. Conviene que nos penetremos íntimamente de esta verdad, relativa á las excelencias de la inmaculada Virgen: María no fué sólo un instrumento puramente material de la Encarnación, sino un instrumento moral, que cooperó á aquel adorable misterio más con las virtudes excelentísimas suyas, que con su cuerpo virginal. Según la expresión de San León Magno, María concibió al Verbo Divino en su alma, antes de concebirlo en sus entrañas: *Prius conciperet mente quam corpore*. Y en esto consiste precisamente la incomparable diferencia que hay entre la maternidad de la Virgen, y la maternidad de todas las demás madres, en general. Toda madre, en el instante de serlo, puede tener conciencia de llevar en su seno una criatura humana, á cuya existencia ha cooperado sólo materialmente; y, aunque una madre influya mucho en la suerte temporal de sus hijos, por medio de la educación que les haya dado, nunca podrá tener más que una gloria reflejada ó participada de los méritos ó virtudes de ellos. Tal es la condición común de la maternidad.

Rebeca es madre de Esaú y de Jacob: la gloria de Israel, jefe del pueblo escogido, padre de los patriarcas fundadores de las doce tribus, refleja sobre Rebeca: pero, ¿podrá imputársele á la madre la reprobación de su primogénito? Lía es madre de Judá, á quien se le hace depositario de las promesas divinas: ¿será culpable por haber dado á luz

á Rubén y á Simeón, fieros y vengativos, desheredados de la primogenitura, por haber manchado sus manos en sangre inocente? Con la Maternidad divina las cosas no podían suceder de la misma manera. ¿Qué venía á ser la maternidad divina en sí misma? Bien considerada la condición de la maternidad divina, no podemos menos de reconocer que fué un acto de la virtud de la religión, la más excelsa de todas las virtudes que puede practicar la humana criatura. ¿En qué consiste la esencia de la virtud de la religión? Consiste precisamente en que el acto humano tenga por fin y término inmediato al mismo Dios; de aquí es que, la divina maternidad, por parte de la Virgen que la aceptaba, tenía que ser un acto de virtud sobrenatural, y no un acto simplemente material. Se trataba, ante todo, de dar á Dios una parte de la sustancia misma del cuerpo de la Virgen, y de amarlo con amor de madre: y estos actos, ¿no tenían inmediatamente al mismo Dios por término de ellos? no eran, por lo mismo, actos de la virtud de la religión? Y preguntaremos ahora, si la maternidad divina podía ser un acto tan sólo material, y si la Virgen fué en la Encarnación un instrumento pasivo y puramente material? ¡Ah! no: repitémoslo mil veces; María es coredentora del linaje humano, asociada al Hombre Dios para una obra tan maravillosa.

II

El Santo Evangelio nos insinúa claramente esta verdad en dos lugares muy célebres de la sagrada narración. Hablaba cierto día el Señor al pueblo, y sucedió que de entre la muchedumbre, levantando una mujer la voz, exclamara, admirada sin duda, de la sabiduría del Maestro divino: dichoso el vientre que te concibió, y felices los pechos que

te amamantaron. Jesucristo, al oír esta exclamación, dió una respuesta, con la cual, al parecer, rectificaba el elogio que se le había dirigido. Verdaderamente dichosos son, contestó el Señor, aquellos que oyen la palabra de Dios, y la ponen por obra (1). Respuesta, que, además de la enseñanza moral directa, contiene también, aunque encubierto, un admirable elogio de la Virgen. Pues era como si hubiese respondido: mi Madre, cuya felicidad acabáis de ensalzar, es ciertamente dichosa por haberme concebido; pero la bienaventuranza de mi Madre no está solamente en el acto material de haberme dado á luz, sino en que ha oído la palabra de Dios, y la ha practicado heroicamente. En la Virgen hay, pues, una virtud extraordinaria, una santidad consumada, por la cual fué digna Madre de Dios: en Ella no estuvo jamás separada la gracia santificante de la gracia de la Maternidad divina; ni era posible que lo estuviera ni por un momento, porque, como lo hemos dicho ya, el acto mismo material de concebir al Verbo Divino en sus entrañas fué un acto de virtud sobrenatural, un acto propio de la virtud de la religión y, sin duda, el mayor que se ha podido practicar por criatura humana, ayudada de la gracia.

Insiste el Santo Evangelio en sus enseñanzas morales, insinuándonos al mismo tiempo la excelencia del mérito sobrenatural de la Virgen, en la concepción del Verbo Eterno.

Mi Madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, decía Jesucristo.

Estas palabras, que, á primera vista parecen menos gloriosas para la Virgen, son un verdadero elogio de su santidad incomparable. En efecto, no

1] Evangelio de San Lucas, cap. xi, versículos 27 y 28.

está ni ha estado jamás en manos del hombre elegir el linaje de donde ha de venir al mundo, ni hay verdadero mérito personal, que merezca recompensa ante los ojos de Dios, en haber nacido de una prosapia ilustre, según el mundo: los parentescos ilustres no pueden otra cosa sino hacernos más ó menos afortunados; pero hacernos verdaderamente virtuosos no pueden nunca. Y, ¿cuál es el mérito verdadero? Lo será el que los hombres tienen por tal, ó lo será solamente el que lo es á los ojos de Dios? De qué mérito debe el hombre gloriarse? Del mérito personal suyo, ó del lustre que sobre uno hayan reflejado sus parientes?

Dice el Santo Evangelio que, en cierta ocasión estaba Jesucristo predicando á las turbas, y que su Madre y sus parientes lo aguardaban fuera, deseosos de hablarle: uno de los circunstantes, interrumpiendo, acaso, al Maestro Divino, le dijo: Mira que tu Madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte. A lo cual, señalando con la mano á sus discípulos, contestó Jesucristo: ¿quién es mi Madre? quiénes son mis hermanos? Sabéis quienes? Todos cuantos hacen la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, esos son mi Madre y mis hermanos. Con las cuales expresiones daba bien claro á entender el Señor que la inmaculada Virgen debía ser glorificada no sólo por su maternidad temporal, sino además por su maternidad sobrenatural; pues, por haber cumplido fidelísimamente la voluntad del Padre Celestial, según la expresión del Papa San León, María primero concibió en su alma, antes que en su cuerpo al Hijo de Dios.

Hay en esta narración evangélica una sobriedad tan austera, que ha dado lugar á interpretaciones, algún tanto opuestas á los méritos de la Virgen. Debemos tener presentes las circunstancias de la narración, para juzgar acertadamente acerca del he-

cho, y de su significación. El Evangelista está resumiendo toda la doctrina ó enseñanza moral del Señor, y nos dice que, mientras predicaba el Divino Maestro, su Madre y sus parientes, deseosos de hablarle, estaban fuera aguardando, pues el Señor se hallaba dentro, en una casa. ¿Hay algo censurable en la conducta de la Virgen y de los parientes del Señor? Se podrá reprender el que hayan acudido á oír la enseñanza de Jesús? No consta que hayan pedido que se le avisara al Señor que sus parientes y su Madre lo buscaban: lo único que consta es que estaban fuera y que deseaban hablarle.

Yo veo en esa actitud de mantenerse fuera esperando, una señal bien clara de que aquellos parientes del Señor recibieron en esas circunstancias las influencias poderosas de la santidad de la Virgen. Ser la Madre del Gran Profeta, que no había tenido nunca semejante en Israel, y mantenerse fuera, lejos del concurso, á distancia del Maestro divino, ¿no os parece grande modestia, nacida de la más profunda humildad? Y aquellos parientes de Jesús que deseaban hablarle, ¿por ventura, serán muy reprehensibles? Si María deseaba hablar á Jesús, ¿la condenaremos por eso? Como Madre, ¿no podía desear hablar á Jesús? El divino Maestro contestó, dando una admirable lección moral, y manifestando la excelencia de la filiación sobrenatural de la gracia, en lo cual había, al mismo tiempo, una revelación indirecta de la santidad y méritos de su Madre (1).

Desde toda eternidad, María fué escogida por Dios, elegida y predestinada para Madre de su Unigénito humanado, y cuando llegó la plenitud de los tiempos, la crió exclusivamente con tan admirable

(1) Evangelio de San Mateo, cap. 12. (Véase al B. Canisio sobre este punto, en el Libro 4º de su doctísima obra sobre la Virgen María).

destino, con ese fin único y extraordinario, de tal suerte que, la gracia y los dones sobrenaturales con que el Altísimo la enriqueció no fueron sino medios proporcionados sabiamente para aquel fin. Esta elección y predestinación, por parte de Dios, fué enteramente gratuita y misericordiosa; pero María, auxiliada por la gracia y su fiel correspondencia á las inspiraciones de lo alto, llegó á prepararse dignamente, en cuanto es posible á la criatura humana, para recibir la sublime dignidad de Madre de Dios. Cierto es que la criatura por excelente y aventajada que sea en méritos y santidad, siempre es inmerecedora de una dignidad tan sublime; pero también es indudable, que, en cuanto cabe en la posibilidad humana, María mereció por sus virtudes la dignidad de Madre de Dios. La humilde Virgen supo corresponder heroicamente á los designios del Eterno sobre Ella, y la gracia divina nunca ha tenido de parte de la criatura una correspondencia tan perfecta, como la que tuvo por parte de la Virgen, durante todo el tiempo de su vida mortal sobre la tierra.

Decir, pues, como algunas veces suele decirse, que Dios no se encarnó en ninguna de aquellas heroínas tan famosas del Antiguo Testamento, y que eligió por su Madre á la modestísima doncella de Nazaret, equivale á confundir la predestinación de María con la predestinación general y común de todos los demás santos. María fué una criatura extraordinaria, singular y única entre todas las criaturas, así angélicas como humanas. Su existencia estuvo enlazada necesariamente con la Encarnación, y pertenece á ese orden único y divino de predestinación, por el cual, en los insondables designios del Altísimo, estaba decretada la existencia del mismo Jesucristo. Pensar de la predestinación de la Virgen de otro modo es apartarse manifiestamente del

camino de la verdad, porque es desviarse de las solemnes enseñanzas de la Iglesia Católica sobre este punto.

Consideremos ahora los motivos que ha tenido la Iglesia para enseñarnos á saludar á la Virgen, llamándola Madre de Dios, y la intención que nosotros debemos formar siempre que dirijamos á la misma Virgen nuestros elogios y nuestras plegarias, recitando en honra suya la Salutación angélica.

El fundamento del cristianismo está en el dogma de la Encarnación del Verbo Divino, de tal modo que, confesar la divinidad de Jesucristo es hacer profesión íntegra y completa de toda la fe cristiana; pues entre todos los dogmas revelados existe una armonía y una relación lógica tan íntima y necesaria, que basta confesar solamente un dogma para confesarlos todos sin excepción; y asimismo, quien negare uno sólo de los misterios cristianos se verá necesariamente puesto en el caso de negarlos todos.

El cristianismo es una religión perfecta, la única divina y revelada por Dios á los hombres, y consta, por lo mismo, de culto con que se tributa y rinde adoración á la Majestad divina; de moral ó de una regla práctica de costumbres, con la que debemos conformar todas nuestras acciones; y de dogmas ó verdades reveladas, en las cuales está fundado el culto y de las que se deduce necesariamente la regla de nuestras costumbres ó la moral religiosa. Todo este edificio admirable de la Religión cristiana descansa sobre el fundamento de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, llamado por esto, con tanta exactitud en las Escrituras, piedra angular ó fundamental. *Lapidem angularem.*

La piedra que desecharon al edificar, ésa ha sido puesta por Dios como piedra angular, se lee en los Salmos: y este testimonio citaba el mismo Je-

sucristo á los ciegos Príncipes de la Sinagoga, conjurados contra la vida y la honra del Señor. *Lapidem quem reprovaverunt aedificantes hic factus est in caput anguli, á Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris* (1). Viendo estamos ahora esa maravilla, obrada por el Señor á nuestros ojos.

Confesar, pues, la Divinidad de Jesucristo es confesar toda la Religión cristiana, todos los dogmas revelados. Y hé aquí precisamente lo que la Iglesia ha querido y se ha propuesto, enseñándonos á ensalzar á la Virgen, llamándola expresamente Madre de Dios; porque quien confiesa que María es Madre de Dios, confiesa necesariamente la Encarnación, y con la divinidad de Jesucristo, todos los dogmas cristianos.

No hay error alguno contrario á la Religión cristiana, que no ataque de una manera directa ó indirecta á Jesucristo y su divinidad: por esto, la Iglesia proclama á la Virgen y la celebra, llamándola destructora de todos los errores, en todo tiempo, en todo lugar. *Gaude, Maria Virgo, cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*. Alégrate, oh Virgen María, porque tú sola has destruído todas las herejías, en el universo mundo. Su sola Maternidad divina es bastante para destruir todos los errores: confesar la maternidad divina de María es hacer profesión de toda la Religión cristiana.

Apenas había acabado la Iglesia de salir de la éra de las persecuciones, y cuando todavía estaba humeando la sangre de los mártires, principiaron ya las herejías á causar grandes escándalos entre los fieles, con la negación de los más sagrados dogmas. El arrianismo combatió directamente la divinidad de Jesucristo, enseñando que el Redentor era una pura criatura: el nestorianismo, un poco más tar-

1) Salmo 117, versículos 2 y 23.

de, negó la misma divinidad del Señor, sosteniendo que en Cristo había dos personas: tras esta herejía se presentó su contraria, opinando tenazmente con Eutyques que la naturaleza humana en el Redentor había sido absorbida por la Persona divina del Verbo. Nació, por fin, de estos errores uno otro, tan opuesto como los anteriores á la divinidad de Jesucristo, negando que en el Señor existieran perfectas las dos naturalezas y las dos voluntades, la divina y la humana. Todos estos errores encuentran su destrucción en el dogma de la divina Maternidad de la santa Virgen. En efecto, María es Madre de Dios. ¿Por qué? ¿Cómo se explica ese misterio? En Jesucristo, la naturaleza humana está unida á la Persona adorable del Verbo Eterno. ¿Podrá ser nada más que una miserable criatura el Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas? Si en Cristo hay dos personas, ¿dónde está el mérito infinito de la sangre derramada por Jesucristo? ¿dónde la redención misma, si la naturaleza humana fué absorbida por la Divinidad? Y, en fin, ¿cómo pudo merecer, si no tuvo más que una voluntad? Pero, confesemos que la Virgen es Madre de Dios; y habremos confesado que Jesucristo es verdadero Dios, y verdadero hombre, y, por el mismo hecho, habremos rechazado todos cuantos errores se oponen al dogma fundamental del Cristianismo.

Grande fué el escándalo que causó en la Iglesia la negación del pecado original, y la herejía de Pelagio contaminó por mucho tiempo la cristiandad. La negación del pecado original y la caída primitiva se ha repetido después en todos los errores modernos, ya religiosos, ya puramente filosóficos: negando la necesidad de la gracia, se negó nuestro destino sobrenatural; y sosteniendo que todo acaba para nosotros con la vida presente, se pretendió hacer á la criatura racional de peor con-

dición que los brutos. Contra tan lamentables errores de la mente humana, contra tantos extravíos del pobre corazón humano, la Iglesia Católica nos enseña el dogma de la divina Maternidad de María. Proclamando Madre de Dios á la santa Virgen, hacemos un acto de fe contra todos esos errores, y una protesta de amor y de adhesión á la pura moral cristiana. Esa verdad admirable, en la que confesamos que una humilde Virgen concibió en sus entrañas inmaculadas y dió á luz, sin detrimento de su pureza, al mismo Verbo Divino humanado, para nuestro remedio, esa verdad admirable y consoladora, decimos, contiene en su esencia toda la revelación cristiana: confesar solamente que María es Madre de Dios es confesar todas las verdades cristianas, y rechazar todos los errores opuestos á ellas.

Confesad un sólo dogma relativo á la Virgen, confesad, aunque no sea más que uno sólo de sus privilegios, y al punto os veréis, por una necesidad lógica, obligados á confesar todos los misterios de la revelación cristiana: por el contrario, asimismo negad una sola de las excelencias de María, y al instante tendréis que negar necesariamente toda la Religión cristiana. Confesad que María fué inmaculada en su concepción, y no podréis menos de confesar también, y necesariamente, todos los misterios cristianos. ¿Por qué fué María inmaculada, sino porque los méritos del Redentor divino que había de nacer de Ella la preservaron de la culpa original? y no es esto confesar al mismo tiempo la redención, la caída de nuestros primeros padres y nuestros destinos eternos y sobrenaturales?.... Confesad su Divina Maternidad, y por el mero hecho de confesarla, habréis practicado un acto de profesión de fe solemne en toda la Religión cristiana. Esa Maternidad divina, ¿no es una consecuen-

cia necesaria de la Encarnación del Verbo Eterno? Y qué relación tiene la Maternidad divina de María con los demás dogmas sagrados? La Encarnación es imposible sin la Trinidad: la Maternidad divina de la santa Virgen supone, pues, el más elevado y adorable de nuestros misterios, el de la augusta Trinidad. Y ¿por qué la Encarnación y la Redención, sino porque el hombre pecó? Esa verdad supone asimismo necesariamente el destino sobrenatural del hombre, su libre albedrío, las penas y los premios eternos, en una palabra, todo el dogma cristiano.

Siempre que repitamos la Salutación angélica, cuando invoquemos á la Virgen, llamándola Madre de Dios, hagamos, pues, una protestación solemne de nuestra fe cristiana: creer en la Maternidad divina de María es creer en todos los dogmas revelados. La fe cristiana se encuentra, por tanto, íntimamente relacionada con la devoción á la santa Virgen: el amor á María, la piedad para con nuestra admirable Madre, es una prenda de conservarse fiel á la fe católica y á la santa Iglesia. Levantemos, pues, nuestros corazones al cielo y pensemos en nuestros destinos eternos, siempre que repitamos la Salutación angélica: esa plegaria, divinamente inspirada, nos debe infundir grandes pensamientos y generosos afectos, porque nos recuerda el fin nobilísimo con que hemos sido criados.

¿Cómo ha sido posible que una pura criatura sea Madre de Dios? Cómo ese estupendo y gran misterio de haber dado á luz un Niño, que era el mismo Dios? Adorables misterios de la Religión cristiana! ¡Profundos dogmas revelados! ¡Cuán admirables sois! Y ¿sería posible que la inteligencia humana os hubiese inventado? No: la invención de la mente humana no puede nunca discurrir sino cosas en las cuales no encuentre tinieblas ni

oscuridad, que ella no pueda comprender; y esas vuestras sagradas tinieblas y esas vuestras sombras augustas son la señal más evidente de que habéis sido revelados por Dios, cuya esencia soberana jamás podrá comprender la limitada inteligencia del hombre.

¡ Virgen admirable! ¡ Virgen divina! Todo error desaparece con la claridad sobrenatural que despide vuestra incomparable y misteriosa maternidad! Cuando creemos en vuestros privilegios sobrenaturales, cuando hacemos profesión de creer y confesar vuestra divina Maternidad, hacemos un acto de fe solemne en todos y en cada uno de los dogmas cristianos. Cuando yo os proclamo Madre de Dios, ¿ no es cierto que, por el mismo hecho, creo y confieso la existencia de Dios, la Trinidad de las personas, y todos los demás atributos de su adorable Majestad? no es cierto que, confesando vuestra milagrosa Maternidad, confieso que el Hombre Dios nos redimió, dando su sangre preciosa como rescate por nuestras culpas? Y así confieso también que me aguardan en la eternidad penas y premios eternos. Por esto, el culto de la Virgen es eminentemente moralizador de las costumbres: santifica el corazón, limpia de malas pasiones el alma, llena de pensamientos santos é inspira castos afectos. Si el mundo está ahora tan alejado de Dios, si tanto se ha corrompido, retrocediendo lastimosamente á las abominaciones paganas, ¿ será posible que se salve? ¿ no estará ya perdido, sin remedio? ¡ Ah! No: la devoción á la Virgen, el culto fervoroso á la Madre de Dios ha de convertir el mundo: María nos dió á Jesucristo, María hará que el mundo vuelva otra vez á Jesucristo. Cuanto más se aumente la devoción á la Virgen, cuanto más se propague y se difunda, tanto más se irán remediando los males, que padece la sociedad en el orden mo-

ral y religioso: donde no haya devoción á la Virgen, allí reinará la muerte: donde hubiere fervorosa devoción á la Virgen, allí estará palpitante la vida. Tan íntima es la unión que existe entre la moral cristiana y el culto de la Virgen, entre la fe católica y la devoción á la Madre de Dios.

El objeto más venerable y más sagrado que había en la antigua ley, el objeto más augusto de la religión de Moisés era el arca de la alianza: fué mandada construir por orden expresa de Dios, y la materia de que fué fabricada y su forma y sus dimensiones fueron también determinadas por inspiración divina. Empleóse en ella la madera de Setim, que era incorruptible, y aunque parecía que con eso bastaba para su conservación, no obstante, se la cubrió así por dentro como por fuera de láminas de oro finísimo: cerraba el arca santa una lámina de oro macizo, sobre la cual había dos querubines también de oro, en actitud de mirarse frente á frente, y cuyas alas desplegadas, tocándose formaban una especie de trono, desde el cual Dios dictaba sus oráculos al pueblo escogido.

Pasemos ahora de la figura á lo figurado.

Pocas cosas hay en la antigua ley, que representen mejor las excelencias de la Virgen, que el arca de la alianza. El arca fué fabricada, según el diseño ó dibujo dado por el mismo Dios, así es que la mano del artífice no hizo más que realizar la idea divina. María, desde toda eternidad, existía en la mente de Dios; pero, ¿cómo? ¿Acaso, como una criatura común y ordinaria en los designios de la Providencia? No: existía como Madre de Dios, porque, para esa dignidad estaba presdestinada, y, en el tiempo, la creación de la Virgen no fué más que la realización del pensamiento divino.

Es criada en gracia, en santidad, dotada de tal firmeza y perseverancia en el bien que en Ella no

pudo entrar jamás ni el gusano de la culpa original, ni la carcoma de los pecados actuales, ni polillas ruines de esas faltas pequeñas, de esas ligeras imperfecciones, que se repastan aun en la más selecta y escogida santidad: la de María fué singular, que eso significan las maderas incorruptibles de que fué fabricada el arca.

Pero la Virgen María no estuvo solamente exenta de defectos, sino que se halló enriquecida además con admirables virtudes, simbolizadas en esas láminas de oro purísimo, que cubrían el arca: caridad encendida, gracia perfectísima. *Illa terrestri ornabatur auro, ista coelisti:* aquella, dice San Ambrosio, hablando del arca del Antiguo Testamento, aquella estaba adornada de láminas de oro terrenal; María, arca de la Nueva Alianza, está adornada de oro celestial.—Sobre el arca de la alianza estaba el Propiciatorio, desde donde el Señor pronunciaba sus oráculos; María llevó en su seno virginal y sostuvo en sus brazos candorosos al mismo Verbo Divino humanado. *Maria testamenti gestabat haeretem*, añade el mismo San Ambrosio: no es solamente el maná llovido milagrosamente en el desierto, no es solamente el volumen mudo de la ley, no es solamente la vara seca de Aarón, cubierta maravillosamente de hojas y flores, es el mismo autor de la vida, es el mismo legislador divino, lo que contiene y encierra en su claustro virginal é immaculado el arca viviente de la Nueva Alianza, la santa, la pura, la immaculada Virgen María.

DEPRECACIÓN.

¡ Oh! Madre de Dios, oh Virgen immaculada, lleno de confianza en vuestra bondad, me presento delante de Vos, para pedir os que os dignéis derramar sobre mí los beneficios que soléis derramar

sobre los que os invocan. Yo tengo grande necesidad de vuestra protección, porque me encuentro falto de virtudes y lleno de pecados: quisiera convertirme de veras á Dios, y mi corazón, débil é inconstante, no puede perseverar en la práctica de lo bueno, sin un poderoso auxilio de la gracia; ese auxilio eficaz, esa gracia victoriosa, que triunfe de mi inconstancia, alcanzádmela Vos, ¡oh! María. ¡Cuántas veces propongo enmendarme, cuántas quebranto mis propósitos en el mismo momento de hacerlos y pronunciarlos! Todos los días prometo hacer penitencia, y hasta ahora me encuentro tan olvidado de mis deberes, como el primer día de mi vida, y mis mismos propósitos me condenan. Venced mi inconstancia, inspirad fortaleza á mis resoluciones; robusteced esta voluntad tan voluble en la práctica de los deberes de mi estado, robustecedla, santa Virgen, digna Madre de Dios, robustecedla, orando por este miserable pecador, que de Vos espera amparo y protección en el terrible tribunal de Jesucristo, vuestro Hijo.—Amén.

LECCION VIGÉSIMA SÉPTIMA.

DIA VEINTISIETE DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LAS PALABRAS: ORA PRO NOBIS,
RUEGA POR NOSOTROS.

I

Después de haber meditado en la significación de la palabra santa, con que saludamos á la Virgen, después de haber conocido los significados mis-

teriosos de su admirable nombre, y finalmente después de haber explicado en qué consiste su dignidad incomparable de Madre de Dios, debemos considerar ahora lo que significan estas otras palabras de la segunda parte de la Salutación angélica: *Ora pro nobis*, ruega por nosotros. Veamos, pues, ante todo, lo que es la oración en sí misma y cual es la naturaleza de ella: después examinaremos la oración dirigida á la Virgen, y el modo cómo la misma divina Virgen intercede por nosotros.

¿Qué es orar? ¿Qué es oración? ¿En qué consiste la oración? Orar es pedir alguna cosa, que nos hace falta, y pedírsela á una persona superior, que puede dárnosla: oración es la petición, que un individuo necesitado hace de las cosas que le faltan: la oración consiste en pedir las cosas de que tenemos necesidad. Por tanto, para orar es necesario padecer necesidades, y conocer que se padecen: el que padece necesidades y no conoce que las padece, ése no puede orar. De aquí se deduce necesariamente, que la oración es una condición esencial de la naturaleza misma de todo sér criado; pues, como toda criatura es, por su propia esencia, limitada, contingente, perecedera, síguese que no puede menos de padecer muchas necesidades; y padeciéndolas desea verse libre de ellas, busca los medios para conseguirlo y, como no los encuentre todos en sí mismo, implora el auxilio ageno, para no perecer. ¿Qué hace el que tiene hambre? Busca alimento, y, cuando de otra manera no lo puede conseguir, lo pide. ¿Qué hace el que se ve amenazado de un gran peligro? Busca al instante los medios de evitarlo, de salvarse, y pide é invoca el auxilio ageno: hé ahí la oración, la que, por lo visto, es una necesidad de nuestra naturaleza racional.

En el orden religioso, la oración es la petición de auxilio, de socorro, de amparo, de misericordia,

que la criatura racional dirige á su Criador. Orar es propio del necesitado; y la mayor infelicidad de una criatura racional sería conocer sus necesidades y lo grave de ellas, y no poder orar; no poder levantar el corazón á Dios, para pedirle remedio. Esa es precisamente la tristísima condición de los condenados: ellos no pueden orar, la oración les es imposible: conocen su inmensa desventura, y no pueden pedir el remedio á Dios: los réprobos no pueden orar! Los demonios conocen la suma bondad de Dios, y tampoco pueden orar: en la oración, hay consuelos inefables, y un desgraciado deja de serlo, desde el momento en que puede orar. ¡Oh! si un réprobo pudiese orar! Si en el infierno la oración fuese posible, el infierno dejaría de ser infierno!.....

Cuanto más conozcamos nuestras necesidades, mayor será el deseo que tendremos de vernos libres de ellas, y, á proporción, más fervoroso nuestro ruego. Tener necesidades, y desear remediarlas son, pues, los motivos que nos estimulan á orar: confianza en la bondad y en el poder de Aquel, cuya compasión imploramos, son los requisitos indispensables, para que oremos, para que pidamos con fervor. Ved, pues, como la oración es una necesidad de nuestra alma, una necesidad, que nace esencialmente de nuestra misma naturaleza, de nuestra misma condición de criaturas racionales. Quién dice criatura, dice necesidad, contingencia, debilidad, miseria!

¿Qué significan, pues, estas palabras: ruega por nosotros, *Ora pro nobis*, que dirigimos á la Virgen? En estas palabras pedimos á la Virgen que ruegue á Dios por nosotros, y que interponga su valimiento é intercesión ante el Altísimo: es una petición hecha de nuestra parte á la Virgen, una súplica que le dirigimos, implorando su asistencia

en nuestro favor. Reconocemos que somos débiles y necesitados de amparo, y acudimos á la santa Virgen, buscando en Ella nuestro refugio, á fin de que interceda por nosotros. La suma Majestad del Todopoderoso nos inspira respeto y temor, y en presencia de Dios todo nuestro sér se conturba, tiembla y anonada, dejándonos casi sin poder manifestarle nuestras necesidades, para pedirle remedio: y María se nos presenta, como la dulzura, la benignidad, la compasión misma, que se interpone entre la Majestad divina y nosotros: ó, mejor dicho, que el mismo Dios la ha interpuesto misericordiosamente, para dar aliento á nuestra confianza. Podemos dirigir á Dios inmediatamente nuestras oraciones, y Dios las oye y recibe benignamente; pero, es muy propio de nuestra condición de criaturas, débiles y miserables, acudir en busca de valimiento á las personas, que pueden favorecernos, para que lo que nuestras culpas no podían menos de impedir que se nos conceda, lo alcance la intercesión de la gran Virgen, á quien Dios escucha y concede cuanto le pide.

Recordemos que somos criados para un destino sobrenatural, que vivimos en este mundo por un corto espacio de tiempo, durante el cual nuestra vida es vida de prueba, rodeada de peligros, combatida de tentaciones, y, en fin, que no hay uno siquiera de nosotros, que en el divino acatamiento no sea reo de muchas culpas, responsable de innumerables infidelidades, y que, por lo mismo, no puede merecer que se le escuche y se le atienda bondadosamente. Somos deudores ante la justicia, y primero debía exigírsenos la satisfacción de nuestras culpas; antes de atenderse misericordiosamente á nuestros ruegos. Por esto, se interpone el valimiento y la mediación de la Virgen inmaculada, en quien la justicia divina no ha encontrado jamás deuda ni

mancha alguna: santa é inocente, se presenta delante de Dios, llena de gracia y de merecimientos, obteniendo que el Altísimo ponga en Ella sus ojos, complacido de tanta humildad y de tantas virtudes.

Lo que nuestras culpas impiden que se nos conceda, la alcanza su inocencia. ¿Quién puede gloriarse jamás de estar inocente? ¿Quién puede tenerse por limpio de toda mancha? De nada me remuerde mi conciencia, decía San Pablo; pero añadía: no por eso me tengo yo por justificado: *Nil mihi conscius sum, sed non in hoc justificatus sum*. Si esto decía de sí el Apóstol de las gentes, ¿con cuánta mayor razón no deberemos decir nosotros, que no somos ni nos tenemos por justificados, aunque la conciencia no nos remuerda de cosa alguna? La oración y los ruegos de la Virgen dan confianza á nuestro ánimo, á quien el remordimiento inspira temor é infunde desconfianza.

La Virgen ha sido constituída por Dios abogada y refugio de todos los mortales; y no sólo abogada y refugio, sino Madre verdadera de todos nosotros. Cuando Jesucristo estuvo agonizante en la cruz, entonces, en la persona de su discípulo predilecto, constituyó á todos los mortales por hijos adoptivos de la Virgen, y á la Virgen, por Madre de todos los mortales, representados en la persona del discípulo. Como las palabras del Verbo humanado son siempre eficaces, y producen infaliblemente los resultados ó efectos, que se propuso el Verbo divino al pronunciarlas; la Virgen fué revestida de todos aquellos afectos y disposiciones, que eran necesarias para desempeñar ese ministerio de la maternidad sobrenatural, que el mismo Dios le encargaba: y todos los mortales recibimos también sentimientos de devoción, de amor y de confianza filial en la Virgen María. Observad lo que acontece con los católicos, y no podréis explicar esa de-

voción que tenemos á la Virgen, sin veros obligados á recurrir á una intervención sobrenatural de la Providencia.

En efecto, consideradas todas las circunstancias de la devoción que profesamos á la Virgen, y examinadas desde un punto de vista puramente humano, son del todo inexplicables. ¿Qué relación podemos tener con una Virgen de Judea, que vivió hace diez y nueve siglos? ¿Qué relación con una Virgen, cuya vida nos es casi ignorada, pues lo poco que de Ella sabemos es tan humilde, tan modesto, que no puede siquiera excitar esa admiración y ese entusiasmo que despiertan las acciones humanamente grandiosas? ¿Por qué esa devoción? De dónde esa confianza en la Virgen? Esa confianza, tan firme, tan segura; esa confianza, tan filial, esa confianza, que sobrevive en el corazón hasta al naufragio de la fe, porque la confianza en la Virgen es lo último que pierden los que reniegan de la fe! ¿De dónde esa confianza? de dónde esa devoción? ¿cómo ha nacido tan espontáneamente en nuestro pecho? ¿cómo se conserva, á pesar de nuestros vicios é infidelidades? Esto no se puede explicar por razones puramente humanas, y es necesario acudir á las luces de la divina revelación, y buscar en la escena del Calvario, y en las palabras del Hombre Dios moribundo, el secreto de esa maravilla sobrenatural.

Si Dios nuestro Señor es quien ha infundido en nuestro corazón esos sentimientos de amor filial á la Virgen María, es claro que también á la Virgen ha debido inspirarle afectos de madre para con todos, y para con cada uno de los mortales. ¿Y sería posible que nuestra confianza quedara burlada, sin que la Virgen, á quien invocamos, pudiera escuchar nuestros ruegos y oír nuestro clamores? Será creíble que la Iglesia Católica, depositaria de la

divina revelación y maestra infalible de la verdad, se haya equivocado, enseñándonos á orar á la Virgen, cuando la Virgen ni atiende, ni puede atender, á los clamores y súplicas que le dirigimos, desde la tierra, en nuestras necesidades? Sucederá que el corazón esté miserablemente engañado en esa confianza filial, en esa ternura, con que invoca á la Virgen, de quien no puede ser escuchado? de quien no puede ser atendido? Cuando gemimos, llamando desde este mundo, la Virgen no nos oye ni puede prestar atención á nuestros clamores? Tristísima ilusión que hace el encanto de nuestra vida! Pero, no: María nos oye, María atiende á nuestros clamores: desde el elevado trono de gloria en que reina en el cielo, escucha nuestros gemidos, se compadece de nuestros dolores y remedia nuestras necesidades. Conoce no sólo las tribulaciones del linaje humano en general, sino las tribulaciones de todos nosotros y las de cada uno en particular. Las ve, las conoce y sabe cuánta es la gravedad de ellas, y en el Verbo Divino contempla todas las cosas, mejor que lo que pudiera conocerlas en sí mismas. ¿Cuánto no debe ser nuestro consuelo, sabiendo que no estamos solos, que no estamos desamparados, que hay quien sepa nuestros trabajos, quien conozca nuestras penas, quien se compadezca de nuestros sufrimientos? María, la santa, la immaculada, allá, en el cielo, conserva para con nosotros sentimientos y afectos maternales. Aquí en la tierra, sus entrañas se enternecieron viendo los dolores ajenos, y oró por ellos y pidió el remedio: compadecida de las necesidades que padecían los prójimos, elevó á Dios plegarias incesantes y ruegos continuos, para que fuesen remediadas, y habrá dejado en el cielo, en la eterna bienaventuranza, de compadecerse de las necesidades de los que estamos gemiendo aquí en este destierro! ¡Ah! No: con-

padece de las necesidades ajenas, orar á Dios por los que sufren y padecen, es obra de misericordia, con la cual se practican las virtudes de la caridad y de la religión. Mientras la Virgen inmaculada vivió en este mundo, practicó en grado muy heroico y excelentísimo todas las virtudes, y entre ellas la de la caridad para con el prójimo: ¿dejará de practicar esas virtudes ahora en el cielo? ¿La bienaventuranza de que goza en la Jerusalén celestial, ¿la habrá hecho, acaso, insensible al dolor ajeno: habrá cerrado su corazón á la misericordia, y la habrá tornado incapaz de practicar las virtudes más propias de los bienaventurados, la caridad y la religión? Si el Apóstol pudo decir de sí mismo aquí en la tierra: lloro con los que lloran: me alegro con los que están alegres: me he hecho todo para todos: en las dolencias ajenas sufro, yo también, y las tribulaciones de mis hermanos me consumen, ¿qué no podría decir de sí misma la santa Virgen? El Apóstol, ponderando cuánta era la grandeza de su caridad, y cuán vivo el deseo que le abrasaba de ver salvos á todos, añadía, escribiendo á los de Corinto: os traigo en lo íntimo de mis entrañas, y estoy pronto á inmolarme por vosotros. María, ¿habrá perdido en la eterna bienaventuranza esas virtudes de caridad y de religión? Ahora, cuando conoce mejor nuestras necesidades, ¿se compadecerá menos de nosotros? Ahora, cuando clamamos á Ella, ¿dejará de favorecernos? La más santa de las criaturas, ¿habrá perdido en la unión con Dios, la más admirable de todas las virtudes? ¡Oh! ¿Cómo ni imaginario siquiera! No, no es posible! La fe, nos lo enseña, la Iglesia nos lo ha enseñado, el corazón lo siente, y en esas enseñanzas encuentra el consuelo que fuera de la doctrina cristiana, en vano buscaría en otra parte!

II

La Virgen conoce muy bien nuestras necesidades, se compadece de ellas, quiere que le pidamos su remedio, implorando su intercesión: escucha benignamente nuestras súplicas; ora, sin cesar, por nosotros en el cielo; recibe nuestros obsequios con maternal complacencia; y, en circunstancias innumerables, nos hace beneficios, de los que nosotros mismos en la tierra no tenemos conocimiento. Una de las revelaciones, cuyo conocimiento está reservado para nosotros en la eternidad, es el de las gracias y beneficios que debimos á la intercesión de la Virgen. ¡De cuántos peligros así de alma como de cuerpo nos habrá librado! ¡Cuántos males habrá alejado de nosotros! ¡Qué de veces habríamos perecido en pecado y descendido al abismo, si María no hubiera rogado por nosotros! Cuán desgraciados seríamos sin la intercesión de la Virgen!

El poder y la eficacia de esa intercesión no pueden menos de ser admirables. ¿Quién es la que pide? ¿A quién? ¿Cómo lo pide? Pide la Madre al Hijo, la Madre más digna de ser escuchada, al Hijo misericordioso. El amor que Dios tiene á la Virgen es la prenda de nuestra mayor confianza: ese amor es de predilección, de benevolencia, por el cual Dios se complace en conceder á la Virgen todo cuanto la Virgen pide y desea: aun en el cielo, donde el Redentor reina sentado á la diestra de Dios Padre, aun allí, en aquel trono que le corresponde como á Rey y Señor de todo lo criado, la Majestad del Verbo Divino guarda para con la Virgen las relaciones de hijo para con una madre; y á esa madre está pronto á honrar, está dispuesto á complacer. Y, en efecto, el Verbo Eterno honra á su Madre y la honra ante las jerarquías de los ángeles y ante los coros de los santos y bienaventurados

de la corte celestial, concediendo, al punto, á la Virgen cuanto la Virgen pide. Las peticiones de la Virgen son atendidas y despachadas en el instante mismo, en que son presentadas en el divino acatamiento, porque Dios las recibe con agrado y complacencia infinita: en la oración que la Virgen eleva en el cielo á la Majestad Divina, el Altísimo es grandemente glorificado: y, si de las oraciones de los justos pondera la Santa Escritura lo muy agradables que son al Señor, diciendo que son el incienso que se ofrece en el cielo ante el altar de Dios; ¡cuánto no será el agrado con que Dios recibe las oraciones de la Virgen! Si las oraciones de los justos, llenos de imperfecciones y de miserias aquí en este mundo, suben al cielo y son presentadas delante de Dios por los ángeles, y Dios las recibe aceptándolas con sumo agrado y complaciéndose en ellas, como en la gratísima fragancia del más delicado incienso que la creación entera ofrece ante el acatamiento de la adorable Majestad de Dios; decid ¡cuál no será el agrado y la complacencia con que son aceptadas las oraciones y súplicas de la Virgen? Esas oraciones, esas súplicas son actos de adoración, con que la Virgen honra al Señor en el cielo: son un reconocimiento del más admirable de todos los atributos divinos, una glorificación incesante de la suma bondad de Dios; y, por eso, las oraciones y ruegos de la Virgen son omnipotentes: la oración de la Virgen es una invitación á la bondad divina, y tras la bondad se manifiesta la omnipotencia, derramando el bien con tanta misericordia.

Orar á la Virgen es, por lo mismo, pedirle que tribute gloria á Dios, que honre los atributos divinos, y sobre todo el de la bondad del Altísimo. La bondad, ese atributo adorable, que Dios tanto se complace en manifestar, en dar á conocer á sus criaturas, en ejercitarlo haciéndolas felices, colmándo-

las de beneficios!

Orar á la Virgen es glorificar á Dios, es dar ocasión al Eterno para que manifieste su amor hacia la Virgen inmaculada, para que satisfaga, (si es posible hablar así), aquel deseo infinito que tiene de honrarla y glorificarla: orar á la Virgen es dar gusto al Todopoderoso, complacer á la augusta Trinidad, que quiere que la Virgen sea invocada, y que acudamos á su intercesión: por esto, Dios Nuestro Señor recibe con tanto agrado, y despacha tan favorablemente, las peticiones que le dirigimos por intercesión de la Virgen. Cierto es que María no puede concedernos por sí misma ni la gracia ni ningún otro beneficio; pero puede orar por nosotros, puede interceder por nosotros, puede interponer sus ruegos en el divino acatamiento y alcanzar cuanto, por medio suyo, pidamos á la bondad divina.

Muy poderosa debe ser dice San Agustín, para socorrer á los redimidos Aquella, cuya santidad alcanzó á merecer aun el precio mismo de nuestra redención. Si la oración de María fué tan aceptable á los ojos de Dios, que concedió por Ella la redención al linaje humano, ¿qué podrá negar para consuelo de los redimidos? *Neque enim dubium quae meruit pro liberandis proferre pretium posse plus omnibus liberatis impendere suffragium* (1). Todo en María es admirable, dice San Germán, patriarca de Constantinopla, todo inmenso, todo superior á los comunes merecimientos: por eso, su patrocinio es mayor que lo que podemos comprender. *Omnia tua admirabilia sunt, o Deipara, omnia ingentia et aliorum vires superantia, propterea et patrocinium tuum majus est quam intelligentia apprehendi possit* (2). Lo que María quiere en el

(1) Sermón 35, de Sanctis.

(2) Sermón de Zona Virginis.

cielo, eso, dice San Anselmo, no puede menos de cumplirse. *Tu vellis et nequaquam fieri non poterit* (1). Los ruegos de María, añade San Pedro Damiano, en el divino acatamiento más que súplicas de esclava son órdenes de señora. *Accedis non solum rogans sed etiam imperans; Domina non ancilla* (2). En el cielo, acordémonos que María es reina y no sierva: acordémonos que no es esclava sino Madre!

¿Qué podremos temer en María? Dudaremos de su bondad, de su compasión para con nosotros? Hable nuestro corazón, hable nuestro corazón! ¿á quién acudimos en nuestras necesidades? cuyo auxilio imploramos con mayor confianza? ¡Ah! nuestro corazón moriría al punto de horror y espanto, si la Virgen, Madre de Dios, no se nos mostrara siempre benigna, siempre misericordiosa, siempre compasiva! ¿Qué sería de nosotros sin la protección de María?

¿Qué palabra de la Santa Escritura explicaremos ahora, que haga á nuestro propósito, entre las muchas relativas á la inmaculada Virgen? Ciertamente es que en una criatura, por más santa que sea, ni en todas las criaturas juntas, con la mayor santidad posible, se podían encontrar méritos suficientes para alcanzar la gracia de la Encarnación del Verbo Divino: pero, con todo eso, en la criatura predestinada para Madre de Dios, podían encontrarse virtudes, por las cuales mereciera, á su modo, la incomparable gracia de llevar en sus entrañas al Hijo de Dios humanado. Así es que, San Bernardo no vacila en aplicar á la Virgen, en un sentido espiritual, aquellas palabras, que de sí misma dice la Esposa mística en los Cantares: *Cum esset Rex in accubitu*

(1) De *Laudibus Virginis*, cap. 2.

(2) Sermón primero de *Nativitate Virginis*.

suo nardus mea dedit odorem suum. (1). Cuando el Rey estaba descansando en su retrete, hó aquí que mi nardo comenzó á difundir su fragancia. Cuando el Verbo Eterno estaba reposando en el seno de Dios Padre, mi nardo comenzó á esparcir su fragancia, mi humildad, mi pureza, la gracia de que estaba llena mi alma le fué tan agradable, como el olor suavísimo del nardo más escogido; y hé aquí que, sin dejar el seno de Dios Padre, donde reposa eternamente, descendió á mi seno, atraído por la fragancia de mi nardo, por lo puro, lo cándido de mi inocencia virginal!

El nardo es florecilla que crece y se levanta muy poco sobre el suelo, florecilla modesta, de cáliz blanco como la nieve y de fragancia muy regalada. Si se oculta en un ángulo del jardín, si se esconde entre las hojas de las demás plantas, la fragancia que despide hace traición á su modestia y la descubre. Así, por más que la humilde Virgen se escondía y ocultaba en su humildad, sus virtudes eran tan excelentes, su mérito tan extraordinario, que el Verbo Eterno descendió del seno del Padre, donde eternamente reposa, al seno immaculado de la Virgen, y tuvo á delicia suya conversar con los hijos de los hombres.

DEPRECACIÓN.

Grande es, oh Virgen admirable, vuestro valimiento para con Dios, y poderosa vuestra intercesión en favor de los miserables pecadores, cuya desgracia nadie puede conocer tanto como Vos misma, con la luz de gloria, de que gozáis en el cielo. Dignaos emplear todo ese vuestro grande valimiento, toda esa vuestra poderosa intercesión en beneficio

(1) Cantar de Cantares, cap. I, ver. 11.

del inmenso número de católicos, que, teniendo fe en Jesucristo, viven enteramente olvidados de todos sus deberes: dignaos orar por los que nunca oran; dignaos pedir gracia para los que ningún aprecio hacen de la gracia: dignaos rogar por los soberbios, que no saben lo que es orar; por los perezosos y sensuales, que, deseando convertirse, no se atreven á hacerlo, de miedo de practicar la virtud, de pena de dejar los vicios. ¡ Oh! María, orad por los que no oran, cuyo número es innumerable... ¡ Oh! María, no olvidéis en vuestros ruegos á los que pasan su vida en un total olvido de Dios: inspiradles devoción á Vos, amor á vuestro Hijo: ponedles amargura en sus vedados deleites, á fin de que abandonen los caminos errados y tornen al sendero de la vida. ¡ Oh! María, orad por los innumerables que nunca oran: orad por los que viven olvidados de Dios: sí, Virgen bondadosa, orad por ellos, rogad por ellos en el divino acatamiento: su miseria es terrible, su desgracia espantosa, viven contentos en medio de sus vicios como si nunca hubiesen de morir: si Vos no orais por ellos, se perderán infaliblemente.—Amén.

LECCION VIGÉSIMA OCTAVA.

DIA VEINTIOCHO DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LAS SIGUIENTES PALABRAS DE LA SEGUNDA PARTE DE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA: ORA PRO NOBIS PECCATORIBUS, RUEGA POR NOSOTROS PECADORES.

I

Veamos ahora qué fin se ha propuesto la Iglesia, al enseñarnos á repetir la palabra pecadores en

la segunda parte de la Salutación angélica.

¿Qué significa esta palabra en una oración dirigida á la Virgen?

¿Qué significa esta palabra, y qué nos recuerda á nosotros, cuando la pronunciamos en la Salutación angélica?

La Iglesia quiere estimularnos á orar, y desea que oremos con fervor. Más, como no puede orar sino aquel que conociere que padece necesidades, la Iglesia, mandándonos pronunciar y repetir la palabra pecadores, intenta ponernos delante nuestras necesidades, para que, ponderando el número y la gravedad de ellas, nos estimulemos á orar continuamente, y á orar con fervor. No oramos, porque no conocemos nuestras necesidades, pues tenemos puesta una venda sobre los ojos de nuestra alma, para no conocerlas; y, lo que es todavía más lamentable, no queremos conocer nuestras propias necesidades, sentimos horror á nuestra miseria; y así, siempre llevamos los ojos cerrados para no verla, pues la conciencia nos está fiscalizando y arguyendo con el testimonio irrecusable de nuestra desgraciada situación. ¿Cómo rechazar ese testimonio? ¿Cómo lograr que la voz de nuestra conciencia enmudezca, y no nos recuerde á cada instante lo que en verdad somos?

Una de las mayores necesidades morales que padecemos es la de no querer conocernos, la de huír de nuestro propio conocimiento: este conocimiento de nosotros mismos nos inspira miedo y le tenemos horror: lo que nos gusta, en lo que encontramos satisfacción es en desconocernos, en ignorar lo que de veras somos. Y á tanto llega nuestra miseria en esta parte, que, para no conocernos nunca á nosotros mismos, solemos formar un concepto ficticio de lo que somos, teniéndonos en mucho más de lo que en realidad valemos; y este concepto lo miramos con

cariño, lo contemplamos sin descanso, y allá en lo íntimo de nuestra alma hemos levantado un altar para esa descontentadiza divinidad de nosotros mismos, y no cesamos de alabarla y engrandecerla.

Dos necesidades morales son, pues, las que padecemos, y cuyo remedio intenta la Iglesia. La primera de esas necesidades morales es la ignorancia de nosotros mismos, la falta de conocimiento propio; y la segunda y más lamentable, sin duda, es la grande estimación que hacemos de nosotros mismos, fundados en el concepto enteramente imaginario y ficticio que de nuestra propia importancia y méritos tenemos forjado. Entrambas necesidades se remediarian, si constantemente reflexionásemos sobre lo que somos. *Nosce te ipsum*, conócete á tí mismo, decían los sabios de la antigüedad pagana, y ésta era la gran máxima de moral antes que el mundo hubiese sido iluminado con las luces de la divina revelación. Conocerse á sí mismo, hé ahí todo el secreto de la virtud y de la perfección moral de los antiguos filósofos paganos. Ya veis que esa máxima de moral era el remedio contra el orgullo y la soberbia, que siempre nos tienen cegados para que no nos conozcamos á nosotros mismos. Pero la sabiduría antigua no había encontrado todavía en este punto la verdad, pues solamente el conocimiento de nosotros mismos no basta para hacernos virtuosos, sino que es necesario, según la máxima del Santo Evangelio, vencernos á nosotros mismos: *Abnegate metipsum*, véncete á tí mismo. En el vencimiento propio está la perfección moral, y aun hasta para conocernos á nosotros mismos, es preciso vencernos, mortificando la grande repugnancia que sentimos para examinar nuestro corazón y reconocer nuestras miserias.

Ponernos delante lo que somos, hacer que lo confesemos nosotros mismos, con nuestra propia bo-

ca, y que pidamos humildemente el remedio de nuestras necesidades, ved ahí, pues, lo que se ha propuesto la Iglesia, al enseñarnos á repetir la palabra pecadores en la Salutación angélica.

Si deseamos saber lo que somos, esta sola palabra *pecadores* nos lo manifestará, con la mayor claridad y evidencia.

Pecador significa criatura profundamente desgraciada, miserable y vil; pero que puede llegar á ser completamente dichosa y bienaventurada.— ¿Quién es un pecador? ¿Qué significa esa palabra? Un pecador es una criatura racional, que voluntariamente ha renunciado el destino sobrenatural para que fué criada: una criatura racional, que ha desobedecido al Criador: una criatura racional, que, por la satisfacción pasajera de un instante, ha despreciado los bienes eternos, cuyo goce no tendrá fin. Pecador, por lo mismo, significa hombre verdaderamente desgraciado, pobre, miserable y digno de lástima. *Reddite peccatores ad cor.* Prevaricadores, nos dice el Espíritu Santo, volved á vuestro corazón, *reddite ad cor*, volved al corazón, entrad dentro de vosotros mismos, y ponderad lo que sois. Entremos, pues, dentro de nosotros mismos, obedezcamos el consejo del Espíritu Santo, y recapitemos lo que significa aquello de ser un pecador!

¿Qué es ser un pecador? ¿Qué es pecar? Muchísimas veces lo habremos oído, muchísimas también lo habremos dicho; pero, talvez, ni una sola lo habremos meditado, que el pecado es el mayor mal del mundo, que es el único que se debe temer, y que en comparación del pecado no hay verdaderos males ni ningún mal que merezca ese nombre en la tierra. Si en esta tan importante verdad no hemos meditado nunca, meditemos despacio ahora: si hemos meditado en ella antes, ahora ahondare-

mos en su consideración, para mover nuestra alma á santos afectos y rectos propósitos.

¿Qué es ser un pecador? El pecador ha renunciado voluntariamente á su fin sobrenatural: vive en el mundo, sin tener derecho á la vida, sin tener derecho á ninguno de esos bienes innumerables que constituyen el beneficio inestimable de la conservación. ¿Para qué hemos sido criados? ¿No es verdad que hemos sido criados para salvarnos, para conseguir los bienes eternos? ¿No es cierto que quien comete pecado mortal advertida y deliberadamente, renuncia, en cuanto está de su parte, á la salvación eterna? Y esa renuncia es criminal, porque no tenemos facultad ninguna de injuriar y de vilipendiar á la infinita sabiduría de Dios: y desprecio y vilipendio de la sabiduría infinita de Dios hay indudablemente en un pecado. Estimar en más los goces momentáneos que los bienes perdurables de la eternidad, ¿no es injuriar á Dios? ¿no es vilipendiar sus adorables atributos? no es despreciar su Majestad?

Un pecador no tiene derecho á cosa ninguna en este mundo: ha sido criado para el cielo, debía ganar el cielo mediante sus buenas obras, porque la vida temporal no es más que un medio para conseguir la salvación eterna: quien renuncia á la salvación eterna, ¿tendrá derecho á la vida temporal? Por ventura, ¿nos criamos nosotros á nosotros mismos? ¿nos dimos la existencia nosotros á nosotros mismos? Y esa Majestad soberana, que nos crió sin necesitar de nosotros absolutamente para nada, sin que en nada le hiciésemos falta, ¿no tendrá dominio sobre nosotros? ¿no tendrá derecho sobre todo cuanto somos, porque todo lo hemos recibido de su mano? ¿No podrá imponernos leyes? ¿darnos preceptos y exigirnos su cumplimiento? ¡Oh! Dios mío! . . . Yo soy un pecador: no tengo derecho ninguno á la vida temporal, no merezco ninguno de

esos bienes que constituyen el beneficio de mi conservación: antes, soy merecedor de toda clase de males: no sólo no merezco bien alguno, sino que soy acreedor á un justo castigo por el quebrantamiento de vuestra ley santa!

¿Qué es un pecador? Un pecador es un morador futuro de las cárceles del infierno. Con el alma, manchada de culpas; con la conciencia, responsable de ofensas á Dios, un pecador se pasea por el mundo, y cada hora de tiempo que avanza es un paso más que da acercándose á la eternidad desgraciada: se ríe, se divierte, se alegra estrepitosamente, pero es un temerario, es un insensato, porque se divierte estando condenado á suplicios eternos, se ríe á pesar de la sentencia de muerte eterna con que le amenaza Dios: y, cuando se pasea por esas calles, acaso, es ya un morador futuro del abismo infernal, donde no tardará en caer para siempre.

Un pecador es un temerario, un atrevido; pero en su atrevimiento y temeridad hay una insensatez terrible. Quebranta los preceptos divinos, injuria á Dios, su Criador, como si Dios, desobedecido é injuriado, no pudiera vengar con el merecido castigo las desobediencias y ultrajes que recibe de sus criaturas. El pecador vive en un continuado ultraje contra la Majestad de Dios: sabe que pecando ofende á Dios, y, no obstante, en el pecar tiene su gusto, su contentamiento, de modo que una miserabilísima criatura, sacada de la nada por la suma bondad de Dios, pone todo su gusto, tiene su complacencia en ofender, en injuriar á Dios que la crió. El Criador, ¿no conoce las ofensas que recibe del pecador? Sí: si las conoce! El Criador, ¿no es omnipotente para castigarlas? ¿podrá el pecador huír de la justicia divina? El pecador no ignora cuán poderoso, cuán justo es Dios para castigar los pecados: el pecador no ignora que no hay como huír de

la justicia divina, y, con todo eso, peca, y con todo eso, del pecado forma una costumbre, una complacencia, una necesidad. ¿Esto no es la mayor insensatez que puede imaginarse? ¿Esto no es la mayor demencia, que puede haber en criatura racional?...

Un pecador es un verdadero insensato, un verdadero loco: la vida de pecado es vida enteramente opuesta á la razón y contraria á ella. Si el pecado se considera desde el punto de vista de lo puramente sobrenatural, ¿habrá locura mayor que trastornar el orden de las cosas establecido por Dios, y convertir en fines los medios? ¿No sería loco el desterrado, que, deseando volver á la patria y pudiendo entrar en ella, se quisiera quedar de esclavo y vivir en servidumbre y humillación vergonzosa? ¿No sería insensato el pobre que despreciara un rico tesoro, solamente por el trabajo de fatigarse un poco para conseguirlo? Y todo esto será comparable con la conducta del pecador? Despreciar los bienes eternos por los bienes pasajeros, lo que dura eternamente por lo que pasa en un momento: posponer el cielo á la tierra, la patria al destierro: la vista y el goce de Dios mismo á los gustos vergonzosos de este mundo! ¿Será posible locura mayor?

Considerando el pecado desde el punto de vista de lo puramente natural, ¿no es el pecado una locura? ¿no es el pecado una demencia? ¿no es el pecado contrario á la razón, opuesto á la luz del sentido común?... No hay pecado, por secreto que sea, que no traiga consigo remordimiento de conciencia, humillación, vergüenza y ruina de bienes temporales: gustos seguidos de ese torcedor de la conciencia, tan inflexible, tan inexorable, tan cruel con nosotros mismos, que amarga los placeres en el momento, en el instante mismo en que los estamos saboreando: gustos que nos humillan ante los hom-

bres, que nos afrentan en la sociedad: gustos, que cuestan tantas penalidades, tantos sacrificios para conseguirlos: deleites, que destruyen con la salud, que disipan la fortuna, que quitan la vida misma. ¿Y no será una locura y una insensatez el buscarlos? Y buscarlos, con tanto empeño, con tanta ansia, con tantos afanes? Correr desalados en pos de la enfermedad, de la miseria, de la vergüenza, de la humillación? Y para conseguir humillación, afrenta, vergüenza, pobreza, miseria, enfermedades y la muerte misma, tantos sacrificios, tantas molestias, tantas penas! . . . ¿Será esto conforme con el dictamen de la razón? ¿Habrá alguien que no se condene á sí mismo en el tribunal de su conciencia? ¿Será posible que el hombre, hablando con sinceridad, niegue las consecuencias del pecado, y desconozca que el pecado es siempre humillante, vergonzoso, y destructor de la salud, de la honra, de la fortuna, de la vida misma? . . .

Un pecador, es, por tanto, no sólo un morador futuro de los abismos infernales, á quien esperan tormentos indecibles que no se mitigarán jamás, sino un miserable, digno de afrenta y de humillación. ¡Dios mío! Voy andando por esas calles, me presento en público, todos me creen honrado, justo, talvez, me tienen por virtuoso, y, entre tanto, á vuestros divinos ojos, ¡quién soy! Un pecador! . . . En el infierno me está preparado el lugar, que, por mis pecados, tan justamente tengo merecido; soy merecedor de que los mismos demonios me avergüencen, me humillen, me castiguen, con afrentas; pero ¿qué digo? ¡afrentas! Para mí nada habrá afrentoso, las afrentas serán para el que haya conservado su honra: para mí, que he pecado, ¿podrá haber afrenta que no sea merecida? . . . Respiro el aire de la vida, gozo de la luz del día, estoy disfrutando de los beneficios de la conservación, y nada

de todo esto merezco, á ninguno de esos beneficios soy acreedor; antes, de todos soy indigno. ¿Qué puede merecer quien, con sus pecados, ha despreciado el fin admirable para que vuestra bondad infinita se dignó criarnos?

Si ponderáramos bien lo que es el pecado, no podríamos menos de horrorizarnos de nuestra desgracia. Estas dos ideas deberían traernos constantemente ocupados en meditarlas y considerarlas: soy una criatura; soy un pecador; Criatura! es decir, la misma nada; no la pequeñez, no la miseria, no: la misma nada, porque, si bien lo consideramos, una criatura, por sí misma, es nada; y, si algo tiene, éso no es suyo, sino de Dios, á quien plugo sacarla de la nada....; Soy un pecador! siendo una criatura, soy al mismo tiempo un pecador! Es decir, que esa miseria, esa nada se ha atrevido á insultar al mismo Dios, á ofenderle, á provocar su justicia y más que todo á injuriar su bondad infinita, esa bondad, con la cual nos sacó de la nada.... ¿Qué males no merece un pecador? ¿De qué castigos no es digno un pecador? Para estimularnos, pues, á orar, la Iglesia nos pone delante, con sólo esa palabra *pecadores*, toda nuestra miseria, todas nuestras necesidades. No suelen orar aquellos que no tienen ni padecen necesidades: pero, el que tiene necesidades, el que padece grandes necesidades, el que conoce y ha ponderado la magnitud de ellas, ese se entristece, se aflige, desea verse libre de ellas y clama pidiendo auxilio, implorando la protección de quien puede acudir en su favor.

II

Para eso decimos, para eso repetimos en la Salutación angélica esa palabra *peccatoribus*, por nosotros pecadores, para recordar nosotros nuestras ne-

cesidades y clamar á la Virgen que se digne alcanzarnos el remedio de ellas. Cada vez que recitemos la Salutación angélica, al pronunciar la palabra pecadores, cuando digamos: ruega por nosotros pecadores, excitemos nuestros corazones á profunda humildad. Somos pecadores, la consideración de que lo somos debe reprimir nuestra soberbia, poner freno á nuestro orgullo y moderar nuestra vanidad. Soy un pecador, es decir, un miserable, indigno hasta de la vida misma que estoy gozando en este momento: quien tiene justamente merecido el infierno, y no una sola sino innumerables veces, ¿qué bienes puede reclamar? ¿de qué males tendrá derecho á quejarse? ¿Cómo será honrado, quien se atrevió á ofender á Dios? ¿Cómo merecerá aprecio y estimación un desventurado, que tuvo en menos los bienes eternos y la gracia de Dios? . . . Si ponderamos, como se debe, el significado de la palabra pecadores, es imposible que dejemos de orar con grande fervor y profunda humildad.

Reconozcamos, por otra parte, que casi no hay un sólo pecado que no cause al mismo tiempo la ruina de nuestros prójimos, ya la ruina espiritual, ya la ruina temporal, ya tanto la espiritual como la temporal á un mismo tiempo: somos, por lo mismo, responsables no sólo de nuestros propios pecados, sino de los males, que, con ellos, hubiéremos causado á nuestros hermanos. Así pues, no olvidemos que, al pronunciar esa palabra: ruega por nosotros pecadores, debemos suplicar á la bendita Virgen, que alcance para nosotros el remedio de los males que hemos causado con nuestros pecados. ¡Oh! ¡Cuánto debe humillarnos y avergonzarnos y llenarnos de horror el recuerdo de que somos pecadores! Esa sola reflexión bastaría para hacernos clamar á la Virgen, que ruegue por nosotros: pero, ¿por qué no oramos? por qué no oramos con fervor?

¡ Ah ! sin duda, porque nos creemos muy ricos, siendo enteramente pobres ; porque, según la enérgica frase del Apocalipsis, nos creemos vivos, estando en verdad muertos !

Esa palabra : ruega por nosotros pecadores, debe recordarnos nuestro destino eterno, el destino sobrenatural de nuestras almas, porque el pecado no es otra cosa sino la culpable renuncia del bien eterno, que posponemos á los miserables goces de los sentidos. Recordemos que hemos sido criados para una felicidad eterna ; recordemos que el conseguirla sólo depende de nuestros propios esfuerzos, recordemos que hay un cielo, que se gana con la contrición y el arrepentimiento, y que hay un infierno, que hemos merecido por nuestros pecados ; y que ese cielo y ese infierno son eternos y no tendrán fin jamás.

¡ Cuánta compasión no debe inspirar á la Virgen inmaculada esa confesión humilde y sincera de nuestros pecados ! Esa palabra pecadores, con que nos calificamos á nosotros mismos, olvidándonos de todo cuanto somos, para no poner delante de nuestros ojos sino nuestra propia miseria ; esa palabra, sin duda, recuerda á la Virgen los grandes misterios de la Redención, la escena dolorosa del Calvario y las últimas palabras de su Hijo divino agonizante. ¡ Oh ! Sin duda, ahora, allá en el cielo, en medio de los goces de la eterna bienaventuranza, el timbre de esa voz divina moribunda, esos acentos ya casi apagados, con aquel tono de amor filial, con aquella acentuación de cariñosa solicitud, sin duda, resuenan todavía en los oídos de la Madre inmaculada ; y, cuando de la tierra se levanta sin cesar ese coro de plegarias, con que la invocan los mortales, la Virgen dichosa vuelve sus miradas al trono de la Divinidad, y en los ojos sagrados del Redentor descubre, como en el grande

día de los tiempos, esa misma mirada llena de dulzura y de compasión que contempló en el Calvario, al fijar su vista en el semblante lívido de Jesucristo, que, al espirar en la cruz, decía, dirigiéndose á su Madre, esas ternísimas palabras suyas: Mujer ved ahí á vuestro hijo, *Ecce filius tuus*.

Yo no dudo que María, la Madre divina, tiene muy presentes en su memoria, ya el aspecto amable y encantador del Niño, como lo contempló en Belén: ya la faz augusta de Jesús agonizante en la cruz, como lo contempló en el Calvario, y esas memorias que llevó de la tierra al cielo son para la Virgen en la gloria un motivo de gozo y de ventura inefable. Las plegarias de la tierra recuerdan á la admirable Virgen sus excelencias y llaman á la puerta de su corazón maternal, estimulándolo á la compasión y misericordia para con los pobres pecadores. Y en el cielo María se recrea en hacer eficaz para nosotros esa sangre divina, esos padecimientos, esos dolores, esa agonía terrible de Jesucristo, que se sacrificó por nosotros con un amor y una misericordia inagotables.

Esa palabra pecadores, que la Iglesia nos obliga á pronunciar por nuestros propios labios, al recitar la Salutación angélica, debe humillarnos y confundirnos, porque es la pública, la solemne confesión que hacemos de nuestra ruindad, de nuestra miseria y de la audacia loca con que, siendo una vil criatura, hemos ofendido á la tremenda Majestad de Dios. Sí: nuestros mismos labios, nuestros labios, han de confesar que somos miserables, despreciables, infames, criminales: nuestra misma boca, siempre llena de jactancia y de soberbia, ha de pronunciar despacio, sílaba por sílaba, esa palabra pecadores, que nos avergüenza y condena, que nos humilla y purifica: con esa palabra nos acusamos, para que Dios nos absuelva; con esa palabra ha-

ce mos presente á la Virgen nuestras necesidades, para que las remedie: repitamos, pues, esa palabra con humildad, con sincero arrepentimiento, con profunda humildad.

Conducido el pueblo de Dios por Josué á la tierra prometida, llegó, según nos refiere la Escritura Santa, á las orillas del Jordán: las aguas del río estaban caudalosas, y no era posible darles vado. ¿Qué hizo entonces el caudillo de Israel? Mandó traer el arca santa de la alianza, la que, en efecto, conducida en hombros de los sacerdotes, se aproximó á la margen del río, y, al punto, las aguas contuvieron su impetuosa corriente, el cause del Jordán quedó vacío, y el pueblo de Dios pudo pasar por camino enjuto á la parte opuesta: las aguas que venían quedaban contenidas delante del arca, al paso que las otras, dividida la corriente, continuaron su curso hacia el mar muerto.

¿Quién no reconocerá en este milagroso acontecimiento una figura de lo que pasó en el orden sobrenatural respecto de la santificación de la Virgen? Las aguas del Jordán corren á perderse en el mar muerto, y desde su origen van rodando á confundirse con las aguas pesadas de ese lago desolado: así también, á su manera, esa corriente de generaciones que venía descendiendo, ciega y precipitada á la muerte sobrenatural, por la culpa de nuestros primeros padres, de repente, milagrosamente, se contuvo cuando llegó el momento de que entrara en ella la Virgen, figurada por el arca de la alianza: las olas precipitadas del pecado original retrocedieron á la presencia de la Virgen, se contuvieron y quedaron suspensas, al aproximarse la Madre de Dios á la vida; ni corrieron mientras pasaba de la orilla de la nada, (dirémoslo así, si nos es permitido semejante lenguaje), de la margen de la nada, á la margen de la vida, sustentada por la gra-

cia y los méritos previstos del Redentor futuro, figurados en los sacerdotes, y precedida de la misteriosa aclamación de los profetas, representados en el sonido de las trompetas de los levitas, que caminaban tocándolas delante del arca.

María es toda santa, toda pura, inmaculada, no sólo libre é inmune de toda culpa, sino llena de gracia, de virtudes y de merecimientos: cuando se habla del pecado, según la advertencia de San Agustín, nada se puede decir que se refiera á María, la santa Madre de Dios. Nosotros, los pobres hijos de Adán, concebidos en pecado, nosotros somos quienes debemos humillarnos, confundirnos, anonadarnos. Hemos pecado innumerables veces, hemos pecado, después de habernos Dios perdonado misericordiosamente y devuelto, con la gracia, la vida sobrenatural: hemos pecado, abusando de la bondad divina y cobrando audacia, fundados en la paciencia de Dios. Cuanto más ponderamos lo que es el pecado, más nos admira la bondad divina, y más nos sorprende nuestra conducta para con Dios.

DEPRECACIÓN.

Día llegará ¡ oh! Madre mía cuando también este miserable pecador se acerque á las orillas del sepulcro en su viaje para la eternidad. ¡ Ay! y ¿cómo encontraré yo entonces ese paso tan formidable? ¿Quién será mi guía? ¿Quién será mi conductor? Olas de tribulaciones y de amarguras se multiplicarán sobre mí, para ahogarme, para hacerme desesperar, para perderme para siempre! . . . Entonces, ¡ oh! María, no me abandonéis, no me abandonéis! Si Vos estais conmigo en aquel momento, entraré confiado en la eternidad, siempre desconocida, siempre pavorosa para una pobre criatura: si Vos me protegéis, pasaré al sepulcro, tranquilo y resignado:

si Vos me asistis, moriré en paz, moriré en la gracia del Señor, y esa muerte será para mí el principio de mi felicidad.—Amén.

LECCION VIGÉSIMA NONA.

DIA VEINTINUEVE DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LA PALABRA NUNC, AHORA.—ORA PRO NOBIS PECCATORIBUS NUNC, RUEGA POR NOSOTROS PECADORES AHORA.

I

En la deprecación ó segunda parte de la Salutación angélica pedimos á la Virgen que ruegue por nosotros, y añadimos de una manera especial dos circunstancias, en las cuales solicitamos ser auxiliados con la intercesión de la Madre de Dios: esas circunstancias son el tiempo presente, y la hora de la muerte.

Expresando, además, la palabra pecadores, con que nos calificamos á nosotros mismos, hacemos á la divina Virgen una manifestación de nuestras necesidades, para que tenga misericordia de nosotros y se digne remediarlas; pues nadie conoce mejor que la Virgen cuán grave mal es el pecado, y cuanto es la desgracia y la infelicidad que atrae sobre sí el que lo comete. De este modo, cada palabra de la Salutación angélica tiene profunda significación y sentidos maravillosos: nada, al parecer es tan sencillo como la Salutación angélica, pero esa sencillez se convierte en abismos profundos de sabi-

duría, en arcanos de ciencia sagrada, cuando meditamos cada palabra á la luz de las enseñanzas de la Iglesia Católica.

Consideremos la significación de la palabra *Nunc*, ahora, que es la que se refiere al tiempo presente.

¿Qué significa esa palabra ahora? ¿Qué pedimos á la Virgen, cuando decimos, que ruegue por nosotros pecadores ahora? ¿Cuál es el fin de la Iglesia al enseñarnos á orar de esa manera? La palabra *ahora* tiene en la Santa Escritura una significación muy notable, pues con ella se da á entender la duración de la vida humana, la que, en verdad, pasa tan rápidamente, que muy bien se puede decir que no dura más que un momento. *Mille anni tanquam externa dies, quae preterit*, mil años son como un día, el día de ayer, que ya pasó. Por lo mismo, notemos la profunda filosofía que encierra la palabra *ahora* en la Salutación angélica.

Significa esa palabra la duración de la vida presente: más, ¿á qué se reduce la duración de la vida presente? ¡Ah! La duración de la vida presente se reduce á bien poco, se reduce casi á nada; se reduce al instante del tiempo presente, es decir, nada más que á un soplo.

El tiempo suele dividirse en tres instantes ó épocas distintas: el pasado, el presente y el futuro. De estos tres instantes, no nos pertenece á nosotros más que el presente; pues el pasado dejó ya de existir, está ya para nosotros enteramente perdido, no es nuestro. ¿Quién puede devolvernos el tiempo perdido, que ya pasó para nosotros? Tampoco el tiempo futuro es nuestro: ese tiempo está todavía en la nada, ni existe, ni se cuenta entre las cosas reales. . . . ¿Cuál instante de tiempo es, pues, nuestro? Solamente lo es el instante presente. Y ese instante presente, á qué equivale? ¿Es un día

completo? Es siquiera una hora íntegra, una hora completa? No: es menos que un día, menos que una hora, menos que un minuto, menos todavía que un segundo: es tan sólo el instante, en que profiero esta palabra; el momento, que pasa mientras voy trazando estas líneas sobre el papel: el tiempo brevísimo, el corto instante que tardé en pronunciar mis palabras anteriores, en trazar los renglones que preceden, ya pasaron para mí, murieron, no existen, no puedo contar con ellos!... Los momentos futuros no están en mi mano, no son míos!

¿Cuál es, por tanto, el significado de esa palabra ahora, en la Salutación angélica? Esa palabra significa, que nosotros, convencidos de que nuestra vida pasa como una sombra, no contamos para merecer los bienes eternos más que con el momento presente, el único que en rigor es nuestro: y, para emplearlo bien, para gastarlo santamente, imploramos el auxilio de la gracia por la intercesión de la santa Virgen.

En esta vida, nuestra alma sólo puede hallarse en dos estados respecto de la gracia santificante: pues, ó poseemos la gracia, ó, por el contrario, carecemos de ella. Si la poseemos, la deprecación *ruega por nosotros ahora*, significa el reconocimiento de la necesidad de la intercesión de la Virgen, para conservar la gracia santificante, que es la vida de nuestras almas, y evitar la mayor de las desdichas, que es el perderla por el pecado. Si carecemos de la gracia; si nuestras almas, por el pecado mortal, están muertas para la vida sobrenatural, la expresión ahora significa la necesidad que padecemos de la gracia, y los deseos con que, por medio de la intercesión de la santísima Virgen, la imploramos del cielo.

Si nos hallamos en estado de gracia, debemos reconocer cuán grandes é innumerables son los pe-

ligros de perderla á cada instante: y la deprecación: ruega por nosotros ahora, nos hará levantar el corazón á Dios, pidiéndole, por la poderosa intercesión de la Virgen, que nos conceda los auxilios necesarios para conservar la gracia, para ser fieles á ella, para cooperar á sus inspiraciones. Hoy día, en este día de mi vida, ahora, *nunc*, me amenazan peligros innumerables de perder la gracia, de debilitarla en mi alma: me acometen tentaciones, el enemigo infernal tiende lazos, me arma asechanzas; y en mis pasiones no mortificadas encuentro obstáculos poderosos para ser bueno, como lo quisiera; obstáculos tanto más terribles, cuanto los llevamos dentro de nosotros mismos y están en nuestra íntima naturaleza, desordenada por la caída de nuestros primeros padres. Las dificultades que se encuentran para conservar la gracia santificante, nos deben hacer clamar á la santa Virgen, pidiéndole sus auxilios, los auxilios de su intercesión poderosa para no perecer á cada instante. Ruega por nosotros, santa María, Madre de Dios, ¿cuándo? *nunc*, ahora: en este día de mi vida, en el tiempo presente, mientras dura nuestra prueba aquí en este mundo!

II

La condición de la vida humana es muy olvidada por nosotros, los mortales. No hemos sido criados para vivir aquí eternamente, no vivimos de asiento en este mundo, ni la tierra es nuestra patria: el lugar de nuestra mansión eterna es el cielo, y nuestra patria es la corte de Nuestro Padre que está en los cielos: este mundo, no es más que el lugar de nuestra prueba, donde estamos por un tiempo determinado, con la obligación estricta de trabajar para alcanzar la vida eterna. Esta condi-

ción de nuestra existencia sobre la tierra la solemos olvidar constantemente, convirtiendo con nuestra imaginación el lugar de destierro y de prueba, en lugar de mansión perpetua.

La Iglesia nos recuerda nuestra condición de desterrados, con esa palabra, ahora: nuestra vida pasa rápidamente, nuestra vida es nada más que un soplo fugaz, que apenas dura un instante; aprovechémonos del tiempo, para merecer la eternidad, *nunc*, ahora: la prueba es momentánea, pasará pronto, no durará más que un breve día; esforcémonos, pues, á cumplir los preceptos divinos, con heroica fidelidad: no desmayemos en la práctica de lo bueno. *Nunc*, ahora: es cierto que hay tentaciones, es cierto que hay tristezas y desalientos, ¿pero durarán sin término? Se prolongarán para siempre? ¡Ah! ¡Cuán pronto acabarán! ¡Cuán en breve tiempo vendrá el descanso! Las penas son momentáneas, *nunc*, ahora: la gloria y el gozo son eternos!

Si estamos en pecado mortal, privados de la gracia santificante, ¡oh! entonces, ¡oh! entonces, con cuanto fervor, con cuánto ahinco, con cuánto anhelo no debemos recitar la Salutación angélica, pronunciando, con la más viva efusión, las palabras: santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora, *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis nunc*. Ahora, sí, ahora, en este presente momento de mi vida, que es el único tiempo que tengo de penitencia: *nunc*, ahora, en este instante, en este punto de tiempo, el único con que yo puedo contar para salvarme. *Nunc*, ahora, en el tiempo de la misericordia, cuando todavía puede haber perdón para mí, pues no puedo contar con el tiempo futuro, ni debo presumir de la bondad divina. Los días que están por venir no sé si serán días de rigurosa justicia para mí, que soy pecador: ahora, ahora, *nunc*, en este momento, imploro la intercesión

poderosa de María, para salir del estado de pecado, hacer penitencia y salvarme!

Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, *nunc*, ahora: en esta tribulación en que me encuentro, en esta enfermedad que estoy sufriendo, en este dolor que me atormenta, en esta aflicción en que me veo sumergido, necesito de la intercesión de la Virgen. Me falta luz para mi mente, fortaleza para mi corazón: me es necesario consuelo para no perturbarme, apoyo que me sostenga para no desmayar: llamo, como quien pide el pan que ha menester para su sustento, y á las puertas de la maternal clemencia de María me presento como mendigo, y le lloro y le clamo y le ruego, con el mismo afán con que el condenado reo implora la vida. Reo soy, no merezco vivir: á la Virgen clamo, á sus pies me postro y de lo íntimo de mi corazón le invoco en mi ayuda, y le demando, con lágrimas, su intercesión.

Notemos finalmente cómo así en la Oración Dominical, como en la Salutación angélica, la Iglesia, siguiendo la inspiración del Espíritu Santo y las enseñanzas del Evangelio, nos manda orar por todos los mortales, por todos nuestros hermanos, sin excluir uno sólo: *ruega por nosotros*, y no decimos solamente por mí, que soy un pecador. En esta manera de orar practicamos la caridad fraterna, acordándonos que todos tenemos por Padre al mismo Dios, que nuestro fin es uno mismo, y que la santa Virgen es refugio y amparo universal de todos los mortales: además, depuestos todos los odios, extinguidas las envidias y abatido el orgullo y la soberbia, cumplimos con el precepto de orar por nuestros enemigos y de hacer bien á todos los que nos persiguen y calumnian. En fin, elevamos también nuestras plegarias por todos aque-

llos á quienes hubiéremos causado daño, ya inmediatamente con nuestros escándalos, ya de otra manera, que á nuestra conciencia estará oculta, pero que á los ojos de Dios se halla manifiesta. Tales son los fines que la Iglesia se propone enseñándonos á orar á la Virgen, pidiéndole en la Salutación angélica que ruegue por nosotros pecadores ahora: *Ora pro nobis peccatoribus nunc*. Tales son los pensamientos y los afectos que debemos excitar en nuestro corazón, siempre que repitamos esas significativas expresiones.

En cada una de las palabras de la Salutación angélica hay enseñanzas admirables, y no basta meditarlas una sola vez, es necesario meditarlas á menudo, ponderarlas despacio, todos los días. Esa palabra ahora, que es la que estamos considerando en este momento, es la protesta que hacemos de nuestra nada, de nuestra humilde condición de criaturas contingentes, miserables, perecederas, y que á cada instante, para no perecer, necesitamos de auxilios y asistencia sobrenatural. Y, ¿habrá quién sea todavía soberbio, recitando la Salutación angélica? ¿Será posible que domine el orgullo en el alma del que haya meditado las palabras del Ave María? ¿Se concibe vanidad en el pecho del que todos los días, y muchas veces al día, repite con devoción el Ave María? No: es imposible ser soberbio, rezando la Salutación angélica: en la meditación de las palabras de ella encontramos bálsamo saludable para curar las llagas, que la soberbia y el orgullo han abierto en nuestra alma: recémosla con devoción, repitémosla á menudo: salga de nuestro pecho, elévese de lo íntimo de nuestro corazón esa plegaria, tan sencilla, tan grave al mismo tiempo que tan humilde y llena de confianza. Reflexionemos que quien orare con humildad, no podrá menos de alcanzar lo que pidiere, porque el obstáculo

mayor que tiene la oración es la soberbia, y nadie puede ser soberbio rezando la Salutación angélica con el espíritu con que debemos recitarla, excitando en nuestro ánimo aquellos afectos de fe viva, de profunda humildad, de segura confianza, que respira cada una de las palabras de tan devota deprecación.

Esta palabra *ahora* debe hacernos recordar que por nosotros mismos, nada podemos en orden á nuestra salvación eterna: podemos pecar, podemos, por nosotros mismos, perdernos para siempre; pero salvarnos no podemos, sino mediante los auxilios de la gracia: la gracia, que nos excita á lo bueno; la gracia, que nos sostiene y fortalece para que lo practiquemos: la gracia, en fin, que nos asiste para que perfeccionemos las obras buenas, que con su auxilio principiamos. La gracia actual, sin la que nada podemos para la salvación eterna, la gracia, eso es lo que pedimos á la Virgen, cuando clamamos á Ella, que ruegue por nosotros ahora. La gracia, que resucita nuestras almas de la muerte del pecado á la vida sobrenatural; la gracia, hé ahí lo que la Iglesia quiere que pidamos á cada instante, porque en todo momento la necesitamos; y quiere que la pidamos por intercesión de la Virgen, á fin de que no podamos menos de alcanzarla, pues Dios no niega jamás á su Madre, las peticiones que la Virgen hace para sus devotos.

¿Qué palabras diremos en elogio de la Virgen? ¿Con qué expresiones la alabaremos? Abramos los Libros Santos y repitamos, ponderándolas despacio, las alabanzas que en ellos encontremos. Como se levanta el cedro en el Líbano, así he sido yo exaltada. De los cedros del Líbano dice el Real Profeta, para ponderar la grandeza, hermosura y lozanía de ellos: que Dios los había plantado con

su propia mano: *Cedri Libani quas plantavit* (1). Ni los huracanes los tronchan, ni carcoma ni polilla los roen ni taladran: firmes, incorruptibles han visto pasar los siglos, sin conmovirse. ¿Habrá una imagen más hermosa de la santidad heroica? Si hablando de su Precursor, dijo Jesucristo: que no era frágil caña que se doblegaba á todo viento, ¿qué no diremos de la santidad de María, de su firmeza, de su constancia, de su privilegiada inmutabilidad en el bien? *Quasi cedrus exaltata sum in Libano* (2). ¡ Ah! Tiene no sólo la magnificencia del cedro del Líbano, es, además, gallarda y esbelta como la palma de Cadez; vistosa, como los cipreses de Sión, y llena de gracia y encanto, como las rosas de Jericó. ¿Cómo decir, cómo describir lo que es inefable? El Espíritu Santo, sirviéndose de los objetos más encantadores de la naturaleza, nos ha dado á entender las grandezas y excelencias sobrenaturales de la santa Virgen. ¿Podremos nosotros describirlas? ¿Alcanzaremos á tener el lenguaje, y el estilo tan levantados y encumbrados, cual conviene á la grandeza y dignidad del asunto? ¡ Ah! ¿Quién será digno de alabar á María? ¿Quién podrá alabar dignamente á Aquella, á quien ha elogiado el mismo Espíritu Santo? Juntad en uno todos los rasgos de hermosura esparcidos en todas las criaturas, y nada habréis hecho para dar alabanzas debidas á la que es Madre admirable, admirable por excelencia.

DEPRECACIÓN.

¡ Y yo me atrevo á tomar en mis labios el nombre de la Virgen! ¡ Yo me atrevo á desatar mi lengua en alabanza suya! ¡ Mis labios impuros, mi

(1) Salmo 103, ver. 16.

(2) Eclesiástico, cap. 24, ver. 17.

lengua manchada! . . . ¿De dónde á mí este atrevimiento? La gratitud á vuestros beneficios, el reconocimiento á vuestros favores, la devoción que el Señor se ha dignado inspirar en mi pecho para con Vos, ¡oh! Madre admirable!, hé ahí la causa de mis elogios, hé ahí lo que excusará mi atrevimiento. . . . ¿Quién soy yo para alabáros? ¡Oh! Madre de Dios, ¡oh! esperanza de los pecadores, yo, miserable, yo, cargado de pecados, yo, lleno de culpas, os he alabado, á Vos, toda santa, toda pura! Alcanzadme del cielo la gracia, que me limpie de culpas, la gracia que me purifique, á fin de que mis alabanzas sean menos indignas de vuestra sublime pureza, de vuestra santidad admirable! ¡Oh! Madre de Dios, así miserable, así manchado é indigno, ¿cómo podré alabáros? ¿Cómo podré bendeciros, santamente? Purificadme, santificadme, ¡oh! Madre santa!, para que pueda alabáros menos indignamente. Amén.

LECCION TRIGÉSIMA.

DIA TREINTA DE MAYO.

CONTINÚA LA EXPLICACIÓN DE LAS PALABRAS: ORA
PRO NOBIS PECCATORIBUS NUNC, RUEGA
POR NOSOTROS PECADORES AHORA.

I

Hemos considerado ya, en las lecciones precedentes, la sublime dignidad de la Virgen como Madre de Dios, y las consecuencias que se deducen de semejante dignidad, mediante la cual María vino á

ser reina de los santos, soberana de los ángeles, señora de todo lo criado y emperatriz de cielos y tierra, asociada por el Todopoderoso á la obra mayor de su divina omnipotencia, y elevada prodigiosamente hasta la participación de las relaciones inefables de las tres santas Personas de la misma augusta Trinidad.

También hemos ponderado la naturaleza de la intercesión de la Virgen, su valimiento poderoso para con Dios, el poder de sus ruegos y la eficacia de su oración en favor nuestro: además, meditando en el significado de la palabra pecadores, que la Iglesia nos manda pronunciar en la segunda parte de la Salutación angélica, procuramos conocer nuestra miseria, sentir nuestra debilidad y penetrarnos de lo grave y terrible de nuestras necesidades, para estimularnos de este modo á orar á la Virgen, clamándole que no cese de interceder por nosotros delante de Dios. Vimos, en fin, cuán indispensable, cuán esencial es la gracia divina para nuestra salvación, y cuán necesaria la mediación de María, para que el Señor se digne concedérnosla misericordiosamente, á pesar de nuestros grandes deméritos. Por lo mismo, ahora debemos considerar las consecuencias, que se deducen necesariamente de las verdades relativas á la intercesión de la Virgen santísima en favor de los desgraciados hijos de Adán: así comprenderemos lo que decimos á la divina Virgen, cuando, dirigiéndonos á Ella en la segunda parte de la Salutación angélica, todos los días, repetimos estas palabras: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc*, santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora.

Existimos en el mundo, vivimos en el tiempo, somos moradores de este punto del universo, que llamamos tierra; pero, ¿hemos existido siempre

aquí en este mundo? ¿hemos vivido siempre aquí en la tierra? Este mundo, en que existimos, esta tierra, donde vivimos, ¿principiaron, acaso, á existir con nosotros? Por ventura, necesitaron de nosotros para existir?... Hace unos cuantos años, hace un poco de tiempo, nosotros no existíamos, ¿dónde estábamos? ¿qué éramos? ¿Estábamos en la nada: éramos nada!... Hoy somos criaturas, cuya vida corre rápidamente, llevándonos con precipitación, á pesar nuestro, hacia ese otro abismo, oscuro, pavoroso, insondable, que llamamos eternidad, donde se han undido todos cuantos han venido á este mundo antes que nosotros.... De todo disputa el hombre, todo lo pone en duda, todo se ha atrevido á negar, hasta la existencia misma de su Criador: empero, hay una verdad que se ve con los ojos, que se palpa, que se toca con todos los sentidos y que, por lo mismo, ni se ha puesto jamás en duda, ni es posible que nadie se atreva nunca á negar. Esa verdad es la evidencia de nuestra muerte.... Hubo un tiempo en que no existíamos: vendrá un tiempo, en que no existiremos. La impiedad puede reirse de todo: las tinieblas del sepulcro son demasiado angustas, para que nuestra insensata vanidad se atreva á hacer burla de ellas!

¿Cuál será, por tanto, el destino que nos aguarda después de la muerte? La religión católica, en nombre de Dios, nos responde enseñándonos, que después de esta vida temporal, que termina aquí con la muerte, hay una otra vida, que dura para siempre, en la cual nos están reservados premios eternos y castigos también eternos.... ¿Dudaremos de esta verdad? negaremos estos dogmas? Pero, por sola nuestra duda, la eternidad ¿se acabará para nosotros? Por sola nuestra negación, ¿el infierno dejará de existir? Bastará negar una cosa, para que ella deje de ser verdadera al instante? Que he-

mos de morir es evidente: la fe nos dice que hay un cielo eterno y un infierno, cuyas penas duran también para siempre. ¿Creemos en estas verdades? Por qué, pues, no hacemos de ellas la regla de nuestras costumbres? . . . ¿Dudamos de ellas? Nuestra duda es sincera, es honrada, es de veras? Pero, por qué dudamos de estas verdades? Por qué las negamos? El criminal, ¿podrá librarse del castigo, diciendo desde el fondo de la cárcel donde está aherrado: no existe el juez que me ha de quitar la vida? ¡Qué locura! ¡Qué insensatez!

Aquí, delante de la sagrada imagen de la Virgen inmaculada: aquí, ahora, al pie de su santo altar, meditemos seriamente en la eternidad. ¡Oh! si por los bienes eternos tuviéramos el mismo afán que por los bienes engañosos y percederos de este mundo! ¡Cómo trabajaríamos por salvarnos! ¡Cuántos sacrificios haríamos para evitar el infierno!

Hagámonos ahora en presencia de Dios esta pregunta, que tanto horrorizaba á los santos: ¿me salvaré? ¿me condenaré? ¿qué será de mí en la eternidad? . . . De aquí á un poco de tiempo, esta miserable vida temporal habrá terminado para mí, y mi suerte eterna estará fijada ya irrevocablemente!

Dos solos caminos y nada más hay para salvarse: el camino de la inocencia y el camino de la penitencia: y es de todo punto imprescindible que vayamos por uno de los dos, pues todos cuantos se han salvado, sin exceptuar ni siquiera uno sólo, han ido al cielo ó por su inocencia ó mediante su penitencia. ¿Por cuál de estos dos caminos me salvaré yo? . . .

La inocencia es aquel estado del alma que conserva la gracia santificante, que le fué infundida en el sagrado Bautismo, sin haber cometido nunca pecado alguno mortal, ni de obra, ni de palabra, ni

de pensamiento. Atendida la fragilidad humana, los peligros á que está expuesta, y las tentaciones de que se encuentra acometida, la conservación de la inocencia es moralmente imposible: en la naturaleza humana no hay fuerzas para conservar la inocencia: el hombre es de suyo frágil, miserable y está muy inclinado á lo malo: vivimos además en medio de objetos materiales y nuestro cuerpo sufre la influencia poderosa de lo sensible. ¿Cómo se podrá conservar la inocencia? Para conservarla íntegra, pura, sin pecado, es necesaria la gracia divina, que prevenga al alma, que la robustezca, que la sostenga, que la asista y auxilie para consumir obras buenas: sin la gracia actual, nada puede el alma en orden á su salvación eterna, y es imposible que nadie conserve toda su vida la inocencia, sin un auxilio muy particular y abundante por parte de Dios. La conservación de la inocencia durante toda la vida es un gran prodigio, es una extraordinaria maravilla en el orden sobrenatural: Dios obra ese portento con sus escogidos únicamente, y entre las gracias que les concede una es la de la devoción fervorosa á la santísima Virgen, mediante la cual conservan su inocencia.

Dios á nadie niega cuantas gracias suficientes sean necesarias para conseguir la salvación eterna, y además concede también á todos, sean justos ó pecadores, ciertas otras gracias superabundantes, como la de orar, la de la devoción á la Virgen santísima, mediante las cuales se pueden alcanzar de la divina misericordia gracias actuales más poderosas, más abundantes, haciendo de esta manera que la gracia, que al principio fué tan sólo suficiente sea eficaz.

A los pecadores Dios les da siempre todas las gracias que son necesarias para su verdadera conversión, y, por un beneficio mayor de su bondad in-

finita, se digna añadir todavía otra gracia más, una gracia misericordiosa en alto grado, que es la de una verdadera devoción á la Virgen María.

Dogma es de fe católica que Dios quiere que todos los hombres se salven, y que ninguno perezca eternamente; y, como las obras de Dios son perfectas, cuanto es de su parte, concede á todos y no niega á ninguno los medios y los auxilios necesarios para la salvación eterna; pero es indudable que muchos, muchísimos se pierden para siempre y se condenan miserablemente. ¿Cómo se explica esa desgracia?... Los que se condenan, se condenan, porque no quieren oprovecharse de los auxilios que Dios les da, para salir del estado de pecado, convertirse eficazmente y hacer verdadera penitencia de sus culpas. Uno de esos auxilios poderosos, que por desgracia, muchos suelen malograr es la gracia de la devoción á la Virgen santísima: esa gracia la concede Dios á las almas puras, para que conserven su inocencia: esa gracia se digna Dios otorgarla á los pecadores, para que se salven. Con los inocentes, con los justos, la gracia de la devoción á la Virgen hace lo que la columna de nube hacía con el pueblo escogido, cuando viajaba por el desierto en busca de la tierra prometida: por la noche le alumbraba, y durante el día le protegía contra los rayos del sol. La Virgen hace lo mismo en el orden sobrenatural, ilumina y defiende: para las tinieblas del alma hace de luz, y en las tentaciones asiste, sostiene y conforta. ¿Qué fuera de los justos sin María?

Para levantarse del estado del pecado, para resucitar de la muerte de la culpa á la vida de la gracia, es indispensable que Dios nos conceda auxilios poderosos y eficaces: pero esos auxilios no se conceden ordinariamente, sino por medio de la oración, de los ruegos, de las súplicas: el pecador no mere-

ce que Dios le conceda la gracia y el perdón: antes, lo que debiera darse al pecador sería la pena que sus culpas están reclamando, el castigo debido á sus iniquidades. ¿Qué es lo que hacemos cuando pecamos? Injuriamos á la suma Majestad de Dios, renunciamos á los bienes eternos, preferimos la criminal satisfacción de un momento á los gozos perdurables de la bienaventuranza celestial: ¿qué merecen nuestros pecados? ¿No es cierto que un sólo pecado merece el infierno? ¿Cómo, pues, al que merecía justicia se le concede misericordia? ¿Por qué al que merecía castigo se le perdona? ¿Por qué al enemigo, al injuriador, se le abren los brazos, se le da ósculo de paz y se le recibe y trata como hijo? ¿Quién pidió misericordia? quién imploró el perdón? quién tuvo tanto valimiento, que trocara así completamente los fueros de la justicia en beneficios de misericordia? Dios es sumamente justo, y no ha podido perdonar sin satisfacción! . . . El secreto de la misericordia está en la poderosa intercesión de la Virgen María: el pecador, á pesar de su vida criminal, había conservado devoción á la Madre de Dios, y esa devoción le ha salvado: á las súplicas de María, la justicia se cambió en misericordia.

La devoción á María ha poblado de bienaventurados la Jerusalén celestial: los santos, que ahora reinan con Dios en el cielo, debieron á la protección de la Virgen los auxilios, las gracias con que alcanzaron su salvación eterna, y el grado de gloria de que ahora están gozando en la patria bienaventurada. Los réprobos, los desgraciados condenados, que hoy lloran sin remedio su perdición eterna, han caído en aquellas voraces y espantosas llamas, porque no quisieron valerse del auxilio eficaz de la devoción á la Virgen, con que les estuvo instando, durante la vida, la misericordia divina: hoy gi-

men, hoy se lamentan, con lágrimas inconsolables. Pudieron invocar á María y no la invocaron: habrían sido amparados por Ella; y rehusaron llamarla en su auxilio: la devoción á la Virgen, de la que, talvez, se burlaron en esta vida: la devoción á la Virgen, de la que hicieron mofa, les hubiera alcanzado esas gracias eficaces, esas gracias poderosas, con las cuales habrían vencido las malas costumbres, refrenado las pasiones, huido de las ocasiones próximas y roto, en fin, las cadenas de los malos hábitos que los tenían cautivos. Despreciaron esa gracia del patrocinio de la Virgen, con que seguramente se hubieran salvado, y hoy gimen y se desesperan, airados contra sí mismos, en las cárceles infernales, donde los tendrá eternamente presos la santa é inexorable justicia de Dios. Rehusaron la misericordia y cayeron en las manos de la justicia, en las que tan espantoso es caer!

¿Queremos salvarnos? ¿Qué será de nosotros: nos salvaremos? nos perderemos para siempre? ¡Ah! nos salvaremos, con tal que seamos devotos verdaderos de la santísima Virgen: como pecadores, necesitamos de la gracia divina para arrepentirnos y hacer penitencia: pero, ¿cómo se nos dará la gracia, si nosotros mismos no la pedimos? La gracia se concede al que la pide, y al que la pide como conviene pedirla. ¿Hemos orado, pidiendo á Dios la gracia de una sincera conversión? Hemos orado, como debíamos? Hemos perseverado rogando y clamando para ser oídos?... Una vez arrepentidos, ¿cómo conoceremos si nuestro dolor es sincero, si nuestro dolor es sobrenatural? El perdón no se da sino al verdadero dolor. Oremos á la Virgen, clamemos á la Madre de la divina gracia, que Ella ruegue, que Ella interceda por nosotros: las virtudes de la Virgen serán nuestra garantía en el divino acatamiento, los méritos extraordinarios de

la Virgen serán nuestra excusa, nuestra defensa ante la justicia de Dios: nosotros no merecemos ser oídos, María merece ser siempre escuchada: nosotros no sabemos pedir, María pedirá por nosotros, y nos alcanzará la gracia: nosotros no merecemos sino el rigor de la justicia divina; María es amada como Madre, y á ese amor de un hijo para con su madre deberemos el perdón y la indulgencia. Somos culpables, somos criminales; para nuestros pecados no hay excusa: ¿qué diremos para excusarnos? Hemos conocido nuestros deberes, hemos tenido gracia abundante para cumplirlos; merecemos el infierno en pena de nuestros pecados: los que tenemos merecido no sólo una vez sino innumerables veces el infierno, ¿cómo nos atreveremos ni á pensar siquiera que somos acreedores á la gracia? Si la gracia siempre es un beneficio indebido á la criatura, por inocente, por santa que sea: ¿cómo pretenderemos merecerla los que no hemos hecho otra cosa toda la vida sino ofender á Dios, injuriar á nuestro Criador, despreciar su misericordia y abusar de su paciencia?... A María, á la Virgen inmaculada, le debemos el no haber sido ya castigados, como nuestras culpas merecían.

II

La devoción á la Virgen es el distintivo de los buenos católicos, es el carácter con que se discierne á los santos. No se encontrará un sólo santo, que no se hayapreciado de ser devoto fervoroso de la Virgen, y cuanto mayor es la santidad, más tierna, más efusiva ha sido la devoción á la Virgen. ¿Qué elogios no han dirigido los Santos Padres á María! ¿Qué alabanzas! ¿De qué expresiones tan magníficas y admirables no se han valido al ensalzarla!... Asimismo, ¿cuán enconado no ha sido el odio de to-

dos los herejes contra la Virgen! La pureza de la fe está siempre acompañada de fervorosa devoción á la Virgen: y ¿qué arcano es ese de que los errores contra la fe hayan de matar en el alma el amor á la Virgen? Por qué la herejía inspira siempre odio á la Madre de Dios? Por qué todos los apóstatas han blasfemado de María?

Si queremos, pues, de veras salvarnos, seamos devotos de la Virgen: procuremos conocer quien es María, sus virtudes perfectísimas, sus méritos incomparables, su dignidad sublime, sus privilegios extraordinarios, sus excelencias, en las que ni ha tenido, ni es posible que tenga semejante: hablemos siempre de la Virgen, con grande reverencia; pronunciamos su nombre, con profundo acatamiento: delante de sus imágenes, en sus templos, al pie de sus altares, manifestemos á todos lo encendido de nuestros afectos, lo fervoroso de nuestra devoción. Hagamos una profesión de nuestra vida de propagar el culto de la Virgen, de difundir su devoción, de dar á conocer su gloria y su grandeza; y consagremos á su servicio todo cuanto seamos y todo cuanto podamos: la palabra, para anunciar su gloria; la pluma, para centuplicar la palabra consagrada á su alabanza.

Tengamos celo ardiente por la gloria de la Virgen, y no dejemos pasar ocasión alguna de aumentar su culto y acrecentar más y más su devoción: que todos y cada uno de los días de nuestra vida estén señalados por un acto de virtud practicado á honra de la Virgen. Procuremos sobre todo glorificar su benditísimo nombre con todos nuestros hechos, con nuestras costumbres, así públicas como privadas, sin que haya en nosotros nada que desdiga de la santidad de nuestra profesión de cristianos y fieles hijos de tan excelsa Madre. Brille en nosotros la pureza, resplandezca en nosotros la cas-

tividad: seamos mansos y humildes de corazón, como el Maestro divino nos ha enseñado; y demos de nosotros mismos en todo tiempo y en todas partes ese buen olor de Cristo, esa fragancia de santidad que quería el Apóstol que difundieran todos los cristianos. Esta es la verdadera devoción á la Virgen, pues alabar con los labios á la Madre de Dios, y deshonorar á Dios con las obras, es devoción reprobada, es devoción engañosa: con ella no puede merecer nadie la protección de la Virgen. Continuar ofendiendo á Dios con pecados, cometidos advertida y deliberadamente; dilatar la conversión, la enmienda de la vida y la penitencia, fundados en la devoción á la Virgen, es el mayor de los engaños, la más lamentable ceguera espiritual. Rezar unas cuantas oraciones á la Virgen, y seguir con impavidez recayendo cada día en nuevos pecados, eso ni es devoción verdadera ni merece el nombre de devoción: antes, puede ser un pecado, y un pecado grave, contra la esperanza en la misericordia divina, cuando la obstinación en el pecado nazca de una vana presunción, confiando en la protección de la Virgen, para continuar ofendiendo á Dios.

Pero, ¿deberán dejar, por esto, los pecadores sus prácticas de devoción á la Virgen? ¡Ah! No: deben conservarlas, como un presagio de vida sobrenatural, como un recurso de que la Providencia misma se vale para no condenarlos inexorablemente: pone el mismo Dios ese lazo entre su Majestad y las almas, lazo muchas veces debilísimo, pero que nunca jamás conviene romper.

Algunas veces solemos preguntar, con cierta especie de inquietud terrible: ¿me salvaré? Estaré predestinado para el cielo?... A esta pregunta, aterrante, sin duda ninguna, debe darle respuesta nuestra conciencia: Dios es infinitamente justo: no puede salvarse sino el que guarda con toda fi-

delidad la ley divina: ¿la guardo yo como debo? ¿cumpro religiosamente las obligaciones que me impone el Evangelio? En mí mismo tengo, pues, la respuesta acerca de mi predestinación. . . . Jesucristo, la Sabiduría infinita, la Verdad Eterna, que vino al mundo para salvarnos, que no puede ponderar ni exagerar, nos dice: que son pocos los que se salvan: *Pauci inveniunt eam* (1). ¿Seré yo de esos pocos? ¡Verdad espantosa! ¡Verdad que hacía prorrumpir en asombrosas exclamaciones al Apóstol, horrorizado de los misteriosos juicios de Dios! La devoción á la Virgen es nuestro único consuelo: acudamos á la Virgen, acojámonos á su amparo, imploramos su protección, llamémosla en nuestro auxilio: Dios mismo nos la ha dado, para que sea nuestra abogada, nuestra intercesora, la medianera entre nosotros y nuestro Juez. Sirvamos, pues, siempre á la gran Virgen María, diremos con el venerable Beda, porque nunca deja abandonados á los que esperan en Ella: *Serviamus semper tibi Reginae Mariae, quae non derelinquit sperantes in se* (2). María es, decía San Bernardo, el motivo mayor de mi confianza; María es el fundamento de mi esperanza: *Haec mea magna fiducia, haec tota ratio spei meae* (3).

En la Santa Escritura se cuenta que Rut, la célebre joven moabita, solía descender al campo de Booz en Belén, para recoger las espigas que dejaban olvidadas los segadores, y alimentar con ellas á su suegra, la anciana y desvalida Noemi. Booz, prendado de la hermosura y de las virtudes que resplandecían en Rut, no sólo mandó á los segadores que dejaran caer de propósito de sus manos algu

(1) San Mateo, cap. 7, ver. 14.

(2) Homilia de Sancta María.

(3) Sermón de *Aquae ductu*.

nas espigas, sino que invitó también á la joven á participar de la comida preparada para los labradores; y, al fin, la tomó por esposa haciéndola señora y heredera de todas sus riquezas.

Ésa mujer joven, virtuosa, llena de hermosura, que abandona las comodidades de su patria y de su hogar, para venir á la tierra de Israel, movida del generoso deseo de asistir y socorrer á una anciana, pobre y desventurada, es una figura profética de la Virgen María. Cuando el Angel le pidió su consentimiento para la Encarnación, la Virgen no vaciló en darlo, impulsada por los afectos de la más perfecta caridad para con el prójimo, aceptando todos los dolores, todas las angustias, todos los padecimientos, terribles, inauditos, que la divina Maternidad había de ocasionarle. En los tesoros sobrenaturales de las gracias y méritos del Hombre-Dios encuentra la Virgen esa misericordia inagotable, con que socorre á los pobres pecadores, representados en la triste Noemi, huérfana de sus propios hijos, es decir, sin virtudes ni merecimientos delante de Dios. Con las espigas, que recoge alimenta la piadosa joven moabita á Noemi, cuya vida se consumiría en la miseria sin ese auxilio providencial, preparado por Dios, con señalada misericordia: y ¿ qué sería de nosotros, pobres pecadores, si María no se compadeciera de nosotros, alcanzándonos gracia y auxilio oportuno en nuestras necesidades? Más esa gracia, esos auxilios, ese cúmulo de beneficios innumerables, que la Virgen derrama bondadosamente sobre sus devotos, no son más que unas cuantas espigas recogidas en el tesoro de los méritos infinitos de nuestro Señor Jesucristo: por ventura, ¿ esas espigas, que quedaban olvidadas ahí en los campos; esas espigas, que el compasivo Booz mandaba á sus segadores que dejasen caer de propósito, para que, sin rubor, las recogiera Rut,

disminuían en algo la abundante cosecha agabillada en las éras del rico labrador de Belén? ¿Qué son cuantas gracias se derraman por manos de la Virgen, en comparación del caudal infinito de merecimientos de nuestro Redentor? Las riquezas de Booz vienen á ser propiedad de Rut, como una profecía admirable de lo que había de llegar á ser la Virgen, exaltada á la sublime dignidad de Madre de Dios, y como consecuencia necesaria de esa dignidad constituída reina y señora de todo lo criado, dispensadora de todas las gracias y refugio y amparo de los pecadores. Booz levanta á Rut á la dignidad de esposa suya, así como, un día, el Altísimo sublimó á la humilde Virgen de Nazaret hasta la participación de las relaciones inefables de las santas Personas de la adorable Trinidad. No temas, decía el poderoso Booz á la humilde Rut; yo haré cuanto me has pedido: *Noli metuere, sed quidquid dixeris mihi, faciam tibi* (1). ¿Qué podrá negar Dios á la Virgen, preguntaremos á una con todos los Padres de la Iglesia y Doctores católicos? Hace el Todopoderoso cuanto pide la Virgen: *Quidquid dixeris mihi faciam*.

Rut, llena de dicha y felicidad como esposa de Booz, llevó también la alegría y el contento al hogar solitario de la desdichada Noemi, porque María había de dar gloria á todo el mundo, con su divino y virginal alumbramiento: ya en los posteros días de su vida, Noemi acariciando en su regazo al hijo de su nuera Rut, de su hija adoptiva, se tuvo por feliz, y aceptó los plácemes, con que todos sus parientes celebraban su dicha inesperada. ¿No es verdad que, por medio de la humildísima Virgen, ha venido al linaje humano toda dicha y felicidad? El pobre linaje humano, que perecía,

[1] Libro de Rut, cap. 3º, ver. 11.

salto de todo auxilio y gracia sobrenatural, recibió, por medio de la Virgen, á su Redentor, por quien ha sido enriquecido á maravilla con toda clase de bienes: por amor á María, Dios ha hecho beneficios innumerables á todos los hombres, que somos hermanos de la hija de Adán y coherederos de Jesucristo. La humildad de Rut cautivó el corazón de Booz: la humildad profunda, la humildad admirable de la excelsa Virgen, rindió al Eterno y lo hizo hombre para redimir á los hombres, quedando Dios vencido por el amor, según la expresión de San Bernardo: *Triunfat de Deo amor*.

DEPRECACIÓN.

¡ Oh! María, ¡ oh! Madre inmaculada, desde hoy en adelante os invocaré con vivo fervor, llamándoos en mi auxilio para la hora de mi muerte. Esa hora me es oculta, yo no sé ni el día, ni el lugar: ignoro la manera y circunstancias con que terminará mi vida, y solamente conozco con certidumbre que he de morir, y que á la muerte me voy acercando con precipitación. ¿Quién orará por mí entonces? ¿Quién se acordará de rogar, pidiendo misericordia para mí? ¡ Ay! ¿Quién clamará pidiendo misericordia para mí? El que muere, si bien se mira, muere abandonado siempre en el orden sobrenatural; pues todos los afanes se enderezan á conservar la vida temporal, teniendo en muy poco alcanzar la eterna. ¡ Oh! ¡ María! . . . ¿Quién orará por mí entonces? Tanta bondad para conmigo hasta hoy día, os ruego que sea prenda de vuestra protección en mi última hora.

Talvez, en aquellas angustias no podré invocaros: ¡ Oh! María, desde ahora para entonces, yo os invoco, asistidme, protegédme, alcanzadme una muerte verdaderamente cristiana, y tenga yo el consuelo de espirar invocándoos.—Amén.

LECCION TRIGÉSIMA PRIMERA.

DIA TREINTA Y UNO DE MAYO.

EXPLICACIÓN DE LAS PALABRAS: ET IN HORA
MORTIS NOSTRÆ, Y EN LA HORA DE NUESTRA
MUERTE, CON QUE TERMINA LA SEGUNDA PARTE DE
LA SALUTACIÓN ANGÉLICA.

I

Después de pedir el auxilio de la Virgen y de implorar su intercesión para la vida presente, y para cada uno de los momentos de ella, concluimos la deprecación de la Salutación angélica, suplicando á María que interponga por nosotros sus ruegos poderosos en el instante de nuestra muerte, en el momento último de nuestra vida. ¿Qué es lo que pedimos á la Virgen en esta última parte de la Salutación angélica? ¿Por qué oramos de una manera tan especial, pidiendo, todos los días de nuestra vida, la intercesión de la Virgen para el trance postrero de nuestra partida de este mundo á la eternidad? ¿Cuál es la significación de estas palabras? ¿Con qué espíritu debemos repetir las? Hé ahí las consideraciones que es necesario hacer, para comprender el sentido que tienen las últimas palabras de la Salutación angélica.

La salvación de nuestra alma es el gran negocio de toda nuestra vida, es el más importante, es el único negocio: todos los demás bienes habrán sido perdidos, si perdemos nuestra alma: todas las gracias habrán sido inútiles, si en el último momento de la vida, cuando llega para nosotros el caso de partir á la eternidad, la muerte nos sorprende en

le pedimos que ruegue por nosotros en la hora de nuestra muerte: no dejéis de clamar: vuestros clamores serán escuchados. . . . Por caminos que vos ignoráis, pero que á la Providencia divina son muy conocidos, os llamará á penitencia. ¿ Sois inocente? ¿ Tenéis alguna seguridad de haber conservado hasta este momento limpia de toda mancha grave vuestra alma? ¿ De dónde os viene á vos esa seguridad? ¿ Talvez, la soberbia os ha cegado, y lo que pensáis que es paz de una conciencia inocente no es, en verdad, más que una triste y funesta ilusión causada por el orgullo? La oración á la santa Virgen os es muy necesaria: clamad, clamad con fervor, clamad con perseverancia: vuestra alma necesita de luz, pero de la luz de la misericordia, antes que el resplandor de la justicia, cuando ya no tengáis remedio, venga á disipar los funestos engaños de vuestra soberbia.

¿ Sois pecador? ¿ Estáis arrepentido? Más, ¿ quién os ha asegurado que perseveraréis hasta el fin? ¿ qué no volveréis á caer en pecado? ¡ Oh! ¡ Con cuánto fervor no debéis clamar á la Virgen que ruegue por vos en la hora de vuestra muerte: esos ruegos os alcanzarán, sin duda ninguna, la gracia de la perseverancia final!

¿ Sois pecador? ¿ Habéis hecho, talvez, penitencia de vuestros pecados? Pero, decidme, ¿ tenéis seguridad de que vuestra penitencia fué sincera? ¿ Estáis seguro de que vuestro arrepentimiento fué sobrenatural, de que vuestro propósito fué eficaz? ¡ Oh! ¡ Cuántos y cuántos que se tenían por penitentes, se desengañaron á la hora de la muerte! ¡ Cuántos, cuando ya no había remedio! Es necesario clamar á la Virgen, que ruegue por nosotros en nuestra última hora, para que la gracia de la perseverancia final nos sea concedida: que esa gracia venga á tiempo para nuestro remedio: esa gracia,

la más preciosa de todas las gracias, se nos concederá por los méritos y la intercesión de la Virgen.

En la hora de la muerte, cuando necesitamos de más eficaces auxilios de la gracia, y, por lo mismo, de más fervorosa y constante oración de nuestra parte para alcanzarlos, es precisamente cuando es muy difícil y casi imposible orar, por los obstáculos é impedimentos que estorban la oración en aquella hora. Es muy necesaria mayor oración en aquella hora, porque también los peligros de la salvación son mayores en aquellas circunstancias; pues las tentaciones son innumerables, y más poderosas, y más tenaces, que en todo el discurso de la vida: las sugerencias de los espíritus infernales son más formidables, pues acometen con mayor furia, viendo cuán poco tiempo les queda para hacernos daño; redoblan sus asaltos, esfuerzan sus ataques, no cesan de darnos investidas, deseando perdernos para siempre y hacernos eternamente desgraciados. En tan apurados momentos, el auxilio sobrenatural de la gracia nos es indispensable, para no sucumbir, para no perecer. Además, las pasiones no domadas, los malos hábitos inveterados, los vicios á que durante la vida hemos dado pábulo, adquieren cierta fiereza indomable en aquellos momentos; y en un cuerpo débil y en una imaginación moribunda, se levantan como llamaradas repentinas de mal apagados incendios, que intentan reducir á cenizas los pocos restos de vigor cristiano que habían quedado en nuestra pobre alma. La oración entonces nos es más necesaria; pero también, por desgracia, entonces es cuando menos podemos orar. Nuestras fuerzas corporales están casi agotadas: postrados en el lecho del dolor, apenas nos quedan restos de vida, y nuestra existencia es una verdadera lucha entre la vida que se nos acaba, y la muerte que va destruyéndonos por momen-

tos: los sufrimientos de la enfermedad nos tienen agotados, y hemos sucumbido al peso de los males y dolores que destrozan nuestro cuerpo: las potencias del ánimo están enervadas, y parece como si el espíritu hubiese reconcentrado todas sus fuerzas para soportar los dolores del cuerpo, casi olvidado por completo de todo lo que no sea sufrir: la imaginación no quisiera detenerse en tan desapacibles recuerdos como son los que entonces se presentan, y la mente se fatiga y la voluntad se consume, buscando el camino de dar con la salud y de volver al goce de la vida. ¿Quién ora en aquellos instantes? ¿Quién levanta con fervor el corazón á Dios en aquellos momentos? Y, no obstante, entonces es cuando necesitamos de mayores auxilios sobrenaturales, y, por lo mismo, de más fervorosa y constante oración para alcanzarlos. ¿Qué será de nosotros miserables? Necesitamos de auxilios poderosos de la gracia, y casi no podemos orar; ¿nos perderemos para siempre? ¿Ah! Para entonces, para entonces, es precisamente para cuando valen las súplicas dirigidas á la Virgen durante la vida, pidiéndole que ruegue por nosotros en la hora de nuestra muerte! ¡Dichoso entonces quien hubiereorado con fervor durante la vida!

Más las dolencias corporales, los sufrimientos físicos no son el único obstáculo para la oración en la última hora. Entonces nuestra alma padece amarguras indecibles, congojas y dolores sin comparación más terribles que los más crueles dolores que mortifican el cuerpo. Por lo pasado, la tristeza, considerando cómo se ha finalizado todo en un instante, desvaneciéndose cual un ensueño, una ilusión y nada más: esa profunda pena de haber de dejar necesariamente todo cuanto más se ama en la vida; esa negra melancolía, viendo burladas las esperanzas de vivir; ese desabrimiento de los bienes

eternos, en cuya consecución no nos hemos ocupado: ese tedio y hastío de lo mismo que con tanta ansia se ha buscado: el terror de la muerte, cuyos secretos tenebrosos nos son completamente desconocidos: decid, ¿serán estas condiciones propicias para orar? ¿y para orar, como es necesario orar en aquellos momentos, en aquella hora terrible, en aquel instante supremo?

Añadid á esto la tristeza y angustia que suele apoderarse del alma, á medida que nos vamos acercando al sepulcro: nuestra alma ha sido criada para vivir unida con nuestro cuerpo, y la separación que causa la muerte es siempre contraria á la condición natural de nuestra existencia, y no puede menos de sernos muy triste. De ahí esas ilusiones que nos hacemos de que la muerte está muy distante de nosotros: y aun estando ya con los pies dentro del sepulcro, todavía conservamos la esperanza de vivir, de vivir largo tiempo: para nuestro amor de la vida, la muerte siempre nos llega en hora importuna!... Dejar las cosas temporales, cuya adquisición tanto nos ha costado: apartarnos, y apartarnos para siempre de todos aquellos á quienes amamos, con la convicción de que ese apartamiento es eterno: despedirnos de la vida y de este mundo, donde, por muchos que hayan sido nuestros trabajos é infortunios, siempre tenemos apego al lugar de nuestra mansión: perturbada el alma, anublado el corazón, sumergidos en ese piélago de tribulaciones que acompañan inseparablemente á la hora postrera, ¡ah! decid, ¿serán todas estas circunstancias favorables para poder orar y para orar con fervor?

La grande tribulación de la muerte, la tremenda, la suprema es la causada por la incertidumbre de la suerte que nos está reservada en la eternidad. ¡Conque voy á morir: de aquí á pocos instantes se me habrá acabado la vida, habré dejado de exis-

tir en este mundo: el plazo de mi vida se cumplió, el número de mis días se ha llenado para mí: ya no tendré ni una hora, ni un momento, ni siquiera un instante más de vida: el término fatal está señalado, de allí no podré pasar!... ¡Conque es cierto que me llegó mi fin: lo que me imaginaba lejano y muy remoto, ya lo tengo presente, ya está sobre mí, y yo me voy entrando por las puertas del sepulcro, siempre oscuras, siempre pavorosas, siempre desconocidas! ¡Conque es cierto que voy á morir: de aquí á pocos instantes habré experimentado, por mí mismo, lo que es la eternidad: ¿qué será de mí?... ¡ay! ¿qué será de mí? ¿Me salvaré? ¿Soy inocente? ¡Conciencia, conciencia mía, piedad! ¡Inocencia, y á mí! ¿Me salvaré? Sólo se salvan los que hacen penitencia! ¿La he hecho yo? ¿Ha sido sincera, sobrenatural? ¿Ha sido proporcionada á mis pecados? ¿He reparado los escándalos? ¿He resarcido los daños que he causado? ¡Cuánta incertidumbre! ¡Cuánta amargura!... En esos instantes, la oración es muy necesaria; pero, también en esos instantes la oración es muy difícil: por eso, la Iglesia nos ha querido prevenir para entonces, mandándonos orar todos los días á la Virgen, pidiendo los ruegos y el valimiento poderoso de la Madre de Dios para la hora de nuestra muerte.

Y decidme, por fin, ¿sabemos cuando moriremos? ¿Sabemos la manera cómo moriremos? ¿Moriremos repentinamente, cogiéndonos la muerte de sorpresa y arrebatándonos á la eternidad, cuando nos hallábamos más descuidados? ¿Tendremos libre el uso de nuestra razón, sana la mente y expeditos los sentidos? ¿Seremos, talvez, acometidos por la muerte en paraje donde sea imposible recibir los auxilios de la religión?... Todo esto es posible; y, por eso, debemos clamar á la Virgen en

todo momento, que ruegue por nosotros en la hora de nuestra muerte. En la hora de nuestra muerte, cuando tanto necesitaremos de la oración; cuando no podremos orar, cuando no habrá, talvez, nadie que ore por nosotros. Abandonados, solos, desamparados de todo auxilio espiritual, talvez, nuestra pobre alma batallará largas horas en las congojas de la agonía, sin que haya nadie que clame por nosotros, nadie que ruegue al Señor que tenga misericordia de nosotros. Nuestro lecho de muerte estará, talvez, rodeado de numeroso grupo de asistentes; y mientras que unos sollocen angustiados, y otros, acaso, nos contemplan con helada indiferencia, nadie habrá que dirija al cielo por nosotros ni una plegaria, ni un suspiro, ni una oración. Levantemos, desde ahora, nuestros gemidos á la Virgen, comprometiéndole á que no nos abandone, á que no nos desampare en aquel trance, á que venga en nuestro auxilio, á que acuda en nuestro favor, y ruegue por nosotros en la hora de nuestra muerte.

II

Esta última deprecación, con que concluye la segunda parte de la Salutación angélica, tiene una muy importante significación dogmática. En efecto, la muerte puede ser estimada de una manera moral, según las doctrinas ó creencias religiosas que profesemos acerca de nuestra suerte futura más allá del sepulcro. Si, por desgracia, sostenemos el error de que no hay penas ni premios eternos después de esta vida, entonces la consideración de la muerte nos lanzará en la desesperación, y de la desesperación en los placeres criminales de los sentidos. Más, si creemos en la gran verdad cristiana del cielo y del infierno que durarán para siempre, entonces la idea de la muerte será imposible que no nos

haga virtuosos, inspirándonos altos pensamientos, generosos afectos, santas resoluciones y firmes propósitos. Hé ahí el fruto que debemos sacar de la frecuente resitación del Ave María. Cuando digamos: ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte, ¿podremos, acaso, quedar atollados en el fango de los placeres sensuales? ¿Para qué fin orar, si en la muerte todo se acaba, y no hay penas ni premios eternos? ¿Por qué ese temor de vernos desamparados de auxilios sobrenaturales en la hora postrera, si no hay una otra vida, donde por Dios seremos severamente juzgados? La Salutación angélica es una protestación completa de nuestra fe cristiana, y es imposible que la resitación de ella no influya poderosamente en el orden moral de nuestras costumbres.

En fin, cuando pedimos á la Virgen que ruegue por nosotros pecadores en la hora de nuestra muerte, imploramos la intercesión de la Madre de Dios y sus ruegos poderosos no sólo para nosotros, sino también para todos nuestros prójimos, y principalmente para aquellos que no oran, porque no quieren orar. ¡Ay! por ellos principalmente! Esos desgraciados hermanos nuestros, que reniegan de la fe, para ahogar los remordimientos de la conciencia: éstos, que nunca oran, porque tienen su alma demasiado distraída en los placeres de los sentidos, por lo cual nunca vuelven al interior del corazón: éstos, que en la abundancia de los bienes de la tierra no se acuerdan nunca de los del cielo: por todos esos desgraciados hermanos nuestros que no oran nunca, porque se engañan pensando que nunca han de morir; por todos esos desgraciados hermanos nuestros, que se burlan de nosotros cuando nos ven rogar por ellos; por todos esos oramos, cuando, repitiendo la Salutación angélica, pedimos á la Virgen que ruegue por nosotros pecadores aho-

ra y en la hora de nuestra muerte. Tan santas, tan admirables son las enseñanzas que contiene esta última parte de la Salutación angélica.

¿ De qué afectos debe estar poseída nuestra alma cuando la repitamos? ¿ De qué afectos, sino de la más profunda humildad, del más fervoroso deseo de la salvación eterna? La humildad, reflexionando que por nosotros mismos somos nada, que podemos perdernos á cada instante, y que, sin Dios, nada hacemos que sea meritorio para la vida eterna: el deseo de la salvación eterna, porque el recuerdo de la muerte nos pone de manifiesto lo caduco, lo perecedero de los bienes terrenales, la nada de este mundo, y nos estimula á no pensar más que en los bienes eternos, en el goce de Dios para siempre. Si nuestra alma y nuestro cuerpo no fuesen criados para una bienaventuranza perdurable, ¿ nos hubiera enseñado la Iglesia á clamar tan incesantemente á la Virgen, pidiéndole que sea propicia y nos asista, rogando á Dios por nosotros en la hora de nuestra muerte? Claro es que no. . . . El culto de la Virgen es un estímulo para aspirar á la eterna bienaventuranza: sí, es un estímulo para no olvidar que hay un cielo, que ese cielo es para nosotros y que ese cielo es eterno!

Cuando David andaba fugitivo de las iras del rey Saul, llegó al desierto del Carmelo, donde supo que Nabal, rico israelita que tenía sus posesiones en aquella comarca, se hallaba ocupado en hacer el esquileo de sus ovejas. Nabal era esposo de Abigail, mujer tan prudente y discreta, como hermosa.

Viéndose David enteramente falto de recursos para alimentarse á sí mismo y proveer de sustento á los hombres que le seguían, envió un recado muy comedido á Nabal, dándole la enhorabuena por su prosperidad, deseándosela mayor y suplicándole que partiese de su abundancia con los que,

hallándose ocultos en el desierto, carecían de todo recurso para sustentarse. Llegaron los mensajeros de David á casa de Nabal, y puestos en su presencia, le dieron la salutación y embajada que llevaban de su señor: más Nabal, hombre áspero y de condición dura, despidió desabridamente á los portadores del recado, y diciéndoles palabras de impropio, les negó todo recurso.

Según las costumbres de los hebreos, el esquila de las ovejas era como fiesta doméstica, en la que la prosperidad de las familias se celebraba con banquetes y regocijos: llegar á la casa de un israelita en esas circunstancias era acudir en ocasión muy propicia para ser obsequiado y agazajado por el padre de familias. Presentarse, pues, embajadores de un príncipe en semejantes circunstancias en casa de Nabal, para saludarlo en nombre de su señor y pedirle algún socorro; y despedirlos con desaire, añadiendo á la negativa de comida los baldones, era hacer injuria muy grave y manifestar profundo desprecio hacia la persona del que los enviaba. Llenóse, pues, de indignación David así que oyó la respuesta de Nabal: ciñóse su espada, mandó tomar las armas á cuatrocientos de sus soldados, y se puso en camino, resuelto á castigar por su propia mano la injuria que había recibido.

Entre tanto Nabal, sin considerar los resultados que podía tener su falta, se ocupaba solamente en aparejar lo necesario para el banquete, con que había de celebrar el esquila de sus numerosos rebaños. Empero, Abigail, instruída por uno de los sirvientes del error cometido por su esposo, andaba solícita en poner inmediatamente los medios que le sugería su prudencia para evitar la ruina y destrucción que iba á sobrevenir á su casa y familia; así, tomando disimuladamente el camino, y precedida de un copioso presente, salió al encuen-

tro de David. En la falda del monte fué donde sucedió que se encontrasen el príncipe que marchaba á casa de Nabal, y la esposa de éste que se adelantaba al camino, para contenerlo.

Tan luego como Abigail descubrió á David, se postró en tierra, le hizo profunda reverencia, y tomando la palabra hablóle en términos tan suaves y discretos, presentóle con admirable tino reflexiones tan sabias y prudentes, que David no pudo menos de aplacarse y serenarse completamente: aceptando el obsequio de Abigail, se despidió de ella, bendiciéndola, porque con su prudencia le había librado de teñir sus manos en sangre, vengándose de sus enemigos y castigando sus injurias, con su propia mano.

Veamos ahora la aplicación de este suceso del Antiguo Testamento al ministerio sobrenatural de María en la ley de gracia. ¿Qué es lo que Dios nos pide á nosotros, criaturas suyas? ¿No es verdad que nos pide solamente cosas que están en nuestras propias manos? Sacrificios que podemos hacer, sin grande dificultad, con el auxilio de la gracia, que no nos faltará nunca! Y ¿cuál es nuestra conducta para con Dios? En medio del goce de la abundancia de bienes que el Todopoderoso se ha dignado concedernos, solemos perder el juicio y la cordura, entregarnos completamente á la satisfacción de nuestros apetitos desordenados y ofender á nuestro Criador, quebrantando sus leyes y despreciando su poder. ¿Qué sería de nosotros sin la poderosa intercesión de la Virgen? Cuando la justicia divina se dispone á castigarnos, cuando por nuestras culpas merecíamos ser exterminados de la tierra y sepultados en los abismos del infierno, la Madre de misericordia se interpone entre el Juez Eterno y nosotros, aplaca la justa indignación del Señor y alcanza perdón é indulgencia para los culpables. Dios pone sus ojos en los

hallándose ocultos en el desierto, carecían de todo recurso para sustentarse. Llegaron los mensajeros de David á casa de Nabal, y puestos en su presencia, le dieron la salutación y embajada que llevaban de su señor: más Nabal, hombre áspero y de condición dura, despidió desabridamente á los portadores del recado, y diciéndoles palabras de improprio, les negó todo recurso.

Según las costumbres de los hebreos, el esquileo de las ovejas era como fiesta doméstica, en la que la prosperidad de las familias se celebraba con banquetes y regocijos: llegar á la casa de un israelita en esas circunstancias era acudir en ocasión muy propicia para ser obsequiado y agazajado por el padre de familias. Presentarse, pues, embajadores de un príncipe en semejantes circunstancias en casa de Nabal, para saludarlo en nombre de su señor y pedirle algún socorro; y despedirlos con desaire, añadiendo á la negativa de comida los baldones, era hacer injuria muy grave y manifestar profundo desprecio hacia la persona del que los enviaba. Llenóse, pues, de indignación David así que oyó la respuesta de Nabal: ciñóse su espada, mandó tomar las armas á cuatrocientos de sus soldados, y se puso en camino, resuelto á castigar por su propia mano la injuria que había recibido.

Entre tanto Nabal, sin considerar los resultados que podía tener su falta, se ocupaba solamente en aparejar lo necesario para el banquete, con que había de celebrar el esquileo de sus numerosos rebaños. Empero, Abigail, instruída por uno de los sirvientes del error cometido por su esposo, andaba solícita en poner inmediatamente los medios que le sugería su prudencia para evitar la ruina y destrucción que iba á sobrevenir á su casa y familia; así, tomando disimuladamente el camino, y precedida de un copioso presente, salió al encuen-

tro de David. En la falda del monte fué donde sucedió que se encontrasen el príncipe que marchaba á casa de Nabal, y la esposa de éste que se adelantaba al camino, para contenerlo.

Tan luego como Abigail descubrió á David, se postró en tierra, le hizo profunda reverencia, y tomando la palabra hablóle en términos tan suaves y discretos, presentóle con admirable tino reflexiones tan sabias y prudentes, que David no pudo menos de aplacarse y serenarse completamente: aceptando el obsequio de Abigail, se despidió de ella, bendiciéndola, porque con su prudencia le había librado de teñir sus manos en sangre, vengándose de sus enemigos y castigando sus injurias, con su propia mano.

Veamos ahora la aplicación de este suceso del Antiguo Testamento al ministerio sobrenatural de María en la ley de gracia. ¿Qué es lo que Dios nos pide á nosotros, criaturas suyas? ¿No es verdad que nos pide solamente cosas que están en nuestras propias manos? Sacrificios que podemos hacer, sin grande dificultad, con el auxilio de la gracia, que no nos faltará nunca! Y ¿cuál es nuestra conducta para con Dios? En medio del goce de la abundancia de bienes que el Todopoderoso se ha dignado concedernos, solemos perder el juicio y la cordura, entregarnos completamente á la satisfacción de nuestros apetitos desordenados y ofender á nuestro Criador, quebrantando sus leyes y despreciando su poder. ¿Qué sería de nosotros sin la poderosa intercesión de la Virgen? Cuando la justicia divina se dispone á castigarnos, cuando por nuestras culpas merecíamos ser exterminados de la tierra y sepultados en los abismos del infierno, la Madre de misericordia se interpone entre el Juez Eterno y nosotros, aplaca la justa indignación del Señor y alcanza perdón é indulgencia para los culpables. Dios pone sus ojos en los

méritos de la Virgen, oye benignamente sus ruegos; y la espada de la justicia torna á reposar en su vaina: por amor á la Virgen, el brazo de Dios la dejará reposar allí, David no la desnudará por respeto á Abigail.

¡Qué palabras tan hermosas y tan llenas de humildad las que Abigail dirigió á David! No negó ni atenuó la culpa de su esposo: esa culpa era manifiesta, esa culpa era grave: Abigail la confiesa; pero, confesándola, añade: la culpa de mi esposo sea mía, Señor: *In me sit, domine mi, haec iniquitas* (1). ¡Cómo no habían de contener la cólera de David esas palabras! Era una mujer inocente, modelo de discreción y de prudencia, la que se presentaba por intercesora de un hombre insensato, y rogaba pidiendo el perdón para ella: *In me sit iniquitas*. ¡No es esa mujer admirable una figura profética de la discretísima Virgen, cuya intercesión conserva el mundo? ¡Ah! Cómo no había de aplacar á Dios la oración de la Virgen, cuando por cada uno de nosotros miserables pecadores se digna rogar, diciendo al Eterno mucho mejor que Abigail: mía es la iniquidad de este pecador. *In me sit iniquitas*. Y ¡cómo retrata la condición del pecador la estúpida conducta de Nabal, que se entrega á los excesos del vino y de la comida, mientras su esposa está ocupada en salvarle la vida: cometió la culpa, y, sin ningún remordimiento, se puso á holgar y banquetear, mientras David avanzaba precipitadamente, para quitarle la vida y exterminarlo! *Et ecce erat ei convivium in domo ejus, quasi convivium regis, et cor Nabal jucundum* (2). Cometemos pecados, y, sin ningún dolor ni arrepentimiento, nos entregamos al deleite, como

(1) Libro primero de los Reyes, cap. 25, ver. 24.

(2) Cap. 25, ver. 36.

si en el cielo no hubiera justicia de Dios para nosotros. *Cor Nabal jucundum*. Nabal quiere decir insensato: y Nabal tenía su corazón lleno de contento, después de haber pecado: viva imagen de todos nosotros, que estamos estúpidamente satisfechos, después de haber cometido tantos y tan enormes pecados.

DEPRECACIÓN.

¡ Cuán fielmente retrata mi conducta para con Dios, ¡ oh! Virgen prudentísima! la conducta del temerario Nabal para con David! y cómo simboliza el ministerio de vuestra intercesión la conducta de su discreta esposa Abigail! Entregado á la satisfacción criminal de mis pasiones desarregladas, no pienso en los verdaderos intereses de mi alma, y continúo pecando tranquilamente, como si para mí no hubiera de llegar jamás el fin de mi vida; y mi insensatez me ha conducido al extremo de ofender á Dios, con insolencia y atrevimiento monstruoso, cual si nunca hubiera de comparecer en su tremendo tribunal para ser juzgado; ó como si al Juez Eterno le faltara poder para castigarme. Más, ¡oh! locura la mía, oh insensatez, oh temeridad! Mientras estoy neciamente entretenido en mis desvaríos, el Juez Eterno se viene acercando hacia mí, para tomarme estrecha cuenta: con paso acelerado viene, y dará sobre mí, descargando el furor de su justicia con la celeridad del rayo, sorprendiéndome desprevenido. El Hijo del hombre vendrá como el rayo, que, en un instante, surcando el cielo, cruza de oriente á occidente. ¿Qué será de mí miserable en aquel día tremendo, cuando tenga de ser juzgado? ¡ Oh! María!, en aquel día terrible, en aquel día espantoso, en aquel día lleno de grande amargura, dignaos salir en auxilio de este pobrecillo: tomad

vuestros méritos, muchos é incomparables; ponédlos delante del airado Juez, y habladle palabras de dulzura, que le aplaquen y le muevan á misericordia. . . . ¡Ay! entonces, ¡Oh! Madre admirable, no me abandonéis! . . . Yo estaré temblando, yo estaré lleno de pavor, al ver el número enorme de los pecados que he cometido, y, cubierto de confusión y de vergüenza, enmudeceré de terror ante la inmensa Majestad de Dios! *Commissa mea paveo.* ¡Ay! aun ahora, pensando en ese momento, siento que mi alma desfallece: me falta el aliento, y un susto mortal hiela la sangre en mis venas! ¡Oh! María! ¿qué será encontrarse con Dios en la eternidad para ser juzgado? Sólo, en aquel tremendo tribunal! . . . ¡Oh! María, decid, os ruego, lo que la prudentísima Abigail á David enojado: no paréis mientes, ¡oh! Señor, en los hechos de este insensato, porque, como su mismo nombre lo dice, es un necio y la necedad está en él: *Secundum nomen suum stultus est, et stultitia est cum eo* (1). Decidlo así, y salvadme.—Amén.

(1) Idem, ver. 25.



SUMARIO.

LECCION DECIMA SEXTA.

Día diez y seis de Mayo.

PAGS.

PRINCIPIA LA EXPLICACION DE LA SEGUNDA PARTE DE LA SALUTACION ANGELICA.—EXPLICACION DE LA PALABRA: SANTA, SANTA.

Verdadero autor de la segunda parte de la Salutación angélica.—Explicación de la primera palabra *santa*, con que invocamos á la Virgen.—Naturaleza de la vida divina.—Condiciones de la santidad en la criatura racional.—María es santa por las relaciones que la Maternidad divina estableció entre la Virgen y la Persona adorable del Verbo de Dios humanado.—Condiciones extraordinarias y excepcionales de la santidad de la Virgen.—Palabras del Cantar de Cantares.—Deprecación.. 1

LECCION DECIMA SEPTIMA.

Día diez y siete de Mayo.

EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.

El nombre de María tiene tres significados misteriosos : Iluminada é Iluminadora ; Señora y Estrella del mar.—Explicación del primer significado.—María es Iluminada con luz de fe, con luz de gracia, con luz de ciencia, con luz de profecía, con los dones del Espíritu Santo y con lumbre de gloria.—María Iluminada con luz de fe.—Naturaleza de la virtud sobrenatural de la fe.—Modos de conocer á Dios.—Fe admirable de la Virgen María.—Excelencias de esta virtud en la Virgen.—Deprecación..... 20

LECCION DECIMA OCTAVA.

Día diez y ocho de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA—LA VIRGEN FUE ILUMINADA CON LUZ DE GRACIA, CON LUZ DE CIENCIA SOBRENATURAL Y CON LUZ DE PROFECIA.

María Iluminada con las luces de la gracia.—Efectos que la gracia divina produce en nuestra alma.—Ministerio que la gracia como luz desempeñaba en el alma de la Virgen.—María Iluminada con luz de ciencia.—Maneras cómo puede adquirirse una ciencia.—María poseyó la ciencia sobrenatural de los divinos misterios.—La Virgen no padeció ni error ni ignorancia alguna.—María iluminada con luz de profecía.—En qué consiste la verdadera profecía.—El vaticinio de la Virgen.— Su asombroso cumplimiento.—Deprecación..... 41

LECCION DECIMA NONA.

Día diez y nueve de Mayo.

EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL SANTO NOMBRE DE MARIA.—MARIA ILUMINADA CON LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO: MARIA ILUMINADA CON LUZ DE GLORIA.

María iluminada con los Dones del Espíritu Santo.—Número de los dones del Espíritu Santo.—Naturaleza de ellos.—El Dón del temor de Dios en el alma de la Virgen.—Humildad de la Virgen.—El Dón de piedad.—El Dón de fortaleza.—Cómo poseyó la Virgen estos dos dones sobrenaturales.—Dones que perfeccionan la inteligencia.—Extraordinaria manera cómo la Virgen estuvo enriquecida con ellos.—María Iluminada con luz de gloria.—Deprecación..... 68

LECCION VIGESIMA.

Día veinte de Mayo.

EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.—MARIA SIGNIFICA ILUMINADORA—LA VIRGEN NOS ILUMINA CON SU PALABRA Y CON SU EJEMPLO.

María ilumina con su palabra.—Narraciones evangélicas. Parte que la Virgen tuvo en ellas.—María nos ilumina con su

ejemplo.—Naturaleza de las virtudes de la Virgen.—Su castidad y su pobreza.—Palabras del Cantar de Cantares.—Deprecación..... 93

LECCION VIGESIMA PRIMERA.

Día veintiuno de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.—LA VIRGEN NOS ILUMINA DANDONOS A JESUCRISTO Y ALCANZANDONOS LA GRACIA.

María nos ilumina dándonos á Jesucristo.—Cooperación de la Virgen á la Encarnación del Verbo Divino.—María es Iluminadora porque nos alcanza la gracia.—En qué consiste la salvación eterna.—Cómo coopera la Virgen á nuestra salvación.—Deprecación..... 109

LECCION VIGESIMA SEGUNDA.

Día veintidos de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.—SEGUNDO SIGNIFICADO DE ESTE DULCISIMO NOMBRE.—MARIA SIGNIFICA SEÑORA.

María significa Señora.—Poder de la Virgen en el cielo, en la tierra y en los infiernos.—El Purgatorio es el reino de la misericordia de María.—Palabras de la Escritura Santa.—Deprecación..... 119

LECCION VIGESIMA TERCIA.

Día veintitres de Mayo.

TERMINA LA EXPLICACION DEL SIGNIFICADO QUE TIENE EL NOMBRE SANTISIMO DE MARIA.—MARIA QUIERE DECIR ESTRELLA DEL MAR.

María significa Estrella del Mar.—Admirable virginidad de María.—Protección de la Virgen á la Iglesia Católica.—Los fenómenos naturales están subordinados al orden sobrenatural.—El diluvio y su significación mística.—María es el Iris de bonanza en el orden sobrenatural.—Deprecación..... 130

LECCION VIGESIMA CUARTA.

Día veinticuatro de Mayo.

PRINCIPIA LA EXPLICACION DEL ADMIRABLE MISTERIO DE
LA DIVINA MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARIA.

Unidad de la persona divina en Nuestro Señor Jesucristo. Sus dos naturalezas, divina y humana.—La Maternidad Divina no pudo estar sin la gracia santificante.—El templo de Jerusalén figura de la Virgen María.—Deprecación..... 142

LECCION VIGESIMA QUINTA.

Día veinticinco de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DEL MISTERIO DE LA DIVINA
MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARIA.

Relaciones morales que causó la divina Maternidad entre la Virgen y el Verbo de Dios humanado.—Consecuencias de la divina Maternidad en el orden sobrenatural de la gracia.—María exaltada sobre todos los ángeles y santos.—Relaciones de María con las tres Personas de la Adorable Trinidad.—La zarza de Moisés.—Deprecación..... 175

LECCION VIGESIMA SEXTA.

Día veintiseis de Mayo.

TERMINA LA EXPLICACION DEL ADMIRABLE MISTERIO DE LA
DIVINA MATERNIDAD DE LA VIRGEN MARIA.

Predestinación de la Virgen María.—Condiciones únicas y excepcionales de esta predestinación.—Participación de María en la redención del linaje humano.—Explicación de varios lugares del Santo Evangelio que hacen á nuestro propósito.—La divina Maternidad y los demás misterios del Cristianismo. El arca de la alianza.—Deprecación..... 181

LECCION VIGESIMA SEPTIMA.

Día veintisiete de Mayo.

EXPLICACION DE LAS PALABRAS: ORA PRO NOBIS, RUEGA POR NOSOTROS.

Esencia y condiciones de la oración.—Intercesión de la Virgen María.—Designio misericordioso de Dios al constituir á María por abogada del linaje humano.—Palabras de la Escritura Santa.—Deprecación..... 188

LECCION VIGESIMA OCTAVA.

Día veintiocho de Mayo.

EXPLICACION DE LAS SIGUIENTES PALABRAS DE LA SALUTACION ANGELICA: ORA PRO NOBIS PECCATORIBUS, RUEGA POR NOSOTROS PECADORES.

Fin que se ha propuesto la Iglesia al enseñarnos á repetir la palabra pecadores en la segunda parte de la Salutación angélica.—Significación de la palabra pecadores.—Funestos efectos del pecado aun en el orden natural.—Por qué decimos ruego por nosotros y no : ruego por mí.—Afectos de que debemos estar poseídos al pronunciar la palabra pecadores.—Paso milagroso del Jordán.—Deprecación..... 201

LECCION VIGESIMA NONA.

Día veintinueve de Mayo.

EXPLICACION DE LA PALABRA NUNC, AHORA.—ORA PRO NOBIS PECCATORIBUS NUNC, RUEGA POR NOSOTROS PECADORES AHORA.

Significado de la palabra ahora.—Profundo sentido de ella en la segunda parte de la Salutación angélica.—Necesidad de la gracia actual.—Poderosa intercesión de la Virgen María para alcanzarnos la gracia.—Fin que se propone la Iglesia al enseñarnos á pronunciar la palabra ahora, en la segunda parte de la Salutación angélica.—Expresiones de la Escritura Santa en elogio de la Virgen.—Deprecación..... 215

LECCION TRIGESIMA.

Día treinta de Mayo.

CONTINUA LA EXPLICACION DE LAS PALABRAS: ORA PRO
NOBIS PECCATORIBUS NUNC, RUECA POR NOSOTROS
PECADORES AHORA

Breve resumen del significado general de estas palabras. Importancia de la salvación eterna.—Los dos únicos caminos que conducen á la salvación eterna.—La inocencia no se puede conservar sin una protección especialísima de la Virgen María.—Necesidad de la protección de la Virgen para hacer verdadera penitencia.—La devoción á la Virgen es el carácter distintivo de los santos.—El odio á la Virgen ha sido siempre la nota de todos los sectarios.—Influencia moral del culto de la Virgen Santísima.—Rut, figura profética de la Virgen María.—Deprecación.....

LECCION TRIGESIMA PRIMERA.

Día treinta y uno de Mayo.

EXPLICACION DE LAS PALABRAS: ET IN HORA MORTIS
NOSTRAE, Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE, CON QUE
TERMINA LA SEGUNDA PARTE DE LA SALUTACION ANGELICA.

Motivo especial por el que la Iglesia nos ha enseñado á implorar el auxilio de la Virgen María para la hora de la muerte.—La perseverancia final es el mayor entre todos los dones sobrenaturales de la divina misericordia.—Necesidad de pedir incesantemente esta gracia durante la vida.—Dificultades graves que rodean al moribundo para orar como se debe orar en aquella hora terrible.—Circunstancias necesarias respecto de la muerte.—Abigail, imagen de la Virgen María.—Deprecación. 239

FIN
DE LA 2.^a PARTE.

FIESTAS PRINCIPALES DE LA SANTISIMA VIRGEN.

ADVERTENCIA.—Indicaremos aquí las lecciones que pueden leerse en las principales fiestas de la Santísima Virgen.

ENERO.

Domínica tercera después de la Epifanía.—Fiesta de Nuestra Señora de Belén. Lección xv.

FEBRERO.

Día 2. La Purificación de la santísima Virgen. Lección viii.

MARZO.

Día 25. La Anunciación de la Virgen santísima. Lección i.

ABRIL.

Viernes después de la dominica de Pasión. Fiesta de los siete Dolores de la Virgen santísima. Lección x.

MAYO.

Sábado antes de la dominica tercera después de Pascua. Fiesta de los gozos de la santísima Virgen. Lección xvii.

Día 24. Fiesta de la Virgen bajo la advocación del *Auxilio de los cristianos*. Lección xxi.

Día 31. Fiesta de la Virgen bajo el título de *Reina de los santos*. Lección iv.

JULIO.

Día 2. La Visitación de la santísima Virgen. Lección xxii.

Día 16. La Commemoración de Nuestra Señora del Carmen. Lección xxii.

AGOSTO.

Día 5. Fiesta de Nuestra Señora de las Nieves. Lección. xvi.

Día 15. La Asunción de la Virgen santísima. Lección xii.

Día 22. La octava de la Asunción. Lección xxxi.

VIII

Domínica después de la Octava de la Asunción. Fiesta del Purísimo Corazón de la Virgen. Lección VII.

SETIEMBRE.

Día 8. La Natividad de la Virgen santísima. Lección XI.

Día 15. La Octava de la Natividad. Lección XII.

Domínica infraoctava de la Natividad de la Virgen. El dulcísimo nombre de María. Lección XVII.

Domínica tercera de Setiembre. Solemne conmemoración de los Dolores de María. Lección XX.

Día 24. Fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes. Lección XXVII.

OCTUBRE.

Domínica primera de Octubre. Solemnidad del Santísimo Rosario. Lección XXVIII.

Domínica segunda. Fiesta de la Maternidad de la Virgen María. Lección XXIV.

Domínica tercera. Fiesta de la pureza de la Virgen Santísima. Lección IX.

NOVIEMBRE.

Día 21. Presentación de la Virgen santísima en el templo. Lección XIX.

Día 26. Los desposorios de la Virgen Santísima con San José. Lección XI.

Domínica tercera del mes. Fiesta del Patrocinio de la Virgen Santísima. Lección XXX.

DICIEMBRE.

Día 8. La Inmaculada Concepción de la Virgen Santísima. Lección II.

Día 10. La traslación de la santa casa de Nazaret á Loreto. Lección XXV.

Día 15. Octava de la Inmaculada Concepción. Lección V.

Día 18. La fiesta de la Expectación del divino alumbramiento de la Virgen. Lección XXVI.



INDICE.

	PAGS.
Lección décima sexta.....	1
Lección décima séptima.....	20
Lección décima octava.....	41
Lección décima nona.....	68
Lección vigésima.....	93
Lección vigésima primera.....	109
Lección vigésima segunda.....	119
Lección vigésima tercia.....	130
Lección vigésima cuarta.....	142
Lección vigésima quinta.....	155
Lección vigésima sexta.....	171
Lección vigésima séptima.....	188
Lección vigésima octava.....	201
Lección vigésima nona.....	215
Lección trigésima.....	224
Lección trigésima primera.....	239
Sumario	1
Fiestas principales de la santísima Virgen.....	vii

